

Ateneea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83)(05)

Enrique Molina.	<i>Recuerdos de un viaje a La Habana.</i>
Mariano Latorre.	<i>Marimán y el cazador de hombres.</i>
Rafael Cabrera Méndez.	<i>Atisbo del matriarcado.</i>
Raúl Silva Castro.	<i>Mis veinticinco libros.</i>
Oscar Aguilar Vidal.	<i>Don Diego Barros Arana. I.</i>
Camilo Barcia Trelles.	<i>Las raíces remotas del sedicente de- recho Internacional Americano.</i>
Manuel Rojas.	<i>Acercas de la Literatura Chilena.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Magda Portal.	<i>Hacia nuestro propio conocimiento.</i>
J. M. Varas Calvo.	<i>Somera revista militar a algunas novelas de la Guerra.</i>
Máximo Gorki.	<i>Recuerdos de Leonidas Andreief.</i>
M. Krarup de Gómez M.	<i>Una campaña de opinión en Ingla- terra (1850-1914).</i>
Francisco García Calderón.	<i>Una posición crítica.</i>
Abel Valdés A.	<i>Un romance extraño.</i>
Jaime Torres Bodet.	<i>Crítica de la Vida Futura.</i>
Ricardo A. Latcham.	<i>Rosas y la posteridad.</i>
Romain Rolland.	<i>Otros aspectos de Goethe. I.</i>
Alfa.	<i>Crónica de espectáculos.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS—LOS LIBROS
LAS REVISTAS — DISPARATORIO — EN-
CUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

1930
REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras,
artes, historia, filosofía y
ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE-COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA - PERU

**Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970**

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

**Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía**

Dirección postal:

Clasificador 24-A SANTIAGO

ATENEA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACIÓN

BANDERA 131 - OF. 22
CASILLA 3148 - TELÉF. 65547

Santiago, Octubre de 1930

SARA HÜBNER

008 (85) (05)



Nunca los ojos fueron un reflejo más exacto de un alma, que en esta mujer excepcional, en cuyo mirar sereno, de un éxtasis extraño, se retrataba entero su mundo interior. La muerte sólo ha sido para Sara Hübner, la fijación en moldes definitivos de esa inmutabilidad espiritual.

UNDERWOOD

PORTATIL



EN NEGRO O COLORES

ESCRITURA MODERNA

La nueva Underwood Portátil es la máquina de escribir por excelencia para la correspondencia personal e imprescindible para los viajeros.

Sus principales características son: Teclado completo, funcionamiento suave, rapidez máxima, carro amplio, alineación perfecta, vibración mínima, durabilidad, poco peso. Sobre todo esto, es una

“UNDERWOOD”

DAVIS & COMPAÑIA BANDERA 169
SANTIAGO

CANFO - VACUNA ANTIGRIPAL

Terapéutica específica y circulatoria de las afecciones
gripales

Vacuna alcanforada cuyos efectos específicos se suman
a su acción tónica sobre la circulación.

Inyección intramuscular.

Solución acuosa de fácil absorción.

INSTITUTO M. T. SANITAS

AGUSTINAS 1955 - - SANTIAGO

Fábrica de Muebles "LA EUROPEA"

La más antigua y acreditada del ramo

= DE =

JUAN GRINSTEIN

Fábrica: Arturo Prat 1250 - Talleres y Barnices: Av. Matta 792

EXPOSICION Y VENTA, BANDERA 34 - Teléfono Principal 85265

SANTIAGO

Un concepto de Larbaud sobre

por Alfonso

Amigo Valéry Larbaud.

en París o donde se encuentre;

El prólogo que Ud. ha puesto a la traducción francesa de MARIANO AZUELA (**Los de bajo: Ceux d'en bas**, libro que **Les Nouvelles Littéraires** vienen anunciando entre las "Ciencias sociales y políticas" de su bibliografía) además de ser un precioso estudio de conjunto sobre la obra del gran novelista mejicano, nos da un panorama de nuestra literatura moderna realmente trabado y tejido con el relieve de la historia. Estoy acostumbrado a los aciertos de usted, que son casi siempre los aciertos de la sinceridad. Pocos franceses de hoy en día pueden aspirar con más justicia al título de escritores originales. Y yo estoy convencido de que la originalidad de usted—no buscada, no solicitada trabajosamente desde afuera, sino interior, natural y gratuita—es un producto inmediato de su sinceridad.

Buen amigo de nuestra América, y amigo de siempre, y sin hacer profesión de ello, que es lo mejor. En su primer libro, *Fermina Márquez*, aparece ya la preocupación por la gente hispanoamericana. El hispanoamericano — hasta entonces tipo cómico o pintoresco, mitad simio y mitad loro, vestido de colorines y gozoso de desaciertos — aparece ahí, por primera vez en la actual literatura francesa, como un serio valor humano. Los chicos de nuestras tierras dominan en el ambiente de un colegio situado en los alrededores de París, e imponen en él sus costumbres y su habla, y hasta representan el elemento de precocidad y audacia viriles, la salubre rebeldía que salta las bardas, a hurto de los celadores, en busca de la primera aventura nocturna. (Fermina, una señorita colombiana, aparece un poco de lejos, y determina, en la imaginación de los adolescentes, una fermentación delicada y provechosa. Uno de los personajes de primer plano, es el mejicano Santos Iturra, ¡un muchacho de Monterrey! Y conste, Larbaud, que Ud. y yo aun no nos conocíamos y yo no le había hablado nunca de mi tierra natal. Al fin se concede una ventaja vital al hijo de nuestros climas. Sea Ud. mil veces saludado con gratitud por haber inaugurado una época de amorosa consideración para el hombre de Hispanoamérica.

literatura Latino - Americana,

Reyes

Cuando los muchachos de Contemporáneos de Méjico, traducen y adoptan el prólogo de Ud., puede estar Ud. seguro de que ha ganado los sufragios mejores. — A mí, de paso, hasta me señala Ud. un deber que algún día me será muy grato cumplir, o al menos, procurarlo: el dilucidar si el nuevo movimiento intelectual de Méjico, preparado en los albores de la revolución por unos cuantos amigos míos, se ha desarrollado a pesar de la revolución, o bien si fue favorecido por el fermento de la misma revolución. — “Entre tanto — dice Ud., estableciendo un paralelo muy elocuente entre el fenómeno mejicano y el francés — limitémonos a registrar este curioso ejemplo de un arte y una literatura que se han renovado en medio de circunstancias políticas generalmente consideradas como contrarias a todo desarrollo intelectual: nada, en efecto, menos nuevo, menos valiente y menos fecundo que la literatura de nuestra Revolución”.

¿Por qué, al hablar de las influencias dominantes en esta preparación (1910-1916), junto a ANTONIO CASO, a JOSE VASCONCELOS, a ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ, a algún otro, olvidó Ud. a PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, cuya acción fué tan eficaz, tan determinante, y que a todos los demás nos ha dejado sin duda la señal, y hasta diría yo la cicatriz, de su trato siempre vigilante y orientador? A menos que fuera por cierto deseo de simetría o de rapidez, por no tener que aclarar que nuestro PEDRO no es mejicano de nacimiento. Yo estoy seguro de que, sin él, muchas cosas de aquel momento sería inexplicables.

Cuando lo alcancen a Ud. estas palabras — no sé si en las campañas inglesas, en las posadas de Italia o por las ventas de Castilla, porque Ud. suele trasladarse a cualquier sitio con sólo cambiar de uno a otro dedo su anillo prestigioso — piense que yo lo estoy recordando desde el escenario más ameno de mar y montaña que un tiempo disfrutó PAUL CLAUDEL. Dos palmeras reales, revestidas de viciosa parásita, hacen guardia junto a mis ventanas, y me llega desde el jardín el canto tembloroso del ireré. — El ireré es un ave acuática que tiene una timidez de perdiz, un color dorado a fuego oscuro, una mascarita blanca, unos redondos ojos extáticos, unas espaciosas sandalias de goma azul, y un canto que remeda exactamente un frotar de espadas.

LEY 4055

El Seguro más barato contra
Accidentes del Trabajo se contrata
en el

DEPARTAMENTO DE SEGUROS
Sección Accidentes del Trabajo

de la

Caja Nacional de Ahorros

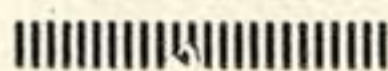
Devuelve parte de la prima a los asegurados cuyas
pólizas no hubieren significado pérdida

Solicítenos sin compromiso informaciones
y cotización de prima por un seguro
sobre el personal de obreros y empleados

OFICINA:

Calle MONEDA N.o 1390, Casilla 247, Tel. 88638

SANTIAGO



AGENCIAS EN LA

Caja Nacional de Ahorros de cada localidad

LIBRERIA ZAMORANO Y CAPERAN

COMPAÑIA 1015-1019 :: SANTIAGO :: CASILLA 362 :: TELEFONO 80728

OBRAS NACIONALES IMPORTANTES

Anguita. —Leyes promulgadas en Chile desde 1810 hasta Junio 1913, 5 vols. en	\$ 30.—	Letelier. —La Tiranía y la Revolución.	\$ 2.—
Lizana Barros. —Consideraciones sobre la Psiquiatría. . .	4.—	Espejo. —Relaciones de Méritos y servicios de funcionarios del Reino de Chile.	20.—
Barceló Lira. —Prontuario del Juicio de Quiebras, 2. ^a edición 1926.	8.—	Espejo. —Nobiliario de la Antigua Capitanía General de Chile, 2. ^o tomo.	50.—
F. Pinto S. —Del Arrendamiento.	8.—	Cuadra. —Familias coloniales de Santiago.	15.—
Poblete. —Tratado de Hacienda Pública	12.—	Cuadra. —Familias coloniales, tomo III.	12.—
Código de Comercio, tela.	10.—	Cuadra. —Doscientas familias chilenas, 2. ^a edición.	—
Código de Procedimiento Penal, tela.	5.—	Vergara Antúnez. —Mes del S. C.	2.50
Código de Procedimiento Civil, tela.	5.—	Vergara Antúnez. —Tardes de Verano, tela.	3.50
Tagle. —Legislación de Minas, Historia de las principales legislaciones de Europa y América, 3 vols.	50.—	Vergara Antúnez. —María, su vida, sus dolores, su gloria.	3.50
Tagle. —Código de Minería, Comentado y Concordado con las últimas Legislaciones Boliviana, Peruana, Argentina, etc, etc., grueso volumen en rico papel.	20.—	Vergara Antúnez. —Mes de María.	2.50
F. Otero E. —JURISPRUDENCIA DEL CÓDIGO CIVIL CHILENO. 5 tomos, c/u.	40.—	Vergara Antúnez. —Tratado Oratoria Sagrada.	4.50
Tomo VI y últimos, Santiago 1930.	40.—	A. Vicuña. —Origen del mundo, tela.	2.—
A. del Valle. —Ley Orgánica t. \$ 6, rúst.	4.50	A. Vicuña. —Ensayos de Oratoria Sagrada (23 Sermones Panegíricos, Discursos, etc.).	4.50
Silva Bascuñán. —La Partición de bienes, 2. ^a edición, pasta \$ 18, rústica.	12.—	J. Amesti C. —Las Casas Troncales de Colchagua. Orígenes de 262 familias, pasta.	40.—
Moreno. —Historia militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820.	6.—	J. Mujica. —Nobleza Colonial de Chile, Magnífica obra genealógica con 52 preciosos escudos de armas en colores a toda página, de las principales familias.	100.—
G. Bulnes. —Historia de la Expedición Libertadora del Perú, 2 vols. pasta.	35.—	D. Lizana. —Cómo se canta la poesía popular.	2.—
G. Bulnes. —Guerra del Pacífico, tomo II y III (último) c/u.	15.—	Pedro Recio. —Sancho en el cielo. . . l.	2.—
Crescente Errázuriz. —Historia de Chile, 10 vols. pasta.	200.—	Pedro Recio. —Los Nichos de Providencia.	8.—
Crescente Errázuriz. —Los Orígenes de la Iglesia Chilena, pasta.	20.—	Papini. —Historia de Cristo, p. \$ 12.50, r.	7.50
Sallusti. —Historia de las Misiones Apostólicas de Mons. Muzzi en Chile.	10.—	Restat. —Dios, 2 vols. 4. ^a edición 1926.	10.—
Vidal Gormaz. —Naufragios ocurridos en las costas chilenas.	15.—	J. Prieto. —Un muerto de mal criterio.	6.—
Vicuña Mackenna. —Diego de Almagro.	6.—	Club de Señoras. —Conferencias.	10.—
Vicuña Mackenna. —La Batalla de Maipú.	2.—	Santiago Cruz Guzmán. —Impresiones de viaje, vol. ilustrado.	15.—
Vicuña Mackenna. —Las dos Esmeraldas.	30.—	P. N. Cruz. —Literatura chilena	10.—
Vicuña Mackenna. —Washington del Sur.	8.—	P. N. Cruz. —Pláticas Literarias.	8.—
D. Riquelme. —La revolución del 51.	3.50	Juan Agustín Barriga. —Discursos Literarios y notas críticas.	5.—
D. Riquelme. —Incendio de la Compañía.	5.—	R. Peragallo. —Iglesia y Estado.	3.50
		A. Martínez M. —Mármol, poesías.	6.—
		E. Muñoz Donoso. —La Colombia.	5.—
		F. A. Concha Castillo. —Al Vivir, poesía.	5.—

Cuando usted necesite:

Una buena propaganda,
adquirir un libro curioso
y toda clase de obras na-
cionales, editar una obra,
distribuir una revista en
el país o en el extranjero
clasificar y catalogar una
—— biblioteca. ——

Pida antecedentes a la

SOCIEDAD CHILENA DE PUBLICACIONES

Bandera 131, of. 22 :-: Casilla 4138

Teléfono 65547 :-: SANTIAGO

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Octubre de 1930 — Núm. 68

Enrique Molina.

RECUERDOS DE UN VIAJE A LA HABANA

SALIMOS de Valparaíso a mediodía de un día de fines de Enero. Las casas claras y cerros del puerto devolvían en música alegre de colores los rayos del sol. El cielo cabrilleaba en el mar y acuchillaba el agua con láminas de oro. Eramos tres amigos: don Juan Antonio Iribarren que iba como delegado de la Universidad de Chile al Congreso de Rectores y Decanos que se celebraría en La Habana a mediados de Febrero, y don Luis David Cruz Ocampo y yo, delegados de la Universidad de Concepción al Congreso Internacional de Universidades que tendría lugar con antelación inmediata al anterior en la misma ciudad.

Como justa portada de estas notas viajeras me adelanto a decir que los días de íntima compañía que pasé entonces con estos buenos amigos, serán uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Las cubiertas y puentes no muy amplios del vapor estaban llenos de pasajeros y de parientes y amigos que venían a despedirlos. Convivían en nosotros el sentimiento pesaroso de partir y el goce de viajar. Viajar es reposar el pensamiento en una perspectiva indefinida de novedades, es entregarse con el alma abierta e interrogante a la vida, en espera de lo desconocido que nos va a ofrecer.

La mayoría de los viajeros era de chilenos. Los demás casi en su totalidad ingleses. Entre los chilenos iban un matrimonio muy amartelado que, a pesar de tener dos chicos crecidos,

habían encontrado el secreto de perpetuar su luna de miel; el inteligente doctor G. y su señora, la única chilena con quien se podía bailar; una viuda de espíritu bastante vivaz con su hijo, muchacho precoz; y un grupo de media docena de oficiales de nuestra Marina que llevaban una comisión del Gobierno a Inglaterra. Fueron todos excelentes compañeros y a ellos les debemos en gran parte la grata travesía que hicimos.

Por el lado de la colonia inglesa no había más que cuatro mujeres: una señora, una niña australiana y dos huéspedes del capitán. La señora era más bien pequeña, algo regordeta, de cintura muy ceñida y de una cabellera rubia abultadamente encrespada. Tenía algo de muñeca y de figura de escaparate de peluquería. La australiana, también de baja estatura, reunía todos los caracteres de las chicas atléticas. Parecía no tener otra preocupación que la de los deportes y de su ser no partía ningún efluvio de dulce feminidad ni de coquetería.

A la mesa del capitán se sentaban dos señoras que se vestían muy bien y exhibían todas las noches nuevas y elegantes toilettes. Parecían gente distinguida, pero eran de edad y de caras largas y acaballadas.

Íbamos en un vapor ideal para que San Antonio o cualquier otro varón fácil de caer en tentación pudiera sentirse sin cuidado. Todas las noches el trío del vapor tocaba en la mal alumbrada cubierta los mismos bastante desafinados fox-trots, shymmies y valeses. Una que otra pareja salía a bailar. Eran sobre todo ingleses que lo hacían por ejercicio físico y de sociabilidad. Los hombres, de smoking, contemplábamos el monótono espectáculo sentados o afirmados en la borda, o nos paseábamos fumando, bostezando y deseando que el tiempo pasara más ligero. ¿Para qué? Para volver a desear a cada instante y cada día lo mismo. Que el tiempo ande, ande, que el mundo vaya volcando sin descanso sus espectáculos en nuestra curiosidad y en nuestra inquietud insaciables. ¿Cuándo llegaremos? ¿A qué hora partiremos? Partimos. ¿Y al puerto de más adelante, cuándo tocaremos? Aunque se conoce el itinerario de la ruta, en este afán se vive.

En el vapor no hay otra disciplina que la de las horas de las comidas. Para llenar los espacios entre ellas están los deportes, las lecturas, las charlas y los aperitivos. A poco andar, el descanso y la monotonía hacen que se apodere de uno cierta laxitud que resulta muy provechosa para los nervios cansados. Este reposo depara, por otra parte, oportunidades que no se brindan en tierra para pensar tranquilamente, tomar notas y escribir.

Las costas del norte miradas desde el vapor son las espaldas de monstruos de arena, desoladas, calcinadas y tristes. Nada de vegetación. Los puertos parecen campamentos al borde del desierto. Para ver lo que vale Antofagasta y apreciar sus bellezas es menester bajar a ella, recorrer sus calles y avenidas bien pavimentadas y admirar sus paseos, baños e instituciones sociales. El esfuerzo del hombre ha logrado aquí hacer surgir de la arena el consuelo de parques y jardines.

Arica es la portada por donde se entra a Chile. Digamos, desde luego, que en los puertos del Perú exceptuando el Callao se acentúa la nota de desolación común a estas costas. Parecen sórdidos, pobres lugares en que se oprime el alma. De manera que Arica, con sus edificios modernos y bien presentados, sus calles limpias y orladas de árboles, sus plazas y jardines, se ofrece cual pequeño oasis de verdura y, viniendo del norte, a manera de anuncio de una alta civilización. Mollendo parece un palomar humano. Las pobres casas de madera que lo forman están como prendidas de los cerros de arena y a punto de caerse al mar. Suben al vapor indios y mestizos de anchos pómulos, de tipo mongólico, que alfombran la cubierta con pieles de alpaca, llama y vicuña, amarillas, café, blancas y negras. Concluyen por venderlas a la mitad del precio que han pedido en un principio. Otro tanto ocurre con los flexibles sombreros de jipi-japa que también venden.

Iribarren y Cruz bajaron a tierra. La desnudez y tristeza del panorama no me tentó y permanecí a bordo. Volvieron como volvían los antiguos conquistadores, hablando maravillas de lo que habían visto. No se cansaban de ponderar la belleza y simpatía de las bañistas que habían encontrado en la playa y con las cuales habían alternado un momento presentados por el cónsul de Chile. Ahí abundan los tiburones y, para proteger a los bañistas, una fuerte reja cierra el mar en la parte ocupada por los baños.

El Callao ya no es el puerto miserable y sucio de hace pocos años. Ha entrado en tratos con la higiene, se ha limpiado y hermoseado. Una espléndida avenida nos conduce a Lima. Campos pobres a ambos lados, la atmósfera neblinosa. Pocas horas estuvimos en la capital. Lima ostenta los blasones de su noble prosapia virreinal, la belleza misteriosa y romántica de las viejas ciudades de la colonia. Pasamos por los portales de la plaza, portales de anchos arcos de piedra que evocan pintorescas ciudades italianas del medioevo.

La catedral, resto también de los tiempos de la colonia, es un bello monumento en la plaza. Sin embargo, no encontramos

su interior de un estilo puro y definido. Lo hallamos más bien algo pintarrajeado de actualidad. Visitamos el palacio de los marqueses de Torre Tagle donde se halla instalado hoy el Ministerio de Relaciones Exteriores, hermosa mansión del siglo XVIII, con patio andaluz decorado de azulejos. Las habitaciones ostentan cielos ricamente artesonados y cornisas y puertas talladas y taraceadas. En las paredes retratos de cuerpo entero, estirados, tiesos, hinchados en sus uniformes, de los marqueses de Torre Tagle. Al lado algunas marquesas bastante gordas. Retratos modernos de presidentes del Perú. En la calle el segundo piso lo ocupa un balcón corrido sobresaliente, discretamente cerrado por persianas oscuras. Por él parecen discurrir las sombras de mujeres místicas, sentimentales y pecadoras que amaron en secreto.

La Cámara de Senadores funciona donde antaño celebrara sus tenebrosas sesiones la Inquisición. Es una sala rectangular de paredes hoy día muy bien pintadas al óleo. Lo que tiene de notable es su techo admirablemente labrado.

En una de las oficinas de la Cámara de Diputados vimos dos grandes bustos de Pershing y Lassiter, homenaje de gratitud de los parlamentarios peruanos a los generales norteamericanos que en el proceso plebiscitario de 1925 pusieron en la balanza el peso de sus espadas a favor del Perú.

Esta vez no visitamos ni el viejo convento de San Francisco ni el llamado palacio de la Perrichola que, según mis recuerdos, no es más que la casa bastante abandonada y arruinada, de paredes derruidas y desconchadas, de aquella Pompadour criolla.

Pero Lima no es sólo la ciudad de los virreyes que se complace en la conservación de sus pergaminos. Por la perfecta pavimentación de sus calles, sus plazas y parques, sus nuevas avenidas, los caminos que van a los alrededores y otros adelantos, es una ciudad que se remoja y moderniza.

Se afirma que estos progresos se están alcanzando por medio de capitales norteamericanos que comprometen la independencia económica del país; pero es un hecho cuya detallada investigación rebasaría los límites de nuestras someras anotaciones. Se afirma también que por estas y otras causas la situación financiera del país es desastrosa.

En el Callao subió a bordo, rumbo a Europa, una distinguida dama argentina, la señora O., esposa de un diplomático residente en Lima. No era hermosa, pero sí muy simpática, ilustrada e inteligente. Había en ella cierta fina coquetería, cierta vaga invitación al *flirt* que se mantenía dentro de las más irre-

prochable corrección. Entró a hacer vida principalmente con el grupo de los chilenos. Tenía gancho y más de uno de los viajeros quedó prendado de ella, pero nada más que con la dulce pesadumbre de un afecto romántico.

* * *

Llegamos a la hermosa entrada del Canal al amanecer, casi de noche aún. No muy lejos collares de luces indicaban a Balboa. La bóveda del cielo fué tiñéndose de azul, poco a poco, y surgieron del mar los bellos islotes cubiertos de boscajes que adornan la bahía como maceteros de verdura sobre una alfombra añil. El golfo de Panamá hace pensar en lejanas reminiscencias, en poéticas ensenadas del Mediterráneo napolitano. Tras esas enramadas se ocultan las fuertes baterías con que los norteamericanos defienden su dominio del canal.

Los edificios de Balboa se presentan alineados simétricamente y recién pintados. Parecen casitas de juguete. Al lado se levantan las maquinarias enormes y gigantescas grúas destinadas al movimiento del puerto.

De Balboa a Panamá no hay más que unos pocos minutos en auto por una excelente carretera orlada en gran parte de árboles umbrosos. A ambos lados se alzan chalets pintorescos y sencillos, construídos sobre pilotes y con rejillas de alambre en las puertas y ventanas para librarse de los mosquitos y otros bichos.

Panamá tiene la belleza natural de su mar azul, de su vegetación tropical y de su atmósfera de luz. Por lo demás es una pequeña simpática ciudad muy aseada y bien pavimentada.

Cualquiera que sea el juicio que se pronuncie sobre la acción de los norteamericanos en la América Española no se puede negar que ellos han traído, por decirlo así, un mensaje de fomento enorme de la vialidad, de higienización y saneamiento. Es verdad que estos progresos han venido acompañados de la influencia deletérea y disolvente de los capitales yanquis. Pero también es cierto que los hispanoamericanos no habían sido capaces de realizarlos hasta ahora por sí solos, que no los habrían llevado a cabo por su propio esfuerzo quién sabe en cuánto tiempo y que cada época exige un *mínimum* de adelantos materiales y de dominio de la técnica más abajo del cual no existe verdadera civilización o empieza esta a ser de un rango inferior.

El calor comienza a apretar al pasar al norte del Callao. En la cubierta del barco ponen su nota alegre los trajes ligeros

y blancos o de vistosos colores. Se arma la piscina y la gente joven se baña en despreocupada promiscuidad dos o tres veces al día. Ahí se puede comprobar cuánta razón tuvo Rodin al decir que el cuerpo de una joven es la suprema maravilla de la creación. Los hombres protestan en la noche de los cuellos tiesos y del pesado smoking en que hay que enfundarse para ir a comer. Naranjadas y limonadas heladas se consumen a toda hora. Pero siempre continúa el ejercicio de los deportes y del baile.

En la zona del canal el calor arrecia aún. Según la distribución del año que hace la cosmografía, cuando estuvimos en Panamá era invierno; mas había que buscar la sombra para no quedar tostado bajo los rayos de un sol implacable. Las gentes andan vestidas con telas claras y livianas y sombreros de paja como en pleno verano. Muchachas de cuerpo elástico y flexible como pequeñas palmeras pasan cimbrándose y sólo porque no se ve la carne se advierte que no van desnudas.

Luis David Cruz había afirmado con la manera perentoria y convencida que tiene de decir sus cosas, que no se disfrazaría por nada de tropical en todo el viaje, pero era tal la fuerza del calor que lo primero que hizo al bajar en Colón, fué comprarse un elegante y fresco terno de *tusor* crema que aprovechó muy bien en el resto de la navegación.

En Panamá no funciona todavía una universidad propiamente dicha. Uno de los votos del congreso a que asistimos poco después en La Habana fué encaminado a apresurar la fundación de la universidad panamericana que se ha proyectado levantar en la capital del Istmo. Mientras tanto tienen los panameños un Instituto Nacional bien instalado en un buen edificio. Nos sirvió de guía el director Dr. J. D. Moscate que nos pareció una persona de carácter y bien preparada. Cuenta el Instituto, además de cursos de humanidades, con una Escuela Anexa, una Sección Comercial, una Sección Normal, una Facultad de Agronomía y una Facultad de Derecho. Esta última no funciona con regularidad. Mantiene cursos rotativos y los estudiantes van generalmente a completar su preparación jurídica a universidades norteamericanas o a la de París.

Tuvimos oportunidad de apreciar el prestigio de que goza la educación chilena en Panamá. Nos mostraron como algo de lo mejor del Instituto el gabinete de biología y ciencias naturales, haciéndonos ver que había sido organizado por un profesor graduado en el Instituto Pedagógico de Santiago. Con análoga satisfacción nos hablaron de la cátedra de castellano a cargo también de un titulado en nuestro Pedagógico. Estas

y otras observaciones que pudimos hacer más adelante nos dejaron una impresión consoladora sobre los progresos educacionales que hemos alcanzado.

En el Instituto nos hablaron del sentimiento anti-norteamericano que bulle en algunos sectores de la opinión panameña. La nación del Istmo se hallaría muy lejos de haberse entregado mansamente al imperialismo yanqui. Hay resistencia y protesta sordas. Quieren una revisión de la situación jurídica establecida para la zona del Canal. ¿Conseguirán algo? Solos y aislados seguramente no, y tal aspiración, por patriótica que sea, no pasará de una hermosa quimera (1).

Los compañeros chilenos de viaje nos hicieron muy cariñosas manifestaciones de despedida antes de llegar a La Habana. Hubo tanto entusiasmo la última noche que algunos ingleses se contagiaron con nuestra alegría y se agregaron a la comparsa que formábamos. Parecía que los chilenos y la simpática argentina nos hubiéramos tomado el vapor. Nos despedimos, no sin cierta tristeza, de nuestros amigos y amigas. La despedida suele ser una rasgadura interior, ligera o grande, de la trama de los afectos. Como alguien decía en la comida postera con el sentimentalismo estimulado por el champán, «despedirse es morir un poco». ¡Cuántos no se volverían a ver más!

* * *

Adiós al viaje. Nuevo panorama. Justo es haber llamado a Cuba y sobre todo a La Habana la perla de las Antillas. Fuera de otros motivos de más peso hay una sensación visual que confirma ese dictado; es la del mar que la baña, cuyas ondas se presentan, a menudo, como irisadas de nácar y zafiro.

La Habana es una de las ciudades más hermosas del mundo y de las más caras también. Se yuxtaponen en ella los rasgos pintorescos de una vieja ciudad española y la amplitud y construcciones monumentales de una urbe moderna. Entre los primeros tenemos las calles angostas del puerto, el edificio del Correo con cierta adustez castellana, la silenciosa plaza de la Catedral que se presenta como un apartado rincón de Sevilla. Parece asimismo una mansión abandonada. ¡Cuánta pobreza triste rezuma de toda ella! ¡Cómo se ve que el alma sensual de las muchedumbres modernas va a buscar su felicidad en otra parte que en los templos!

(1) De Panamá a Colón nos fuimos por tierra. Del paso del Canal he hablado en mi libro *Por las dos Américas*.

Lo moderno y monumental comienza en el bello Paseo del Prado o de Martí, continúa por la amplia avenida de la orilla del mar y se dilata en vastas extensiones por los barrios residenciales y colinas que rodean la parte antigua de la ciudad.

El Paseo del Prado es una ancha arteria que corre casi medio a medio de la parte norte de la ciudad desde los jardines del Capitolio hasta los malecones que ciñen el mar poco antes de la angosta entrada del puerto. Desde el paseo se ve casi al frente la señera y decorativa torre del faro que se alza sobre una vieja fortaleza

El Capitolio domina como un imponente monumento blanco en el centro de la ciudad. Está hecho a imitación de los edificios similares de los Estados Unidos. En este sentido no es una creación arquitectónica original; pero su grandiosidad, su magnificencia suma, el gusto con que están calculados y realizados todos los detalles hacen de él una acabada obra de arte.

Más para su objeto, servir de asiento al Parlamento, resulta demasiado grande y demasiado caro para una pequeña república como Cuba. Cuesta no menos de diez y ocho millones de dólares. Entre tanto he visitado los edificios en que funcionan todavía las cámaras, me han parecido bastante adecuados y que podrían servir aún por veinticinco o treinta años más. Esto lo reconocen los cubanos mismos; pero justifican lo hecho diciendo que monumentos como el Capitolio sirven para atraer turistas. He aquí un rasgo de la psicología cubana: la busca de lo espectacular para deslumbrar al turista.

Mas los millones invertidos en la forma apuntada han hecho falta para otras cosas que se han considerado tal vez menos espectaculares y que son, sin duda, más necesarias, sin perjuicio de que, si así se quisiera, podrían ser a la vez muy ostentosas. En La Habana no se encuentra una Biblioteca Nacional bien instalada, ni un Museo de Bellas Artes ni un Museo Histórico. Hay un museo que es una mescolanza de unos pocos cuadros y de valiosísimos recuerdos de las guerras de la independencia que se hallan amontonados en una casa estrecha de la parte vieja de la ciudad

No existe más que un liceo fiscal de segunda enseñanza, llamado Instituto Provincial como todos los de su clase que hay en el resto del país. Asisten a él jóvenes y niñas cuya matrícula en conjunto asciende a tres mil más o menos. Está muy bien tenido y reina en él mucho orden, pero no cabe negar que es poco para una capital de cerca de setecientos mil habitantes.

El turismo constituye una industria fundamental de La Habana. En los meses llamados de turismo que son los de in-

vierno, acuden a la capital cubana alrededor de cincuenta mil extranjeros que echan a correr buen número de millones de pesos. Son casi en su totalidad norteamericanos que huyen del frío de su país y vienen a gozar del calor de las playas habaneras, a bailar, a beber y a emborracharse.

¡Qué de cosas les ofrece La Habana! Un compendio algo carnavalesco de Capua, Síbaris, París y Berlín en materia de goces sensuales. Espléndidos hoteles; bellos parques y jardines, una población amable y dispuesta a servirlos; clubs muy confortables en los alrededores de la ciudad y unidos a esta por magníficas avenidas; un opulento casino, superior al de Monte Carlo según me aseguraba un observador que conoce los dos; en el casino se juegan elegantemente millares de dólares; un sinnúmero de cantinas; mujeres; ostentosos cabarets en que, además de fumar y beber y de asistir a los números de canto y danza que ejecutan artistas semi desnudas, la gente baila hasta la madrugada. Algunas parejas se abrazan y se besan. En las mesas hay también meros espectadores formados en su mayor parte por matrimonios norteamericanos de avanzada edad y solteras norteamericanas.

Pero los atractivos para el turismo habanero no tienen todavía el carácter superior que encuentra el viajero en Florencia, Roma, París, Madrid o Viena. Falta el alimento espiritual por carencia de museos, de buenos teatros y de cultura artística.

Los cubanos son finos y corteses. Se notan estas gratas condiciones en todas las clases sociales. Los policías se muestran muy educados y atentos. Los choferes ceden el paso a los peatones.

El trato con los turistas y el deseo de atraerlos habrán influido en el desarrollo de esta cualidad, pero debe haber en ella también la manifestación de cierta buena disposición natural ingénita. El cubano parece inclinado a tomar la vida amablemente, lo cual no quita que sea a la vez apasionado. Los crímenes más frecuentes son los de origen amoroso: asesinatos por celos y por venganza. Además a diario se registran los suicidios por amor. En el tiempo en que estuvimos en La Habana se decía que el país pasaba por una honda crisis económica y, sin embargo, cuanto uno veía dejaba la impresión de una existencia fácil, ligera y a menudo opulenta. Corsos cada semana, bailes públicos por lo menos los sábados y domingos y las cantinas repletas de gente bulliciosa todas las noches hasta horas muy avanzadas.

* * *

Las sesiones de los congresos a que veníamos como delegados tuvieron lugar en el salón de honor de la Universidad. Esta ha empezado desde hace algunos años su reconstrucción material y ha terminado ya unos cuantos hermosos pabellones. El principal es el de la Rectoría donde se acentúa el carácter monumental de la obra. Ocupa la parte delantera de la colina universitaria y de ahí se domina gran parte del panorama de la ciudad. Una amplia y elevada columnata le da perfiles de templo griego, que estuviera de atalaya a la entrada de esta Acrópolis de la inteligencia. Por delante se extiende una dilatada escalinata, muy decorativa, y que nadie sube por resultar muy fatigosa.

La conclusión de más trascendencia del Congreso fué a no dudarlo la presentada por los delegados mejicanos doctores Luis Chico y Pedro de Alba relativa, a la organización de una Asociación Internacional de Universidades.

Luis David Cruz hizo una ponencia sobre *Las relaciones entre las universidades particulares y el Estado*, cuyas conclusiones fueron muy bien recibidas y aprobadas. Yo hice otra acerca de *La contribución de las universidades a la formación del carácter de la juventud que pasa por sus aulas*. Se acordó comunicar las conclusiones de este trabajo a todas las universidades hispanoamericanas. Iribarren representó con talento y discreción a la Universidad de Chile en el Congreso de Rectores y Decanos. Contribuyó muy eficazmente a la organización del Instituto de Cooperación Internacional, que fué el asunto de que este congreso se ocupó principalmente.

El valor intelectual de los congresos depende del carácter más o menos científico que tengan. Estos de La Habana no podían ser científicos en un sentido estricto. Pero de todos modos tales asambleas constituyen reuniones sociales, a menudo útiles y casi siempre agradables y amenas. Se conocen personas distinguidas o de verdadero valor intelectual de diferentes países, se cambian ideas, se acrecientan los conocimientos y se estimula la actividad espiritual de cada cual.

La delegación cubana estaba encabezada por el eminente jurisconsulto e internacionalista doctor Antonio Sánchez de Bustamante, figura de relieve americano, hombre venerable, de inteligencia clara y serena y dotado de una elocuencia a la vez amplia y sobria. Entre los demás delegados cubanos recuerdo por su inteligente actuación al rector de la Universidad doctor Clementé Inclán y a los doctores López del Valle,

secretario del Congreso, Carrera Justiz, Alberto del Junco, Ramón Zaydin. Conocimos también y pudimos apreciar en aquella ocasión a intelectuales de valía y de sólida preparación como Alberto Lamar Schweger y Ramiro Guerra Sánchez.

Entre los delegados de otras naciones debo mencionar al hábil y fino internacionalista norteamericano James Brown Scott.

Constituyó para nosotros una nota muy típica del Congreso la fácil oratoria de nuestros compañeros de los países tropicales. ¡Cómo fluía de sus labios una elocuencia ampulosa y palabrera! Nuestros amigos cubanos solían también dar tumbos medio ahogados en el torrente del verbo, sobre todo en virtud de su afición a improvisar, para lo cual desgraciadamente muestran muchas aptitudes. No era infrecuente caso que las sesiones, por la actitud tribunicia y altisonante de los oradores, tomaran semblanza de asambleas políticas.

Los congresales fuimos objeto de muy delicadas atenciones de parte de la sociedad y de las autoridades nacionales, locales y universitarias. Hubo espléndidas recepciones ofrecidas por los Ministros de Estado, el Presidente del Senado, el de la Cámara de Diputados y el Alcalde de la ciudad (1).

* * *

Sabido es que la influencia de los norteamericanos en Cuba es considerable. La proximidad geográfica al coloso del Norte y la inferioridad económica de la perla antillana así lo han querido de una manera inevitable. Los cubanos reconocen y agradecen públicamente a los Estados Unidos su cooperación para alcanzar la independencia de España que de otro modo tal vez no habrían obtenido. Desde ese momento se inicia un maridaje cuyo proceso va en camino.

Es verdad que casi al día siguiente de la independencia se les enturbió a los cubanos el goce de la libertad recién obtenida. Los Estados Unidos impusieron a su flamante constitución el grillete de la Enmienda Platt (2).

(1) Desde nuestra llegada fuimos muy bien atendidos por nuestro hábil Ministro don Miguel Luis Rocuant y nuestro Cónsul General don Javier Urrutia V.

(2) Los principales puntos de la famosa Enmienda Platt son los siguientes:
«I. El Gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún poder o poderes extranjeros ningún tratado u otro pacto que menoscabe o tienda a menoscabar la independencia de Cuba, ni en manera alguna autorice o permita a ningún poder o poderes extranjeros obtener por colonización o para pro-

Hay que reconocer que en definitiva los cubanos se han avenido con la famosa Enmienda. Un meritorio escritor cubano a llegado a decir, últimamente (1), que la Enmienda Platt no es más que la Doctrina de Monroe aplicada a un caso particular y manifestada en una forma explícita. De suerte que, al revés, los pueblos hispanoamericanos que deben reconocer la Doctrina de Monroe tendrían también por este hecho su Enmienda Platt implícita. Si tal interpretación fuera acertada, lo que bien puede ocurrir, no probaría sino la urgencia de que los pueblos latinoamericanos dieran por caducada cuanto antes esa bullada Doctrina. Síntomas claros ha habido últimamente, no sólo en la América Española, sino en los propios Estados Unidos de que esto está en camino de ocurrir.

Ya he dicho que el turismo anual norteamericano deja caer sobre La Habana una lluvia tonificante de millones que hace naturalmente que los yanquis sean huéspedes muy bienvenidos. Pero la influencia económica norteamericana se manifiesta de otros modos más alarmantes, estables y profundos. La industria azucarera y las demás industrias importantes de la isla se hallan en su mayor parte en manos del capitalismo yanqui.

La fábrica de azúcar es un símbolo amargo en la vida cubana de todos los tiempos—dice Juan Marinello—. Porque en el ingenio siempre han estado en pugna el poder económico con la dignidad humana. Ayer fué el *cachimbo*, teatro de la inhumanidad española; hoy es el *Central* electrificado, centro de la sumisión al imperialismo económico.

Con los ingenios de azúcar se han formado grandes latifundios y para su explotación se han ido reemplazando los trabajadores blancos por negros, que se introducen de las Antillas

pósitos navales o militares o de otra manera, asiento o jurisdicción sobre ninguna porción de dicha Isla.

II. Dicho Gobierno no asumirá o contraerá ninguna deuda pública para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva, después de cubierto los gastos corrientes del Gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios.

III. El Gobierno de Cuba consiente en que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir para la preservación de la independencia de Cuba y el sostenimiento de un Gobierno adecuado a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y al cumplimiento de las obligaciones, con respecto a Cuba, impuestas a los Estados Unidos por el Tratado de París, y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba.

IV. Todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba durante su ocupación militar serán ratificados y tenidos por válidos, y todos los derechos legalmente adquiridos a virtud de aquellos, serán mantenidos y protegidos.»

(1) R. Guerra Sánchez. *En el camino de la Independencia*.

vecinas. De aquí, entre otras cosas, un peligro para la calidad de la población de la isla en vista de los elementos indeseables con que se la integra.

Indicado sea de paso que en La Habana misma no se ven más negros, no digo que en Nueva Orleans, pero ni aun que en Washington o Filadelfia.

El incremento de la industria azucarera en la forma indicada ha provocado ya más de una crisis y causó en un principio la ruina de muchas industrias fundamentales para la vida. Pero el Gobierno ha reaccionado en este sentido y se han tomado medidas para fomentar y proteger el cultivo de pequeñas fincas, la crianza de aves, la horticultura, etc.

Cuanto hemos dicho en los párrafos anteriores muestra que la independencia de Cuba es algo precaria y limitada. No desvanecen estas sombras las palabras del Presidente de la República y de otros funcionarios que no pierden ocasión para proclamar muy en alta voz que Cuba goza de libertad absoluta. Al revés, esta insistencia, por bien intencionada y conveniente que pueda ser, se hace sospechosa, deja el ánimo sumido en dudas, suena a hueco.

En Cuba no se nota contra los norteamericanos la animosidad que se puede observar en otros países de los trópicos.

Como el dominio de nuestras tierras e industrias por Wall Street—expresa Marinello—ya es decisivo, y el cubano, desplazado de las más independientes actividades, busca en el *presupuesto*—única industria nacional sin quiebras visibles—su *modus vivendi*, no es cosa rara ver a muy penetrantes inteligencias y a muy avizoras minorías obedecer a gobiernos cubanos sonrientes al gesto estadounidense.

Pero la sonrisa, además, es espontánea, como tiene que serlo para quienes gastan rumbosamente mucho dinero en hoteles, fiestas, diversiones, paseos, curiosidades y demás menesteres del trato diario. Si esta complacencia es muy humana no es justificable por otro lado de ningún modo la que gastan en el terreno doctrinario los órganos de la prensa habanera.

El Mundo, uno de los dos o tres principales diarios de La Habana, ha dicho en su edición del 1.º de Marzo:

Es censurable que Inglaterra haya mandado un buque de guerra a Santo Domingo para proteger las vidas e intereses de sus súbditos que pudieran verse amenazados con motivo de los recientes desórdenes.

Cree que bastaría con la policía que están en situación de hacer funcionar ahí los Estados Unidos. Agrega que a estos puede parecerles mal semejante celo de parte de los ingleses.

De esta manera no se podría mantener la doctrina de Monroe «ni de goma que fuera» (textual). ¿No es este un colmo en las columnas de un diario hispanoamericano? ¿No es como adelantarse a adivinar los deseos del amo?

Otro periódico, el *Diario de La Marina*, de tanta importancia como *El Mundo*, anota el hecho de que en el reciente conflicto los Estados Unidos no han intervenido en Santo Domingo fuera de haberle negado un empréstito al anterior Presidente con lo que manifestaban la desaprobación de su política. Y el diario se pregunta en seguida:

Esta forma de no intervención ¿será un bien para *nuestros pueblos*? ¿Será un mal?

¿No es verdad que el periodista muestra en estas líneas la nostalgia de las intervenciones armadas e invita al poderoso patrón del norte a no dejarlas de la mano? ¿No es esta también una desconsoladora actitud de docilidad en un órgano de opinión hispanoamericana?

No faltan por otra parte manifestaciones de nacionalismo y cubanidad que vienen muy a tiempo, que son indispensables para cultivar el alma aun frágil de esta nación en formación y suscitan esperanzas y confianza en su porvenir. En primer lugar el culto de sus héroes. Estatuas de los principales caudillos de la independencia y de escritores y poetas que de alguna manera se sacrificaron por ella adornan los hermosos paseos de La Habana. Maceo, Gómez, Martí reciben ahí el homenaje de los patriotas cubanos; sobre todo Martí, el apóstol puro y romántico de la revolución, que va pasando a ser el héroe epónimo de este pueblo. Luego el mantenimiento de la música, de los cantos y bailes nacionales en que se condensan algunos de esos matices quejumbrosos y sensuales, como con quebras amorosas, del alma criolla americana. En las fiestas sociales en La Habana se bailan, alternando con shymmies, valeses y tangos, los simpáticos, lamentosos y de ritmo algo monótono sonos y danzones del país.

Al frente de la influencia norteamericana se levanta aún poderosa, sobre todo en la capital, la de la colonia española. Es de imaginarse a España como una madre algo adusta, amante bajo su cáscara amarga, que a pesar de riñas terribles con su hija y de haberse ésta emancipado, no se aparta de ella, no la deja de la mano y la escuda en las aventuras y nupcias peligrosas a que la va conduciendo su nueva vida. Y sin duda, como la sombra de una vieja madre, aunque haya sido de carácter difícil, es favorable para el desarrollo del alma de Cuba la sub-

sistencia de la influencia española en el suelo de la perla anti-llana. La colonia española es rica y poderosa. En La Habana hay cerca de trescientos mil españoles. El Centro Asturiano y el Centro Gallego, con setenta mil socios el primero y cuarenta mil el segundo, instalados en magníficos palacios, son hogares opulentos, de carácter a la vez social, cultural y filantrópico. Mantienen buenas escuelas y espléndidos sanatorios en los alrededores de la ciudad.

Sin embargo el destino de La Habana es dejar de ser un centro de civilización exclusivamente hispanoamericano. Se halla colocado en un punto en que se cruzan muchas corrientes internacionales para que no sea así. A diez días de Europa, a cuatro del Canal de Panamá, a tres de Nueva York y a uno del sur de los Estados Unidos.

Los vientos de las culturas extranjeras empezaron a soplar con más fuerza después de la independencia y no han podido dejar que las plantas de la cubanidad se afirmen y se propaguen sin mezclas extrañas. Sin perjuicio de que en el inverificable caso de haber sido dejada sola, Cuba habría sufrido un notable retraso en su civilización. Es sabido que de las influencias extranjeras que actúan en la isla ninguna tan poderosa como la norteamericana. Por esta circunstancia La Habana, ciudad eminentemente internacional, vendría a ser como un crisol en que se irían compenetrando y fundiendo los elementos de las culturas angloamericanas e hispanoamericanas para ofrecer una nueva civilización a la humanidad. Así lo piensan muchos cubanos. Sea como quiera, pero el hombre no tiene mejor manera de construir el porvenir que ser fuerte en el presente y los hispanoamericanos debemos defender como herencia sagrada nuestro idioma castellano y las demás buenas manifestaciones de nuestra espiritualidad.

* * *

Había llegado la hora de regresar. Deseábamos hacerlo y sentíamos dejar La Habana. Con emoción nos despedimos de Luis David Cruz que debía quedarse ahí una semana más para continuar a Europa. El vapor partió de noche. Soplaban un fuerte viento. Aun dentro del puerto las olas se encrespaban delante de la proa como abrazando al barco para que no se fuera. Apoyados en el barandal contemplábamos por última vez La Habana, el Capitolio, las esbeltas torres blancas de muchos edificios. Bañadas éstas en luz proyectada por focos invisibles desde su base producían un efecto fantástico. Eran torres de luz difusa, de marfil iluminado, dignas de un panorama de

las Mil y una Noches. Eran como la proclamación de la voluntad del hombre de vencer a las tinieblas, de ser poderoso y de ser alegre. Desfilaron ante nosotros las cenefas de luces y los avisos luminosos de la avenida del malecón. Todas estas pedrerías fueron hundiéndose en las sombras. Adiós a La Habana. Sentíamos ya una prenostalgia de esta ciudad y de sus encantos.

Otra vez a bordo. Nuevos pasajeros, entre ellos muchos chilenos, una familia peruana y algunos españoles que venían de Europa y fueron excelentes compañeros de viaje. También venía un buen número de ingleses. Recuerdo entre éstos a una señora de hermoso cuerpo y que bailaba muy bien. Recuerdo asimismo a un joven que, no obstante su educación inglesa, llegaba a ser mal criado de puro impetuoso.

El vapor es siempre un microcosmos en que, no sólo en los trópicos sino en cualquiera latitud, el corazón intensifica sus actividades. En el pecho llevamos una hada invisible y tejedora que no descansa jamás. Es el agente de la innata energía. Debe tener algo de mariposa y de araña. Busca las flores, la luz y, mientras un amor no la encadena, anda lanzando sus hilos afectivos en busca de otros corazones. Algunos pasajeros dan pruebas de la sabiduría de mantenerse apartados y tranquilos, discretamente sociables. No así la gente joven.

Vuelve la acostumbrada vida en el vapor bajo los trópicos. Pero no es lo mismo hacer el viaje de América a Europa que el de regreso. Muchos de los que vuelven de Europa o Estados Unidos traen consigo el ambiente de falsa libertad de París, Berlín o Nueva York. Las damas fuman y beben cocktails como los hombres. El amor se manifiesta más exigente y menos platónico.

El joven inglés, mal criado, persigue escandalosamente a una bella niña peruana. Otros la asedian también con muy poco respeto. La dama no toma a mal estas persecuciones y no ve en ellas nada de escandaloso. Son simples juegos de camaradas. Como tales se abrazan y se besan. De noche las parejas suben al puente superior que se mantiene casi a oscuras. Hay suave tibieza en el aire. La rítmica trepidación de las máquinas y el dulce rumor de las aguas mecen en cierta sensación de seguridad. La inmensidad del cielo y del mar envuelve a los enamorados. La música de un shimmy resuena en la luz del puente de abajo donde bailan. En la bóveda tersa y oscura las estrellas parpadean como ojos de divinidades paganas que miraran sonrientes los triunfos del amor. El vapor es nave que hace el viaje de Citeres. Los dolores de la tierra y los valores del espíritu no llegan a ella.

Mariano Latorre.

MARIMAN Y EL CAZADOR DE HOMBRES

(Del libro *Tierra de Conquista*)

AL sentarme en mi escritorio aquella tarde calurosa de verano, una invencible modorra cerró mis párpados y me sumió en deliciosa inconciencia. Debí dormir mucho tiempo, la cara sobre un montón de notas y papeles. Ni un ruido turbaba el silencio de la enorme barraca de madera que hacía de Cuartel de Carabineros. Una hora antes, bajo el bochorno de un mediodía del sur, atravesé las calles de Temuco, pegándome a las paredes para librarme de este aire espeso, que recalentaba el soplo de fuego de los roces. Intenté leer. Mis ojos se cerraron sobre el libro. Una sordina de insectos, en el horno del patio, se adhirió a mis oídos con la invisible sutileza del polvo en suspensión. Me despertó sobresaltado el choque de mi sable, contra los palillos de la silla. En el rectángulo de la puerta, que recortaba la densidad del aire estival, un soldado esperaba respetuosamente que me despabilase.

—¿Eh? ¿Qué hay?

—Llaman con urgencia de la Comandancia, mi Teniente.

Una torpeza oscura enredaba aún mi atención. Me

pareció que el teléfono había acunado con su repiqueteo insistente toda mi siesta sobre la silla.

—¿Quién llama?—pregunté.

El carabinero respondió sin vacilar:

—Conocí la voz de mi Comandante, mi Teniente.

Me puse en pie de un salto. Acudí al teléfono.

Pertenecía al Cuerpo desde hacía un año. La muerte repentina de mi padre me obligó a abandonar mis estudios de leyes e ingresé (era el único medio de ganar pronto un sueldo) a un curso de aspirantes. No tenía una verdadera vocación, pero mi amor propio se tranquilizaba al considerar que es difícil tener vocación para una cosa semejante.

—Aló, aló—dijo una voz impaciente—. ¿Con el Capitán Alvarez?

Era la voz atiplada, casi infantil, del Mayor Chávez.

Contesté:

—No, mi Comandante, mi Capitán salió ayer a Lautaro en comisión del servicio.

—¿Con quién hablo?

—Con el Teniente Reyes, mi Comandante.

—¿No hay otro oficial ahí?

—No, mi Comandante.

Oí frases furiosas. Chávez hablaba animadamente con otra persona que no conocí. Mi corazón palpitó acelerado. ¿Habría comprendido aquel gordinflón vulgar mi poco interés por la carrera? Pero sabía lo que era preciso contestar en estos casos. Resonó de nuevo la voz de Chávez. Según su costumbre, intentaba dar a sus palabras vulgares una trascendencia que no tenían. Todas sus frases adquirirían una curiosa entonación de arenga militar, aunque no viniese al caso.

—El Intendente me comunica que anoche han asaltado a unos indios, a legua y media de Boroa. El Jefe de Estación necesita fuerzas, porque en la Boletería hay mucho dinero. La partida la capitanea

Marimán, el mismo que asaltó la estación hace dos años.

Esa personalidad mecánica, defensora del sueldo, que uno va adquiriendo poco a poco en la vida, se despertó ante estas palabras solemnes. Y respondí, envalentonado con mi súbita decisión:

—Puedo ir yo, mi Comandante, en su persecución. El foragido no debe escaparse esta vez. Marimán tiene cuentas pendientes con el Cuerpo, mi Comandante.

—Bien, Teniente Reyes. Salga inmediatamente con los hombres disponibles.

No había perseguido nunca cuatreros, salvo en mis años de aspirante, cuando hacíamos el servicio de patrullas por los caminos de los alrededores de Santiago y buscábamos en ranchos y escondrijos a los maleantes que el paro de las salitreras esparció por los campos. Fuí destinado, más tarde, a los ferrocarriles y en los andenes de las estaciones del sur mi papel fué más bien el de un detective o el de un guardia, porque no era labor muy complicada hacer soltar la verdad a un maletero o llevar a la oficina del Cuartel a alguna muchacha escapada de su casa.

Mediante las viejas prácticas policiales del cabo Soto la verdad salía de los labios temblorosos de la muchacha o se colaba refunfuñando entre los dientes del ladrón.

Grité enérgicamente hacia la cuadra:

—¡Sargento Suárez!

Apareció el sargento abrochándose la guerrera. Se cuadró en el filo del corredor. A contraluz, con un fondo vibrante de sol, casi no ví su cara, pero su figura alta, huesuda, se recortó con nítido contorno. Precisé, luego, su nariz, torcida a la izquierda por no sé qué accidente de equitación. Prestaba a la cara larga algo de hosco y divertido a la vez, de cómico y de temible. Un bigote espeso cortaba con una línea

negra, mal trazada, aquel rostro aguzado como el filo de un cuchillo.

—¿Cuántos hombres disponibles hay en el Cuartel? Necesito tres para salir a Boroa en comisión del servicio.

Resonó la voz ronca del sargento, su voz habitual:

—Sólo hay dos carabineros disponibles, mi Teniente.

—Con los dos, entonces—repuse.

Sentí, en el patio, voces de soldado y patadas impacientes de caballos. Fuí a la pieza de armamento a repartir municiones. Al retornar a la oficina, las mantas de Castilla estaban ya enrolladas en los borrenes de las sillas. Los soldados, listos.

Media hora después galopábamos por el polvoriento camino conquistado a la selva. Negra aún en las hoyadas y su trama de quilas y de boquis se entreteje por las colinas y festonea los arroyos.

El piquete se agrupó, sin orden alguno, en parejas. Los soldados adelante. El sargento más atrás. Yo, solo, a alguna distancia. Miraba con deleite ese mar de lomas gredosas o azules, donde un árbol quemado abría sus muñones deshecho o bebía luz un trigal maduro, tendido en los faldeos. Había olvidado que perseguía a un cuatrero temible, del cual no tenía sino vagas referencias. Iba a llamar al sargento Suárez, cuando éste volvió grupas y se acercó a mí. En realidad, era él quien poseía la práctica de la profesión. Veinte años en el sur, persiguiendo bandidos, a través de bosques y cordilleras, le dieron justa fama de cazador de hombres, de rastreador implacable de huellas humanas. El me dió las primeras noticias sobre Marimán. Era un hombre joven, de las antiguas reducciones indígenas de Carahue. Hijo natural, según se decía, de alguno de esos boers andariegos que se

establecieron en las cercanías de Pitrufquén y de una de las mujeres del cacique Marimán, que aún vivía, en una hijuela cercana a Boroa.

—Por eso será medio colorín—explicó, apuntándose su nariz, índice severo de sus actitudes.

Suárez era un producto neto de la ordenanza. Las cualidades humanas habían desaparecido, o mejor se habían transformado, en sus pesquisas por el sur, en agresividad hacia todo lo que no fuera uniforme militar o autoridad de la que él dependiese. Y Marimán, para él, no era un delincuente al cual debía aprehender sino un enemigo personal que interrumpía sus quehaceres de cuartel y por esta causa, debía pagar su audacia con su vida.

—Difícil es que lo encontremos, mi Teniente, porque cuando éste asalta o roba animales se aleja de Temuco. Se va a Máfil o Puerto Montt y allí se pone a trabajar con otro nombre. Por la cordillera o por la costa ha de galopar ahora.

Torcióse su boca con un elástico gesto de payaso y agregó:

—Pero si lo encontramos...

No terminó su frase. Cambió su tono amenazante y dijo:

—...me lo deja a mí, mi Teniente.

Y supuse que si el azar nos colocaba frente a Marimán, difícilmente tornaría vivo al Cuartel.

Le pregunté entonces:

—¿Tiene muchas muertes encima Marimán?

Se ensombreció su cara. Pareció afilarse la nariz corva como una amenaza. Se endurecieron los ojos.

—Al pobre diablo que se le encara le mete una bala por nada. A tres carabineros se ha comido ya. A uno le robó una carabina.

Y explicó, después de una pausa:

—Dicen que es hombre educado, que estudió en la Escuela Comercial de Valdivia, con los Padres

Salesianos. Y empezó a vivir de robos, cuando desertó del Caupolicán, llevándose un rifle Mauser. En Valdivia tiene un proceso. Y se le juntan algunos cuatreros, algún indio ladrón y con eso se deja caer en las casas. Para comer no más, porque estos campesinos poca plata tienen. Para comer y para llevarse alguna muchacha, que después le pasa a otro compinche o las deja por ahí...

Amarilleó la fuerte dentadura del sargento. El conjunto de ángulos que disponían su cara se quebró formando una especie de sonrisa.

—Tiene mujeres por todas partes. Las tontas se van con él muy a gusto. Y las tiene de pensionistas por ahí, en el rancho de algún mapuche o en la casa de la madre. No hace dos meses se llevó a una hija del Maestro Pérez, de Padre Las Casas.

Noté un tono especial en estas últimas palabras. Un tono de ensordecimiento. Adiviné lo que pasaba por su cerebro en ese instante. El sargento conocía a esta muchacha raptada por Marimán o que, según todas las probabilidades, se escapó con él. Y nada tenía de extraño. Es la vida de los soldados en el sur. A veces, las muchachas mestizas coquetean con el bandido o con el soldado que se acercó al rancho en su persecución. Y con frecuencia, el negocio consiste en estar bien con ambos y a ambos concederles sus favores, según las circunstancias.

Pregunté a Suárez:

—¿Usted conoce personalmente a Marimán?

—Sí, mi Teniente. El año pasado lo perseguimos con mi Capitán Azócar, por este mismo tiempo de cosechas. Es la época en que saltea. Lo encontramos cerca de Cunco y se nos enmontañó. Se metió entre unos quilantares y de ahí disparó de mampuesto. Cayó entonces el cabo Ramírez con una bala en el cuello.

La idea de que Suárez era el rival de Marimán no

se apartó de mi atención. No me atreví, sin embargo, a interrogarlo. Consulté el reloj. Eran las tres de la tarde. El chirrido de las chicharras exteriorizaba el hervor del aire, maduro de luz. Lomas bajas, doradas de trigales, o vegas verdeantes de papas caracterizaban el paisaje. Unos hualles finos, elegantes, elevaban el fresco verdegay de sus plumeros, sobre el perfil de las curvas lomas. A ratos, trigales, árboles y vegas bailaban una danza inquieta en el aire removido por el calor. Media hora galopamos en el lomo de las colinas. Blanquearon las calaminas de la estación de Boroa a la distancia. Geométricas cercas de tranquila, restos de la selva derribada, separaban los cuidados potreros de engorda. Bajo un roble viejo, aun en pie, dormitaban vacas obesas o caballos de redondas ancas.

Nos detuvimos en el patio de la estación. Nos confirmó el Jefe sus sospechas. El día anterior vió bajar a Marimán, con dos individuos emponchados y una mujer. Uno de los acompañantes era Segundo Morales, viejo cuatrero del sur. Los esperaban, pues montaron a caballo y partieron al galope por el camino de Nueva Imperial.

Flaco, de nariz roja, el jefe de estación. Sus frases precipitadas, sus gestos nerviosos no me gustaron. Me pareció que abultaba los hechos para darse importancia.

—Un indio de las cercanías—explicó—vino a quejarse de que unos desconocidos le habían robado una gallina y que uno de ellos le echó el caballo encima al reclamar su precio. Sin embargo, en su propia casa se comieron la cazuela.

Suárez lo escuchó impasible. Su impresión sobre el jefe debió coincidir con la mía, pues le preguntó:

—¿Cómo conoció usted a Marimán?

Respondió con un despectivo frunce de los labios.

—¡Pero si ha pasado doscientas veces por aquí!

Aunque tenía la barba muy larga y el sombrero le tapaba la cara, lo conocí en el modo de andar, medio pierni-abierto. Y la mujer, una muchacha morena, la he visto con él varias veces, en el tren y en los caminos.

Nos despedimos. Otra vez sobre la carretera, tostada de sol. Miraba a Suárez. La inmutable energía de sus facciones me irritaba. No sé por qué. Quizá por no entender su odio al bandido. Quizá por creer que lo arrastraba un mezquino impulso de venganza o de rivalidad. Quizá por mi carencia de aptitudes policiales. Y recuerdo ahora que siempre en las pesquisas que dirigí estuve calladamente de parte del malhechor. Admiraba, sin poner en ello intención, su heroica independencia, y parecíame desproporcionado castigo la muerte o el presidio para estos hombres que, durante los inviernos lluviosos del sur, carneaban animales por hambre y sólo se defendían cuando se les atacaba.

Sería el sol, el polvo que, humedecido de sudor, se endurecía en torno a los párpados, lo que me ponía fuera de mí, obligándome a evitar la mirada de Suárez. Molestábame el que tomase la cabeza del piquete y decidiese de la dirección que debíamos llevar en cualquier cruce de caminos como el recuerdo de su interrogatorio al jefe de estación, en Boroa, sin mi autorización. Se detuvo, repentinamente, en el extremo de la meseta.

Inmenso, de un azul ligeramente rojizo, se hundía el cielo tras la franja oscura, empapada de siesta, de lejanos manchones de selva.

Deliberamos bajo el sol. Según los datos del jefe, Marimán debía hallarse en la casa de su madre, a la margen opuesta del Cautín. Suárez había logrado identificar al otro cuatrero que lo acompañaba por los datos de uno de los carabineros, antiguo soldado de la policía de Cunco.

—Estos preparan una grande, mi Teniente—comentó el sargento.

—Sobre todo ahora que los cosecheros han traído la plata al campo—agregó el carabinero.

E hizo, sin que le preguntaran, una biografía de «El Tuerto». No había cometido ningún crimen ni nunca presentó combate a los carabineros. No se comprometía en su oficio de cuatrero. Casi no era un bandido sino un hombre a quien la suerte iba empujando, poco a poco, a una vida irregular. Y se ponía al amparo de Marimán, que llevaba siempre la parte arriesgada de los salteos. Sus asaltos rápidos, sus fugas fulminantes lo salvaguardaban, porque los carabineros, deseosos de encontrar a Marimán, olvidaban a sus cómplices.

Suárez puso término a la conversación.

—Esta vez ni El Tuerto ni Marimán se escapan.

—Si los encontramos—apuntó con sorna el soldado.

Pusimos otra vez al galope los caballos. Las rucas de indios, que asomaban sus techos pajizos detrás de las lomas, parecían solitarias. El estrépito de cascos y de sables los hacía ocultarse en los espesos matorrales de las hondonadas. Y sólo sus perros, de extraños pelajes, nos salían al encuentro, ladrando, enloquecidos.

Golpeamos en la puerta de una ruca. Apareció por detrás del rancho un indio viejo, con una barba de conquistador. Nada se pudo averiguar. Respondía con monosílabos. Su cara redonda, imperturbable, daba la impresión de no comprender. En otra ruca, fué una india de chamal la que nos recibió. Ningún indicio.

—Si éstos se hacen los *mutres*—comentó el carabinero nuevamente.

La nariz de Suárez se torció agresivamente hacia el soldado. Pero nada dijo. Era necesario vadear el Cautín, que plateaba a lo lejos, cortado por redes de

árboles y jorobas de cerros. Insinué a Suárez la vuelta a Temuco. En realidad, venía pensando en ella desde que salimos de Boroa.

—Usted me ha dicho, sargento, que Marimán, después de un asalto, se aleja del lugar donde ha robado. Si es así, debe galopar en dirección opuesta a su casa, ahora mismo.

Sus facciones se endurecieron al oír mis palabras como si las tallase una repentina fuerza interior. Saltó por encima de mi inexperiencia, con respetuosa cortesía:

—Creo, mi Teniente, que debemos llegar hasta la casa de la madre de Marimán y allanarla. No podemos volver al cuartel con las manos cruzadas.

Sus palabras, impregnadas de viejo respeto a la autoridad, me amedrentaron. Y la noción del deber, el temor al castigo, fueron en mí entonces tan vigorosos como en mi subordinado.

Continuó nuestro galope por la falda de las lomas. Subimos al paso una colina barbechada, bajamos de nuevo. Una faja de agua verdi-oscura, silenciosa, como si se hubiera disuelto en su pereza el alma de la selva donde nació, partía la gracia del vallecito en-
gastado entre colinas; sementeras de oro, verdeantes papales, barbechos oscuros, grises excrecencias de rucas decoraban las márgenes boscosas.

Al llegar a la orilla supimos por un muchacho indígena que el vado estaba una legua más abajo. Era preciso atravesarlo en ese punto, sin embargo. Uno de los carabineros se metió desnudo en el agua. El caballo nadó sólo unos segundos. Y cruzamos el agua espesa, aceitosa, calladamente convulsionada por remolinos traidores que se engarfiaban a las patas de los caballos, haciéndolos resoplar asustados.

Nuestro instinto, es decir, el del sargento Suárez no nos engañó. Ibamos en la buena dirección. Así nos lo confirmó el propietario de aquellas tierras que

presenció, de pie en la ribera opuesta, nuestro paso por el río. No olvidaré su típica figura de huaso, con un fondo de árboles quemados, que retorcían, en suplicantes actitudes, sus gajos rotos. No lo olvidaré, a pesar de haber encontrado muchos semejantes, mientras permanecí en el Cuerpo de Carabineros. No era un hombre del sur sino un huaso del norte de Chile, trasplantado. Algo así como un mayordomo de fundo del valle central. Cuerpo obeso, largas piernas de torpe andar. Una gran cabeza cetrina. Una franjita roja era la frente entre el espesor de las cejas y el matorral negri-blanco de los cabellos. Cómicamente recortada, una barbita en punta remataba su cara. No había perdido sus atavíos de huaso nortino: chaqueta blanca, con dos rinaleras de botones atrás, pantalones bombachos, zapatos con tacón alto, con aletas sueltas y gastadas.

No contestó una sola vez en forma precisa a mis preguntas o a las del sargento Suárez. No me asombré por esto. Estaba ya suficientemente ejercitado en el trato de estos hombres de la frontera. No quería comprometerse en la pesquisa ni dejar de servir a los carabineros. Así eran todos los colonizadores obligados del sur. Cuatrero al llegar a estas tierras inexploradas y sin vigilancia, cómplice al posesionarse de los campos que recorrían, como reyes y señores, los bandidos y mapuches alzados, enemigo feroz, una vez dueño de las hectáreas robadas, con dinero en Temuco y con influencia entre los políticos, ladrones de todos los tiempos.

En un comienzo trató de poner obstáculos a nuestra marcha. ¿Sería un escrúpulo de solidaridad hacia Marimán que empezaba su carrera de propietario cuando él había llegado ya al término de su esfuerzo? No era eso. Era sólo miedo a comprometerse. Trató de demostrar su desconocimiento de las correrías de Marimán, riéndose del *cuento de sus salteos*. Fueron

sus palabras. Suárez le apuntaba su nariz, entre malicioso y molesto. El conocía, también, a estos huasos inescrupulosos y ávidos.

Aceptamos, sin embargo, el asado que nos ofreció.

—Vamos a demorarnos una hora por lo menos— comentó Suárez—, pero es necesario comer por si acaso.

Bajo la frescura de algunos pinos, junto a la casa, lo devoramos. La chicha de manzana, agridulce corazón de las pomas semi salvajes, desató la lengua de don Celindo Gómez, dueño de tres mil hectáreas de tierras limpias, a orillas del Cautín. Era entretenida su verba campechana. Habló de pasados tiempos. De Trizano, por ejemplo, a quien conoció. (Pensé de nuevo en cuatrereros y encubridores.) Con nostálgica admiración ponderó don Celindo la habilidad del célebre gendarme, su implacable astucia y su romántico respeto al bandolero austral, aunque lo fusilase por la espalda en cualquier recodo del camino si no se sometía a sus designios. Suárez comía sin mirarlo. Conmigo tomó inesperada familiaridad. Su instinto debió indicarle mi impericia en estos menesteres. Su manaza tosca descansó muchas veces en mi hombro:

—¿Y tienen la culpa los cuatrereros, mi Teniente? Los malos gobiernos, los hombres que no ven, esos son los responsables. Gentes *antiguañas* cuentan de esos soldados del 79, de esos presidiarios que formaron un batallón y que el Congreso quiso encerrar de nuevo en las cárceles. Apenas lo supieron, se largaron para el sur y ahí tiene usted el cuatrerismo que Trizano ahuyentó. Los de hoy son niños de teta comparados con aquellos.

Estas palabras mesuradas y razonables alejaron de mí la idea de un don Celindo cuatrero o encubridor, ocultando bandidos, a quienes vendía su protección

por animales robados a los indios o a los colonos establecidos en la región.

—El Gobierno debió encerrarlos sin decirles nada o emplearlos en alguna parte. En el mismo Ejército, por ejemplo. Porque hay que pensar, mi señor Teniente, que eran soldados y que muchos murieron en defensa de la patria. ¡Y mire, tener que formar otro ejército para concluirlos!

Su fuerte dentadura desprendió un fibroso pedazo de carne, masticó unos segundos, bebió un vaso de chicha y comentó con cierto cansancio melancólico:

—Hoy no. Se acabaron los bandidos. Unos cumplen condenas. La mayoría están enterrados en los caminos o en cementerios de indios.

Pero al preguntarle sobre Marimán, dejó escapar algunos detalles que hicieron levantar la vista a Suárez. No lo conocía precisamente. Lo había divisado de lejos, una vez, en unas trillas, porque el padre era vecino suyo. No sabía si estaba en su casa, pero podía estar.

Suárez se había puesto de pie. Con displicentes chupadas fumaba su cigarrillo ordinario. Don Celindo lo miraba de reojo, a través de sus pupilas soñolientas.

—Ese perro se comió dos carabineros—estalló—. Otro no se ha de comer, aunque se esconda debajo de la tierra. Y si llego a encontrarlo, vivo no pasa por aquí.

Sentíme, en medio de este drama, un simple elemento decorativo, impuesto por el Reglamento. A lo sumo, el burócrata que redactaría el parte y daría forma legal a los hechos.

Pero intervine con dignidad profesional:

—Si Marimán se entrega no tiene por qué no venir vivo, sargento.

Miróme con asombro en un comienzo; luego, sonrió. Parecióle bien que defendiera el buen nombre del

Cuerpo ante este ricacho burlón. Ordenó a los carabineros que montasen.

Don Celindo, desabrochado el chaleco, tirante como un tambor la redonda panza, dirigióse a mí con un tonito zumbón:

—Es mucho hombre este Suárez, mi Teniente.

Nos despedimos. Nos daba, solícito, detalles para llegar a la casa de Marimán.

—El camino los lleva solo. En un cerrito, p'al sur, tá el rancho. Por más señas, hay un trigal en la falda.

Y acercándose, me susurró al oído confidencialmente, la mano en el anca de mi caballo:

—Calladito hay que entrar, mi Teniente, porque estos 'tan siempre listos.

—No hay cuidado, don Celindo, Se tomarán las precauciones debidas.

Volví a desorientarme sobre don Celindo. No terminaría de conocerlo nunca. ¿Sabía o no de los cuatrereros de Boroa? ¿Deseaba o no que los carabineros terminasen con ellos? ¿Era el antiguo encubridor o el propietario actual el que asomaba su cabeza de zorro a través del color de sus palabras y hacía guiños en la malicia de sus ojos, escondidos entre relieves de grasa rojiza? Los azares de una vida aventurera, a ratos cuatrero y a ratos hombre de orden, habían hecho nacer en su cerebro maravillosos recursos de simulación y de mentira. La astucia se había hecho en él inteligencia vivísima, a pesar de su corpachón obeso, adobado por las comilonas y la chicha de manzana.

Y estas reflexiones tuvieron en mí inesperada reacción. Me sentí con una responsabilidad. Era necesario un carácter recto en medio de estas naturalezas huidizas. Y terminé por reírme de mí mismo. A fuerza de repetirse, en la escuela o en el cuartel, ciertas ideas generales sobre la rectitud y la moralidad de un oficial,

iban echando raíces en mí y determinando mis actos sin que yo interviniese en ellos.

Penetrábamos en una tierra salvaje. El camino lo constituían huellas de carretas que, durante años, siguieron el nivel de las colinas y modelaron con sus ruedas la carretera en la dócil greda de los declives. Enormes troncos carbonizados trazaban en el cielo claro ángulos y curvas inesperadas; otros abrazábanse en el suelo y en los claros; pujante, verdeaba el pasto natural o se erguían las varillas simétricas de las quilas.

En la curva de una loma se estompó la silueta de un indio, en su caballejo tobiano. Suárez se adelantó a interrogarlo. No entendió sus palabras o fingió no entenderlas. Repetía estúpidamente:

—¿Ruca? ¿Marimán?

Hubo que dejarlo. Nuestra aparición repentina lo anonadó, pues volvimos a verlo un cuarto de hora después en el mismo lugar, enclavado en la cumbre, como una estatua de la degeneración araucana, en su caballo dormilón, a grandes manchones claros y su facha deplorable de mapuche pobre. Subimos una nueva colina barbechada. Apareció otro vallecito. Un estero debía cruzarlo, porque dos cordones verdinegros de boldos y pilos señalaban claramente el fluctuar de las aguas en los altibajos del terreno. El sendero nos llevó como un guía hasta el vado.

Uno de los carabineros, que se había adelantado por orden de Suárez, vino a nuestro encuentro. Acababa de localizar la casa y el trigal, en el extremo del valle. Nos detuvimos en un espeso bosque de temos. Desmontamos. Por consejo de Suárez nos internamos algunos metros entre los árboles. Discutimos el plan de ataque. Como era lógico, dejé obrar al sargento. Desde luego, la tropa iba a desplegarse alrededor de la casa para cortar la retirada de los bandidos o de cualquier persona que intentase subir la cumbre

y pasar al otro cajón. Uno de los carabineros, cruzando el bosque de la derecha del camino, debía situarse detrás de la casa. Veo aún el caballito negro que montaba, «El Tordo», ágil, nervioso, apareciendo y desapareciendo por entre los matorrales, abierta su cola a cada contacto de la espuela, como un corcel de guerra. Por última vez.

Suárez me dijo, entonces:

—Usted, mi Teniente, debe resguardar el bajo. Se divisan una serie de coigües, para el lado donde va el estero. Yo subo por el lomo de este cerro con el dragoneante Martínez.

No me mezclé para nada en sus disposiciones. Ni siquiera por fórmula le hice observación alguna. Su pasmosa seguridad me subyugaba. En ese momento era el prodigioso resorte de un mecanismo sabiamente disciplinado. Ni temor ni reflexión en su actitud. Y pensé que si la muerte salía a su encuentro en la eventualidad del combate serían idénticos sus movimientos y sus palabras.

—¡Hasta luego, mi Teniente!—dijo con afectuoso saludo.

Se perdieron rápidamente los caballos entre las innumerables acumulaciones de temos y de pilos. Me encontré solo en medio de los árboles. Me sobrecogió un supersticioso amedrentamiento. No era miedo, pero el vuelo de los tordos y lloicas o el rápido frufujeo de las hojas me estremecía con un largo escalofrío. Sin la sugestión disciplinaria del sargento mis ideas sobre los cuatrerros volvieron a posesionarse de mi sensibilidad. Un gesto de asco secaba mi garganta. Resolví en mi interior vegetar de furriel en las oficinas de un Cuartel de Carabineros de provincia, antes que perseguir a un hombre de mi raza en resguardo del ricachón ávido del sur, más peligroso para el porvenir de Chile que el desgraciado mestizo al cual arrinconábamos en ese instante. Me alivió la idea de que

Marimán pudiese haberse escapado, si estaba en la casa.

Con el caballo de tiro seguí el sendero trazado entre los árboles. Lo amarré a un pilo en un claro. Y agazapado corrí por entre los troncos hacia el fondo de la vega. Antes de alcanzar un enorme coigüe colocado en el medio del valle, oí el primer disparo. Tuvo un eco estrepitoso en mi corazón. Marimán estaba en la casa. Levanté precavidamente la cabeza. Un hombre alto, con una carabina en la mano izquierda, atravesó corriendo la explanada que enfrentaba las casas y se ocultó entre las altas espigas, bañadas de roja luz. Amartillé mi pistola. Sonaron cuatro tiros casi simultáneos y en direcciones distintas. El puro cristal de aquella tarde de verano se rompió en millones de sonoras trizaduras. Una bandada de torcazas tableteó sobre mi cabeza. Unos indios que araban en las faldas de una loma desenyugaron sus bueyes y se perdieron entre los matorrales. Inmóvil, ensangrentada de poniente, se recortó la casa abandonada, como un pontón a la orilla del mar de oro de la sembrera. Las balas agujereaban el aire con un zumbar de moscardones. Apoyada la cabeza en el tronco ví cómo el bandido (no me cupo duda que era Marimán) asomaba la cabeza por entre las espigas y sus disparos se repartían matemáticamente en la dirección de los soldados. Les grité que bajasen de los caballos. Me asombró a mí mismo la energía de mi voz de mando. Una bala hizo saltar la corteza del coigüe en mil esquirlas rojizas. Era la respuesta del bandido, a mi grito de alarma. Comprendí, entonces, cómo protegió Suárez la inviolada seguridad del jefe, designado por el Estado. El estrépito de un relincho colmó como una ola el valle entero. Algo de agonía salvaje, de primitivo tenía este relincho. Ví caer de rodillas dilatadas las narices, al caballito negro.

—¡Pedazo de bruto!—insulté al soldado, fuera de mí.

El tiroteo se hizo inteligente, más espaciado y en una misma dirección. No tardé en comprender que Marimán había reconocido a Suárez. Empezó, entonces, un duelo salvaje, astuto, insidioso. Suárez arrebató la carabina del dragoneante, y sin miedo a que una bala lo tocara, disparaba hábilmente hacia el trigo. Marimán hacía lo mismo, desplazándose entre las espigas. Por parte de Suárez, el ataque tenía una agresividad implacable. Advertíase que quedaba en el campo o ultimaba a Marimán. Este se limitaba a defenderse, cercado por todas partes, deseoso de abrir un hueco para escaparse. La muchacha de «Padre Las Casas» no se apartaba de mi imaginación. Suponíala unos segundos chica, aindiada, o bien esbelta y rubia como una criolla alemana. A cada disparo del bandido, Suárez daba un salto de puma, acercándose a las casas. Buscaba el abrigo de un gran roble botado a la orilla del trigo, a modo de cerca. Temí verlo caer de un momento a otro, porque su chaqueta blanca, cruzada por el correaje del uniforme, presentaba un magnífico blanco. Su audacia nos sugestionaba, y cada uno de sus saltos felinos era una orden tácita que todos obedecíamos metiéndonos sin miedo en el trigal. Oigo aún el chasquido de los tallos quebrados y el rodar de los granos rubios, en esta trilla inusitada y mortífera. La complicidad de sus varillas sonoras y radiantes ocultó hasta el último momento el destino de aquel hombre heroico e infeliz.

De improviso, callaron los disparos. En este remanso del silencio, los ruidos del campo se removieron con una tumultuosidad de marea. Asomé precavidamente mi cabeza por la superficie del trigo. Nada se veía. Ni Marimán ni Suárez, pero me agaché con rapidez, porque el bandido podía muy bien

buscar un blanco más preciso para aprovechar sus últimos tiros.

Oigo, de pronto, una voz quebrada que clama roncamente:

—¡Toy dao!

Me levanté. Dos brazos toscos, crispados, emergían de las espigas. Avancé por el trigo impetuosamente. Me detuvo un grito del sargento.

—¡Cuidado, mi Teniente!

Sonó un disparo. Ví describir a una carabina un largo semi-círculo y caer sobre el trigo. Me acerqué. Sudoroso, sin quepís, desabrochada la guerrera, inyectados los ojos, Suárez pateaba en el suelo los despojos del bandido. Se detuvo al verme.

—Esa es la treta. Así cayó Pino en Máfil.

Un resoplido estruendoso nos hizo volver la cabeza rápidamente. La bala del bandido había herido mortalmente a otro de los caballos, un gran alazán, que cayó de lado, encogiéndose en trágicas convulsiones.

Sobre esa alfombra de destrozadas espigas agonizaron juntos la bestia y el hombre. Me incliné curioso sobre Marimán. El grueso bello crispado torcíase en una mueca de dolorosa rabia. Extraños arabescos de sangre enrojecían su camisa blanca, limpia, recién puesta. Siete balas, según constatamos, atravesaron distintas partes de su cuerpo. Mirábalo con emoción, con una complacencia malsana. La que de niño experimentaba al tener entre mis manos el pájaro que voló inaccesible sobre mi cabeza.

Alto, blanco, expresivo era su frontal, enérgicamente enclavado en los arcos superciliares. Una frente nórdica, alba de serenidad; pero la curva aguileña de su nariz y la saliente redondez de sus pómulos eran mapuches, a pesar de su rojez tostada. Iguales los pelos escasos del bigote y la raleza de su barba cobriza. Era una vitalidad potente la de este mestizo del sur. Vitalidad loca, gastada al capricho del instinto en

las tierras de conquista. La misma que endurecía el carácter del sargento Suárez y tallaba en acero los ángulos de su rostro acuchillado. Me viene a la memoria una observación que hice en mi corta carrera de Teniente de Carabineros montados, cada vez que el azar puso frente a frente dos hombres del temple de Suárez y de Marimán. Confundíanse psicológicamente, aunque fuese diverso el fin que perseguían y el medio en el que actuaban. El empuje era el mismo, la misma desbordante vitalidad, el primitivo concepto de su misión en el mundo o su desprecio irreflexivo por la vida. Estoy seguro de que si en lugar de Marimán hubiera caído Suárez tendría impreso, en su boca tajante, ese mismo gesto rebelde, y el cuerpo desangrado recibiría, en sus postreros estertores, salvajes patadas e insultos denigrantes.

Corté la repugnante escena, ordenándole a Suárez que me siguiese a la casa para efectuar el allanamiento y averiguar quiénes acompañaron al bandido en ese instante.

No encontramos rastro de los cuatrerros que llegaron con él a Boroa. Allí no estaban sino la madre de Marimán y una muchacha morena de bellas facciones. Exteriormente nada conmovía el óvalo morisco de su cara y los almendrados ojos negros, que parecían miniaturas del rostro mismo. Una chiquilla sucia, de mechaz rojizas, se agarraba a sus vestidos. Todo esto era aparente. La aparición del sargento comunicó un temblor nervioso a su barbilla puntiaguda, mientras la mano grande, tosca, aferraba histéricamente un pliegue de la pollera, Suárez preguntó con su habitual energía:

—¿Quiénes estaban aquí con Marimán?

La muchacha tartamudeó algo que no se entendió. Suárez subió la voz:

—¡Aquí debe contestarse con claridad y sin mentir! Si no...

Rompió a llorar la chiquilla con un chillido agudo. De un rincón surgió la madre de Marimán. Acercóse a nosotros amenazante, moviendo vertiginosamente sus brazos cobrizos, gruesos como gajos de árboles. Frases cortas, como rápidas explosiones, salían de su boca tremulosa. Entendíanse algunas palabras en castellano: «¡carafinero, matar hijo, perro, carafinero!» Dirigíase a Suárez que la escuchaba atusándose el bigote, caída la nariz en un desplome benigno, pero un repentino grito del sargento estranguló su estridente monólogo en mapuche. No agregó una palabra más, como si estuviera acostumbrada a la violencia de mandatos semejantes. Y Marimán y Suárez volvieron a coincidir en el mismo ángulo psicológico, me parecieron en el mismo plano de agresiva impulsividad.

Pero la escena me irritaba. No era molestia por mi deslucido papel en la caza de hombres, no. Era, más bien, el fluctuar quemante, vergonzoso del deber profesional con las convicciones más arraigadas de mi alma. No podía separar a Suárez de Marimán ni a Marimán de Suárez. Si el bandido hubiese triunfado mi furia iría a él, estaba seguro; pero muerto, Suárez se me aparecía repulsivo, deformada su naturaleza viril por crueles abusos de autoridad. Ambos destruían, con sus pasiones desatadas, el concepto de humanidad que brillaba sin morir, a pesar de mi profesión, dentro de mi conciencia.

Intervine con violencia cuando Suárez volvió a interrogar a la muchacha después de recorrer la casa y el patio trasero. Había descubierto en el huerto los restos de una comilona reciente. La niña no contestó una palabra y Suárez, furioso, la zarandeó rudamente por los brazos.

—Suelte esa mujer, sargento.

Y ordené envolver el cadáver para llevarlo a Temuco a caballo. La noche se nos viene encima.

De mala gana debió soltar a la muchacha. Aquellos restos de churrascos, los conchos de chicha que amari- lleaban en los vasos y la yerba que aplastaron los cuerpos en indolente abandono, habían exacerbado sus celos, desencadenando todos los fermentos de su animalidad. Fué a levantar el cadáver. Lo hizo con la hábil seguridad de costumbre, pero no cesó de multiplicar las razones para convencerme de que debíamos llevarnos la muchacha a Temuco.

—Vea, mi Teniente, ésta debe saber muchas cosas de Marimán y sobre sus cómplices. No hay que dejarla escapar.

—De escaparse no se escapa, sargento. Ya la haremos venir mañana. Hoy no tenemos caballo ni para nosotros.

No replicó. El mismo puso el cadáver de Marimán sobre el propio caballo del bandido, un caballo rosillo, como espolvoreado de niebla en las ancas y sembrado de leves salpicaduras de alba en las tablas del cuello. No fué difícil cogerlo y embridarlo. Estaba con la silla floja y dormitando, en una cerca hecha con el mismo lazo del cuatrero, en torno a los pilares del corredor. Con él fué atado el cuerpo a la silla cuyana, doblándolo en la cintura.

El llanto agudo de la chiquilla pelirroja y los insultos de la madre de Marimán nos acompañaron largo rato por la hondonada. Uníanse al croar de los sapos en los aguazales y al soplo de los concones, sorprendidos en sus nocturnas correrías. La sombra densa de los matorrales rayábanla miles de luciérnagas, aéreas y azules como partículas de luna extraviadas en el campo. Era preciso ir despacio por estos senderos fluctuantes, llenos de hoyos y salientes. La confianza volvió a reinar entre Suárez y yo, como al principio del viaje. Con generoso desprendimiento trataba de hacer recaer en mí la gloria de la captura y sin darme cuenta (¡malhadada defensa de la mensualidad!),

sentíame aureolado de heroísmo. Le devolví su lisonja, ponderando su sangre fría, su habilidad de soldado.

—Debía usted ser ascendido a oficial—le dije—, como tantos que hay en el Cuerpo.

Me sorprendió su respuesta, ligeramente burlona y sin denotar ambición alguna:

—Pero si esto no tiene gracia, mi Teniente. No hay choco que dé en el blanco a esa distancia. ¿No ve que los cortan más acá de la mira? ¡Cerca, claro que la cosa cambia!

Ni miedo, ni vergüenza, ni remordimiento. Un recurso del que se aprovechó astutamente para no ser herido. Sin ese choco, es muy posible que Marimán se hubiera escapado. El recuerdo del bandido, en medio del trigo, llenó de nuevo todo mi espíritu. Desangrado, hecha un harapo su vitalidad y su fuerza, marchaba delante de nosotros. Envolvíalo la noche, cuajada de estrellas y luciérnagas, de croar de sapos y de fresco de ocultas corrientes. Con ágil trote caminaba el rosillo de Marimán, como si su mismo amo lo espolease al sentir, tras él, apremiante ruido de cascos. Camino que su instinto conocía: matorrales de clavadoras quilas, gredas resbaladizas, helados pozos de aguas dormidas.

A las nueve de la noche vadeamos nuevamente el río.

Nadie se había dado cuenta de nuestro paso. Sin embargo, el tiroteo debió oírse a tres leguas a la redonda, pero ninguno salió a nuestro encuentro. Un silencio de país deshabitado hacía más sonoros los golpes de los cascos en las piedras y los estornudos de las cabalgaduras. Ni don Celindo. Su casa de hacendado rico era, en la noche clara, un pesado muro de sombra. Solo sus pinos murmuraron algo al paso de nuestros caballos.

Suárez, que debía sentir hambre o simplemente

deseo de mostrar el cadáver baleado del bandido al campesino, murmuró con sorna:

—¡Por ahí debe estar cachando, detrás de una ventana! ¡No crea que ha dormido con los tiros!

Al entrar al puente del Cautín el caballo de Marimán se atravesó en la calzada y no hubo medio de hacerlo pasar. Implacables resonaron las pencas de los soldados sobre sus ancas. Yo mismo, las golpée rabiosamente con mi látigo. Muchos de esos golpes, a causa de los quites del caballo asustado, debieron caer sobre el cadáver cuyas piernas lacias asomaban en el ruedo del poncho, a ángulos grises y negros, que cubría el cuerpo. ¿Qué era lo que asustaba en esa forma inusitada al caballo? ¿Tal vez las sombras rectas de las casas, mordiendo con sus dentados ángulos el tapiz estrellado de la noche o quizás el lagrimeo de oro de las ampolletas, punteando la llanura como las candelillas en un gualve?

Mi impaciencia se hizo agresiva. A cada instante creía que la muchedumbre nos cercaba y nos pedía cuentas, con amenazantes injurias, de la muerte del bandido.

Le ordené a Suárez secamente:

—Vea si las amarras molestan las verijas del caballo, sargento.

Siempre seguro de sí mismo Suárez respondió una vez más:

—No se han corrido, mi Teniente, pero voy a revisarlas.

Descabalgó calmadamente y recorrió las amarras que sujetaban el cuerpo al lomo del caballo. A un movimiento, vi deslizarse el poncho blanquinegro y por unos segundos (Suárez tapó rápidamente el cuerpo) mostróse la cabeza desgñada del bandido y la dentadura sólida, enérgicamente cerrada, a causa del arriscamiento de los labios.

Y de repente, como si se hubiera convencido de que

era inútil toda resistencia, el caballo echó a andar por el medio del puente.

Suárez me explicó sin que yo se lo pidiese:

—Como buen caballo de bandido, nunca entró al pueblo. Marimán lo dejaba por ahí, en cualquier parte, listo para escapar. Por eso mañereó.

Sus palabras me evocaron aspectos inesperados de la vida del cuatrero, en los paréntesis de sus asaltos, cuando, por desconocidas veredas, se acercaba a Temuco, en busca de la moza de turno, mientras el rosillo, salpicado de rocíos mañaneros, dormitaba en el patio de la casa, amarrado a un árbol o a una cerca.

Sin saber por qué sentíame liviano, sin remordimientos, como si lo que hubiera pasado fuese sólo un sueño. Ni Suárez ni Marimán me parecieron salvajes y primitivos. El vigor que demostraron, al pelear a muerte como en tiempos ya desaparecidos, los enaltecía, tornándolos heroicos. Ni inútiles ni culpables. Productos de su medio, nada más. Fenómeno inevitable en la formación de un pueblo y de una raza.

El rosillo de Marimán trotaba con su fúnebre carga por los adoquines de Temuco. Repiqueteaban las herraduras al chocar en las piedras sueltas del pavimento. Ni un alma cruzaba por las calles. Amarillas ampolletas, veladas de polvo, apenas clareaban el sueño de las sombras.

A media noche llegamos al Cuartel.

Al día siguiente, mientras redactaba el parte, llegó a las oficinas de la Comandancia el Mayor Chávez. Oyó complacido la narración de la muerte de Marimán. Quiso ver el cadáver. Su cara enorme, cuyos rasgos estaban a punto de fundirse en una bola de grasa morena, trasudaba satisfacción. No había hecho

él la captura ni había corrido riesgo alguno, pero el librar a la comarca de un cuatrero temible sería, para el pueblo, sólo obra de su iniciativa. En una comilona provinciana contaríanse las peripecias del combate y algún antiguo cómplice del bandido, hoy influyente propietario, empinaría un vaso por el fausto suceso de su muerte o por el testimonio vivo de su pasado que desaparecía para siempre.

La manta volvió a cubrir el pálido bronce de la cara, donde los ralos pelos rojizos semejaban vetas de sangre coagulada. Todas las moscas de las pesebreras habíanse trasladado al cuarto y zumbaban impacientes sobre el cadáver. Chávez me felicitó, recitando no sé qué huecas consideraciones sobre el deber y el espíritu de sacrificio. Y es preciso que lo confiese con franqueza: me sentí tontamente halagado por aquellas frases que aseguraban con un sólido remache mi carrera. El sargento escuchó mi narración cuadrado militarmente. Intervino dos o tres veces para rectificar algún detalle o poner de relieve lo que olvidase en el fuego de mi relato. No había en sus rectificaciones ni odio ni vanidad, y, sin embargo, un encono cuyo origen no me explicaba, me iba, poco a poco, envenenando. Creí que hasta se burlaba de mi entusiasmo y sus interrupciones no tenían otro fin que dejar, ya sea en el parte o en la memoria de los que oían, un recuerdo imborrable de la pesquisa. Su resignación de oficial subalterno buscaba así una gloria indirecta y lejana. Mi asistente, un mapuche de Alpehue, que odiaba a Suárez, se encargaría de comunicarme si en la intimidad del rancho o de la cuadra, el sargento hacía alguna alusión burlona a mi actitud y se ponía, como era de suponerlo, en el heroico plano que le correspondía.

Pero ahora yo era el dueño de la situación. Así

fué que grité, para que Chávez lo oyese, al medio del patio.

—Sargento, que vayan los carabineros a Boroa a descuerar los caballos para instruir el sumario correspondiente.

Desde el otro extremo, bañado de sol, la voz ronca de Suárez contestó:

—Está bien, mi Teniente.

Rafael Cabrera Méndez.

ATISBO DEL MATRIARCADO

PRIMERAS VISIONES ARBITRARIAS

LA existencia de estados femeninos o de pueblos en que la mujer ostenta sorprendente predominio sobre el hombre ha sido, desde los antiguos autores helénicos, objeto de las más reiteradas y diversas alusiones. Siempre hubo hechos notorios que las autorizaran, pero, a decir verdad, no se les concedió sino hasta hace poco tiempo mirada atenta y reflexiva interpretación. Lo demás ha sido exageración proveniente de los prejuicios de que se hallaban imbuídos los observadores, referencias fragmentarias o fantasía de viajeros triviales.

Véase, por ejemplo, la evidente incontinencia de las notas suministradas acerca del presunto pueblo de los *gager*, al sur del Egipto, por el misionero italiano Cavazzi, a mediados del siglo XVII. Según dichas notas, los *gager* estaban gobernados por reinas y habían recibido de una de ellas tal suerte de constitución y leyes que no parecían productos humanos sino *obra de una tigresa*. Las normas establecidas por esta soberana consistían en matar y devorar a los enemigos, en dar muerte a toda mujer que alumbrase en el campamento, a los varones recién nacidos, a los gemelos y a los débiles. En presencia de su ejército, ordenó descuartizar a su hijo, lo puso en un almirez

y, mezclados los trozos con aceites y hierbas, obtuvo un unguento destinado a asegurar su propia invulnerabilidad. Añade Cavazzi que algunas negras a quienes bautizó le aseguraron que esta costumbre de triturar a los hijos varones estuvo en boga durante muchos años. La misma reina prohibió el consumo de carne de mujer, mas los guerreros, que apreciaban esta vitualla sobre todas las cosas, burlaban la orden y se reservaban para sus festines buena cantidad de muchachas. La fidelidad de este relato es sobremañera dudosa, y su interpretación, para diagnosticar una ginecocracia, aventuradísima.

Los antiguos autores griegos brindan copiosas noticias sobre pueblos en que asoman rasgos semejantes. El primero de los historiadores, Heródoto, observa que en Egipto se hallaba todo invertido entre los dos sexos, de manera que la mujer corría con las actividades de fuera de la casa y el hombre desempeñaba los trabajos domésticos. Llega a dar, curiosamente, el dato de que incluso cumplían sus menesteres menores en postura inversa: las mujeres de pie y los hombres en cuclillas. De viaje en Licia, apunta que es éste el único pueblo en que rige la línea de sucesión materna.

Tienen — dice — una extraña costumbre, que no posee ningún otro pueblo: toman el nombre de la madre y no del padre. Pues si preguntamos a un licio quién es, nos dirá su estirpe por la línea materna, enumerando las madres de su madre.

Hacia la misma época de Jesucristo, Diodoro asegura que en la fórmula matrimonial egipcia el hombre jura obedecer a la esposa. Investigaciones recientes han corroborado esta noticia. Así, en uno de los más antiguos papiros descifrados, la mujer expresa al hombre en el contrato matrimonial:

Si te despidiera como esposo, por aborrecerte o por querer a otro más que a ti, te devolveré la mitad de tu dote y también una parte de cuanto adquiera contigo mientras estemos casados.

Un reflejo de esta preponderancia femenina hay en la evolución de la mitología egipcia, donde el papel inicial de Isis se sobrepone al de Osiris.

Estrabón habla de Libia y advierte asimismo la división invertida del trabajo: las mujeres en las faenas productoras y los hombres en los cuidados domésticos y la atención de los recién nacidos. Estos hombres eran muy afectos al adorno, usaban joyas, se recortaban las uñas con delicadeza y se ondulaban la barba y el cabello.

Son también numerosos los relatos de los griegos en que se alude a la existencia de pueblos guerreros de mujeres en Africa. Otro hecho que a menudo les llamó la atención fué el de la aparente promiscuidad en ciertos países. Ellos lo entendieron así y lo anotaron, no siempre sin gran vituperio y escándalo. Finalmente, la propia historia de Grecia muestra rasgos notables de valimiento femenino, así en su mitología como en algunas de sus leyes y costumbres.

Pero estos caracteres fueron mirados algunas veces con indiferencia y otras como casos puramente anecdóticos en los que se fundaron interpretaciones arbitrarias y parciales. Lo más común, entre los griegos, fué atribuirlos a decadencia o degeneración de los hombres.

EL ALBA DE BACHOFEN

El primer cambio importante de apreciación sólo viene a madurar en la segunda mitad del siglo último y está sostenido por el fundador de las investigaciones sobre derecho comparado, el jurista basilense Juan Jacobo Bachofen, en su libro *El matriarcado*, que vió

la luz en 1681. Bachofen reunió una enorme cantidad de antecedentes, recogidos con genial percepción en la literatura y la mitología greco-latinas, y fundó en ellos la teoría anunciada en el título de su obra. En virtud de esta concepción, los extraños hechos que hasta entonces habían sido causa de asombro o de mera curiosidad, se articularon en una interpretación general, convirtiéndose en los signos de una fase histórica común a todos los pueblos. Tal es el hallazgo de Bachofen, y aunque su teoría haya sido posteriormente modificada en la casi totalidad de sus aspectos, conservará él la fama ilustre de haber rozado, antes que nadie, la vaga isla problemática.

Según la hipótesis del matriarcado la humanidad vivió originariamente, en cuanto a la esfera sexual, lo mismo que los animales de manadas, en relación irregular, es decir, en estado de promiscuidad. Ello determina el primer tipo de familia, que es de línea materna, pues la paternidad es aún incierta o ignorada, mientras que la maternidad natural se hace evidente por el parto. En consecuencia, todos los pueblos han pasado en su comienzo por el estado de promiscuidad y, en seguida, por la familia materna, por el matriarcado. Este evoluciona luego hacia un acentuado predominio de la mujer, una soberanía que pone en manos de la madre la autoridad de la familia y del Estado y cuya naturaleza es, para Bachofen, absolutamente positiva.

La fase matriarcal es, según comprueba el sabio basilense, una época de recios instintos elementales, presidida por fantásticos símbolos, por espíritus y demonios, e incluye una cultura cthónica, vuelta hacia la tierra, que tiende, como las raíces, a penetrar

en ella (1). Se adora a ésta bajo la forma de Deméter y otras diosas omnimaternas. Más tarde comienza el aparecimiento y triunfo de mitos y dioses que representan el predominio masculino y anuncian la preeminencia de la luz solar y de la razón sobre las tinieblas y los instintos.

La obra de Bachofen produjo gran impresión y originó una corriente de ideas e investigaciones que, no obstante haber hecho ya considerables avances, está lejos de agotarse. Sus ideas fueron adoptadas, entre otros, por el norteamericano Lewis H. Morgan, de cuyo libro *La sociedad primitiva* pasaron al de Federico Engels sobre el *Origen de la familia* y a casi toda la literatura socialista contemporánea, atenta a la divulgación de antiguas formas de sociedad comunistas.

LA APROXIMACIÓN OBJETIVA

Sin embargo, la hipótesis del matriarcado surgía lastrada por las inevitables limitaciones de las disciplinas históricas en aquella sazón del siglo XIX. El jurista basilense había procedido en sus trabajos mediante el auxilio primordial y casi exclusivo de la filología clásica. Y aunque es un hecho formidable la densidad de la idea que extrajo de ella, su intuición no excedió el repertorio de referencias greco-latinas y hasta compartió algunas de sus interpretaciones, que la indagación posterior vino pronto a rectificar.

(1) En su teoría de los círculos culturales y en diversos trabajos como *Matrimonio y matriarcado*, León Frobenius ha conducido esta insinuación a un agudo desarrollo, aportando sugestivas ideas y curiosos datos a la confrontación del carácter cthónico del matriarcado y, según su expresión, el telúrico patriarcal. El libro de Krische contiene una sinopsis de cuanto en ellos se refiere a esta materia. (Pablo Krische, *El Enigma del Matriarcado*.)

Una bella glosa del mismo tema se encuentra en *Oknos el soguero*, artículo de José Ortega y Gasset inserto en *Espíritu de la letra*.

Era necesario que nuevas disciplinas y la etnología, con su nuevo desarrollo, aportasen su contribución al esclarecimiento del problema entrevisto por Bachofen. Es, en efecto, un etnólogo, E. Westermarck, quien insinúa, veinte años después de la publicación de *El matriarcado*, las primeras rectificaciones de hechos a la interpretación sostenida en aquel libro.

Westermarck, en cuya *Historia del matrimonio* ha encontrado Bertrand Russell abundante información para su libro *Vieja y nueva moral sexual*, realizó investigaciones directas y, apoyado en ellas, formuló la conclusión de que, entre los pueblos primitivos, se muestran en más o menos igual número los que sólo reconocen la procedencia materna de los hijos y los que admiten su procedencia paterna. Comprobó, por ejemplo, que en algunos pueblos primitivos de Nueva Gales del Sur se creía resueltamente que el hijo procede sólo del padre y que la madre no hace más que sustentarlo. Esta averiguación era de una exactitud innegable, mas no tenía por sí misma bastante peso para derribar la sospecha de que, efectivamente, la humanidad había atravesado por una época en que la contribución paterna al advenimiento de los hijos era desconocida. Por una parte, confirmaba la idea de Bachofen, por otra reducía sus probabilidades.

La cuestión ha venido prolongándose hasta nuestros días, y aun ahora hay quienes consideran que no existe pueblo alguno que ignore el hecho de la paternidad, si bien la opinión contraria es la más unánime y se basa en fundamentos ofrecidos por pueblos actuales de cultura primitiva. Así Malinowski, a quien se deben muy útiles investigaciones sobre los naturales de la isla de Trobriand, ha constatado que estos hombres ignoran que cada persona tenga un padre. El ya citado libro de Bertrand Russell adopta varias noticias proporcionadas por Malinowski. Para el tema

que nos ocupa, hay estas dos que poseen particular elocuencia: Si, al regresar de un prolongado viaje, un hombre se encuentra con que su mujer tiene un recién nacido, eso es para él motivo de gran alborozo; pueden los europeos hacerle cuantas alusiones picarescas deseen sobre la virtud de su compañera, pero se dan cuenta invariablemente de que no son comprendidas. El dueño de una valiosa raza de cerdos castró a todos los machos sin creer, de ningún modo, que con tal procedimiento destruía la casta.

Se ve, pues, que si bien las objeciones de Westermarck restringían en cuanto a ese punto la hipótesis del matriarcado, no la afectaban esencialmente, porque carecían de valor general y definitivo. La ignorancia de la paternidad quedaba siempre reconocida en ciertos pueblos, y éste era un indicio que permitía suponerla inherente a alguna fase del desenvolvimiento humano. Lo que hay es que aquellas objeciones inauguraban una disposición nueva, nuevos métodos, nuevos instrumentos para atacar el problema, y anticipaban la próxima superación total de Bachofen.

Los trabajos que se efectúan desde entonces son cada vez más directos y más rigurosos. Se opera principalmente examinando la vida de los pueblos que se hallan en fases de cultura inferiores. Etnología, sociología, psicología unen su contribución y llevan el problema a una instancia que no es todavía la solución íntegra, pero que goza ya de indiscutibles soluciones parciales y ha puesto a un lado los errores de la teoría original. La enorme suma de material y observaciones que se ha acumulado desde Bachofen hasta hoy ha servido a Pablo Krische para hacer la más completa y sugestiva exposición que del asunto se ha formulado hasta el presente (1).

(1) Pablo Krische, en colaboración con María Krische: *El Enigma del Matriarcado*. Edición de la *Revista de Occidente*. 1930.

DOS DÉRROTAS: PROMISCUIDAD Y PRIMITIVISMO

Ahora bien, el matriarcado, en cuanto se atenía a establecer la procedencia exclusivamente materna de los hijos, era para Bachofen tan antiguo como el género humano. Vinculaba esta concepción a su creencia en el estado de libre promiscuidad de la vida humana primitiva. Esta idea de la promiscuidad originaria parecía confirmada por numerosas noticias de los autores griegos que dan cuenta de pueblos en los cuales, según ciertas apariencias, existía comunidad de mujeres y se practicaba la relación sexual libre y públicamente. Semejante observación indujo a los griegos a pensar que tales pueblos se hallaban en un grado muy primitivo de barbarie. Acerca de este punto, Bachofen ya está rectificado. La etnología desconoce hoy, de un modo absoluto, la promiscuidad, incluso entre los primitivos inferiores. Las noticias de los griegos y su interpretación sobre aquellos hechos son equivocadas y pueden referirse bien a prácticas de poliandria, bien a cultos eróticos que suelen encontrarse después hasta en pueblos patriarcales superiores.

Entre los pueblos donde los griegos creyeron ver rasgos de promiscuidad, figura el de los escitas. Las excavaciones practicadas en el que fué su territorio comprueban terminantemente el alto desarrollo de su cultura y desautorizan las versiones griegas concernientes a su barbarie. Por último, Bachofen asimilaba la promiscuidad del hombre primitivo a la vida sexual de los animales de manadas. Hoy es una evidencia el que la promiscuidad entre éstos no existe.

Desechada la hipótesis de la promiscuidad, queda reducida de manera ostensible la concepción del matriarcado como institución primaria. Pero todavía subsiste. El hecho de que no haya promiscuidad no

descarta absolutamente el reconocimiento exclusivo de la sucesión materna. La unión sexual no tuvo en aquellos tiempos relación alguna con la descendencia y no poseía otro sentido que el de su placer. Como ya hemos visto, se ignoraba la paternidad, mientras el parto imponía el acatamiento del hecho maternal y, por tanto, la línea de sucesión materna.

Sin embargo, no está demostrado que, en efecto, ocurriese así, aunque la primera conciencia que surgió después de las nociones puramente místicas sobre la procedencia de los hijos, fué sin duda la de atribuirlos a la madre. Aquí intervienen las investigaciones hechas entre pueblos que hoy viven en estado primitivo, y principalmente las de Enrique Cunow sobre los aborígenes del continente australiano. Ellas verifican que la línea de sucesión femenina sólo aparece en un grado de evolución relativamente alto, cuando la horda primitiva ha sido superada y se alcanza la sazón de las ligas totémicas. Antes de eso, la horda era indiferente a toda imputación de los hijos. Pero en la horda mandan los hombres, que poseen en la caza el agente económico primordial, y unen a éste la fuerza. La descendencia se atiende entonces a la línea de horda: por tanto, a la línea paterna. En este sentido ha sido posible decir que el patriarcado precedió al matriarcado. Sin embargo, este que vemos no es un patriarcado positivo. Sólo que permite constatar que originariamente no hubo, en rigor, ni matriarcado ni patriarcado.

¿Pero es que de la obra de Bachofen no va a subsistir nada? Sí; desde luego, dos cosas muy importantes: su genial intuición de una época de valimiento femenino con su cultura específica y la pista espléndida de sus errores. Con el solo hecho de reconocer éstos como tales, la ciencia reciente ha realizado una tangible adquisición.

La época matriarcal ha existido indudablemente

en casi todos los pueblos, si bien no se demuestra todavía que tal época constituye una fase necesaria y general en todo proceso histórico. Bachofen vió esta época y sus caracteres a través de la literatura y la mitología greco-latinas. No disponía de otro material ni de la posibilidad de observaciones directas aprovechada más tarde. Erró en parte de su interpretación, pero puso el pie en la tierra desconocida. No obstante, hay algo en que Bachofen practicó una labor que permanece intacta: es la identificación de los rasgos matriarcales en las leyendas, en los mitos y en la mayoría de los relatos antiguos.

FILIACIÓN DIRECTA DEL MATRIARCADO

Uno de los más urgentes trabajos de los nuevos investigadores había de consistir, como es lógico, en la filiación de la época matriarcal, esto es, en la exploración y reconocimiento de sus caracteres propios. La iniciativa de semejante estudio ha correspondido a M. y M. Vaerting, a la publicación de cuyo libro se debe en gran parte el enorme interés despertado en el último tiempo en torno a Bachofen y su teoría. Sus conclusiones se hallan fundadas en el examen directo de pueblos que ahora viven su fase matriarcal o conservan acusados restos de ella.

En primer término, establecen que las peculiaridades psíquicas que hasta hoy se han estimado como características de la mujer no aparecen, en sus líneas principales, sino condicionadas por el estado de predominio masculino. Bajo el estado de predominio femenino, estas peculiaridades pasan al hombre.

El rasgo inicial del matriarcado es la línea de sucesión materna. Lo cual significa que los hijos se atribuyen a la madre y al clan materno, y que se rechaza todo parentesco de aquellos con los padres. Junto a

la propiedad común del clan, germina el derecho de propiedad como prerrogativa de las mujeres. La herencia se promueve de la madre a los hijos, pero de manera especial a las hijas, y los rangos y títulos de un caudillo son heredados no por sus propios hijos, sino por los hijos de su hermana.

A estos signos añaden los Vaerting una serie de notas complementarias llenas de gran interés. Veamos algunas. Miran primero el orden sexual. En este fondo primario donde operan los impulsos elementales, la mujer desempeña el papel solicitante é imperativo, practica la poliandria y exige al hombre obediencia y castidad matrimonial. Puede repudiarlo, castiga su adulterio y estima grandemente su pureza antes del matrimonio. No hay diferencia de consideración en esta época entre el hijo legítimo y el natural, pues a la mujer le basta la documentación del parto. Dueña de su cuerpo, ella ejercita el derecho de actuar sobre sí misma, destruyendo, si lo desea, la vida en germen. Bajo su signo, el ideal de belleza es el hombre, y éste alcanza a convertirse en objeto sexual, justamente a la inversa de lo que ocurre en el estado masculino. De aquí nacería el culto fálico en el primer caso, mientras el de Venus es típico del segundo. Este régimen sexual determina probablemente la circuncisión de las niñas, costumbre muy extendida donde quiera que domina el matriarcado o perduran de él restos profundos.

Como ilustración de estas notas, cabe recordar las referencias aportadas por diversos investigadores—Charles Brooke, H. Ploss, Miklucho-Maclay, etc.—, acerca de las costumbres sexuales en numerosos pueblos del sur asiático y de las islas de Oceanía. Se apunta en ella la frecuente deformación genital masculina obligada, como medio de aumentar el placer exigido por el otro sexo. Es verdad que esto representa situaciones extremas, bajo un clima cálido y

en un medio en que la naturaleza se da con exuberancia e incita a las densas pasiones. Bien opuesto es, en cambio, el paisaje sexual de las tribus matriarcales norteamericanas.

En la esfera social, los Vaerting indican como peculiaridad del matriarcado el comunismo económico dentro del clan. Pero en cuanto emergen las ideas de propiedad, la mujer asume su derecho exclusivo. Esta adopta asimismo las ocupaciones de fuera de la casa, en tanto que los cuidados del hogar quedan a cargo del hombre. El predominio femenino se refleja también sobre la estimación de los recién nacidos. El advenimiento de las niñas es siempre recibido con alborozo; el de los varones con indiferencia y alguna vez con desencanto. Si sobrevienen tiempos de penuria económica, y hay que apelar al abandono o al sacrificio de las criaturas, sólo perecen los hombres.

En cuanto a los cargos públicos, parece ser que ni en las sociedades matriarcales existentes, ni en las históricas han estado de modo exclusivo en poder de las mujeres. Pero éstas han conseguido notable influencia en los asuntos generales. Suele encarnarse dicha influencia en el hermano de la madre, el «avunculado», caso de representación genuinamente matriarcal. Este fenómeno y otros análogos hacen a Malinowski advertir que la mujer continúa la línea de descendencia, pero que los hombres de la línea femenina la representan en cada generación. Para Frobenius, el avunculado es una forma matriarcal atenuada.

Si ahora pasamos a la consideración de los caracteres físicos, nos encontramos con que ellos están determinados en cada sexo por sus actividades predominantes. El que tiene a su cargo los trabajos más ásperos de la producción se endurece, se hace más vigoroso y tiende a simplificar su exterioridad y su indumentaria en beneficio de una mayor desenvoltura. Tanto acontece así a la mujer del matriarcado,

que llega a igualar y aún a superar al hombre en fortaleza. Contrariamente, el sexo que no participa en la faena productora se debilita, se ablanda, se vuelve delicado. Al mismo tiempo, disfruta de más sosiego y puede vacar a su intimidad y su contemplación. De tal modo ocurre esto entonces al hombre, que, concordando con su papel de objeto de pretensión amorosa, no sólo representa el ideal de belleza, sino que se subyuga al deseo de seducción, busca el adorno y el afeite y ambiciona vestidos cambiantes y sensuales.

Entre tanto, la inteligencia es atribuída preferentemente a la mujer. En los pueblos guerreros es además la depositaria del valor y se muestra como amazona o caudillo. Sin embargo, en su dominio, la vida es lo máspreciado, y en consecuencia parece digno de estimación el temor de morir. Bajo el signo del hombre, el hecho se trastorna: es afrentoso temer a la muerte.

Por fin, asoma el influjo del matriarcado en la esfera religiosa. Las mitologías se pueblan de deidades y demonios femeninos. En general, la formación de los mitos es lenta. Aquí se incorporan, pues, tardíamente. Por las mismas razones es también largo el proceso de su desaparecimiento, y sus vestigios perduran en no pocas religiones hasta mucho después de haber triunfado los dioses patriarcales.

EL CLIMA PSICOLÓGICO PREMARIARCAL

Hemos visto ya que el matriarcado no es una institución primaria, anterior al patriarcado, pues antes que aquel existió la horda dominada por el hombre y regida por la sucesión común masculina. La filiación suministrada por los Vaerting viene a corroborarlo, puesto que sus caracteres denuncian eviden-

temente una circunstancia de cultura más alta que la que pertenece a la horda. La mujer alcanza en este momento una situación general que antes no tenía y que, en no pequeña parte, suponemos fué hasta entonces prerrogativa del hombre.

¿Cómo logra esta conquista, la primera gran conquista de la historia y acaso el único suceso que en ella no ha vuelto a producirse?

Hasta aquí han podido notarse algunos factores que, sin duda, favorecieron ese resultado: ignorancia o incertidumbre de la paternidad, exclusivo reconocimiento de la madre. Mas todos ellos carecen de vigor para determinarlo y aun en su conjunto son insuficientes.

La hipótesis hasta hoy más satisfactoria y rica en soluciones se sitúa en el campo sociológico y parte de una interpretación esencialmente económica. Cunow, Muller-Lyer, Eildermann han contribuído a ella. Pablo Krische hace notar, con acierto, que esta hipótesis económica no alcanza tampoco a proporcionar un entero esclarecimiento de los hechos, y le propone un complemento psicológico que, a nuestro juicio, es de gran interés y eficacia porque aspira a reconocer el clima espiritual en cuyo seno va germinando el matriarcado. Conviene que nos aproximemos a él primeramente.

El hombre primitivo siente el sobresalto de su vida en medio de un mundo mágico. Las fuerzas que operan a sus ojos no entrañan sino una explicación demoníaca, y los poderes misteriosos están siempre al acecho, promoviendo el perpetuo terror, incorporados en las cosas y en los animales. Todo lo que acontece es obra suya. Los hijos también, los cuales advienen por penetración de los demonios en las mujeres. Bajo el régimen del clan, la fecundación suele ser realizada por el demonio imperante, el *totem*, animal nutricio erigido en antepasado de la tribu.

Si añadimos a lo anterior la consideración de que la mujer es herida periódicamente por los demonios y mana, a causa de ello, sangre, llegaremos a la idea de que aparece desde el principio en directa relación con los poderes sobrenaturales. Dentro del hogar guarda el fuego, elemento sagrado, se ocupa en mantener gratos a los dioses benéficos, les tributa ofrendas más regulares y fieles que el hombre y vela por la educación religiosa de la familia. Todo lo cual crea en torno suyo un respeto temeroso que, partiendo de los objetos de su culto, acaba por transferirse a ella misma.

Sin embargo, su exaltación moral más perdurable y profunda proviene de su maternidad, de llevar en su seno la posibilidad de nuevas vidas, sean cuales fueren sus orígenes, de dar, en fin, hijos a quienes trasmite su sangre y, con ésta, su alma, puesto que la sangre es el asiento del alma. Nace con ello el concepto de identidad entre madre e hijo, fecunda noción que después ha de apropiarse para sí solo el hombre. Tanto es el valor de esta dignificación, como lo observa Krische, que aquella época no creó, en rigor, un Estado de mujeres, ni un derecho femenino, sino un matriarcado.

DESPLAZAMIENTO DEL PODER ECONÓMICO

La mujer encarna por naturaleza una tendencia conservadora y sedentaria. Pues bien, vamos a encontrarnos en seguida con la más imprevista paradoja. Esos dos gravámenes contra todo lo que gira, cambia y evoluciona, esas dos formas de inercia, constituyen los resortes de la innovación más dinámica y fecunda de la historia.

En este punto del proceso humano, el hombre está en la fase superior de los pueblos cazadores y su exis-

tencia es todavía precaria y errante. Pero mientras para él tal forma de vivir no ofrece contradicción alguna con su naturaleza, para la mujer tiene graves impedimentos. Propende, pues, ella a lo estable y procura la vida sedentaria. Poco a poco la va conquistando hasta convertirse en la base fija de la familia. A la vez, acentúa la importancia de lo doméstico frente al hombre, que sigue vagando en empresas de caza o de guerra. Nótese que de esta manera queda incorporado a la historia el principio de estabilidad, de raíz conservadora, pero sin el cual no hay soporte para la ingente evolución que luego ha de comenzar.

El sedentarismo y la domesticidad intensifican la comunicación de la mujer con la tierra y sus productos. Está vigente una división del trabajo entre los sexos por la que el hombre suministra los alimentos de origen animal y la mujer los vegetales. Existe ya, en consecuencia, un rudimento de agricultura que nace y se desarrolla en las manos femeninas.

Ahora, los productos de la caza no son inagotables. Ya las primeras organizaciones totémicas cuentan con la extinción o la fuga de las distintas especies animales. La fortuna del cazador se vuelve de más en más difícil e incierta, hasta el punto de que no podría fundarse en ella la común subsistencia. El fruto agrícola, en cambio, es constante y seguro. Cultivado por la mujer, suple las faltas y previene los azares de la caza. Luego suplanta a ésta y asciende al rango de elemento económico de dominio.

Es así cómo la preponderancia se trasmite a la mujer, que pasa a constituir el centro de la sociedad y a valer como árbitro de su bienestar. El hombre queda rezagado, preterido, en posición subalterna y, según la expresión de Müller-Lyer, gira en torno de la mujer como un planeta alrededor del sol.

Acaba de efectuarse propiamente el advenimiento de la agricultura, y con él se ha cumplido el tránsito

de la vida vagabunda a una existencia estable y creadora, instaurada por el alma y la mano femenina. Este es el matriarcado que, aunque de efímera duración, porque el hombre recobra no mucho después su preeminencia, mueve en la historia un cambio trascendental, representa todo un ciclo típico de cultura, algunos de cuyos rasgos están aludidos en las páginas precedentes, y confía al espíritu de la humanidad las primeras enseñanzas eternas.

SUMARIO MARGINAL DE AMÉRICA

A manera de apéndice para estas notas generales, cumple decir que al estudio de las fases históricas en que se da el matriarcado o quedan vestigios suyos muy próximos, América ha ofrecido una tierra fecunda, llena de sugerencias y comprobaciones. No escasa porción de los trabajos que autorizan las hipótesis hasta hoy más considerables se ha realizado en ella. Las investigaciones de Morgan, que vivió entre los últimos iroqueses, de Lafiteau, Buschan, Ehrenreich, Dengler, etc., han sido de gran valor para el progreso fundamental del tema.

Hasta época muy reciente había en la América del Norte tribus de organización matriarcal, como las del Missouri, las de la famosa Liga Iroquesa, los algonkines, a cuyo dialecto ovschiwue pertenece la palabra *totem*, y casi todos los aborígenes de la costa atlántica, desde los grandes lagos hasta el Golfo de Méjico. Aun quedan de ellas algunos restos. Dominaban en estos grupos la línea de sucesión materna, el comunismo del clan o la propiedad como derecho femenino, el consejo de las mujeres en los asuntos públicos, la inversión del trabajo entre los sexos y muchos otros detalles típicos del matriarcado. Morgan alcanzó a constatar el comienzo de la transición

hacia el patriarcado: el hombre va incorporándose al cultivo de la tierra, cuyo desarrollo, con la roturación de nuevas extensiones, requiere mayor esfuerzo físico. Así surge su propiedad particular, que termina por sobreponerse a la comunidad del clan, y se establece la herencia directa de padres a hijos.

En Sud-América hay huellas de antiguas situaciones matriarcales y pueblos indígenas que las tienen todavía en vigor. Tales son los que, entre el Orinoco y el Madeira, desde el río Negro hasta los Andes, pertenecen a las familias lingüísticas tupí, caribe y aruak. En análogas circunstancias están los paumari, del Brasil. Recuérdese asimismo las mujeres belicosas del Amazonas, las que, por los menos, encarnan un rastro de valimiento femenino.

En su mayoría, las tribus restantes de las tres Américas muestran más bien caracteres correspondientes al tránsito del matriarcado al patriarcado, en el cual va el hombre recuperando predominio y la mujer perdiendo el que disfrutaba. Entre ellas se ha observado el hecho muy peculiar de la *covada*. Consiste en que, después del parto, la mujer se levanta y reanuda sus actividades habituales, y en cambio el hombre la sustituye en el lecho, se hace como quien dice enfermo, recibe cuidados y permanece sujeto a ayuno y a diversas prohibiciones durante un tiempo que suele pasar de seis meses. Es común que se le dé además una paliza o una carga de arañazos. Este añadido se distingue principalmente en América. La explicación de semejante costumbre no es hasta la fecha algo resuelto, aun cuando su ubicación en el período de tránsito es indudable. Existen, en verdad, muchas interpretaciones, desde aquellas que la consideran una maniobra para engañar a los demonios de la fiebre puerperal o un síntoma de la creciente conciencia paterna, hasta la clave psicoanalítica de Reik, que parte de la concepción de Freud sobre el

parricidio primitivo. Otro fenómeno que también se reproduce en nuestra América y parece inherente al lapso de tránsito es el lenguaje secreto femenino. Ante el aumento de poder de los hombres, las mujeres habrían formado sociedades de resistencia que empleaban un vocabulario propio. Como el anterior, este rasgo suscita gran variedad de juicios; pero la exposición de aquéllos y éstos no cabe en el propósito de este trabajo que ha de contentarse con su sola referencia.

En cuanto a las culturas primitivas americanas, las de Méjico y el Perú, hay poco que apuntar: la vaga insinuación de Tlasolteotl, diosa de las cosechas, y la leyenda lacustre de Bachue, madre de los dioses y los hombres convertida más tarde en serpiente (Krickeberg).

ENTRE LOS ARAUCANOS

La generalización que hemos hecho sobre pueblos autóctonos de América en período de tránsito al patriarcado vale también para los araucanos. Lo confirma don Ricardo E. Latcham (1), quien sostiene que, a la llegada de los españoles, aquellos reconocían la descendencia por línea materna. Los trabajos del señor Latcham corroboran a la vez el rechazo de la promiscuidad y la vigencia de numerosos impedimentos sexuales basados en la consanguinidad materna. El incesto que escandalizaba a los españoles no era tal para los araucanos, quienes tenían vetos sexuales, pero fundados en una noción matriarcal del parentesco. La herencia se promovía igualmente a los hijos de la madre o a sus parientes más próximos por línea materna. Así se dió la coyuntura de que Bartolomé Flores, compañero de Pedro de Valdivia, se casara

(1) Ricardo E. Latcham, *Organización social de los araucanos*.

con la hija mayor del cacique Talagante y que ésta heredase de su madre una enorme extensión de tierras.—Lector, acojámonos aquí al leve recreo de una anécdota: Agueda, hija de esa unión, casó a los veintitrés años con don Pedro Lisperguer. Catalina, hija de éstos, contrajo matrimonio con don Gonzalo de los Ríos. Viene así al mundo doña Catalina de los Ríos y Lisperguer. ¿Qué atavismos de dominio reviven desatadamente en la *Quintrala*, bisnieta de una cacica y un aventurero?—Matrimonios parecidos al de Bartolomé Flores, en los cuales fundaban los españoles ciertos derechos de propiedad, hubo varios. Junto a estas prerrogativas, la mujer tenía alguna participación en la faenas productoras, y hoy mismo la tiene en las actividades agrícolas si bien contribuyen a determinarla factores ajenos a toda huella matriarcal. Sin embargo, según ya hemos dicho y como debe deducirse de su comprobada poligamia, la situación de los araucanos no correspondía propiamente al matriarcado sino al tránsito que le pone fin. Uno de los resortes inmediatos de tal cambio ha sido expuesto por el señor Latcham en la obra ya aludida. Aunque la tierra estuviese cultivada por el hombre, pertenecía al grupo de la madre y la heredaban sus hijos. Pero lentamente fué estableciéndose el principio de que los bienes muebles y los animales adquiridos por el padre podían ser heredados por sus hermanos. De esta manera se originó una división de la riqueza, la que indujo al hombre a cultivar tierra propia y a llevar a ella sus mujeres mediante robo o compra. La innovación no puede ser más grave: la mujer se vuelve propiedad del hombre y la herencia empieza a pasar del padre a los hijos. Con todo, subsiste aún la filiación materna, dándose de tal suerte una contradicción que el señor Latcham consigue aclarar como característica de este momento en que aparecen for-

mas nuevas y no acaban de extinguirse las preexistentes.

En general, los grandes rasgos del matriarcado y sus fases vecinas surgen sin mucha diversidad en casi todos los pueblos. No es aventurado pensar que en el araucano se hayan repetido también, y ello está verificándose con las indagaciones más sutiles y precisas del último tiempo. Ni es una casualidad el que, por ejemplo, Heródoto, hace unos dos mil cuatrocientos años, advirtiese la costumbre de la covada en pueblos del Africa, que mil setecientos cincuenta años más tarde la encontrase Marco Polo en la China y que las investigaciones modernas la descubran asimismo entre los primitivos de América.

Raúl Silva Castro.

MIS VEINTICINCO LIBROS

UN diario de Santiago ha estado pidiendo a diversos escritores una lista de veinticinco libros. Son los libros que, a juicio del interrogado, «toda persona debería leer». Son, pues, libros de formación espiritual y de elevación moral e intelectual. Son libros a los cuales se atribuye desde luego una virtud taumatúrgica, que muy pocos libros poseen: ayudar a la arquitectura mental de un hombre. Yo veo en este propósito, ante todo, una ambición desmedida y luego una vuelta hacia el concepto clásico de que el hombre es cosa sagrada para el hombre, base de todo liberalismo. Analicemos primero esta segunda suposición.

En efecto, cuando se formula esta pregunta: «¿Qué libros debe leer todo hombre?», se hace implícitamente la afirmación de que los hombres están en libertad de formarse a sí mismos, que es lo mismo que decir guiarse por el maño de la vida sin otros baqueanos que sus propios conocimientos, sin más rumbos que los aceptados por el hombre mismo, a solas con su conciencia o en un delicioso diálogo con los libros. Como se ve, no hay coerción alguna de rango pedagógico. Un hombre sugiere guías, y el que lo escucha queda en libertad de tomar esos guías o bien, si lo desea, los que indica el vecino. Más aun: con eclecticismo, si es capaz de eclecticismo, puede mezclar

guías de uno y de otro y hacer con ellos su propia cuadrilla. En todo esto se ve la obra del juicio personal, de la deliberación espiritual de cada ser. Esto es, libertad.

La ambición desmedida está en querer reducir a veinticinco los libros que toda persona debería leer. No; eso no lo puede aceptar ningún hombre que aspire a los dones de la cultura. La esencia de la filosofía, de la vida, de la experiencia, de la belleza artística, no puede ser encerrada en veinticinco libros. Yo no sé si son más los que la contienen, ni menos cuántos son esos más. Y a veces llego a temer que puedan ser menos, también, muchos menos. Pero no sabría fijar un número porque todos me parecen arbitrarios. ¿Diez? ¿Siete? ¿Tres? ¿Uno?

Pongámonos en el caso de que se le preguntara a los escritores cuál es el libro que recomendarían al hombre que no tuviese espacio en su escritorio sino para un libro. Estoy seguro de que casi todos contestarían inmediatamente en favor de la Biblia. Pero, sin temor de adelgazar en demasía, salta una objeción. La Biblia no es un libro sino una biblioteca, un conjunto de libros. Sepárese cualquiera de sus capítulos (digamos, por ejemplo, el Libro de Job), y se verá que—compuesto a la moderna, con tipo grande, en moldes pequeños—se transforma en un libro como los que hoy lanzan a ser devorados por el público las prensas de Francia, Alemania, España, Italia... Hágase luego lo mismo con cada uno de los fragmentos de la Biblia y se tendrá una biblioteca. La Biblia se ha convertido, pues, en un conjunto de libros distintos entre sí no sólo por el estilo sino hasta por el contenido. Muchas ciencias caben en ella y muchos géneros literarios. Entre las primeras, hasta la estadística; entre los segundos, la elegía y el epitalamio se codean.

Creo que esta divagación habrá servido para pro-

bar al lector lo difícil de fijar un límite a esta pesquisa, que es lo mismo que establecer la inanidad del marco de veinticinco libros que se ha dado a esta lista. Sin embargo, ya que se ha pedido el nombre de veinticinco libros, ¿por qué no darlos? Eso sí, de darlos hay que darlos con comentarios. Decir sencillamente: «Yo recomiendo tales y cuales», es decir muy poco. Muchos lectores descontentadizos se asombrarán de muchas preferencias que sólo pueden pasar si se explican. Otros echarán de menos algunos libros generalmente auspiciados por anteriores respondones, y entonces será necesario que el nuevo interrogado diga por qué ha omitido ciertos títulos. Yo, desde luego, he fijado como número 1 de mi lista la Biblia.

El número 2 creo debe ser ocupado por los *Diálogos* de Platón. Frente al pensamiento hebreo, traspasado del soplo de la divinidad, monoteísta y un poco adusto, conviene erigir la clara arquitectura de esta sonrisa divina que se prolonga a través de las edades. Frente al dogmatismo y a la profecía, el debate de las ideas, entre amigos, a la sombra de los plátanos. Bien sé que la vida griega ya no puede ser considerada como una eterna mañana en que los hombres, gozosos, jugaban y reían. Pero entre ésto y aquéllo, yo prefiero ésto. Si es posible llamar preferir a esta cita conjunta de lo tenebroso y de lo feliz, de lo que nació entre truenos en el Sinaí y de lo que se solazaba en las incursiones de los dioses innumerables sobre la tierra abierta. Veo en la edad actual un generoso intento de totalización de estos anhelos contrapuestos: el orden griego, el frenesí hebreo. Del primero tenemos el deporte, que cala los medios más dispares. Sobre todo el deporte que de ejercicio tendencioso, destinado primeramente a distinguir a unos hombres de otros, ha venido a convertirse en lo más demótico, en lo que todos llevan y defienden. Del segundo quedan algunos sonos dispersos en la lírica

universal, y la americana en parte no podía ser una excepción a este mandato. Gabriela Mistral—ya lo ha dicho y repetido *Alone*—es un poeta hebreo.

Es preciso colocar a Homero en tercer lugar; todo Homero, si es posible considerar como un solo libro la *Iliada* y la *Odisea*, destinada la primera a cantar la ciega cólera de Aquiles y la segunda a narrar los viajes de Ulises, fértil en recursos. Tengo para mí que la elocuencia es uno de los dones más altos de la literatura. Tan alto es, que difícilmente se maneja con acierto. El descrédito de la elocuencia nace precisamente de allí, y lo que la gente a diario toma por elocuencia es simplemente garrulería, *flatus vocis*. Pues bien, la elocuencia se da en Homero con felicidad y facilidad. Homero es un magnífico orador que tiene mucho que contar. Esta opinión, bien lo sé, es absurda. Homero—nos dirán los sabios—es un poeta antes que nada. Pero lo poético de Homero, preciso es confesarlo, sólo lo pueden apreciar quienes lo han leído en griego. Este deleite incomparable me ha sido prohibido, lo mismo que a todos los chilenos, por decisiones de nuestros más preclaros hombres de ciencia y estudio: Barros Arana, Amunátegui... De las versiones de Homero lo que se salva a menudo es la elocuencia, y de allí que como espléndido orador aparezca siempre a mis ojos el ciego misterioso.

Plutarco ocupará el cuarto lugar de esta lista. Sus *Vidas paralelas* son alimento incomparable para el espíritu ambicioso y también para el deprimido. El primero encontrará allí altos ejemplos, aventuras que sacian su sed de fama por un instante y que inmediatamente la encienden de nuevo. El segundo dirá que la grandeza ya no se da en estos menudos tiempos de industrialismo y dejará pasar la vida en una plácida contemplación de su ombligo trascendental.

Para el quinto sitio propongo al Dante, de cuyo poema inmortal confieso no haber leído sino la parte

relativa al infierno. (No creo que haya muchos hombres cultos que, sin obligación científica especial, hayan hecho más que yo.) Pero el Infierno que este hombre describió hace ya tantos siglos es un sitio curiosísimo, que provoca en el poeta las más extraordinarias reacciones. ¡Qué apóstrofes tan encendidos contra sus enemigos! ¡Qué gritos de piedad para algunos condenados! ¡Qué de reflexiones sobre lo divino y lo humano, lo sublime y lo ridículo o despreciable! Es una acumulación sin duda excesiva. Es este uno de esos libros que se deben leer a tragos cortos, so pena de atragantarse. Hay mucha materia en estas páginas para incorporarla de golpe al débil cerebro del hombre.

Rabelais en seguida, y luego la *Celestina*. Son estos para mí dos libros inseparables: si el poema del Dante cristaliza un momento y una modulación especiales de la Edad Media que, aparte distingos, no tienen por qué no pasar a nuestros ojos por las más legítimas, Rabelais y el incógnito autor de la *Celestina* anuncian el mágico alborear del Renacimiento. Rabelais hace reír mientras su pensamiento oculto se desliza como un corrosivo sutil entre palabras plebeyas y glosolálicas. *La Celestina* hace también reír, pero sugiere mucho más. *La Celestina* es la quebradura de un mundo que cede el paso a otro, la grieta menuda que dejan los grandes cataclismos morales e intelectuales. El gozo de la vida en la forma renacentista se erige aquí triunfante sobre la sombra capitosa y envolvente de los tiempos medios. En la *Celestina* se ama en forma terrenal, se fijan las miradas en el cuerpo y no en las almas y se da, por fin, importancia a los sentidos después de un lento letargo.

También significa la ruptura del equilibrio medioeval ese tan difamado *Tratado del Príncipe* de Maquiavelo, sobre el cual discuten apasionadamente los hombres desde varios siglos. En la disputa, yo no sé a qué

carta quedar. Pero ella ha tenido para mí una virtud suprema: me hizo leer el libro de Maquiavelo en edad muy temprana y me ha hecho releerlo después más de una vez. Supremo placer. Maquiavelo es uno de los hombres más inteligentes del mundo, y aunque esto ya no parezca elogio para quienes pretenden arrojar la inteligencia de su alto trono, para mí es un elogio inmenso, acaso el más alto a que puede aspirar un hombre.

En el número 9 de mi lista debo inscribir a Miguel de Montaigne, cuyos *Ensayos* han sido perenne lección de escepticismo para las geraciones que han seguido al generoso y sutil alcalde de Burdeos. Naturalmente junto a Montaigne será necesario colocar a Voltaire, en quien el escepticismo adquiere un método crítico que a Montaigne falta. En efecto, Voltaire ofrece el sistema crítico más estricto de que yo he tenido noticias, y aunque no haya dejado una filosofía coherente y aunque fuese en vida un hombre versátil y de no muy buena compañía, sus libros tienen savia inmortal. Ayudan a ver claro en la vida, empujan al entendimiento a superarse a sí mismo, persiguen a los fantasmas teológicos hasta sus más lejanos rincones y de todas las cosas hacen esquemas claros, coherentes, geométricos. ¿Cuál escoger entre ellos? Son tantos y sus esencias son tan varias, que la elección se hace difícil. Dejemos provisionalmente a un lado el *Diccionario Filosófico* y los *Cuentos*, libros ambos donde hay páginas que honran al espíritu humano.

Como oposición a estas armonías de Voltaire escogamos ahora los vagos ensueños ginebrinos de J. J. Rousseau. Nada de las *Nuevas Eloísas* lacrimosas ni de los *Emilios* utópicos. Prefiramos, como es justo, el alma desnuda que se espeja en las *Confesiones*, que son un documento psicológico imperecedero, y el sistema muy inaplicable del *Contrato Social*, pero

que inaplicable y todo, se coló en los ajustes sociales del siglo XIX y los tiñó de su color.

Entretanto hemos dejado olvidada la obra cumbre del idioma español: *Don Quijote de la Mancha*. No; reparemos el olvido. El *Quijote* es un libro que se *debe* leer; es cierto que lectores sin disciplina tentarán en vano hincarle el diente. Es preciso, sin embargo, hacer un esfuerzo y sacrificarse un poco para conocer el mayor monumento literario de la península ibérica. Por lo demás, a cambio del sacrificio, ¡cuántas satisfacciones! *Don Quijote* es un libro ejemplar, que enseña y deleita a la vez, como han querido siempre los preceptistas que haga el arte. Pero contrariamente a los preceptistas, o por lo menos a pesar de ellos, tiene también otra cosa. En él, en efecto, resplandece el genio de un hombre singular.

También debe ocupar un sitio en mi lista un libro para mí personalmente muy caro: el *Arte Poética* de Boileau. Tenía no más de catorce años cuando cayó en mis manos este libro primoroso; mi francés era precario, y por eso la primera lectura de Boileau fué para mí seguramente perdida. Aunque no: debido a esa primera lectura pude hacer una segunda, acaso con algún fruto. Si alguna vez he visto claro en una obra literaria, sin duda lo debo a este conjunto de normas que todo artista debería conocer, aun cuando no fuese para otra cosa que para despreciarlas en seguida. *El Arte Poética* de Boileau pertenece a un género de libros tradicionalmente menospreciados, pero que tienen varias vidas, como los gatos. Hoy, gracias a la poesía geométrica de Paul Valéry, seguramente se lee otra vez a Boileau, después de varios años de oscuridad y de vergonzante ocultamiento. Boileau encauzó mi vocación. Lo leí, he dicho, a los catorce años por la vez primera. Pues bien, tres años más tarde publicaba mi primer artículo. Y era un artículo de crítica literaria.

De Francia pasemos a Alemania; de Boileau a Goethe. Sin duda hemos ganado en el trayecto. El número 14 de mi lista está destinado a una de las dos obras, a mi juicio, más interesantes de Goethe: *Werther* y *Fausto*. Es cuestión de temperamento individual y también de edad. En la juventud la lectura de *Werther* levanta en el alma una bandada de sugerencias locas; en la madurez la lectura del *Fausto* señala siempre una crisis espiritual, ya sea que la preceda, ya que la siga. Son obras que no se pueden leer sin una conmoción interior.

Gracián ocupa el sitio inmediatamente siguiente. No el fácil Gracián de *El Discreto*, que es un manual de urbanidad superior (digamos, un super-Carreño), sino el Gracián complejísimo de *El Criticón*. Es un libro para hombres de aliento en la lectura. No es extraordinariamente largo, pero sí difícil. El estilo sentencioso del aragonés, cargado de dobles intenciones, de referencias recónditas y de juegos de palabras, no es un estilo apto para la lectura continuada. Pero si se toma este libro y se deposita a la cabecera del lecho, durante semanas y meses constituirá dieta espiritual deliciosa leer una o dos de sus páginas y recorrer, en desorden si se quiere, sus parábolas y agudezas. No olvidemos que Gracián influyó en Nietzsche y que por ese ilustre intermediario ha llegado hasta el mundo de hoy, todavía muy tocado de nietzscheísmo.

Otro español, tan discutido o más que Gracián y seguramente menos conocido, ocupará el sitio inmediato: don Luis de Góngora. La poesía se desnuda aquí de sus triviales motivos anexos, y por fin en el siglo XVII alumbra la poesía pura que hoy preocupa tanto.

Un dramaturgo en seguida, Shakespeare, del cual es difícil hacer una selección por la calidad, tan pareja, de sus numerosas obras. La solución es fácil, sin embargo, gracias a un ardid editorial. En efecto, las

obras de Shakespeare se han editado muchas veces como alarde en un solo tomo. Hasta en castellano hay ya una así. Pues bien, leamos esa u otra cualquiera en que se mezclen todos los dramas, las tragedias y las comedias de este escritor sin paralelo. La grandeza sombría de *Rey Lear* o de *Lady Macbeth* no nos impida gustar la gracia infinita de *Las alegres comadres de Windsor*; el horror de *El Mercader de Venecia* no debe cerrarnos los ojos para ver el no menor horror de *Otello*. Todo Shakespeare, en fin, con sus hidalgos mendaces y sus mujeres infieles, sus cortesanos poltrones, sus Hamlets metafísicos y sus lánguidas Ofelias, sus calaveras filosóficas—anuncio claro del romanticismo—y sus glotones insaciados.

Si queremos comprender la trágica soberbia de la juventud, sus anhelos dementes y generosos, sus arrebatos de amor y de celos, su mezquindad y su desinterés, leamos luego *Rojo y negro* de Stendhal. No sé de otra novela que de modo tan fiel refleje la vida de un hombre en el período en que de su alma comienzan a saltar, como turbias golondrinas ebrias de espacio, los deseos tumultuosos de la grandeza y de la gloria. Es una novela de tono mayor, hecha para ser leída a solas, en campos verdes que el sol incendia con sus fuegos rotundos y las frescas brisas baten con sus palmas fragantes. O en un corrillo de hombres igualmente ansiosos de subir y triunfar. Es la espuela que se aplica en el ijar palpitante de la humanidad trémula de deseo e impaciente por arrancar sus secretos a la vida.

En cambio, *Los hermanos Karamazof* son obra para la madurez, que no se debe leer con fruto antes de los treinta años. A pesar de que la he leído varias veces espero no desprender de ella lecciones definitivas sino una vez doblada esa curva caprichosa. Dostoyevsky la escribió cuando había acopiado una enorme experiencia, y ese detalle no debe sernos

menospreciado. Genio y todo, Dostoyevsky sabía lo que hacía. No tanto, tal vez, como Flaubert, de cuya obra, parva de títulos, pero cargada de aliños capitosos, debemos desprender la nauseabunda *Madame Bovary*, obra cúspide de la novela moderna en lo que toca al concepto arquitectónico de la misma. Obra en que todos los elementos han sido pesados en balanza de precisión y molidos en sutiles morteros. Obra en que el capricho parece ausente y en cuyas lindes la vida, sin embargo, bulle y piafa. Pero ya que de novela se trata, no olvidemos a Carlos Dickens, cuyos *Papeles del Club Pickwick* forman uno de los libros más entretenidos que la humanidad tiene para su solaz. Dickens, melancólico soldado de una cruzada literaria, nos ha dejado muchos libros primorosos, pero este es, sin duda, el más cabal de todos y es el que los supera a todos por su caudal de interés, de fantasía, de humor y de malicia—flor muy rara esta última en los arriates de Dickens.

Como yo también soy periodista no dejaré de lado al hombre que redime al género de sus vulgaridades irremediables: el inmortal Fígaro. No puedo dejar de hablar de Fígaro como si fuese un miembro de mi familia, y si un día me pongo loco, seguramente vestiré de luto por este hombre cuya muerte me duele todavía y me pesa como si en parte yo fuese culpable de ella. A los que no lo han leído no puedo decirles sino que en sus escritos no hay palabra perdida. Muchas de sus obras son circunstanciales y fatalmente debieron periclitar con el sol del día en que fueron escritas. Sobreviven, sin embargo, y espero que sobrevivan mientras exista la lengua española y mientras en ella lean, piensen y escriban hombres de sensibilidad y de talento. Larra los tenía de sobra: cada una de sus páginas así lo acredita.

Próximo ya el fin de esta revista, dejemos algún espacio al nuevo continente. Ante todo, un poeta,

Edgar Allan Poe, frente al cual el juicio vacila indeciso. He aquí un poeta que era al mismo tiempo un gran cuentista. Coja de su obra lo que más le agrade cada uno. A mí me interesa casi todo y me agrada el resto. Luego, un ensayista, Juan Montalvo, cuyos *Siete Tratados* han dado dignidad a la prosa americana, una dignidad difícil de recordar y de seguir, si se juzga por el estado actual de ella. Por fin, un panfletario, Domingo Faustino Sarmiento, hombre violento y corajudo, de pasiones al aire, que no temía herir con la pluma y que batalló una vida entera en pro de la cultura. De él hay que escoger *Facundo*, fresco palpitante de una raza que se incubaba en medio de las soledades, en lucha contra la naturaleza y contra la civilización. No es del caso pronunciarse sobre si ha triunfado esa raza peregrina o si es la civilización la vencedora. Generalmente los diagnósticos en las ciencias históricas fallan por dar importancia eminente a los hechos más próximos. De no ser así, yo estamparía aquí, sin miedo alguno a verme desmentido, que era la raza nueva la que había subyugado a la civilización y la tenía en un tris de morir. *Facundo* tiene tanta actualidad hoy como hace ochenta y tantos años.

Si el lector tiene paciencia de contar, verá que esta lista se compone de veinticinco libros. No son libros de importancia universal todos los que yo indico. Son los libros que a mí me han interesado más en un momento determinado y que, simultáneamente, han persistido en mi memoria. Creo que a cada uno de ellos debo algo; son libros mentores, libros ejemplares, libros que están ligados a mi vida por el cordón umbilical de un afecto que no ha sufrido mengua con los años. Pero yo quiero ser también liberal, como he dicho al principio, y no atribuyo a mi lista otra importancia que la de una confesión. Cada vecino dirá de ella lo que quiera. Es precisamente lo que yo quería obtener.

Oscar Aguilar Vidal.

DON DIEGO BARROS ARANA

INTRODUCCION

LLAMA la atención y es digno de hacer resaltar el caso curioso que ha pasado en nuestra producción intelectual. En ningún país de la América Española se ha desarrollado tanto como en Chile el estudio de las ciencias históricas. Nuestro país puede considerarse como la nación que tiene más completa la historia civil y militar, tal vez a excepción de Méjico.

No hay rincón de la historia—escribe Menéndez y Pelayo—que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con útiles comentarios.

Pero ya es hora de que las nuevas generaciones aprovechen este abundante material dejado por nuestros primeros historiadores, haciendo historia crítica y filosófica al estilo de Taine, Buckle y otros, o sintética, psicológica y dramatizada al estilo de Macaulay, Ferrero o Ludwig.

Lastarria, Santa María, Miguel Luis Amunátegui, Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna y Barros Arana, además de ser la *élite* de todos los escritores que han estudiado nuestro desenvolvimiento nacional, han trazado al mismo tiempo con su vigorosa acción cívica y cultural las brillantes páginas de nuestra vida republicana.

Lo que caracteriza la grandeza de las obras de la naturaleza y del arte—ha dicho un escritor—es que conservan sus grandes cualidades desde cualquier punto de vista que se presenten delante de nosotros. Sólo es verdaderamente grande y bello lo que no se empequeñece cuando cambiamos nuestra situación al observarlo.

Son pocos los nombres de los investigadores y sabios contemporáneos chilenos que puedan atravesar triunfantes esa prueba, y entre esos pocos, que en su mayor parte han sido profesores, hay que colocar en primer lugar el nombre del más fecundo y diligente de nuestros historiadores: Diego Barros Arana. La recia personalidad de este hombre se esparce por todo el campo de la vida nacional, ya como hombre de bien, honrado y moral, ya como educador y paladín de las reformas de nuestra enseñanza; ora como humanista, digno sucesor de Andrés Bello, ora como reconstructor de nuestro pasado nacional. Su múltiple actividad se hizo sentir por espacio de medio siglo y su influencia en la vida intelectual chilena fué tan amplia y eficaz que sería injusticia e ignorancia no reconocerla.

Como maestro y rector del Instituto Nacional, le cupo educar con cariño de apóstol a numerosas generaciones de escritores, estadistas y políticos que han figurado o figuran en nuestro reducido mundo intelectual, al mismo tiempo que consagró todas sus energías a la reforma de nuestra instrucción. En estos momentos en que los valores educacionales atraviesan por una dura crisis y en que se desconoce la obra del profesorado nacional, olvidándose de que existieron maestros como los Bello, los Montt, los Amunátegui y los Letelier, todos eminentes hombres en el campo intelectual o político, es necesario levantar muy en alto el nombre de Diego Barros Arana. Han trascurrido más de veinte años de su muerte y aun no se le concede el mármol de la inmortalidad. Es obra de estricta justicia, y muy laudable el esfuerzo que gasta el Gobierno actual, erigirle un monumento al historiador chileno. Pero se honraría dignamente la memoria del egregio ciudadano si se hiciera una obra que compendiará o sintetizara la *Historia General de Chile*, su obra definitiva.

La Universidad de Concepción, que constituye el núcleo cultural más completo que ha existido en el Sur de Chile, institución donde tienen acogida todas aquellas ideas que vengán a favorecer el desarrollo de nuestra educación, honraría en forma provechosa el centenario del nacimiento de Barros Arana, auspiciando la realización de esta obra que, día a día, se hace más indispensable para nuestra juventud.

EL HOMBRE

16 de Agosto de 1830. Aun resuenan los tambores y clarines de los vencedores celebrando el magno acontecimiento político: la llegada de los pelucones al poder. Aun las aristocráticas y apergaminadas calles de la ciudad de Santiago no vuelven a su habitual tranquilidad colonial, cuando en una regia y notable mansión de la calle Ahumada, a pocos pasos de la Plaza de Armas, el júbilo y la alegría han producido tal trastorno en sus moradores que no ha habido tiempo suficiente para preocuparse de los cambios políticos del país.

Ha sido varón y ha de recibir el mayorazgo de la ilustre casa de los Barros. Don Diego Antonio ya ha designado al rorro la carrera que ha de seguir, de acuerdo con las costumbres de aquellos tiempos; desgraciadamente los años han de derrumbar todas sus esperanzas.

Don Diego Antonio Barros, nacido de respetable familia chilena y distinguido en la política del país, había contraído matrimonio con una hermosa dama argentina, doña Martina Arana y Andonaegui, hermana del Ministro de Relaciones Exteriores del dictador Rosas, don Felipe Arana. Fruto de este matrimonio era don Diego Barros Arana, nacido en tan difíciles momentos, cuando se iniciaba para Chile una nueva era después de los primeros tanteos políticos en materia de gobierno. Dos años más tarde nacía un nuevo hijo, don José Barros. Transcurridos algunos años de lloriqueos y diabluras propias de la edad, los dos muchachos iniciaban sus estudios en el más prestigioso establecimiento de educación de aquel entonces, el Instituto Nacional. Sólo contaba nueve años cuando inició sus estudios preparatorios con mucho latín y teología y casi absolutamente nada de ciencias. Nadie podría haber presagiado el futuro de este muchacho, largo de cuerpo, casi jibado, de aspecto enfermizo, y al que más tarde apodarían sus compañeros con el típico sobrenombre de «palote». Nadie habría creído que este cuerpo débil encerraba un espíritu fuerte y vigoroso para luchar contra las grandes adversidades de la vida. Si bien es cierto que por su tronco ancestral pertenecía a gentes de condiciones especiales de carácter, podría haberse asegurado entonces que llegaría a ser excelente político o profesional, como eran los deseos de su padre. En el hogar, jamás se pudo pensar que toda su dedicación habría de concentrarla en los estudios intelectuales y que haría un sacerdocio de la más noble y desinteresada de las profesiones: la enseñanza pública.

LOS ESTUDIOS EN EL INSTITUTO NACIONAL

En 1843, a los trece años, se iniciaba en el curso de humanidades del Instituto, establecimiento donde se acababa de implantar una reforma en el plan de estudios que se ponía en práctica precisamente el mismo año en que Barros Arana entraba a las Humanidades. La reforma consistía en la introducción de algunos estudios elementales de ciencias. Se comprende fácilmente que no serían muy vastos los conocimientos que podían adquirirse en este plantel cuando sólo ahora se empezaba por hacer obligatorios estos estudios. Aparte del latín y la filosofía escolástica, que se aprendían con gran extensión, los demás ramos en muy poco estaban considerados.

No le cupo a don Diego recibir conocimientos de Historia de América ni de Chile, ya que estos estudios sólo se implantaron en el establecimiento seis años más tarde en forma muy elemental y llena de errores por el completo abandono en que se hallaba todavía.

Más tarde, arrastrado por la corriente que comenzaba a desarrollarse en la juventud de aquella época, por el gusto a la lectura y los estudios, como consecuencia del movimiento literario del 42, Barros Arana, cuando aun contaba apenas los diez y siete años, comenzó a inclinarse a las lecturas históricas. Leyendo los pocos libros que existían sobre América y Chile, fué despertándose el amor a las ciencias históricas, amor que debía mantener latente hasta los últimos días de su larga existencia.

A los diez y ocho años, siendo estudiante de Leyes, se lanza en sus primeras tentativas de escritor en compañía de su hermano José, que desgraciadamente pronto debía morir. Estos ensayos juveniles fueron algunas traducciones de novelas francesas de carácter histórico, que publicaron los diarios de aquella época.

Pero he aquí que la fatalidad impide al joven escritor continuar sus estudios de Leyes. En 1849 los médicos recomendaron a la familia retirarlo de la Universidad porque su salud delicada podía hacer peligrar su vida si continuaba forzando su cerebro. Abandona, pues, sus estudios jurídicos y se entrega, en un fundo cercano a la capital, a las faenas agrícolas para reponer su débil cuerpo. Fué mal hacendado; el tiempo que debía emplear en la agricultura lo dedicaba más bien a sus lecturas favoritas. Estudió de preferencia la historia nacional y cuando apenas contaba los veinte años, lanzó al público su primer trabajo original: *Estudios históricos sobre Vicente Be-*

navides y las campañas del Sur, estimulado por su buen amigo don Antonio García Reyes quien, además, prologó su obra.

El autor de esta interesante relación—decía García Reyes—ha hecho un buen servicio a nuestra historia. Sin pretensiones muchas veces de una filosofía vana y postiza, se ha contentado con echar las bases sólidas sobre las cuales debe formularse algún día.

Este trabajo, no obstante tener los defectos de un primer ensayo, fué recibido con generales aplausos por la crítica, y se estimuló al joven escritor a que siguiera cultivando sus aptitudes en los estudios en que se había iniciado. Don Diego Antonio se sintió halagado por este primer triunfo de su hijo y quiso estimularlo al estudio comprándole una riquísima y nutrida biblioteca, en remate público, de mas de trescientos volúmenes sobre historia y geografía americana, muchos de ellos de un alto valor bibliográfico. Esos libros debían ser la base de la biblioteca de nuestro investigador y alcanzarían el día de su muerte a la enorme suma de diez y seis mil volúmenes.

La muerte de su padre, ocurrida en 1851, no interrumpió sino momentáneamente su labor intelectual; entró en seguida en la falange de los jóvenes que ven en la política un campo apropiado para desarrollar su espíritu de lucha. Durante la administración Montt figuró entre la juventud que defendía las libertades conculcadas por el autocratismo, al lado de Amunátegui, Gallo, Matta, Errázuriz y Vicuña Mackenna.

Pacientemente iba nuestro escritor acumulando noticias y documentos guardados por algunas familias; copiaba de las bibliotecas particulares historias más interesantes y escasas, y recibía del extranjero papeles como los enviados desde el Perú por el hijo de O'Higgins, que le servirían como materiales de inestimable valor en la composición de sus historias. Aprovechó también los interesantes relatos y noticias de numerosas personalidades que habían actuado directamente en nuestra independencia como los generales Prieto, Freire, Las Heras, Pinto y muchos otros.

Al mismo género de estudios se consagraban por aquellos años algunos amigos de colegio de Barros Arana, tales como los hermanos Amunátegui y don Benjamín Vicuña Mackenna, todos ellos considerados como los fundadores de las ciencias históricas en Chile.

Los hermanos Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor, modelos ambos de fraternidad y que según un escritor «no vinieron al mundo como los gemelos siameses, en una misma hora, ni unidos como éstos por un nervio simpático que infun-

día la sangre del uno en las venas del otro; pero cuya existencia moral ha estado desde la cuna de tal modo identificada, que separar sus vidas sería un especie de impiedad, casi un *fratricidio*», llegaron a ser con Barros Arana sinceros compañeros de labores, produciendo un acercamiento cada vez más estrecho en tal forma que los merecidos triunfos literarios de los hermanos Amunátegui eran celebrados como propios por don Diego.

La amistad literaria con el autor de la *Historia de Santiago* comenzó en 1855.

La fraternidad literaria que me unía a los Amunátegui se hizo extensiva a Vicuña Mackenna y empeñados todos nosotros en el mismo orden de trabajo, mantuvimos nuestra unión, interesándonos cada cual en la labor de los otros, sin celos de ninguna clase.

El resultado de estas relaciones fué la producción de algunos trabajos bien fundamentados, y tanto los Amunátegui como Vicuña Mackenna y Barros Arana, iniciaron la publicación de obras de prestigio que demostraron el verdadero valor de estos escritores.

La Historia de la Independencia de Chile y Las campañas de Chiloé, dadas a la estampa entre los años 1854 y 1858, revelan que el escritor ha hecho un sereno y concienzudo estudio de nuestra emancipación política. Es un libro notable el primero por la claridad y el método con que están relacionados los hechos y por la verdad con que están expuestos. Se recomienda—ha dicho Arteaga Alemparte—por el gran caudal de noticias que encierra, recogidas no sólo de los documentos impresos y manuscritos, sino también de boca de los actores que a la sazón sobrevivían al drama de nuestra emancipación. Recomiéndase todavía por el amor a la verdad y el imparcial criterio que han presidido de ordinario a las investigaciones del historiador. En verdad Barros Arana no busca los efectos pintorescos, la rapidez brillante del estilo sino la sinceridad y la perpetuidad de la expresión.

El prestigio de don Diego se iba acrecentando en los centros culturales; prueba de ello es que antes de cumplir los veinticinco años se le honraba nombrándosele miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad. Entrar en ella era ser consagrado como hombre de reconocidos méritos intelectuales y Barros Arana conseguía este triunfo a la edad en que la mayoría de los jóvenes aun no han orientado en definitiva su vida, dominados por los goces propios de la juventud.

En esta oportunidad iba a ocupar el puesto dejado por el distinguido helenista francés don Luis Antonio Vendel-Heil, y leyó un trabajo sobre la vida y la obra de su antecesor que puede ser considerado como la biografía más correcta desde el punto de vista literario que haya salido de su pluma.

Barros Arana, sin embargo, siguiendo los impulsos de su *espíritu liberal* se había convertido en un ardiente paladín de estas ideas, atacando al gobierno de los pelucones desde las columnas de *El País* y *La Actualidad*, ambos periódicos de un acentuado tinte reformista. Defensor de las libertades públicas y opositor al exagerado autocratismo del gobierno, no fué sin embargo Barros Arana un publicista de vuelo de la talla de un Lastarria o un Bilbao. Por su carácter y sus condiciones de escritor laborioso y sereno, quizá también por tradiciones de familia, no fué un diarista distinguido. Como diarista—nos cuenta Vicuña Mackenna—era incisivo, franco y enérgico, y en la polémica tan picante y burlón, que no había adversario que no concluyera por cederle el campo. Dividido el partido conservador que había acompañado a Manuel Montt en el gobierno, los ultramontanos formaron alianza con los liberales, mientras los montt-varistas quedaban en el gobierno. Iniciada una ardiente lucha por la prensa y en las reuniones públicas, el gobierno suspende las garantías constitucionales en 1858, cumpliéndose así lo dicho por un escritor argentino:

La única libertad constitucional consagrada en Sud-América es hacerle oposición al gobierno. . . , cordillera de por medio.

Se acercaba pues para Barros Arana el momento de su ostracismo y estos últimos días de 1858 estarían llenos de dificultades, y muchos sinsabores y amarguras—como consecuencia de las pasiones políticas—perturbarían la tranquilidad personal del escritor. Efectivamente, perseguido por las autoridades subalternas del gobierno, el día 14 de Octubre su hogar era profanado por los esbirros del poder.

Muy de mañana don Diego Barros Arana y don Roberto Souper fueron despertados bruscamente y se les arrancó de sus lechos para ser conducidos a la cárcel; luego se allanaron sus casas, se registraron minuciosamente sus muebles y se desordenó la biblioteca de aquél. El oficial encargado de esta misión, después de un registro prolijo, hizo guardar algunas cartas encontradas en una gaveta y dos pistolas, extraídas de una cómoda, que pertenecían al señor Souper. Como no se encontrara en poder de ellos ni papeles comprometentes, ni armas, ni indicios de ninguna especie que pudieran dar motivos para fundar una acusación en forma, después de 12 horas de prisión fueron puestos en libertad. Al día siguiente publicaba su

Carta Política en la que exponía el atentado violatorio de que había sido víctima por las autoridades administrativas; después de fustigar enérgicamente al gobierno finalizaba: «No terminaré esta exposición sin emitir « una sospecha que se me ocurre y que me hace reír. Mañana los lebreles « de palacio se desatarán para acometerme como lo han hecho otras muchas « veces. ¡Ladrones! Hacen bien en ladrar los que no tienen otra cosa que « comer.»

Temiendo por seguridad personal, Barros Arana se vió obligado a ocultarse por algún tiempo y, poco después, a principios de 1859, a abandonar el país. Su primer viaje al extranjero era consecuencia de un destierro obligado por las circunstancias políticas.

EL OSTRACISMO

Desde entonces abandonó por completo la política para entregarse de lleno a sus trabajos de investigación. La política vive de transacciones. Esto la obliga a buscar de preferencia sus favoritos en los términos medios de la inteligencia y del carácter. Nuestro hombre tenía demasiada altivez de espíritu; era incapaz de la lisonja. Se expresaba con una sinceridad chocante para el convencionalismo político, lo que lo alejaba de las situaciones creadas por ese convencionalismo. No estaba destinado a hacer un papel brillante en la política y sólo lo veremos más tarde ocasionalmente actuando muy limitada-mente en ella.

Otro era el campo de su enorme actividad.

De Mendoza pasó a Buenos Aires. ¿Qué era lo que atraía a don Diego a la capital del Plata? Un doble motivo de regocijo era para él llegar a la metrópoli argentina: primero, porque en ella encontraría, además de algunos parientes próximos, numerosos amigos como Mitre, Sarmiento y Alberdi, que lo estimaban sinceramente desde su viaje a Chile, y segundo, porque Buenos Aires sería el primer centro de sus investigaciones históricas. Buenos Aires era por aquellos años una ciudad tal vez más pequeña que Santiago. Sufriendo la tiranía de Rosas se encontraba desde 1852 nuevamente en lucha con las provincias.

El encuentro con Mitre le produjo un enorme satisfacción y le fué de gran valor en sus estudios. La amistad con el historiador argentino se remontaba a la época de la primera visita de don Bartolomé Mitre a Chile, allá por el año 1849, amistad sincera y jamás quebrantada. La tiranía de Rosas había obligado a muchos escritores argentinos a abandonar su patria y

llegados a Chile encontraron la hospitalidad generosa de nuestro país.

Sarmiento, Alberdi, López, como Mitre, vivieron algunos años en el solar santiaguino y no pocas obras inmortales nacieron al calor del terreno ultra-andino.

La amistad de Barros Arana y Mitre debía ser de larga duración y ninguna clase de dificultades la interrumpiría durante toda la vida; juntos en Chile fueron los principales redactores de la prensa liberal y comulgaron ambos las mismas ideas políticas. Combatieron, como pipiolos convencidos, la candidatura de Manuel Montt, lo que obligó al historiador rioplatense a ausentarse momentáneamente al Perú. Cuando vuelve a Santiago,

Una impresión sentimental muy honda ha de dejar en el corazón de Mitre el conocimiento de una distinguida dama chilena, un ser admirable todo hecho de belleza, de talento y de virtud.

Vuelto Mitre a su patria, debían pasar muchos años para que volvieran a encontrarse estos dos amigos. En Buenos Aires el político argentino puso su biblioteca y todos sus papeles históricos a disposición de don Diego con la más absoluta franqueza.

Las relaciones que habíamos cultivado en Chile en años anteriores se convirtieron entonces en la más estrecha amistad—ha dicho más tarde Barros Arana en su *Historia General de Chile*—, en una verdadera confraternidad literaria que hemos conservado inalterable a pesar del tiempo, de la distancia y de todas las vicisitudes de la vida, comunicándonos nuestros proyectos literarios y nuestros escritos de cualquier clase que fueran y proporcionándonos recíprocamente, los libros, los documentos y los mapas que podían interesarnos para nuestros trabajos respectivos. Esta amistad de más de cuarenta años, que nada ha perturbado y que nada ha aminorado, amistad sin desconfianzas y sin rivalidades, y en que no han intervenido sino móviles sanos, me ha procurado una no pequeña satisfacción en las aflicciones de la vida y en la carrera de escritor.

No se tienen noticias de su viaje al Uruguay y al Brasil; se sabe, sí, que pasó a estos países antes de dirigirse a Europa a visitar los museos y bibliotecas de Inglaterra, España y Francia. Llegado en Agosto de 1859 a Londres, don Diego se dedica inmediatamente a trabajar concurriendo al Museo Británico, depósito que guardaba riquezas de un inestimable valor histórico referentes a España y sus colonias. Introducido a ella por la influencia de un antiguo amigo, el general don Juan O'Brien, le cupo trabajar al lado de un conocido escritor so-

cialista de Francia, Luis Blanc, quien aprovechando su destierro recopilaba en la biblioteca de Londres documentos para la publicación de la Historia de la Revolución Francesa.

En Noviembre, se encontraba Barros Arana en España y en los primeros días de Diciembre de 1859 comienza sus investigaciones en el más rico y considerable depósito de documentos, papeles y libros referentes a la Historia de América: el archivo de Indias de Sevilla. Provisto de un permiso especial de Su Majestad, pudo, por espacio de cuatro meses, examinar todos los papeles que se referían a Chile y algunos relacionados con el Perú y Argentina. En los primeros meses de 1860 trabajaba en el archivo de Simancas y después de aprovecharse de todas las noticias interesantes que encontró en él, pasó a Madrid, donde le fué dado aumentar muy considerablemente la documentación que ya poseía, frecuentando las bibliotecas Nacional de Madrid, la de la Dirección Hidrográfica y muy especialmente la de la Real Academia de la Historia.

Durante su permanencia en España tuvo ocasión don Diego de trabar amistad con distinguidas personalidades hispanas que le facilitaron en muchas ocasiones el desarrollo de su labor. El mismo ha recordado más tarde al historiador don Modesto Lafuente, al literato Juan Eugenio Hartzenbusch, al célebre editor Manuel Rivadeneira, al bibliógrafo don Pascual de Gayangos y a don José Joaquín de Mora, que vivía rodeado de su familia los últimos momentos de su vida y que proporcionó a nuestro investigador numerosas noticias sobre acontecimientos de que había sido testigo o actor en Chile.

A pesar de sus deseos de permanecer más tiempo en España, se vió obligado a trasladarse rápidamente a Francia, donde, según noticias que había recibido, pronto llegaría para establecerse en París, su esposa doña Rosalía Izquierdo.

Por la correspondencia de Barros Arana y Mitre sabemos que el autor de la *Independencia de Chile* entró en París a dirigir la publicación de una Biblioteca Americana, cuyo objeto principal era dar a la publicidad aquellos manuscritos, documentos o libros impresos que se hubieran hecho raros, aprovechando desde luego Barros Arana el material recogido en los países que había visitado. Al mismo tiempo no descuidaba el examen y revisión de papeles y favorecido por la amistad que lo unía a Claudio Gay, tuvo acceso a la biblioteca donde guardaba una rica colección de piezas referentes a Chile. También se le abren las puertas del archivo particular del general don José de San Martín, rigurosamente guardado por su hija, la señora de Balcarce, que residía en una casa quinta

de los alrededores de París y que le ofreció a Barros Arana una generosa hospitalidad.

Ese archivo que nadie había consultado hasta entonces con un propósito histórico, contenía los documentos más preciosos, casi todos desconocidos y muchos de ellos de carácter reservado, sobre los complicados acontecimientos en que directa o indirectamente había tenido participación aquel ilustre General. La familia de éste—ha escrito Barros Arana—, que tenía conocimiento de mis escritos históricos, sabía perfectamente que yo había comenzado en ellos la rehabilitación de esa gran figura americana restableciendo la verdad por mezquinas pasiones y por la más negra injusticia, me colmó de atenciones y quiso darme todas las facilidades para adelantar en mis estudios.

Parece que no pensaba regresar a Chile todavía, por los acontecimientos políticos que se estaban desarrollando en este país, y esperaba una mejor oportunidad. En carta dirigida a Mitre, refiriéndose a su patria le dice:

Nada le digo de Chile porque Ud. tendrá noticias más recientes. La pobre patria está sufriendo cuanto es dable. Aquí se encuentran muchísimos proscritos: Santa María, Pedro León Gallo, García Reyes, Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, etc. En el Perú hay más de setecientos hombres conocidos y cerca de doscientos en Mendoza y San Juan.

No teniendo otras actividades que desarrollar en París, don Diego salió a recorrer las bibliotecas de Bélgica, Holanda y Alemania y por el mes de Septiembre piensa ya en el regreso a su patria en vista del cambio político que se ha verificado en Chile.

Ya Ud. tendrá noticias—le dice en una interesante y curiosa carta a su amigo Mitre—que el partido opositor se ha fijado en el general Bulnes como candidato a la presidencia, y que Montt, disimulando tal vez sus propósitos de elevar a Varas, ha hecho proclamar a Pérez, aquel señor conocido con el nombre de Mahoma. Aunque este es un hombre bueno y de alguna inteligencia, su elevación a la presidencia lo pondría en la situación del madero rey de las ranas de la fábula, y Montt sería quien gobernase si se da trazas para mantenerse ligado con aquél. La candidatura de Bulnes, proclamada por la oposición, será quizás el último de los males que Montt infiera a la República, puesto que sólo el deseo de librarse de Varas y de presentar un candidato posible ha hecho que la oposición lo acepte.

Como Ud. sabe los procesos que Montt sabe urdir no han alcanzado hasta mí, y una vez extinguidas las facultades extraordinarias, puedo volver a Chile tranquilamente. Si me es necesario rehacer mi saco de peregrino, volveré a las andadas; es decir, cruzaré la Cordillera y me fijaré en Buenos Aires.

El nuevo gobierno de Pérez, favorable a los liberales, debió apresurar el viaje de nuestro historiador, pues ya en 1860 estaba

de nuevo entre los suyos después de dos años de peregrinación. Llegado a Santiago comenzó su incansable labor de crítico, bibliógrafo y escritor histórico, publicando en periódicos y revistas de aquel tiempo sus artículos y fundando otros. Fruto del trabajo de este tiempo es una curiosa publicación que llevaba por título *Cuadro Histórico de la Administración Montt* y que debía aparecer el mismo día que don Manuel Montt depusiera el mando, publicada en colaboración con Santa María, Lastarria y Marcial González.

El volumen de seicentas páginas—dice Fuenzalida Grandón en la *Vida y Obras de Lastarria*—, impreso en una semana, hecho subterráneamente, era anunciado el 18 de Septiembre de 1861 por cartelones fijos en todas las esquinas de la ciudad. El hondo secreto con que había sido hecha la publicación, la curiosidad de saber quién era el autor, la palpitante actualidad del libro, todo contribuyó a un éxito extraordinario, que agotó un grueso tiraje y dejó pingüe ganancia a los autores.

Probablemente no se ha escrito en Chile hasta hoy ningún otro de su clase que le sea comparable, como historia de combate, como ataque sangriento en el fondo, imparcial y sereno en la forma, destinado a provocar un movimiento de reacción en contra de un régimen de gobierno y de los hombres que lo representaron.

EL MAESTRO Y REFORMADOR DE LA ENSEÑANZA

Hemos llegado a un período brillante en la historia de la instrucción pública en Chile; es el período en que le cabe actuar a don Diego Barros Arana como Rector del Instituto Nacional e iniciar la reforma educacional en este plantel. En 1863, a nombre del Presidente de la República don José Joaquín Pérez, el Ministro de Instrucción lo llamó para que se hiciera cargo de la Rectoría del Instituto.

¿Cómo se desempeñó don Diego en su puesto de educador? No era pequeña la responsabilidad que debía echar sobre sus hombros, pero su versación en materias educacionales era ya una garantía para salir airoso de todos los obstáculos que se le interpusieran. Aprovechando la experiencia adquirida al visitar los diversos colegios de Europa y América, se dispuso don Diego a introducir trascendentales reformas en el Instituto, que por otra parte había permanecido estagnado y sin progreso alguno desde la reforma de 1843, por la incapacidad de rectores débiles y rutinarios que sólo se preocupaban de sus intereses y tranquilidad personal. Si mala era la instrucción del Instituto,

se comprende cómo sería ésta en los demás colegios del Estado o particulares. Había, pues, que lanzarse a realizar una amplia reforma que consistiría substancialmente en lo siguiente:

1.º Hacer obligatorios en el plan de estudios los principales ramos de las Ciencias experimentales: la Historia Natural, la Química, la Física y las Matemáticas;

2.º Ensanchar y mejorar el estudio de las humanidades procurándose buenos textos traducidos o nacionales para esas asignaturas; seleccionar un cuerpo de profesores competentes para la nueva enseñanza;

3.º Reformar los reglamentos y horarios, e impulsar el desarrollo físico y moral de los educandos.

Comenzó por formar un profesorado idóneo y competente en especial en las nuevas asignaturas. No bastaba la erudición de algunos de ellos sino que debían poseer ciertos conocimientos pedagógicos para el mejor resultado de la enseñanza. Suplantó los profesores de curso, de carácter enciclopédico, por los de asignatura. Frecuentó sus clases y él mismo se dedicó a estudiar los nuevos ramos para poder apreciar debidamente los conocimientos que se impartían por los maestros. Los alumnos pudieron ver con asombro al Rector concurrir a todas las clases de humanidades e interrogarlos con tanta competencia como sus propios profesores, lo que le daba un inmenso prestigio sobre el alumnado. Por otra parte, el profesorado cooperó eficientemente a la realización de los propósitos del nuevo rector y varios de esos profesores han llegado a ser más tarde honra del magisterio nacional.

Estableció el sistema de repetidores o maestros-ayudantes, sistema que desgraciadamente más tarde se abandonó. Esto permitía a los jóvenes que tenían la inclinación por la carrera docente, irse iniciando en la práctica de hacer clases, cosa muy digna de aplausos, ya que por aquel entonces no había ningún establecimiento para la formación de los profesores de la enseñanza secundaria; la formación del Pedagógico debía tardar todavía cerca de treinta años.

Para suplir la falta de libros adecuados para los liceos, hizo traducir y adoptar algunos extranjeros y él mismo se dedicó a redactar diversos textos científicos y literarios, algunos de los cuales no obstante haber sido escritos hace más de sesenta años no ha sido posible superarlos y son consultados frecuentemente en muchos colegios de países americanos. *Elementos de Geografía Física*, primer texto que se conocía en este ramo, fué sin duda una excelente obra para aquellos años y que desgraciadamente hoy resulta atrasada por el enorme progreso

que han experimentado las ciencias físicas; los diversos textos sobre literatura y muy principalmente el *Compendio de Historia de América* prueban lo vastos que eran sus conocimientos. *El Compendio de Historia de América* es, sin exageración alguna, la mejor obra publicada en América sobre esta materia. Era indispensable tener en forma abreviada un cuadro comprensivo y claro de los hechos del descubrimiento, conquista e independencia de todos los países de América, y Barros Arana pudo dar cima en forma acabada a esta obra, gracias a los estudios que desde largo tiempo había estado realizando sobre la civilización del Nuevo Mundo. No es extraño, pues, que algunos países americanos, como Argentina, por ejemplo, hayan adoptado esta obra y hecho varias ediciones de ella.

Bajo su iniciativa se estimuló el amor a la lectura con el fomento de la biblioteca del Instituto Nacional, enriqueciéndola con las obras de los grandes pensadores franceses. El fué quien dió el primer golpe mortal a la enseñanza mecánica, instituyendo en las aulas gabinetes, laboratorios y colecciones de objetos y rebajando los textos al papel subalterno de meros auxiliares del profesor o del alumno. A sus empeños se debe el establecimiento de la enseñanza de la Historia Natural, colocándose al frente de esta cátedra al sabio doctor Philippi, quien publicó también el primer texto de zoología y botánica para la enseñanza secundaria. Merced a estas reformas la enseñanza del Instituto tomó definitivamente rumbo propio, perdió su vestuto carácter clerical y, como era de presumirlo, quedó convertida desde entonces en objeto de hostilidad para los reaccionarios.

La implantación de las nuevas asignaturas en forma obligatoria fué resistida durante algún tiempo, pero Barros Arana no descansó un momento y pudo ver por fin, en 1867, declarada en forma obligatoria la enseñanza de todos los nuevos ramos. Durante sus últimos años se concretó a completar las reformas planteadas en un principio. Como el número de alumnos hubiera aumentado considerablemente, se pensó crear un nuevo colegio similar al Instituto. Don Diego fué de opinión de que al nuevo establecimiento se le cambiara de objetivo y se le diera un carácter industrial, con lo que ya demostraba poseer un conocimiento exacto de las verdaderas necesidades que tendría nuestro país en el futuro.

Sin embargo se acercaba la reacción, que había llegado hasta el gobierno y que debería dar un golpe a la enseñanza en la persona del Rector del Instituto.

Desde el advenimiento de don Federico Errázuriz el partido conservador se propuso hacer salir del Instituto al reformador de nuestra educación. En 1872, a raíz de unos desórdenes ocurridos en este colegio se nombró una comisión que informara sobre sus causas. La comisión, en su informe, consideraba que en los últimos sucesos no había podido dejar de influir el no darse a la educación religiosa y a los actos que requiere, toda la importancia, tomando en cuenta la influencia que tiene sobre la conducta de la vida el cultivo y desarrollo de los principios y sentimientos religiosos. Bien se veía el deseo de los miembros de la comisión de lanzar un cargo gratuito a la persona de Barros Arana. Si bien es cierto el Rector era de espíritu liberal, no por eso había dejado de hacer cumplir estrictamente dentro del Instituto los deberes religiosos, que mirados hoy día con imparcialidad y tolerancia más bien constituirían un cargo para el rector por la acentuada tendencia religiosa que dominaba en el colegio.

Fuera de la clase de Religión—ha dicho uno de los alumnos de aquella época, el prestigioso escritor don Gonzalo Bulnes—había asistencia obligatoria a misa los domingos y días festivos. Además anualmente concurríamos en cuaresma a ejercicios que se daban en el mismo establecimiento, y teníamos obligación de confesarnos. La comunión se hacía afuera y corría por cuenta de los padres.

Tomando en cuenta el informe de la comisión, el gobierno dividió las obligaciones del Rector en dos personas y colocó a don Camilo Cobo como principal jefe del establecimiento. Por último, en Marzo de 1873, era *destituído don Diego Barros Arana* de su puesto por el entonces Ministro de Instrucción Pública don Abdón Cifuentes, de recordada y triste memoria. La instrucción pública sólo le debe a este político el mayor de los retrocesos y el más grande de los desórdenes en el desarrollo de nuestra enseñanza. Para engañar a la opinión y darse aires de *liberal*, estableció este ministro, bajo el nombre de «libertad de exámenes», una libertad de comercio repugnante, que puso en el mercado público cosas que hasta entonces no se habían podido adquirir sino mediante el estudio y el mérito, los certificados del saber. Felizmente reaccionando pronto ante este estado de cosas, la opinión pública lanzó a la calle al hombre

que no había sabido ni respetar a la enseñanza ni a los hombres más preparados de ella.

Por otra parte los jóvenes estudiantes comprendieron la injusticia que se había cometido, y conservando en sus corazones el cariño por su maestro con la misma firmeza con que en su cerebro guardaron sus enseñanzas, fueron el año de 1875, en el día de su onomástico el 12 de Noviembre, a hacerle, en número de cerca de dos mil antiguos y actuales alumnos del señor Barros, una manifestación de desagravio y a expresarle que no había sembrado el bien, la virtud y la ciencia en terreno estéril y desagradecido.

(Continuará.)

Camilo Barcia Trelles.

LAS RAICES REMOTAS DEL SEDI- CENTE DERECHO INTERNACIO- NAL AMERICANO.

FERNANDO VAZQUEZ DE MENCHACA (1512-1569)

I

EL penetrante filósofo y jurista vallisoletano Fernando Vázquez de Menchaca es mencionado con reiteración, pero sus teorías concernientes al derecho de gentes son poco conocidas. Se explican a la vez la mención y el desconocimiento; la primera habida cuenta de que Grocio lo cita en su famoso tratado «De jure belli ac pacis» y esa mención contribuyó poderosamente a popularizar el nombre de Menchaca; lo segundo teniendo presente que Vázquez Menchaca, gran polígrafo, en sus «controversias» no trata específicamente de cuestiones internacionales, sino que las examina al propio tiempo que analiza otros problemas, cosa que se explica teniendo presente que en la época de Vázquez Menchaca las ciencias jurídico-morales no habían sido objeto de especialización.

Fernando Vázquez de Menchaca nació en Valladolid el año de 1512; era hijo de Martínez Vázquez, del Consejo de Castilla y hermano de Juan Vázquez, colegial de Santa Cruz y del Consejo de Indias, y de Alfonso Vázquez, Caballero de la Orden de San Juan. En la citada ciudad castellana realizó Fernando Vázquez de Menchaca sus primeros estudios en leyes y cánones; más tarde, en 1548, pasó a Salamanca, ingresando el 30 de Enero de dicho año, en el Colegio del Arzobispo. Gradúose de Doctor en leyes y cánones en la Universidad de Salamanca, en cuyo centro docente, mediante oposición, obtuvo la cátedra de Instituta. Salió de Salamanca con plaza de Alcalde de la Cuadra de Sevilla; de este cargo hace Vázquez reiterada mención en varias de sus obras y especialmente en la controversia 41, número 26 de las ilustres. Desempeñó este cargo hasta 1563, en cuyo año fué ascendido al Tribunal de la Contaduría Mayor de Hacienda. Se duda si fué o no miembro del Consejo y Cámara de Castilla; Nicolás Antonio y Rezabal lo ponen en tela de juicio; sostiene la tesis opuesta Gil González Dávila y el mismo Vázquez se atribuye este destino. Fué arcediano del Bierzo, dignidad de la Santa Iglesia de Astorga y Vicario General del Arzobispado de Santiago. En Valladolid desempeñó los cargos de Regidor de la Ciudad y Oidor de su Chancillería. En calidad de jurista asistió al Concilio de Trento, enviado por el Rey don Felipe II, y de su intervención en dicho concilio da idea la solemne oración pronunciada los días 6 y 7 de Febrero de 1563, que Vázquez inserta en sus Controversias ilustres.

Las obras de Vázquez de Menchaca, según Nicolás Antonio, constan de seis volúmenes, así distribuídos: I y II, *Controversiarum illustrium libri III*, Franckfort 1572, Venecia 1564, Franckfort 1577 y 1606, Barcelona 1563, Lugdini 1599, Génova 1599 y Venecia 1595; III *De succesionum progressu*, Venecia 1564; IV,

V y VI, *De successionum creatione*, Salamanca 1559, *sive de Successionibus et ultimus voluntatis*, Venecia 1564, Franckfort 1610, Génova 1612, Ginebra 1564-1577-1606. Además de las obras mencionadas dejó escrita otra titulada *De vero jure naturali*; en su testamento, Fernando Vázquez de Menchaca encargó a su hermano don Rodrigo que la corrigiese y diese a la publicidad; el manuscrito de dicha obra se encuentra en la catedral de Sevilla.

Murió Vázquez de Menchaca en Sevilla en 1569; reposando sus cenizas en la catedral de la mencionada ciudad. Se han ocupado con el elogio de Vázquez Menchaca, entre otros, Antonio Padilla en 1, ley I.—*cod de juris et facti ignorantia*; Bobadilla en su *Política* (libro 2, cap, 6); Hugo Grocio en los prolegómenos de su tratado *De Jure Belli ac Pacis*; Nicolás Antonio en su *Historia de los seis colegios mayores*.

Vázquez de Menchaca a diferencia de Vitoria y Soto, que fueron ante todo y sobre todo consumados teólogos, debe ser considerado como jurista, calidad que da a su obra una especial significación. Son de notar en Vázquez de Menchaca la claridad de pensamiento y su incondicionada independencia de juicio; como Vitoria y Soto, vivió y escribió para servir la causa de la verdad y de la justicia; por eso su obra no ha envejecido al sucederse los siglos.

II

Vázquez de Menchaca no estudia el problema de la autoridad universal del Emperador en cuanto cuestión académica o teórica disposición; lo analiza en sus relaciones con el problema de América, habida cuenta de que, como hicimos notar en otro lugar (1) la autoridad

(1) CAMILO BARCIA TRELLES: *Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional*. Valladolid, 1928, págs. 31-42.

universal del Emperador se alega como título que legitima la extensión de la soberanía española al Nuevo Mundo. Vázquez de Menchaca, como es explicable, enfoca el problema analizándolo en sus fundamentos, esto es, tomando posición respecto a la opinión reiteradamente defendida, según la cual el Emperador es señor del mundo por haber recibido esa jurisdicción universal, o directamente de Dios o indirectamente a través del Romano Pontífice. No ponen en tela de juicio los teólogos y moralistas de la época que la autoridad del príncipe procede mediatamente de Dios; lo que combaten es la idea de que esa soberanía se confiera directamente por la divinidad; es el pueblo quien la otorga, teoría de la soberanía popular castizamente española y que Vázquez de Menchaca defiende de modo cumplido, como veremos seguidamente.

En sus *Controversias ilustres* (Libro I. cap. XXI; 34), dice:

que ni el Papa ni el Emperador tienen jurisdicción temporal en todo el mundo se justifica teniendo en cuenta que su jurisdicción y principado no fué establecido para utilidad suya, sino para utilidad de los demás hombres y ciudadanos. Vacante el reino o el imperio los ciudadanos pueden elegir otro para sí. El imperio no fué establecido por ellos como causa particular e inmediata, ya que todo imperio justo y legítimo procede del consentimiento del pueblo y de la elección de los ciudadanos, particular e inmediatamente. (Libro I. cap. XXI, 1).

Más adelante agrega que

Dios dió a todas las cosas la facultad de conservarse y de resistir a sus contrarios, no sólo cuanto a la conservación de la salud temporal, sino también en virtud de su gracia, en cuanto a la prosperidad espiritual, mas como los hombres estando aislados y dispersos no pueden ejercitar esa facultad, Dios puso en ellos el instinto de vivir en compañía, formando un conjunto o colectividad, a fin de que, reunidos, se bastasen los unos a los otros. Ahora bien, tal república no se podría go-

bernar ni rechazar a los enemigos, ni contener la audacia de los malhechores, si no eligiese magistrados a los cuales atribuir esa facultad. Así surgió el *imperium*, instituyendo unos pueblos cónsules y otras formas de gobierno.

En otro lugar (Lib. I, cap. XX, 24) escribe, completando el anterior pensamiento:

todo hombre nace libre por derecho natural y no puede ser sujeto en cuanto a su jurisdicción, sino por su voluntad. Todos los hombres son por derecho natural iguales; por tanto todos nacen libres. Es decir, no sólo todo el mundo no está sujeto a la jurisdicción de un solo hombre, sino que ninguno de los hombres está sometido *de jure* a la jurisdicción de otro, a no ser por su voluntad. Ninguna jurisdicción o principado puede tener su origen en otra parte.

Insistiendo en la misma tesis, escribe (Lib. I, cap. XX: 25 y 26).

El hombre no se sujeta a la jurisdicción de otro hombre sino por su propia voluntad; la libertad es debida a los hombres por derecho natural.

No es necesario realizar grandes esfuerzos mentales para deducir lógicamente de la exposición que antecede esta consecuencia: teniendo su origen la soberanía imperial en la voluntad del pueblo, no puede lícitamente extenderse su ejercicio a aquellos hombre que no la han acatado de modo expreso. En tal sentido el Emperador no puede ser señor del mundo y carece, por tanto, de soberanía sobre los indios naturales de América.

Hasta aquí Vázquez de Menchaca encauza sus esfuerzos dialécticos a esta finalidad: demostrar que, *jurídicamente considerado el problema*, no puede sustentarse la tesis de la autoridad universal del Emperador. Pero aun cuando admitiese que la soberanía universal tiene fundamento jurídico, *prácticamente sería*

irrealizable. Vázquez evidencia del modo siguiente la existencia de esa imposibilidad física.

Por razón de derecho natural el hombre debe ayudar a su prójimo y tal ayuda no admite demora. No prestar tal auxilio y no hacerlo sin tardanza, es ilícito, según el derecho natural. Ahora bien, como Dios separó toda la tierra, no una vez, sino muchas, por la interposición del vastísimo mar, si por acaso en el nuevo mundo de los indios, un príncipe, una ciudad o una provincia, padeciese fuerza por parte de otro príncipe, de otra ciudad o de otra provincia, como cotidianamente acontece y fuese preciso implorar el auxilio del Emperador de los Romanos, ciertamente, no sólo muchos años, sino muchos siglos serían necesarios para que el emperador pudiese conocer la justicia y la causa del asunto y otros años tantos o siglos, para que entendida la verdad del negocio, pudiese enviar socorros al que sufría fuerza; entretanto la oportunidad del auxilio habría pasado. Creedme: no se ha podido pensar o decir nada más ajeno o remoto de la prudencia, providencia y justicia del Sumo Dios que pensar o afirmar que por esta causa de auxiliar, el imperio debiera estar en las manos de un solo hombre. (Lib. I. cap. XXI, 32.)

Más adelante añade:

Si el Papa o el Emperador tuviese la jurisdicción que se pretende sobre todo el orbe, ningún otro pudiera prestar auxilio al que sufre fuerza o violencia; de la misma manera que el hombre privado no puede socorrer con armas a otro hombre privado que sufre fuerza o injuria. Es lícito que aquel que sufre injuria repela la fuerza con la fuerza de las armas, con tal que lo haga *incontinenti* y con moderación y para defensa del cuerpo, del honor o de su hacienda. No es lícito sin embargo que lo haga otro que no sea el interesado, porque si lo fuera quedaría abierta la vida para cometer muertes, robos y alborotos, para usurpar la autoridad de los superiores, jueces, príncipes o magistrados, para perturbar lo divino y lo humano. Por consiguiente, si en el nuevo mundo de los indios una república o un príncipe padeciese injuria tiránicamente por parte de otra república o de otro príncipe y toda jurisdicción o protección perteneciesen al Papa o al Emperador, los príncipes limítrofes o vencidos del que padecía injuria no podrían socorrerle, a fin de que no pareciese que, injustos e irreverentes, usurpaban la jurisdicción ajena (órdenes del Papa o del Emperador). Y como por hallarse en

lugares muy remotos el Emperador y el Papa tardarían años y siglos en percibir y entender el negocio y su justicia y en enviar el auxilio necesario, claro está que resultaría dañoso para el que padeciese la fuerza, no sólo porque el Papa y el Emperador demoraban el auxilio que le debían por derecho natural, sino porque impedían que los vecinos y limítrofes se los prestasen, lo cual es injusto y dañosísimo para el género humano. Esto se justifica porque está vedado usurpar o invadir la jurisdicción ajena, de tal modo que el que mata por privada autoridad al que debía ser muerto en otra parte, paga con la cabeza. (Lib. I. cap. XXI, 34.)

Vázquez analiza y rebate las teorías abiertamente cesaristas de Bartolo y Baldo. Deduzcamos ahora consecuencias de la tesis sustentada por el ilustre jurista vallisoletano. Ante todo una insistencia negativa para dejar expedito el paso a la verdad: no existe jurisdicción universal; ni jurídicamente, ni prácticamente; el mundo por su amplitud no puede someterse a la autoridad unipersonal del Emperador; es un conjunto orgánico de pueblos soberanos; en la clasificación se incluye a todos los pueblos, no tan sólo a los cristianos, sino a los paganos; especialmente interesa consignar aquí que en esa comunidad de pueblos forman las tierras americanas; no constituye una colonia española el nuevo mundo, sino que se halla integrada por un conjunto de soberanías. Vázquez lo sostiene tanto en la esencia de su doctrina como en las denominaciones que emplea al hablar de América; alude a príncipes, a ciudades, a entidades soberanas; esta denominación es inaplicable a cuanto signifique imperio colonial. Ahora bien, el mundo así concebido ¿ha de considerarse como un conjunto de soberanías que mutuamente se excluyen? La independencia, ¿la concibe la escuela internacional española del siglo XVI, a la cual Vázquez de Menchaca pertenece, como un concepto excluyente? Nada menos cierto. Habla de los príncipes que padecen *injuria*; el término interpretado en su exacta significación quiere decir *violación jurídica*; cuando la

violación jurídica se produce, los otros príncipes tienen el deber de auxiliar al que la sufre, para restaurar el derecho violado. Existe, por tanto, una ley objetiva internacional, cuya violación afecta de modo fundamental, no tan sólo al que directamente la sufre, sino a toda la comunidad, cuya estabilidad reposa en el mantenimiento de esa garantía jurídica común. De no ser así, toda la teoría de Vázquez de Menchaca se derrumbaría, ya que parte de un principio indiscutible: necesidad de solidarizarse con el atropellado. Es oportuno recordar esta inclinación doctrinal de la escuela internacional española del siglo XVI, más que nunca hoy que el concepto de la solidaridad internacional parece atravesar por un período de honda crisis. Esas propensiones doctrinales, no lo olvidemos, nacieron con ocasión de glosarse el problema de América y la peculiaridad de esa etiología parece obligar al nuevo mundo actual, al menos moralmente, a continuar aquella tradición. Ese y no otro ha de ser el sedicente derecho internacional americano, esto es, un derecho castizamente hispánico. Mas si a lo que se tiende al formularlo no es a otra cosa que a escindir el mundo en sectores distintos, los que patrocinan tal inclinación siendo americanos se niegan a sí mismos, niegan el pasado y se ponen en abierta contradicción con su misión histórica, en lo que afecta al porvenir. Volver la vista a la España del siglo XVI, he ahí el ademán, a la vez necesario y constructivo. No imperio universal, sino comunidad internacional; no pueblos que viven aparentemente el progreso material y espiritualmente tienen psicología de tribus, sino asociaciones que existen para prestarse mutua ayuda, siendo su vínculo el de mantener la justicia e impedir que una violación de la misma pueda consagrarse. La concepción de Vázquez Menchaca va a reafirmarse cuando estudiemos seguidamente cómo enfoca el

problema a la vez viejo y actual de la libertad de los mares.

III

No es un tema académico, ni una cuestión meramente retrospectiva la que plantea el problema de la libertad de los mares; baste decir que constituye en la actualidad un obstáculo interpuesto en el camino de la cooperación cordial anglo-americana. La libertad marítima ha sido negada por pueblos de estructura imperial, que disponiendo de poderosas fuerzas navales intentaron convertir el océano en propio patrimonio; fué defendida la libertad oceánica por aquellas naciones comerciales y navegantes, cuya prosperidad ultramarina estaba íntimamente unida al mantenimiento de la citada libertad. Como ejemplo de la primera categoría se cita a Inglaterra; como encarnación de la segunda tesis se menciona a los países Bajos; simbolizando y personalizando la cuestión, se limita por dos polos: uno representa a Grocio, otro encarna de la figura de Seldem; tal es la interpretación genéricamente admitida, interpretación inexacta, como nos proponemos demostrar. Mas aun aceptada la anterior interpretación disyuntiva, siempre resultaría que el problema marítimo gira en torno a una aspiración: el interés nacional; interés ánglico cifrado en el mantenimiento de un monopolio, respaldado por la fuerza de las escuadras; interés holandés, asentado en la necesidad de practicar un comercio, de cuyo mantenimiento dependían la prosperidad y estabilidad de los Países Bajos; el interés es por esencia subjetivo, y mientras subsista como elemento calificador del problema que analizamos la aspiración tendiente a la consagración de la libertad marítima, no podrá nunca realizarse. La solución, a nuestro entender, la ofrece la escuela internacional española del siglo XVI y espe-

cialmente Fernando Vázquez de Menchaca; para situar histórica e idealmente las teorías oceánicas de este pensador vallisoletano estimamos necesario aludir, siquiera sea de paso, a otras concepciones hispánicas que preexisten cuando Vázquez de Menchaca aborda el problema de la libertad de los mares.

Para Francisco de Vitoria lo que él denomina «jus communicationis» es un derecho natural, de tal modo innegable que en él descansa el derecho de gentes; el hombre tiene derecho a comunicarse con sus semejantes. Del derecho natural de gentes se deduce no no tan sólo el «jus communicationis», sino la libertad de los mares; por derecho natural, dice Vitoria, son comunes el agua del mar, los ríos y los puertos; el derecho de navegación ha de ser aceptado con todas sus consecuencias; las naves, sea cual fuera el país a que pertenezcan, pueden utilizar libremente todos los puertos, atracar a cualquier parte de la tierra; quien niegue ese derecho viola la ley básica de la comunidad internacional.

Note el lector que las anteriores concepciones han sido sustentadas por el ciudadano de un país imperial, soberano virtual de un mundo nuevo y por tanto en condiciones de sustentar el ejercicio de un monopolio oceánico. He ahí por qué razón la tesis de la escuela española del siglo XVI es eminentemente objetiva. Vitoria no piensa como Seldem y Grocio en la conveniencia de su país, sino en servir a la causa de la justicia; la escuela española, por objetiva, estaba destinada a la inmortalidad.

Analícemos ahora la doctrina de Vázquez de Menchaca concerniente a la libertad de los mares. La expone, con amplitud, en sus *Controversiarum illustrium aliarumque usu frequentum libri tres* (Libro II, cap. LXXXIX, números 23 a 45).

Los derechos naturales son inmutables; nacieron con el género humano y nos los enseña la misma natu-

raleza sin necesidad de preceptor. El derecho natural es común a hombres y animales, pero el derecho de gentes natural o primitivo sólo a los hombres se aplica. Existe al propio tiempo el derecho de gentes secundario; no nació con el hombre, sino que fué obra del hombre. Originariamente tenía el carácter de derecho civil, es decir que solo regía en determinados pueblos aisladamente considerados; después fué admitido por la mayor parte de las colectividades.

Y así este [derecho de gentes secundario] que había comenzado a usarse en una u otra región, y, que, por lo tanto, sólo era el derecho civil de aquella región o de aquel pueblo, al ser aceptado por los demás pueblos se convirtió en derecho de gentes.

El mencionado derecho de gentes secundario no es fijo e inmutable; puede ser modificado por el mismo poder que lo creó; es lo que lo diferencia del derecho primitivo; por tanto no puede el derecho de gentes secundario modificar el natural o derecho de gentes primitivo. ¿Y si los pueblos de acuerdo pretendieran modificarlo, sería válida esa transformación? No.

Con ningún consenso, acogida o práctica de muchos pueblos pudieron ser establecidos, como, aparte nosotros, enseña el más disertado de los teólogos de nuestro tiempo, Alfonso de Castro, en su *De potestate legis penalis*, lib. II, cap. XIV, pág. 562.

He ahí la fórmula de Vázquez de Menchaca clara y terminante: si un pueblo promulga leyes de derecho de gentes secundario, que violan el derecho natural primitivo, esas leyes son nulas. Aplicado el criterio al problema de la libertad de los mares, se deduce sin esfuerzo lo siguiente: siendo la libertad de los mares un principio de derecho natural primitivo, si un país dicta leyes que la ignoren o pre-

tendan abolirla, intentando convertir la libertad en monopolio, esas leyes carecen de efectividad. Sentada provisionalmente esta afirmación, sigamos ahora a Vázquez de Menchaca en la exposición de su tesis concerniente a la libertad de los mares.

Es inaceptable la opinión de quienes sostienen que venecianos o genoveses pueden justamente (non iniuria), prohibir a otros navegar por el piélago de su mar; tal prohibición sería contraria al derecho natural o de gentes primitivo, el cual «no puede ser cambiado y por que consta que en ese derecho eran comunes no solamente los mares y los océanos, sino todas las demás cosas inmuebles».

Este derecho fué desviado en parte, por ejemplo, en lo tocante al dominio y propiedad de las tierras, cuyo dominio común repartido y dividido por el derecho natural, fué segregado de aquella primitiva comunidad o comunismo. Muy de otra suerte acontece con el dominio del mar, que desde el origen del mundo hasta nuestros días, siempre fué y es común, no habiéndose mudado ese derecho por parte alguna como es sabido.

Vázquez de Menchaca no tan sólo habla de genoveses y venecianos, sino de las pretensiones de España al monopolio oceánico y es a este propósito cómo se afirma una vez más esa admirable objetividad de la escuela internacional española del siglo XVI; como hemos dicho, Seldem, inglés, arguye en beneficio de la Gran Bretaña; Grocio, holandés, en provecho de los países Bajos; Vázquez de Menchaca, español, en servicio de la justicia. Nada más concluyente que ofrecer una traducción de sus propias palabras:

Aunque muchas veces hemos oído que una gran mayoría de los portugueses piensan que su rey ha adquirido el derecho a la navegación (*præscripserit navigationem*) del Indico occidental y de lo más dilatado de él y que no es lícito a los demás pueblos navegar por aquellos mares; aunque el vulgo de nuestra

misma España parezca ser casi de la misma opinión, es decir, que, exceptuados los españoles, el resto de los mortales tiene muy poco derecho (*ius minime sit*) a navegar por el inmenso y dilatadísimo mar a las regiones de las Indias que nuestros poderísimos reyes han subyugado, como si tal derecho hubiese sido adquirido (*prescriptum fuerit*) por ellos—por los españoles—, sin embargo, las opiniones de todos éstos no son menos inexactas que las de aquéllos que respecto a los venecianos y genoveses suelen abrigar casi la misma quimera.

¿Por qué es inaceptable esta aspiración?

Lo necio de tales opiniones aparece diariamente si consideramos que cada una de esas naciones no puede prescribir (adquirir un derecho) contra sí misma (es decir, la república veneciana contra sí misma, la república de Génova contra ella misma, el reino de España contra él mismo, la monarquía lusitana contra ella misma), puesto que debe existir diferencia, según las instituciones, entre agente y paciente.

Ese derecho de libre navegación no puede prescribir en perjuicio de otras naciones, porque la prescripción es de derecho civil y no de gentes. La prescripción, por tanto, aplicable a las relaciones entre los hombres, no lo es a las que se establecen entre príncipes y pueblos; si se decreta la prescripción por un pueblo, ésta no podrá afectar a otros pueblos. El problema, por consiguiente, ha de ser resuelto de acuerdo con el derecho de gentes primitivo y por «este derecho jamás fué admitida la usurpación y prescripción del mar».

Luego, ningún derecho cabe o puede haber al género humano sobre las aguas y los mares; excepto que sean de uso común.

No es sólo la costumbre ininterrumpida la que consagra el derecho de libertad de los mares; este arranca de un principio de solidaridad humana, que constituye respecto de la escuela internacional española del siglo XVI, como la fuente inspiradora de sus doctrinas.

No es sólo contra derecho natural querer impedir la navegación con pretexto de la prescripción cuando con ella el impediendo gana muy poco y el impedido se perjudica, sino que creemos que debe hacerse lo contrario, es decir, ser útiles a quienes podamos, cuanto podamos serlo sin daño nuestro.

Por la natural consanguinidad y parentesco que la naturaleza establece entre nosotros, no es lícito que el hombre, especialmente cuando puede auxiliarse sin daño ni incomodidad propia, como dar consejo al que lo ha menester, mostrar cortésmente el camino al extravío, encomendar con las luces propias las luces ajenas.

En suma, es lo que nos enseña aquel divino precepto de no hagas a otro lo que no quieras para ti.

La peculiaridad de la escuela internacional española se manifiesta cuando Vázquez de Menchaca contrasta sus opiniones con las de otros juristas, como Juan Faler, Angel Aretino, Baldo y especialmente con la de Francisco Baldo, al cual puede calificarse como el Seldem italiano. Estos juristas opinaban que si bien es innegable que por prescripción no pueden adquirirse las cosas que según el derecho de gentes son comunes, pueden sin embargo adquirirse por la costumbre.

Lo cual es absolutamente falso; tradición ciega y oscura, privada de toda lumbre de razón y que interpreta la ley conforme a la letra, no conforme al espíritu. En los citados empleos del mar de los *españoles* (Vázquez alude a su propio país), de los lusitanos, de los venecianos y de los genoveses, consta que tal derecho de navegar y de prohibir a otros la navegación, no lo han adquirido ni por uso ni por prescripción.

Es decir que según una opinión defendida por los legistas de la época, muy extendida en ese período histórico y alegada en apoyo de la extensión de la soberanía española al nuevo mundo, un acto originariamente injusto (el monopolio oceánico), puede ser justo cuando, entre su realización y el momento en que se valora, se ha interpuesto un dilatado período de años o de siglos; el transcurso del tiempo, se dice,

justifica lo que originariamente fué injusto. Vázquez de Menchaca rechaza esa afirmación rotundamente; según el pensador español, el tiempo no sirve para otra cosa que no sea para acentuar la monstruosidad jurídica de una acción; por eso escribe «ni siquiera se justifica por el transcurso del tiempo, pues aun se hace con el tiempo peor y más injusta».

Vázquez de Menchaca, en otro lugar de su obra, establece una distinción entre la navegación fluvial, cuando se realiza sobre ríos que discurren dentro del territorio de un Estado (que puede ser objeto de monopolio) y la navegación marítima, siempre libre. No tan sólo de la libertad de los mares se deduce el derecho de navegación sino de pesca (no se olvide que la aspiración al ejercicio exclusivo de este derecho, explica en gran parte las tendencias al monopolio oceánico).

Respecto del mar, como en otro tiempo, hoy y siempre, permanece intacto el derecho de gentes primitivo, tanto en lo tocante a la pesca como en lo tocante a la navegación. Además, el mar nunca fué separado de la comunidad de los hombres y entregado o confiado a alguno de ellos.

Si ahora se nos pregunta el por qué de esa peculiaridad de la escuela internacional española del siglo XVI y el por qué de esa preocupación de justicia, responderemos brevemente: para la escuela internacional española, los problemas internacionales son ante todo problemas morales. Así lo afirmaba en 1532 Francisco de Vitoria, encarnación de la orientación hispánica; en ese mismo año de 1532 aparecía en Florencia la primera edición de *El Príncipe* de Maquiavelo; en el mismo se descartaba la moral y se entronizaba el interés, se ignoraban los medios y se hacía la apología de los fines, un principio amoral ofrecido a los príncipes que quieran conquistar el poder o fortalecer su preexistente grandeza cuanti-

tativa; la histórica polémica entre la moral y el interés, entre la justicia objetiva y la justicia subjetivamente adaptada a las exigencias de una nación determinada, se intensifica en el siglo XVI; los pensadores españoles viven para servir la verdad universal, son ecuménicos; por eso la peculiaridad de la escuela española y de ahí que actualmente en la práctica de sus principios, prendan sus esperanzas los hombres que piden para la humanidad más luz, más virtud y más justicia.

Prescindamos de la época en que Vázquez de Menchaca escribió sus controversias; atengámonos solamente al año de su edición: entre otras encontramos las de Barcelona, 1563 y Venecia 1564. Grocio escribe su *De jure proede* entre 1604 y 1605; la obra no fué publicada íntegramente hasta 1868, pero de la misma se desglosó un capítulo (el número XII) que con el título de *Mare liberum* aparece en 1608. Por consiguiente, cuarenta y cinco años antes de que Grocio, como dice Basdevant «a propósito de hechos políticos y con un fin patriótico» abogase por la libertad de los mares, un jurista español la defende, sin preocupaciones políticas, ni finalidades nacionalistas. Ello no obstante, el nombre de Grocio aparece indefectiblemente unido a la causa de la libertad oceánica, en tanto que, muy excepcionalmente, se menciona en tal sentido a Vázquez de Menchaca. Con el objeto de reparar ese olvido, cuya prolongación implica una injusticia, han sido escritas estas líneas; si el autor de las mismas logra el fin perseguido al redactarlas, este trabajo no será inútil.

ACERCA DE LA LITERATURA CHILENA

EN su *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura* (1), Raúl Silva Castro decía que están de moda los panoramas literarios. Así es, están de moda. Pero hay dos clases de panoramas: los que se miran por delante y los que se observan por detrás, es decir, los panoramas literarios y los panoramas humanos, que explican o pretenden explicar una literatura por la observación de los hombres que la han producido. En el primer caso, se mira el conjunto de una literatura como quien, normalmente, mira un tapiz, de frente; en el segundo, se mira por detrás, como si el cañamazo interesara tanto o más que lo que representa el tapiz. ¿A qué tipo corresponde el de Raúl Silva Castro? Al segundo; pero más que trazar un panorama, lo que ha hecho ha sido meter una mano en el de la literatura chilena y abrir un agujero. Lo que hemos visto por este agujero necesitaría un libro para ser examinado y descrito. Otros quizás lo hagan. Yo me limitaré a una labor más breve. Examinaré algunos aspectos del cañamazo de la literatura chilena.

* * *

En la *Paradoja* a que me he referido, Raúl Silva Castro decía:

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

La literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia.

Tal era su afirmación. Pero ¿por qué están ausentes de la literatura chilena todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia? Después de una disquisición de carácter socio-psicológico, donde estudiaba someramente la formación, la vida y las costumbres de la clase media, el autor de la *Paradoja* respondía:

Una luz especial ilumina el proceso de nuestra literatura cuando se observa que ella está entregada, con leves excepciones, a hombres mesócratas. En la expresión escrita deben reflejarse los asuntos y las costumbres sociales. Una clase social deprimida y siempre temerosa de caer en lo arbitrario no puede crear un arte grande.

Es decir, que el origen mesocrático de la mayoría de los escritores chilenos tendría la culpa de que los grandes problemas de la vida y las inquietudes de la inteligencia estén ausentes de la literatura de este país. Tal es el hecho que el autor de la *Paradoja* indicaba y tal la explicación que de él nos daba. Yo no voy a discutir la existencia del fenómeno, o sea, la ausencia de problemas en la literatura chilena. Reconozco que así es y todos tendremos que reconocerlo. Lo que quiero discutir es el por qué. Me permito opinar que la explicación de Silva Castro es insuficiente. Hay otras explicaciones y esas son las que voy a intentar.

Me ocuparé primero de la cultura del escritor chileno. Debo advertir que al hablar del escritor chileno me refiero al escritor de este momento, al escritor de hoy, entre los cuales me cuento. La mediana y a veces mediocre cultura del escritor chileno es una de las causas que provoca aquella ausencia que lamentamos. Cuando leemos *El mundo de William Clissold*, de

Wells, en donde el escritor inglés estudia el problema de la personalidad y del destino, o cuando leemos el prólogo de *Volviendo a Matusalén*, de Shaw, en el cual este autor estudia y pretende explicar algunos problemas biológicos y morales, llama la atención la facilidad con que ambos tratan las ideas pertinentes a esos temas. En el prólogo de *Volviendo a Matusalén* se encuentran subtítulos como éstos: El ocaso del Darwinismo. El advenimiento del neodarwinismo. Inadaptación política del ser humano. Evolución creadora. Los evolucionistas tempranos. El advenimiento del neo-lamarckismo. Cómo las cualidades adquiridas se heredan. Darwin y Carlos Marx. La poesía y pureza del materialismo, etc. No copio otros para no ser tedioso, pero advierto que todos tienen el mismo o mayor interés. Cada uno de estos subtítulos contiene una glosa sobre la materia que indican, y aunque la glosa no es muy extensa se echa de ver que Shaw habla de cada tema con profundo conocimiento. Y no podría ser de otra manera. Recordemos quién es Shaw, la situación que ocupa en la literatura inglesa, los rivales que tiene, entre los cuales se cuenta el enorme Chesterton, y veremos que no puede hablar a vuelo de pájaro. Es posible que esté errado en sus apreciaciones, es muy posible que esté equivocado, pero no es posible que esté indocumentado. No se puede hablar de la oposición que existe entre las doctrinas de Darwin y Lamarck, no se puede hablar de la influencia de Samuel Butler en cierta rama del problema biológico-moral, sin conocer a fondo las ideas de estos sabios y escritores, sin haber leído sus libros, sin haberlos meditado. Shaw no puede sacar sus conocimientos de la Enciclopedia Británica ni de cualquier manual de divulgación de esos problemas. En cuanto lo hiciera, su posición literaria e intelectual sufriría rudo golpe. Diez o veinte hombres de ciencia, diez o veinte escritores o pensadores se le echarían encima y lo

harían cisco. En Inglaterra y en casi todos los países de Europa la lucha por las ideas es el pan de cada momento, pan del que desgraciadamente carecemos en el valle que riegan el Mapocho y el Maipo, donde no discutimos las ideas sino cuando hieren nuestra personalidad social o literaria o nuestros intereses económicos.

Ahora, sentado esto último, miremos a nuestro alrededor o más allá y preguntémonos: ¿cuál es el escritor chileno que puede, en este mismo instante, hablar o escribir sobre los problemas que Shaw trata en *Volviendo a Matusalén* y Wells en *El mundo de William Clissold* y hacerlo con la misma desenvoltura y seguridad con que éstos lo hacen? O ¿cuál es el escritor que puede hablarnos a fondo de cualquiera de esos problemas que exigen no sólo experiencia propia o intuición de él, sino también conocimiento, cultura, crítica, razonamiento? (Pregunto cuál es el escritor y no cuál es el hombre.) Puede que alguien pregunte: ¿de qué le servirá a un novelista tener una cultura biológica, una cultura filosófica, una cultura psicológica o una cultura cualquiera, que no sea cultura literaria? Pero yo podría preguntar a mi vez: ¿de qué le sirvió a Shaw tener cultura acerca de las ideas de la herencia, de la biología, de la sociología? Le sirvió para escribir *Volviendo a Matusalén*. Shaw no hubiera podido escribir esa obra sin tener la cultura de que da muestras en el prólogo del libro. Esa cultura le sugirió ese libro, porque la cultura sirve al escritor, al artista, al creador, no como un simple almacenamiento de conocimientos—lo cual lo convertiría en erudito, cosa de la que debe escapar como un creyente escapa del diablo—, sino como sugeridora, como iluminadora de sus creaciones, en las que infunde ese soplo de universalidad que vemos en los libros de Wells, de Shaw, de Chesterton, de Gide y de otros escritores europeos.

Voy a citar aquí de nuevo a Max Scheler, y digo de nuevo porque lo acabo de citar en un artículo sobre *El poema y la cultura*:

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes, un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—, sino quien posee una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo.

Esa cultura es la que no tiene el escritor chileno. La que tiene, en la mayoría de los casos, es cultura literaria, la cual no sirve absolutamente para nada cuando se trata de crear obras con un contenido humano y científico. Si la tuviera, se vería en sus obras. Si la tiene, no la muestra. Quizá dos o tres escritores, tal vez menos de dos o tres, la tienen, aunque en escasa cantidad; pero si examinamos la obra que van realizando esos escritores, situados entre los más jóvenes, veremos que evolucionan más hacia el terreno de la crítica, de la erudición o de la interpretación histórica, que hacia el de la creación literaria. Su cultura se sospecha en algunos de sus artículos, en sus intentos de ensayo, en sus trabajos de interpretación, a veces sólo en su conversación, pero llegado el momento de hacer obra literaria abandonan la cultura y se entregan a reminiscencias de la vida particular de Chile. ¿Por qué? No lo sé todavía ni debe interesarnos en estos momentos. El tema nuestro es otro.

Ahora bien: ¿qué puede hacer un escritor que carece de aquella cultura que le permitiría abordar temas de alta significación intelectual? No puede, sin caer en el ridículo, entregarse a trabajar una obra que tenga como tema básico o principal un problema

que requiera conocimientos anteriores para ser tratado. Y ante esta dificultad, que no es insuperable, sino perfectamente franqueable, el escritor chileno se dedica a lo que le rodea, a lo que menos preparación y esfuerzo intelectual le cuesta, a lo que no le exige sino cierta preparación literaria, espíritu de observación, retentiva y habilidad; a la descripción de lo objetivo, que a veces llega a ser superficial a fuerza de ser objetivo: el campo, las montañas, el mar y los hombres de Chile.

¿A qué se debe esta insuficiencia cultural del escritor chileno, entre los cuales, repito, me cuento yo? Considero que se debe generalmente a un error de método. Si se pregunta a los escritores de hoy qué es lo que leen actualmente, responderán: una novela, un libro de viaje, uno de cuentos o uno de crítica literaria, es decir, literatura. Difícilmente habrá uno que lea algunas de esas pesadas obras que tratan problemas generales de la humanidad. ¿Por qué no las leen? Repito: es sólo un error de método, una falta de previsión, a no ser que sea—y el caso se da—indiferencia por las ideas. Algunos de ellos dicen: «El campo chileno no está agotado para la literatura. ¿Por qué abandonarlo y recurrir a temas que podemos tratar una vez que agotemos el campo?» Sí, es posible que el campo, que el roto, que el campesino, que la montaña y que el paisaje no estén agotados. ¿Pero se ha pensado en el lector? ¿No será él el agotado? Citemos a algunos escritores actuales y veamos sobre qué escriben o sobre qué han escrito: Mariano Latorre, costumbres campesinas; Marta Brunet, costumbres campesinas; Luis Durand, costumbres campesinas; Santiván, actualmente costumbres campesinas; Maluenda, *Escenas de la vida campesina*, su obra principal; Manuel Rojas, rotos y campesinos; Januario Espinosa, costumbres campesinas y de la clase media provinciana; Joaquín Edwards, *El Roto*;

Eduardo Barrios, *Un perdido*, su mejor obra, tipos y costumbres de Chile. No los he nombrado a todos, pero los demás, con la excepción de algunos que se dedican a describir tipos extranjeros o internacionales, creyendo así escapar al lugar común de la literatura nacional, pero en realidad cayendo en un lugar común internacional, con algunas excepciones, digo, excepciones de número y no de calidad, siguen la senda del roto y del campesino. Después de leída esta lista, ¿no es cierto que resultan demasiados rotos y demasiados campesinos para un público tan escaso como el que poseemos los escritores chilenos? ¿No es cierto que se echa de menos algo que salga del campo, de las montañas y de la vida exterior de los hombres que viven en ese campo y en esas montañas, algo que no sea sólo un recuerdo de lo que se ha visto o vivido o imaginado alrededor de esos temas? Si recordamos que todos los escritores de Chile tenemos más o menos los mismos lectores y si recordamos que todos les damos la misma literatura, tendremos una idea clara de la situación. No se puede escribir durante veinticinco o más años una literatura así, semejante en el fondo y con escasas variaciones en la forma, literatura que no ha logrado todavía cristalizar una obra maestra, sin fatigar a una o dos generaciones de lectores.

Pero no debemos desesperar. Creo que si algunos escritores que recién se inician no se entregan a una sabiduría sin trascendencia humana o a una cultura unilateral, especialmente literaria; si aprovechan el ejemplo de los escritores europeos, para quienes el escribir no es sólo una forma de narrar sucesos vistos o vividos, sino también una forma de manifestar en sus obras las ideas y los sentimientos, los problemas y las inquietudes del mundo que los rodea; si saben utilizar en sus producciones la cultura más o menos amplia que poseen y la que adquieran luego, trans-

formándola y adaptándola en beneficio de la creación literaria, creo, repito, que sacarán a la literatura chilena de la uniformidad en que yace desde hace tantos años.

Con esta esperanza y con este buen deseo—que espero me será agradecido como se merece—termino esta primera parte de mi trabajo. En ella me he referido exclusivamente a los problemas que exigen, para ser explotados en la literatura, una cultura especial preliminar, es decir, a los problemas con raíz científica. En la segunda parte me ocuparé de aquellos que pueden ser tratados sin más acopio anterior que la intuición o la experiencia personal, entre ellos el problema sexual y la inquietud metafísica, problemas e inquietudes contingentes en la personalidad intrínseca del hombre.

* * *

En una parte de la *Paradoja* Raúl Silva Castro decía:

Se me dirá, seguramente, que para llevar a la literatura ese género de preocupaciones es necesario que el escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado tales inquietudes. La objeción es insuficiente. El escritor es el producto de una minoría, y la minoría desde la cual él se lanza a explorar el mundo de las formas, que sigue su carrera y corona sus triunfos, es siempre una minoría para la que la inteligencia existe y los problemas espirituales tienen realidad y a veces urgencia.

Hasta aquí el párrafo (más adelante asegura que «esa minoría se da en Chile»). Considera él insuficiente la objeción que podría hacérsele. Reconozcamos que lo es, pero veamos en seguida si la réplica suya a esa objeción no lo es igualmente. A mi entender, la objeción y la réplica pasan muy superficialmente sobre un fenómeno que tiene mucho alcance. Me refiero a la personalidad del escritor. El escritor no

es sólo el producto de una minoría, aunque también esto puede ser discutible, sino que es también, y más que nada, el producto de sí mismo, el producto de su personalidad, de su personalidad moral, biológica, fisiológica, cultural, de su personalidad entera, en fin. En esa personalidad, en la creación y la formación de esa personalidad, no ha tomado parte sino en una mínima proporción—algunas veces no ha tomado parte ninguna—esa supuesta minoría desde la cual el escritor se ha lanzado a explorar el mundo de las formas. Opino que no es bastante que un escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado inquietudes de esta o aquella índole; es necesario también que él las sienta en sí mismo. (Vuelvo a repetir, que únicamente hablo aquí de los problemas e inquietudes que pueden ser tratados con sólo tener la intuición o la experiencia personal de ellos. Ya he hablado de los otros.) Parecerá exagerado lo que he dicho, pero no lo es. Veámoslo. Tomemos un ejemplo: Pedro Prado. Según el autor de la *Paradoja*, el poeta de *Flores de Cardo* constituye una excepción en la literatura de hoy. En esta afirmación hay, en primer lugar, un error. Y creo que hay un error porque estimo que Pedro Prado es sólo un poeta, nada más que un poeta, hasta cuando habla de arquitectura y hasta cuando hace pintura. Y siéndolo, como indudablemente lo es, hasta en *Alsino*, su mejor obra, que aparentemente es una novela, pero que en realidad es sólo un poema novelado, no se le puede considerar como una excepción en la literatura de que hablamos. No lo puede ser—como no lo puede ser Gabriela Mistral—porque aquí no tratamos de los poetas ni creo que Raúl Silva Castro los incluyera en su *Paradoja*; en ella no aparece nada que se refiera a la poesía. Los poetas y la poesía tienen su mundillo aparte del nuestro, novelistas o cuentistas, ensayistas o lo que sea, es decir, individuos que pudieran tratar

en sus obras, de una manera amplia y directa, no de una manera poética, por imágenes o metáforas, los problemas y las inquietudes del género humano. Entiendo que se habla de los hombres que caminan, no de los que bailan, como diría Paul Valéry. Si fuéramos a nombrar y a exceptuar de la literatura de hoy a todos los poetas que han expresado en su obra inquietudes de cualquier índole, tendríamos que citarlos a todos o a casi todos.

Pero, aparte de esto, supongamos que Pedro Prado pudiese constituir una excepción entre los cuentistas o novelistas chilenos; aceptemos esta suposición como un hecho cierto y veamos cuál es el fondo de sus obras y cuáles los problemas o inquietudes que ha glosado. La obra de Pedro Prado se caracteriza por una suerte de vacilación espiritual, de vuelo abstracto, por una especie de inestabilidad material e intelectual, cuya expresión más exacta y más hermosa la ha dado el poeta en *Los pájaros errantes*. Podríamos decir que Pedro Prado es uno de esos pájaros errantes, pájaro sin alas que intentó tenerlas en *Alsino*, con el resultado que conocemos, resultado que se debe tal vez al concepto espiritual de sí mismo y del hombre en general. Tal se me aparece a mí Pedro Prado cuando pienso en él e intento representarme su fisonomía mental y su actitud literaria. ¿A qué se debe la actitud y el carácter literario de este hombre? En vano buscaríamos en Chile una minoría anterior a él, desde la cual hubiera podido surgir. Su origen debemos buscarlo en él mismo, en sus lecturas filosóficas extranjeras, en su temperamento, en su costumbre de deambular por los campos, en sus largos monólogos interiores, en su vida casi solitaria, en su afán de buscar y desentrañar los problemas que siente en sí mismo y que han surgido en él no por la influencia de una minoría cualquiera, sino gracias a lo que he indicado antes: sus lecturas, su temperamento, sus costumbres.

Y siendo Pedro Prado como es, lo lógico es que en sus obras se reproduzca él mismo, exprese lo que siente, lo que anhela, lo que le interesa como hombre. Es posible que haya en Chile personas que sientan más o menos lo mismo que siente Pedro Prado, pero el sentimiento y la preocupación de esos hombres habría quedado sin expresar si Pedro Prado no lo hubiera sentido a su vez. Una vez expresado eso por el autor de *La casa abandonada*, la minoría reconoció en él a su hombre, a su profeta o a su poeta, es decir, el poeta agrupó esa minoría en torno a su obra, la creó podría decir; no fué el producto ni la formación de ella.

De ahí que yo diga que no es bastante, para llevar a la literatura ese género de preocupaciones, que el escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado tales inquietudes, sino que es necesario también que el escritor las sienta en sí mismo. Pueden existir alrededor de él miles de inquietudes, miles de preocupaciones, pero unas y otras quedarán inéditas en la literatura si no tienen origen o eco en la personalidad del escritor. Este sólo hablará de lo que le preocupa como hombre.

Además de las inquietudes que Pedro Prado ha expresado en sus obras, existen en Chile otras, por ejemplo, la inquietud o el problema sexual. Pedro Prado no se ha ocupado de ella, y no se ha preocupado porque no le interesa. Recuerdo que un día nos encontramos en el centro. Yo llevaba en las manos un libro de Porché titulado: *El amor que no osa decir su nombre*. Lo tomó, leyó el título y se quedó pensativo un instante, como sorprendido por el título o como si pensara en lo que quería significar. Al caer en ello me miró con más sorpresa aún, de un modo especial, como se mira a un hombre anormal, casi con una mirada de sospecha, y me dijo:

—¿Usted lee esto?

—Sí—le respondí.

—Me sorprende que a usted le interesen estas cosas. A mí no me han interesado nunca.

No le interesaba ni siquiera por curiosidad, mucho menos personalmente y no interesándole de ningún modo, el problema sexual queda forzosamente exceptuado de su obra. Se dirá que a un solo escritor no le pueden interesar todos los problemas y que uno hablará de éste y otro de aquél. Precisamente, pero siempre le interesarán los que tengan relación personal con él.

Si extendemos la mirada más allá de nuestro país o si examinamos algunos de los nombres citados en la *Paradoja*, veremos que el caso de Pedro Prado se repite. Elijamos a André Gide, a Miguel de Unamuno y a Dostoyevsky.

En el caso de André Gide no tendremos mucho que hablar. Dice el autor de la *Paradoja* que «Gide ha creado una obra en que los problemas de la personalidad ocupan un sitio dominante». Si recordamos la personalidad de Gide nos daremos cuenta inmediatamente de que es en ella donde está el origen de su obra. No quiero decir con esto ni suponer que toda ella gire alrededor de lo mismo, no; pero lo principal, aquello en que Gide se destaca y por lo que es generalmente conocido, sí. El resto, en que Gide estudia o expone otros problemas que no tienen relación directa con el sexual, se debe esa cultura. En 1891, hablando de uno de los primeros libros de Gide, Gourmont decía:

En cuanto al presente libro, es ingenioso y original, *erudito* y delicado, revelador de una bella inteligencia: se me antoja como la condensación de *toda una juventud de estudio*, de ensueño y de sentimiento, de una juventud concentrada y perezosa...

Gide nació en 1869 y estas palabras fueron escritas en 1891, es decir, cuando el futuro autor de *Corydon*

sólo tenía 22 años. ¡Veintidós años! Y ya se le decía que su libro era *erudito*, la condensación de *toda una juventud de estudio*. ¿Qué escritor chileno ha merecido nunca a esa edad palabras semejantes? Vemos, pues, que gracias a su propia personalidad y a su cultura, Gide ha podido realizar su obra, obra que hubiera realizado en cualquier pueblo europeo, aun en uno en que no hubieran existido las inquietudes que él sentía. Las sentía en sí mismo y eso era suficiente. Pero hasta en eso la suerte le fué propicia: André Gide nació en París.

Si de André Gide pasamos a Unamuno, el caso se repite. Es su personalidad la que influye en su obra y la crea, prescindiendo casi en absoluto de la realidad circundante. Dice Raúl Silva Castro:

Llamo general al sentimiento o a la idea que alberga indistintamente el hombre de cualquier tierra y de cualquier tiempo, por ejemplo, el sentimiento de la inquietud metafísica. Esta inquietud la expone detenidamente Unamuno, en *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

En ese libro Unamuno habla de lo que personalmente le interesa: el destino del hombre, la inmortalidad del mismo, la inquietud metafísica, en fin. En don Miguel de Unamuno esta inquietud metafísica llega a lo patológico. Citaré unas palabras de José María Salaverría que explican de una manera cierta, aunque un poco humorística, esta actitud de don Miguel:

El tono unamunESCO quiere decir exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno. Y después, como ampliación o consecuencia de lo anterior, un anhelo angustioso, patético, mezcla de lamento y de apóstrofe, del ser mortal y pasajero que se rebela a morir, no sólo como literatura, sino como carne. Luzbel y Narciso en una pieza. Tanto, que uno de los motivos que más lo sujetan a Unamuno al cristianismo es la categórica seguridad con que el cristianismo mantiene el dogma

de la resurrección de la carne. Resucitar con sus barbas y todo, y vivir así eternamente en cualquier sitio del cielo o del infierno, tal es el sueño preferente de Unamuno

Vemos, entonces, que también en don Miguel de Unamuno existe personalmente el problema que explota en literatura; no le ha venido de fuera. Su obra, especialmente el libro a que nos referimos, es el producto de sí mismo; tal vez en ella hayan influido sus lecturas filosóficas, pero esas lecturas filosóficas hubieran existido sólo como simple cultura, sin buscar en ellas una continuidad a sus propias inquietudes, si estas no hubieran existido primero en su alma. Toda personalidad busca en otras su semejante y se confunde con aquellas que lo son, acrecentando así la suya propia.

Si de estos dos escritores pasamos a Dostoyevsky, citado también por Raúl Silva Castro como un modelo, el caso, aunque más complejo, es el mismo. Al lado de la personalidad de Gide y de Unamuno, la de Fedor Dostoyevsky destaca como una cúpula entre dos entecas torrecillas. Es la más tremenda personalidad que haya aparecido nunca en la literatura mundial. En un paralelo entre Tolstoy y Dostoyevsky, Alejandro Brückner, en su *Historia de la literatura rusa*, dice:

Tolstoy es aristócrata, enamorado de la naturaleza, hijo predilecto de la felicidad, colmado de todos los honores y satisfacciones; Dostoyevsky es plebeyo, hijo de la ciudad, perseguido por la policía, la censura y las deudas, presidiario y extrañado por la vida misma. Tolstoy es racialmente sano, león de nombre y de naturaleza, un roble firmemente arraigado en la tierra, con ramas nudosas que trepan hacia el cielo, pletórico de fuerza, de vida y de salud; Dostoyevsky un haz de nervios, que se contrae dolorosamente al más leve soplo, visitado cada mes o cada semana por la «santa enfermedad» (epilepsia), clavada en su cerebro. Tolstoy orienta su vida hacia lo más adecuado, cuida de su hogar con los medios más abundantes, mantiénese en un estado de envidiable lozanía hasta los años

de Matusalén; Dostoyevsky hace siempre, contra viento y marea, lo que había de dañarle, tropieza con todas las trabas, no conoce medida alguna en el amor o el odio apasionado. Tolstoy es solamente épico, se detiene con apacible calma en las cosas mezquinas y grandiosas, en lo episódico de toda especie aunque también compuso dramas; Dostoyevsky es sólo dramático, aunque nunca compuso una escena; aquél relata siempre en forma clara e inteligible, éste dialoga, siempre confuso, con oscuras alusiones. Tolstoy escribe el libro del hombre sano. Dostoyevsky el del hombre enfermo; Tolstoy transparente la carne—de ella sólo es clarividente—, Dostoyevsky, el espíritu; aquél es nuncio de la más alegre afirmación vital, éste encarna todos los problemas grávidos. Tolstoy es irreligioso, ajeno a todo misticismo, racionalista a ultranza, rayano en una extrema tosquedad; Dostoyevsky busca a Dios y es místico

Si a este retrato de Brückner agregamos que Dostoyevsky nació en Rusia, país carcomido, atravesado y saturado de infinitas inquietudes, roído por el nihilismo, azotado por el más delirante misticismo, consumido por el hambre y donde se han mezclado varios pueblos que trajeron al cuerpo original de ese país infinitas preocupaciones religiosas, tendremos una explicación exacta de su obra, cuya base esencial está, sin embargo, en su personalidad. ¿Por qué Tolstoy, también ruso, no tiene semejanza con él? Porque tenía una personalidad distinta, como lo acabamos de ver en el paralelo de Brückner.

¿Hay entonces o no una profunda preponderancia de la personalidad en la obra literaria? La hay, sin duda alguna. No es suficiente, por consiguiente, para que tales preocupaciones sean llevadas a la literatura, que el escritor habite un pueblo donde existan en mayor o menor grado. Es necesario, antes que nada, que el escritor las sienta en sí mismo.

*
* * *

Pero traslademos a Gide, a Unamuno y a Dosto-

yevsky a Chile. Hagamos nacer en Santiago a los tres. Es otro el ambiente, otra la raza, otras las costumbres; todo es distinto, principalmente la mentalidad de sus habitantes. Supongamos que Gide fuera, como lo son la mayoría de los escritores chilenos, hijo de una familia pobre o acomodada, es decir, no rica. (En realidad, la familia de Gide es una familia de la clase media.) Pues bien: Gide nace en Santiago el año 1869 y empieza, como empezó en Francia, por estudiar ciencias. La familia habría dicho: «Muy bien; puede ser profesor o sabio», aunque esto de «sabio» no la convenciera del todo. Al abandonar Gide sus estudios de ciencias y dedicarse a estudiar música, la opinión de la familia ya no sería tan buena, pero, en fin, accedería: «Puede tocar en algún teatro o ser profesor.» Pero cuando el joven Gide, fatigado de estudiar música, decide entregarse a las letras, la sorpresa de la familia, si no el escándalo, no habría tenido límites. El padre diríale: «Hombre, Andresito: a mí no me parece mal la literatura. Yo he leído *El Quijote* y me ha hecho mucha gracia; pero piensa que en Chile no es carrera ninguna ser escritor. Puedes dedicarte a ella, pero aprende primero un oficio o sigue una profesión que te permita vivir. Y no te enfades. El deber de un padre es velar por el porvenir de sus hijos.»

Pero nuestro joven Gide, desoyendo los consejos de su padre, se dedica sólo a la literatura, publicando en Santiago, en 1891, un libro anónimo titulado: *Los cuadernos de André Walter*. Es mal año para la literatura. Estamos en plena revolución. André Gide obsequia su libro a los escritores santiaguinos y pone algunos ejemplares a la venta. Vende, supongamos, ochenta ejemplares. (En 1857 Vicuña Mackenna vendió 30 ejemplares de *El ostracismo de los Carrera*.) ¿Por qué tan poco? Porque el mercado no da para más y porque debido al ambiente, a la calidad de la cultura

que ha recibido en Chile, calidad muchas veces inferior a la que hubiera podido recibir o recibió en Francia, debido también al ningún estímulo espiritual que le ofrecía la literatura anterior de su país, el libro del André Gide nacido en Santiago no es tan bueno como el del André Gide nacido en París. El joven escritor se desconcierta un poco, pero insiste. En 1891 publicó el verdadero André Gide tres libros: dos ediciones de *Los cuadernos de André Walter* y una de *El tratado de Narciso*. En Chile hubiera publicado su segundo libro al año siguiente o dos años después, corriendo con él la suerte del anterior. Si el mismo caso se hubiera repetido tres o cuatro veces, ¿qué habría hecho el joven escritor santiaguino André Gide? Habría llegado un instante en que su familia le negara auxilio para sí y para publicar sus obras; buscaría entonces un empleo y lo encontraría, perdiendo con ello una gran parte de su libertad. Además, al aparecer su primera obra tratando problemas sexuales, su situación se tornaría angustiosa; perdería su empleo y tal vez la estimación de sus amigos y la de su familia. En tal trance, ¿qué haría? Renunciar a la literatura o dedicarse sólo a describir el campo chileno, con lo cual uno de los problemas de la humanidad, el problema sexual, estaría en la literatura chilena en el estado en que está: inédito, intacto.

Tal habría sido el proceso literario del André Gide nacido en Chile el año 1869. En Francia ha sido distinto: hay ambiente para todas las ideas, hay cultura, hay miles de seres que compran las obras de Gide, que las leen y que, de cerca o de lejos, lo alientan y lo defienden. Puede un escritor tratar los problemas que le interesan personalmente y que, de paso, interesan a muchos otros hombres, sin temer la miseria o el aislamiento. En Chile no; y ahí tenemos explicado el por qué en nuestro país no ha sido tocado el problema sexual, a pesar de que existe. ¿Se llegará

a tocar? Creo que sí. El ambiente y la cultura se renuevan, para fortuna de los escritores que vendrán o para aquellos de los nuestros que se sientan atraídos por él.

El caso del Miguel de Unamuno nacido en Santiago sería distinto. Su preocupación no tiene un origen biológico, sino sentimental. Nacido en Chile, ese sentimiento no se hubiera dado en él con la fuerza que se dió o se hubiera dado en muy pequeña cantidad y sin trascendencia intelectual alguna. El hombre de estas tierras es de lo menos metafísico que hay. Descendiente, por una parte, de españoles que no trajeron a estas tierras sino un afán de lucro o de aventura, hombres sin preocupaciones religiosas, pues eran católicos a machamartillo, y de otra parte, descendiente de indios sin espíritu religioso, sólo supersticiosos, que no opusieron a los conquistadores ninguna doctrina propia, el hombre de Chile, representando a unos y otros, sólo cree o no cree. En cualquiera de estos casos su actitud no influye grandemente en su mentalidad, es decir, no constituye un problema o una inquietud primordial. Si llega a constituirlo, la expresión de ella queda encerrada en él mismo, pues el ambiente ametafísico de Chile, por medio de la indiferencia o de la ironía, le impone silencio. Si agregamos que en Chile no ha habido lucha religiosa (1), nos explicaremos la ausencia del problema o de la inquietud metafísica en su literatura. La inquietud metafísica tiene como base principal la idea de la existencia de Dios, o sea, de la inmortalidad, el deseo del hombre finito de imaginar, más allá de su existencia material, una realidad distinta de la suya, inmaterial, infinita. No existiendo esa idea o existiendo como existe en Chile, sin trascendencia intelectual, como un sentimiento íntimo y oculto, algo así como una prenda

(1) Me refiero a luchas de doctrina religiosa.

de vestir que no se puede nombrar ni mostrar a cada momento, mal puede aparecer en la literatura chilena de que hablamos. Tampoco en Chile ha habido grandes figuras de místicos; el misticismo, tal como se entiende en España, por ejemplo, no tiene tradición en nuestro país y aquellos que son o han sido dominados por él no han hecho o no hacen sino rezar y darse golpes en el pecho, sin pensar en ningún momento en manifestar por escrito, como los místicos verdaderos, sus pensamientos y divagaciones. Recordemos que los escasos escritores chilenos que se han convertido al catolicismo sólo han visto a su alrededor miradas burlonas y comentarios irónicos, cuando no mal intencionados, surgidos especialmente de labios de otros escritores. Y es que no sólo somos un pueblo ametafísico, sino también antimetafísico. Consideramos la exaltación de ese sentimiento como un mero fenómeno patológico.

Vemos, pues, en este segundo caso, explicada la ausencia de la inquietud metafísica en la literatura chilena. No existiendo en los escritores actuales, que generalmente han sido educados en un ambiente de incredulidad o de indiferencia, no puede tampoco existir en su literatura, y si en alguno existe y ha sido manifestada, esa inquietud metafísica ha tenido más un carácter filosófico, de la inteligencia, que un carácter sentimental.

Si de Gide y Unamuno pasamos a Fedor Dostoyevsky, el caso se repite. Falto de la inquietud metafísica de la raza rusa, no habría sido, como lo indica Brückner, un hombre místico que buscaba a Dios. No habría producido, entonces, la mayor parte de *Los hermanos Karamazov*. No existiendo en Chile nihilismo alguno, *Los endemoniados* no hubieran surgido de su pluma, como no hubieran surgido *La casa de los muertos*, *El subsuelo*, *El jugador* y, en general, la mayoría de sus obras. Hubiera llevado a ellas sus problemas e

inquietudes personales, pero éstas habrían sido infinitamente más superficiales que las que tuvo por haber nacido en Rusia. A su alrededor no habría visto sino seres tranquilos, campesinos sin complicaciones psicológicas, hombres ametafísicos de las ciudades, descendientes todos de españoles católicos y de indios sin imaginación, por todo lo cual su campo de observación y sus impresiones del ambiente y de los hombres se habrían semejado a las observaciones e impresiones de cualquier escritor chileno.

* * *

Y como este trabajo va tomando ya proporciones alarmantes, pondré término a él. He querido demostrar que no era el origen mesocrático de los escritores chilenos la causa de que en su literatura no aparecieran tales y cuales problemas; he querido demostrar que algunos no han sido tratados porque la capacidad cultural de los escritores no lo ha permitido; que otros, como el sexual, no ha sido posible tratarlo, a causa principalmente de la falta de cultura de sus habitantes y de la indiferencia que aquí existe por la literatura, lo que habría colocado al escritor que de él se ocupara en el disparadero de morirse de hambre o dejar de ser escritor; y que otros, finalmente, por causa racial, no tienen eco ni origen en los escritores nacionales. Todo esto he querido demostrar y no sé si lo habré hecho con la eficiencia que deseaba. La ambición era excesiva. Por lo demás, nadie ha dicho todavía la última palabra sobre la literatura chilena. Estamos empezando a hablar de ella. Tiene nuestra literatura matices y problemas que no han sido tocados aún y que esperan al hombre que los descubra y estudie, al hombre que investigue las relaciones que existen entre el escritor chileno y su pueblo, entre el escritor chileno y su ambiente, entre el escritor chileno y su raza, todo lo cual determina el carácter y el valor de su literatura.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

HACIA NUESTRO PROPIO CONOCIMIENTO

Apuntes para una interpretación americanista

I

CUANDO Waldo Frank enuncia con título prometedor su *Redescubrimiento de América*, nosotros queremos encontrar en el admirable libro del gran judío yanqui algo que abarque en su vastedad el doble panorama del Continente nuevo. Pero en *Redescubrimiento de América* no hay nada de la América nuestra. Y un poco a flote el complejo de inferioridad de nuestro mestizaje indoamericano—confluencia esta sí de varias razas en una originaria de evidentes trazos diferenciales—sentimos que Waldo Frank nos subestima, porque demasiado yanqui, a pesar de su idealismo, no puede desarraigar de su mentalidad el sentido totalizante de la metrópoli imperialista que imprime su huella hasta en los más selectos pensamientos. Y así el título de ese libro resulta inexacto e injusto. Porque nosotros que buscamos en todas las voces alguna que nos oriente en este derrotero de encontrarnos, creemos posible que hasta un estadounidense—diversa psicología por razones étnico-sociológicas—, identificado con el alma indolatina, pueda descubrirnos o a lo menos decirnos algo de esta nuestra compleja realidad. ¿Por qué no un yanqui, si hasta muchos españoles lo pretenden?

Pero el libro de Waldo Frank no dice nada de nosotros. No sé hasta dónde amplía el título, ya que el pedazo de continente donde se asienta el Imperio yanqui es lo menos americano de América. Waldo Frank nos habla de los Estados Unidos del Norte de América, del poderío yanqui, del sentido yanqui, de la flapper yanqui, de la nueva generación europea trasplantada a la tierra de los pieles rojas y que hoy, enriquecida por

los jugos vitales de una tierra prodigiosa, ha dado uno de los más admirables productos humanos en tesón, en energía, en ambición, y que, dialécticamente, niega su procedencia hasta pretender aniquilarla.

Los yanquis de hoy, sin una gota de sangre americana, no son sino los europeos de ayer, raza y civilización en decadencia, vigorizada con el trasplante hasta confundírseles con una raza nueva. Las condiciones rudas de la lucha—matanza despiadada de los pieles rojas hasta despojarlos de sus dominios, concurrencia feroz entre colonos—son las que han destruído en el europeo de vieja tradición civilizada los modales y las actitudes, convirtiéndolo en ese tipo de hoy casi grosero, rudo y con una sola ambición. Y si con el trasplante han ganado el progreso y la técnica del mundo hasta un límite exagerado y peligroso, eso que llamamos espíritu, soplo anímico, expresión psicológica, y que es lo que diferencia al hombre de la máquina, ha perdido en el trasplante de estas razas. El hombre del Imperio yanqui en poco se diferencia de la máquina y nada hay que atestigüe en los 120 millones de seres enriellados en el mismo sistema de extracción de riqueza su sentido espiritual. Porque los Walt Whitman, los Waldo Frank, los John dos Passos son pocos. La balanza rinde hasta romper el peso del otro lado.

Una observación muy atinada es la de Victoria Ocampo en su artículo sobre Harlem, el barrio negro de Estados Unidos. Ella dice:

Los yanquis no tienen música. Sólo tienen la africana, el jazz.

¿Qué pueblo cuyo origen se enraíza a la tierra no tiene esa honda y esencial manifestación de espiritualidad, la música? Estados Unidos no tienen música propia. Nada más estúpido que un yanqui blanco contorsionándose y cantando como un negro en esas espantosas orquestas popularizadas por el Vitaphone, hoy tan en boga. ¿Cómo comparársele con un corrido mejicano, con una cueca, con un yaraví? Y es que el espíritu yanqui no se ha manifestado, y esa música negra de tan exótica modalidad y emocionalidad, síntesis de la rebeldía de una raza humillada hasta el crimen, es tan injerto como el ruido feroz del maquinismo sobre la selva americana.

Y como decíamos, nada en el libro de Frank es América. Nos quedamos, pues, en la misma inquietud, frente a nuestra incógnita. Porque no puede decirse que hasta ahora haya habido una intención unánime, consciente, de conocimiento

propio. Demasiado pegada a la cultura occidental, nuestra mentalidad no ha podido mirar a la América Latina con los ojos desprendidos del panorama intelectual de Europa. Y nadie puede negar que desde que somos vivimos de prestado, de copia, de injerto, sin haber intentado nunca profundizar en nuestra historia, para ensayar algo distinto.

Simplemente se dice: «Somos seres humanos, tenemos más o menos los mismos problemas.» Y se olvida la serie de factores que han confluído en nuestra formación y que nos diferencian de los demás pueblos. Se olvida hasta el factor geográfico y climatológico en que se han desarrollado estas razas con sus sistemas injertados, y se olvidan la raíz indígena y la base de una civilización primitiva que moldeó, sin embargo, los orígenes de nuestra conformación de pueblos. Por más que los espíritus europeizantes quieran negarlo porque en una décima parte de la población de América la sangre europea se mantiene más o menos pura, la influencia de los 70 millones de indígenas y mestizos es demasiado fuerte para que el más europeo contradictor tenga muchos quilates de americanización.

Desgraciadamente hasta ahora son muy aislados los intentos de encontrar el signo de nuestra personalidad. En lo intelectual como en lo social y político, la cultura europea ha desviado muchas inteligencias. De suerte que somos el continente virgen que necesita su redescubridor. No ya a la manera de un Colón que halla la ruta por casualidad, sino con el afán preconcebido de encontrarla.

Sólo en este siglo, y no muy al principio, las mentalidades más americanas se sienten acuciadas por el afán de diferenciar esta tierra de las otras, y no por mero snobismo, sino porque la realidad de América misma nos ha puesto frente a la necesidad de descubrirla, como diría un marxista, no de inventarla. Vamos de fracaso en fracaso por la ruta difícil de nuestra vida de pueblos. ¿Por qué si somos de raigambre europea, no amoldan bien en nosotros las aplicaciones europeas que hacemos siempre? Las democracias fracasan, las dictaduras hacen crisis, vivimos en perenne caos, desorganizados y caminando con enorme esfuerzo por el camino del progreso. ¿Por qué no ha pasado nada de esto en los Estados Unidos, a pesar de las diferencias raciales? Porque todos son europeos, en ellos pervive transformada y superada la civilización europea, y todos llevaron un mismo afán con el colonizador, que fué capaz de destruir los antagonismos y crear la formidable organización que hoy es el Imperio Yanqui.

En América el problema es otro. Razas aventureras holla-

ron el suelo y sólo trajeron las manos rapaces para recoger la riqueza que tan pródiga era en los dominios americanos. Difícilmente arraigaron, sin poder exterminar al indígena, y sembraron su germen en la raza viva y desposeída. Pero en el vasto territorio de América—de Méjico a la Patagonia, de los mayas y aztecas a los quechuas y aimarás—la huella del indio, su civilización, su orden, su sentido religioso, su espíritu, quedaron profundos y subsisten. Toda la mezcla de cuatro siglos no ha sido bastante, ni lo será en cuatro más, a destruir el principio vital del alma americana. Y es un principio antagónico al de la raza intrusa, que sólo un nuevo sentido de fraternidad, generado por el mestizaje, puede borrar. ¿Es un fracaso de sistemas?

El americanista que no quiere conocer América por Europa, no se horroriza con las matanzas mejicanas, que su civilización rechaza, sin rechazar las guerras, sino va a esa gran tierra americana y estudia a pleno corazón su historia, va a Centro América, a Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y estudia con un amplio sentido de humanidad—con los ojos nuevos y limpios de prejuicios que se han abierto después de la Gran Guerra—el proceso de América, desde la Colonia. Y desde más allá.

Aquellos países donde menos raza aborigen existe, y más europea, son los en que menos conflictos ha habido. ¿Acaso por superioridad? No olvidarse que cuando América atravesaba una etapa de relativa libertad, dentro de un régimen de paternal teocracia, donde el Inca miraba celosamente por la felicidad de sus hijos, los españoles trajeron el sistema feudal y lo implantaron violentamente con la Colonia, convirtiendo a la servidumbre a la raza nativa (1). De allí el origen de los perennes conflictos sostenidos entre los usurpadores tradicionales y los desposeídos y que hasta el presente están representados por las oligarquías criollas, los señores descendientes de la dudosa nobleza española, inflados de vanidad, y las razas esclavizadas, porque en la mayor parte de los países donde existen indios, existe esclavitud.

¿Podemos así pretender identidad en nuestra fisonomía de pueblos, con Europa? ¿Acaso por el aporte mínimo de la raza española, y las que después se han sumado, como emigrantes? ¿Tal vez por la cultura?

(1) Toda la riqueza y el poder en Méjico estaba acumulado, antes de la Revolución, en las manos de 854 familias, teniendo este país 15 millones de habitantes.

¿Puede significar toda una estructuración psico-sociológica la importación de la cultura europea, si ella queda flotando en las altas capas, en las élites, en los descendientes europeos y no penetra en la gran masa, en su mayoría analfabeta, que es la única que puede dar los trazos para esta constatación? ¿Pueden estas *élites*, estas ralas selecciones, imponer su sello vital en la diversa mentalidad de la gran mayoría? ¿Pueden los 20 millones de europeos puros, si los hay, imponer su mentalidad occidental a los 70 millones de indígenas y mestizos?

No es posible negar que la cultura europea que se filtra por intermedio de los individuos que la reciben directamente, llega en un mínimo reflejo hacia las capas bajas de la sociedad, pero ya al llegar a ella se ha transformado, y al ser recibida por esa capa sufre su última transformación y casi desaparece en la confluencia de los factores primordiales, y tras de este proceso de asimilación, tan laborioso, surge la expresión nueva.

II

Estamos, pues, en que América es una gran incógnita, donde todo está por hacerse, mejor aun, donde todo está por descubrirse, por atestigüarse, ya que su realidad como pueblo es innegable, como es innegable su diferenciación total de los otros pueblos. La sola declaración de creer en esta diversidad de América de los otros pueblos con que se le parangona, es ya un paso dado hacia nuestro propio conocimiento. Pero necesitamos más unanimidad en el sentir y en el afán de descubrirnos, y esa es la tarea de los americanistas de hoy. Observamos, no obstante, una especie de hervor subterráneo que ya está en vías de salir a la superficie donde el nuevo pensamiento se define. Se habla incluso del surgimiento de una cultura americana. Los europeizantes se alarman y lo niegan. Voces aisladas, pero altas, como la de Ingenieros, la de Ugarte, la de Vasconcelos, la de Haya de la Torre. Puntos de vista tan cerca de lo panorámico en Ingenieros, hasta lo económico-social como en Haya. Continuadores, en su medida, de la inspiración de Bolívar y de Martí. Ingenieros es el primer inquietador. Su voz apostólica hace los primeros llamados a las nuevas generaciones para que acepten ante la historia su responsabilidad americanista. Ugarte, con la visión clara del destino económico de nuestros pueblos, emprende una cruzada de alerta por el continente, para decirle en todos los tonos el peligro hacia que resbala, si no se apresta a contrarrestarlo. Vasconcelos es el teórico del surgimiento de una raza nueva en la

amalgama de razas injertas en la raza original. Y cree en el superior destino del Continente una vez que haya formado conciencia la nueva entidad americana. Su labor frente a la Secretaría de Educación Pública de Méjico está toda orientada en sentido americanista.

Haya de la Torre, de los más jóvenes, ya no sólo señala esos factores raciales, ni el peligro inminente, sino que se ocupa en descubrir los complejos que forman nuestra realidad americana, en sus aspectos históricos—económico, político, social—, para determinar la labor que corresponde. Haya es seguramente uno de los primeros constructores. Ni anuncia, ni señala. Y sobre esas comprobaciones intenta, sobre una base realista, aplicar el método de solución. Se orienta, en esta forma, en modo más preciso, el concepto de afirmación americanista.

En sus conferencias en la Universidad de Méjico, Haya definió así la dialéctica materialista, aplicada a nuestra historia:

Tesis: Hispano América, la Colonia. Antítesis: Latino América, la República. Síntesis: Indo América, la afirmación y definición de nuestra realidad como pueblos y su liberación de todo colonialismo. Surgimiento social y cultural.

Son los trazos de una nueva política por desarrollar en América que históricamente atraviesa su etapa de formación, y en la que confluyen—ya lo hemos visto—desde el sistema feudal y las más cerrada oligarquía de casta, hasta el sistema democrático, sin que esta diversidad de etapas obstaculice la penetración del gran capital extranjero, sino por el contrario, lo favorezca, ya que sus lógicos aliados se encuentran precisamente en las castas dominantes.

Keyserling dice que Sud-América es un país en donde nadie sabe lo que quiere. Se produce por sentimientos y por emociones: etapa infantil. No por razonamiento y convicción. De allí que estos pueblos sean eminentemente apolíticos, por más que creamos todo lo contrario. Del poder usufructúa la alta clase tradicional, poseedora de la riqueza o de la tierra, y las explosiones en contra traen como consecuencia las dictaduras y las tiranías, encumbramiento de minorías audaces. Y esto que para los otros pueblos, los europeos, sería un retroceso, en los nuestros no hace sino demostrar nuestra evidente juventud y la diferenciación de los factores que forman nuestra personalidad. Y sin una conciencia política que defina los marcos donde debe desarrollarse y cuajar la personalidad de estos pueblos, no puede precisarse un sentido cultural.

Nuestra época de caos está diciendo que es nuestra época de formación. Nos conmovemos porque buscamos nuestro equilibrio. Esta desorientación es sólo el fracaso rotundo de las aplicaciones disímiles, el rechazo de lo que no se adapta a la idiosincrasia americana. Y es saludable por todo lo que significa en esfuerzo esta perenne agitación de pueblos, porque ello demuestra que no ha cuajado un espíritu de conformismo—imposible en razas jóvenes—sino que el hombre va hacia su liberación y superación por medio de su propio conocimiento.

Uno de los pueblos más constantemente convulsionados es Méjico. Rojas leyendas se ciernen sobre su historia. Pero no hay que olvidar que es Méjico el pueblo de mayor perfil americano, el de más homogeneidad racial y el que mayores luchas ha tenido que sostener—y sostiene—con sus expoliadores, los españoles de la conquista y de la independencia, los frailes y los imperialistas del norte.

Sin embargo, nada de ésto ha destruído la raíz mejicana. Y hay una conciencia mejicana, como háy un arte mejicano, expresión la más alta de un pueblo. La pintura popular de Méjico, reconocida por la crítica europea como una asombrosa demostración de sentido estético—prueba de dotes superiores—, la música mejicana, la escultura mejicana desde su prehistoria, la enorme capacidad popular para todas las artes domésticas, dicen con el tono más preciso que ese conglomerado de «salvajes», de «bandoleros» y de «matones»—según las informaciones de las agencias cablegráficas—es un gallardo trozo de la América nuestra, lo más representativo y lo que con mayor orgullo debiéramos exhibir como una definitiva muestra de americanidad.—MAGDA PORTAL.

SOMERA REVISTA MILITAR A ALGUNAS NOVELAS DE LA GUERRA

I.—INTRODUCCIÓN

TENGO alineadas en mi mesa, frente a mí, las siguientes novelas de la guerra, a las cuales pretendo revisar con mirada de soldado: *La Llamada del Suelo* y *La Tormenta sobre el jardín de Cándido* por Adrián Bertrand; *Mi Pieza* por Pablo Lintier; *Al servicio de Alemania* y *Colette Baudoche* por Mauricio Barrès; *El Emboscado* por Pablo Margueritte; *El fuego* por

Henry Barbusse; *Sin novedad en el frente* por E. M. Remarque; *El Sargento Grischa* por Arnold Zweig; *Los que teníamos 12 años* por Ernesto Glaeser; *Guerra* por Luwigd Renn, y algunos capítulos de *En la boca de la muerte* por Franz Schanwacher.

No se me oculta que es ardua y difícil mi tarea, pero la emprendo con verdadero regocijo. Es posible que el ojo militar, educado en la crítica del detalle material inadvertido, sorprenda más fácilmente la falta de un botón en el uniforme que el exceso de talento de un novelista; pero no obstante el tema tienta a un soldado porque lo sabe suyo, desde el punto de vista militar, y más aun si se considera explicable y hasta perdonable que ese soldado tenga afición literaria.

II.—ALGUNAS NOVELAS ESCRITAS EN EL FRENTE FRANCÉS

Con este título me refiero a las novelas escritas por los franceses, que fueron los primeros en abordar el tema y ¡con qué abundancia! Hace pocos años se hizo una encuesta en París para establecer quién era el mejor escritor vivo de Francia. Clemenceau respondió:

Es difícil, si no imposible, responder quien es el mejor escritor de Francia, sencillamente porque cada francés es un escritor.

Admirable respuesta que sintetiza la verdad y revela una gran comprensión del espíritu francés. Efectivamente, durante la guerra cada soldado francés escribía sobre las rodillas o en el reverso de su mochila, sus impresiones, bajo el fuego inclemente de la artillería alemana. Los hombres de ciencias o profesionales (profesores, sabios, ingenieros), transformados en soldados, suboficiales u oficiales, por el constante llamado de las reservas, y que contribuyeron no poco con sus luces a hacer la guerra más poderosa e inteligente, eran antes que nada escritores y artistas que necesitaban, en forma imperiosa, escribir sus frescas impresiones para enviarlas al hogar o a la amada. Por desgracia, todas estas páginas íntimas se han perdido en el secreto de los afectos. En general, las novelas de la guerra escritas por franceses se caracterizan por su buen gusto, por su mesura, por su equilibrio, por la belleza de su estilo y por la profundidad filosófica y humana con que los autores abordaron el tema.

No es posible, por ejemplo, leer las dos obras de Bertrand citadas al iniciar este trabajo, sin estremecerse de emoción.

La Llamada del Suelo es acaso la obra más bella de este género de las que yo he leído. La obra de Pablo Lintier, *Mi Pieza*, es también un libro admirable. Su autor, que desempeñó en la guerra el obscuro y glorioso puesto de sargento comandante de pieza de artillería, escribió, hasta en la cuna de su propio cañón enrojecido por el fuego, sus impresiones personales. Obtuvo así una obra vívida y real, de un valor de sugestión inimitable.

Los franceses, ya sea explotando el problema sociológico nacionalista de Alsacia-Lorena, en la obra de Barrès, o el de los remisos y emboscados para eludir el llamado de las filas clareadas por la muerte, que pedían reemplazo, en la novela de Pablo Margueritte, o hablando de los animales en la guerra, en *La Tormenta sobre el Jardín de Cándido*, de Adrián Bertrand, muestran siempre la discreción y la gracia latinas, aunque no tengan molde clásico. Son patriotas sin ser patrioterros, son artistas antes que ser soldados, y son los mejores soldados, los más conscientes de la guerra y de la disciplina. Y es curioso advertir que, en el momento preciso de estallar el conflicto mundial, los franceses tenían fama de antimilitaristas, sobre todo la clase llamada «intelectual».

No obstante, es justo reconocer, y lo reconoce Blasco Ibáñez en uno de sus interesantes prólogos de la *Novela Literaria*, diciendo:

Los franceses rebeldes y anti-militaristas por naturaleza, miraban a su Ejército con infinito desprecio. Hay que haber presenciado la movilización francesa de 1914, en esta Francia donde abundaban semanas antes los mítines anti-militaristas. El porcentaje de los desertores resultó insignificante comparado con la enorme masa llamada a las armas. Y de esta insignificante cantidad de hombres que faltaron al llamamiento—residuo que existe en todo pueblo—muchos fueron gentes de posición social, que podían pagar los medios ocultos para transponer las fronteras.

III.—OTRAS, ESCRITAS POR ALEMANES

La mayor parte de las novelas escritas por alemanes, empezando por la discutida obra de Remarque *Sin novedad en el frente*, son deficientes desde el punto de vista artístico-literario. Su grandeza reside más en la desnudez y audacia de los conceptos, que parecen emitidos con cierta ingenuidad chocante a los ojos latinos. Los alemanes no entienden de medidas ni difusiones de colores. Son chillones y caen pronto, sin advertirlo acaso, en el mal gusto. Una escena cruda, realista, descrita por un francés, es grosera en manos de un alemán.

Un rasgo tierno en el teatro francés resulta infantil en la escena alemana. No aciertan casi nunca en la nota justa. Hasta el cine alemán, tanto en su concepción como en la interpretación hecha por artistas alemanes, resulta distante de lo que se quiere obtener. O mucho o poco; pero raras veces la exacta medida, el equilibrio estable de la verdadera obra de arte.

Sólo así se explica que no hallemos belleza en las novelas de la guerra escritas por alemanes. Y si buscamos la verdad en ellos, la encontramos a veces tan exagerada, que nos parece ficción. Así tenemos que el anti-militarismo de que tanta gala parece hacer Remarque en su libro, parezca algo insólito expresado y sentido por un alemán. Barbusse, en su libro *Claridad* es más inteligente, más razonable acaso en sus argumentos contra el uniforme del soldado. Este último libro se lee con cierto deleite, aunque sustente ideas adversas, diametralmente opuestas a las nuestras.

IV.—LO QUE DICEN LOS NOVELISTAS DE LA EVOLUCIÓN DE LA GUERRA Y DE SU ESCUELA

Los novelistas suelen emitir juicios un tanto aventurados de hechos que no conocen, ya sea por falta de informaciones o por error de concepto; hecho por lo demás perfectamente explicable y perdonable hasta cierto punto. Así tenemos a Blasco Ibáñez hablando de cuestiones militares y poniendo en boca de un ilustre militar francés (que no cita) las siguientes palabras:

Hemos pasado—dice—todo un siglo estudiando y comentando las campañas de Napoleón, como si después de él no hubiese nada. ¡Ah Napoleón! Aun no hace un siglo que murió, pero en sus tiempos el fusil cargado lentamente por la boca alcanzaba a trescientos metros. Si Bonaparte resucitase ahora se sentiría completamente desorientado, como si hubiese resurgido en otro planeta, y necesitaría escuchar con sumisión de discípulo las explicaciones de cualquier ingeniero industrial, convertido por la movilización en Capitán de Artillería.

Estas frases del ilustre novelista, puestas uno de sus prólogos, constituyen un lamentable error. En efecto, como la admirable evolución de la guerra se refiere exclusivamente a un cambio en los medios materiales de combate y, por ende, de las formaciones, sin que los grandes principios tácticos hayan variado en lo más mínimo, se comprenderá que, en la simpática y curiosa resurrección de Napoleón sugerida por la fan-

tasía de Blasco Ibáñez (o de su ilustre general) el genio de la guerra bien poco tendría que aprender y sí mucho que enseñar. No olvidemos que así como hay clásicos en la literatura, que aun no han sido superados, también hay un clásico en el arte de la guerra: Napoleón Bonaparte. Así como este ejemplo citado habría muchos otros, interesantes, que se refieren a crítica militar de parte de escritores, en quienes se advierte, a la legua, que nunca han sido militares profesionales.

La misma jerga soldadesca emplea denominaciones características, que, al ser suplidas o mal reemplazadas por otras, resultan forzadas y extrañas a los oídos de los que no son del «medio». Y por desgracia, los escritores de la guerra—por lo menos estos que yo he leído—caen en estos pequeños errores de forma o de concepto, que restan algo de valor al relato.

V.—LA DISCIPLINA MILITAR EN AMBOS FRENTES

Los oficiales alemanes, que habían ejercitado, durante la paz, una disciplina odiosa y poco humana, a base de intransigencias, recibieron durante la guerra muchas revelaciones insólitas, que más de algo les dieron que pensar a los que no las experimentaron en pellejo propio y salieron con vida.

No fué extraño el caso, entre los alemanes, de tropas abiertamente insubordinadas, que se negaban rotundamente a obedecer, no tanto por el pánico producido por los infernales nuevos medios de combate: bombas, lanza-minas, lanza-llamas, cañones de increíble potencia, tanques, etc., como por rebelarse contra la tiranía de comandantes subalternos inescrupulosos, que sólo concebían la disciplina del terror. Muchos de estos oficiales murieron, misteriosamente, por una bala salida de las mismas fracciones de tropas que comandaban.

Hay «barra» o no hay «barra», se preguntaban los soldados alemanes en su jerga militar, frecuentemente, cada vez que un oficial daba una voz de mando o impartía una orden. Si había «barra» (ambiente para el oficial, o el ánimo y la voluntad de obedecerle) se respetaba el designio del oficial. Si no «había barra», ya podía enronquecer a gritos, que nadie había de cotizarle. Si el oficial había sido benévolo y se había hecho admirar y estimar por su preparación e inteligencia, su energía—indispensable en el que manda—salvaba la situación, y el jefe se imponía; pero si el oficial no era un adicto convencido de su tropa y si aquella no había visto en él afecto y verdadero espíritu de sacrificio ejemplarizador, el oficial

pagaba con su vida su dureza y su frialdad o indolencia anteriores.

En cambio en el frente francés, en el cual la disciplina consciente había hecho escuela, se vió en la tropa una mayor abnegación y mayor comprensión de los deberes recíprocos de oficiales y soldados. Estaba ahí el hilo sutil, impalpable, que unía al jefe y al subordinado. En la calle un soldado francés pedía fuego para encender su cigarrillo a su teniente que pasaba, y esto no excluía el respeto ni las consideraciones debida al oficial sino al contrario, quizás si la cortesía las acrecentaba. Un soldado alemán no se hubiera atrevido a hablar al oficial; la rigidez de los principios disciplinarios impuestos a su cerebro, no habría permitido esta familiaridad.

Antes de la batalla del Marne el Mariscal Joffre había dicho al ejército francés en su orden del día: «Nadie deberá retroceder ni un solo paso.» Cerca de Soisson, entre las ruinas de una aldea devastada por la guerra, una compañía de infantería, fiel a la orden impartida y a la consigna de sus jefes, obedeciendo ciega y sin reflexión al Capitán que la mandaba, permaneció impasible en su sitio, a pesar de la irresistible avalancha de los alemanes, que atacaban impetuosamente en todo el frente, y no obstante advertir que la línea francesa cedía terreno al enemigo.

El suelo se hallaba minado, en una larga extensión, con fuertes cargas explosivas eléctricas.

De improviso, cuando la compañía en orden cerrado efectuaba uniformes y disciplinadas descargas, como si se hallara en un polígono, bajo el imperio de la voz de mando del oficial, abrióse en una horrenda explosión el suelo en que hallaban aquellos soldados dignos de Esparta, y los miserables restos de murallas se confabularon también para sepultarlos, cayendo pesadamente sobre ellos.

El señor don Augusto Orrego Luco, que relata esta anécdota que es historia viva, en su hermoso libro *Por los campos de Batalla*, dice que, sobre las bayonetas, que quedaron refulgiendo al sol, los americanos residentes en Francia construyeron un majestuoso monumento de mármol blanco, con esta sencilla y decidora inscripción:

A la memoria del soldado francés que duerme debajo, en pie, con el fusil en la mano.

Sus hermanos de la América.

Pero para llegar a este heroísmo había sido necesario que

transcurrieran varios siglos de educación militar en que se ejercitaba una bien entendida disciplina, que hacía de cada soldado, no una máquina ni un ente, sino un hombre capaz de pensar y más dócil a la palabra amable que al insulto o al látigo.

VI.—QUÉ ES UNA RETIRADA EN LA REALIDAD

Franz Schawecher dice en su libro *En la boca de la muerte* ya citado:

No hay nada que destruya más la moral de una tropa que una retirada. ¿Retirada? Es un martillazo. No es retroceder voluntariamente; es huir. Es sentirse derrotado; ¡es el caos! Todo el ejército se conmueve hasta su base; todo pelagra en disolverse, ¡todo! Es la fuga; es el derrumbe.

Me tocó tomar parte durante la guerra en dos retiradas, una vez en la retirada de dos divisiones durante la batalla de Praszuis, en el frente ruso, y en la gran retirada del ejército en Francia, en el verano y otoño de 1918.

En el primer caso, en Marzo de 1915, se trataba de una retirada estratégica, por orden superior. Estábamos en terreno desfavorable ante un enemigo 14 veces superior. Algunas tropas debían cubrir la retirada; entre éstas se hallaba mi regimiento. El enemigo nos seguía de cerca. Muy luego se notó la desorganización.

Las tropas, en vista de que veían retirarse a los demás, se desmoralizaban. Hubo pronto una gran confusión; nadie obedecía la voz de los oficiales. Los soldados parecían atontados o enloquecidos, mientras las bajas aumentaban y aumentaban considerablemente.

La gran retirada en Francia, en 1918, se empezó oponiendo tenaz resistencia, lo que se conoce militarmente hoy como *defensa dilatoria*. Luego después se desalojaban materialmente las posiciones, aterrorizadas las tropas. Empezaron las deserciones. Algunos se negaban a combatir, otros se entregaban prisioneros voluntariamente. Fué la época cruel en que la revolución en la patria había carcomido en su base al ejército invencible, quitándole el suelo bajo sus pies.

Después de leer esto, todo soldado profesional podría convertirse en un escéptico si no estuviera acorazado de entusiasmo guerrero (de espíritu militar) y si no hubiera visto en los nuevos reglamentos tácticos exaltar hasta el delirio el bello principio de la ofensiva: ¡atacar, siempre atacar! El que ataca, impone su ley al adversario.

VII.—ENSEÑANZAS MILITARES DE LA GUERRA

Es muy sabido ya el hecho de que la guerra europea constituyó una fuente inagotable de experiencia militar, durante los cuatro años de su duración y aun después, cuando esas

experiencias recogidas pudieron ordenarse y estudiarse, a conciencia, con serenidad y buen juicio. Hoy en día el factor moral—las fuerzas psicológicas de las naciones beligerantes—tiene una importancia decisiva en el desarrollo de una campaña. Y más tarde, sirven de enseñanza y guían el estudio científico de las operaciones llevadas a cabo.

Gustavo Le Bon dice en su obra *Enseñanzas psicológicas de la guerra europea*:

Desde el punto de vista de la bravura la guerra nos ha permitido distinguir toda una extensa gama de cualidades hasta ahora clasificadas en nuestro entendimiento en un conjunto algo confuso. La más bella cualidad de la bravura es aquella que permite a un hombre, partiendo de la seguridad y sin excitación para la lucha, lanzarse con una voluntad fría y calculada a un peligro conocido y medido. El verdadero valor es prudente y no se ejerce sino en el límite de la necesidad, sin fanfarronería inútil.

Y en otra parte agrega:

La guerra actual es una lucha de antagonismos psicológicos. Ideales inconfundibles son los que luchan: la libertad individual se yergue contra la tiranía estatista, los antiguos usos de lealtad interracial y respeto de los tratados, contra la supremacía de los cañones.

En el análisis de estas fuerzas psicológicas actuando en medio de las batallas, las novelas de la guerra, es decir, las ideas de los escritores, restándoles sólo la fantasía, han construido un auxiliar poderoso en los gabinetes militares de la post-guerra.

VIII.—ENSEÑANZAS LITERARIAS DEL TEMA DE LA GUERRA

Cuando el tema de la guerra se ha puesto de moda es porque los escritores han visto en él vasto campo de acción y porque los lectores de todas las razas han creído reconocer algo propio o por lo menos algo capaz de hacerles vibrar.

La guerra ha proporcionado los más variados y hasta encontrados tópicos interesantes para los novelistas, y es preciso reconocer que, efectivamente, el tema es en sí inagotable. Desde el cuadro crudo, cruel, impreso en las retinas de Barbusse o de Remarque, hasta la vida de las Etapas, en la obra de Glaeser, ha dado la guerra la nota triste o lúgubre, o monótona y desesperante— ¡que mucho de la guerra es espera e incertidumbre!—u horrenda y desconcertante en las páginas de *Los que teníamos doce años*.

Por una u otra causa el tema de la guerra interesa a todos los

lectores de todos los países: de ahí el éxito—que no debiera asombrarnos—de las novelas de la guerra; especialmente de aquellas que—como *Sin novedad en el frente*—han mirado el tema desde el punto de vista más hondamente humano y más universal.—J. M. VARAS CALVO.

RECUERDOS DE LEONIDAS ANDREIEF

EN la primavera del año 1898 leí en un diario de Moscú, *El Correo*, el cuento *Bergamot y Garaska*, un cuento pascual, de un tipo bastante corriente; dirigido al corazón de un lector empascuado, recordaba una vez más que el hombre tiene a su alcance—a veces en casos especiales—el sentimiento noble que lo convierte en amigo de sus enemigos, aunque no sea por mucho tiempo, digamos no más que por un día.

Desde los tiempos del cuento *El Capote* de Gogol, los escritores rusos habrán seguramente escrito varios cientos, sino miles de estos cuentos enternecedores. Alrededor de las flores maravillosas de la verdadera literatura rusa, ellos son como los «dientes de león», los cuales, según parece, deben decorar la mísera vida del alma rusa, enferma y dura (1).

Pero en este cuento noté un fuerte aire de talento, el cual me recordó en algo a Pamialovsky, y además de esto, se notaba una sonrisita, apenas perceptible, de incredulidad hacia el hecho, y esta sonrisita lo conformaba a uno con el sentimentalismo inevitable de la literatura «pascual» y de Navidad.

Yo le escribí al autor unas palabras acerca del cuento, y recibí una contestación divertida de Andreief; me escribía, con una escritura original, medio imprimiendo las letras, palabras alegres y graciosas, entre las cuales se destacaba un aforismo, sencillo, pero escéptico:

Para un hombre satisfecho es tan agradable demostrar grandeza de alma, como lo es tomar café después de comida.

De aquí empieza mi amistad con Leonidas Nicolaevich Andreief. Durante el verano leí varios otros cuentos suyos y los folletos de Jaime Lynch, observando lo ligero que se desarrollaba el talento original del nuevo escritor.

(1) Seguramente que en aquel tiempo no pensaba como estoy escribiendo ahora, pero no es interesante recordar mis ideas antiguas.

En otoño, de paso por Crimea, en Moscú, en la estación de Kursk, alguien me presentó a Andreief. Vestido con un viejo abrigo toulou (1), con un gorro de piel de oveja echado para atrás sobre la cabeza, recordaba a un joven actor de una compañía ucraniana. Su cara de buen mozo me parecía muy inmóvil, pero la mirada fija de sus ojos oscuros se alumbraba con la misma sonrisa que brillaba tan bien en sus cuentos y folletos. No me acuerdo de sus palabras, pero eran poco comunes, como lo era la corriente de su charla animada. Hablaba con apuro, con una voz un poco sorda y ronca, tosiendo, atorándose con las palabras y batiendo la mano en el aire como si fuera director de orquesta. Me pareció un hombre sano, descomunamente alegre, que podría vivir riéndose de la mala suerte. Su animación era agradable.

—¡Seamos amigos!—me decía apretándome la mano.

Yo también me sentía alegre y animado.

* * *

En el invierno, viniéndome de Crimea a Nijnii, me paré en Moscú, y ahí nuestras relaciones fueron tomando muy luego el carácter de una amistad íntima. Yo veía que este hombre conocía poco la realidad y no se interesaba mucho por conocerla, y por esta misma razón me sorprendía más la fuerza de su intuición, la fertilidad de su fantasía, la viveza de su imaginación. Le bastaba con una frase, y a veces con una palabra bien dicha, para que él, tomando lo poco que le daban, formara un cuadro, una anécdota, un carácter o un cuento.

—¿Qué es S.?—preguntaba de un literato que en esta tierra gozaba de bastante popularidad.

—Es un tigre salido de una peletería.

Se ríe, y bajando la voz, como si fuera a comunicarme algún secreto, dice apurado:

—Sabe, se debería escribir acerca de un hombre que se ha convencido de que es un héroe, que es un destructor de todo y que infunde temor hasta a sí mismo. Todos lo creen porque ha sabido engañar muy bien. Pero en algún rinconcito de su vida íntima no es más que una pobre nada que le teme a su mujer y aun al gato.

Enhebrando una palabra encima de otra, sobre su sutil imaginación, siempre hacía algo inesperado, algo fuera de lo común.

(1) Abrigo de medio cuerpo, en paño forrado de piel de oveja.

Tenía la palma de una mano atravesada por una bala, y los dedos encogidos. Le pregunté cómo había ocurrido aquello:

—Una equivocación del romanticismo juvenil—me contestó—; usted bien sabe que un hombre que no ha hecho la prueba de matarse vale bien poco.

Se me acercó bien y me contó cómo, una vez, siendo chiquillo, se tiró debajo de un tren mercantil, pero por suerte cayó entre los rieles y el tren pasó por encima de él sin hacerle más daño que ensordecerlo.

En el cuento había algo que no estaba muy claro, algo de irreal, pero él lo decoró con una descripción muy brillante de lo que siente una persona por encima de la cual, con un trueno de hierro, pasan miles y miles de toneladas. Esto no me era desconocido: cuando tenía diez años me acostaba debajo de un tren, rivalizando en valor con los amigos; uno de ellos, el hijo del guarda agujas, lo hacía con mucha sangre fría. Esta diversión es casi inofensiva, si las calderas de la locomotora están bastante altas y si el tren va en ascensión y no bajando, porque entonces las conexiones de los vagones están bien tirantes y no pueden pegarle a uno, o, pescándolo, tirarlo por el suelo. Durante algunos segundos uno tiene miedo y trata de aplastarse lo más posible contra el suelo, a duras penas reprimiendo el deseo de moverse y de levantar la cabeza. Uno siente que la corriente de hierro y de madera, pasando por encima, lo quiere elevar de la tierra, llevándolo a alguna parte, y el trueno y ruido del hierro lo siente uno en sus huesos. Después, cuando el tren ha pasado, uno queda un minuto o más sin tener fuerzas para levantarse, y le parece que va navegando detrás del tren y que el cuerpo, alargándose interminablemente, se pone liviano y luego empezará a volar por encima de la tierra. Esto es una sensación muy agradable.

—¿Qué nos impulsaría hacia una diversión tan tonta?—me preguntó Andreief.

Yo dije que quizá estaríamos probando la fuerza de nuestra voluntad, poniendo en contra del movimiento mecánico de las masas, la inmovilidad consciente de nuestro cuerpo.

—No—dijo—, esto sería obrar con demasiado razonamiento para ser cosa de niños.

Recordándole cómo los niños se balancean sobre el hielo nuevo de las lagunas recién heladas, le dije que, en general, los niños gustaban de las diversiones peligrosas. El se quedó callado, encendió un cigarrillo y botándolo en seguida se quedó mirando un rincón obscuro de la pieza.

—No, esto no debe ser así; casi todos los niños temen la obscuridad. . . Alguien dijo:

Uno puede encontrar goce en la batalla
y a la orilla de un abismo obscuro,

pero esto no son más que palabras; yo pienso de otra laya, pero no me puedo dar cuenta cómo.

Y de repente se sobresaltó, como quemado por un fuego interno:

—Hay que escribir el cuento del hombre. que durante toda su vida, sufriendo lo indecible, buscaba la verdad, la cual se le apareció de repente, pero él cerró los ojos y se tapó los oídos diciendo: «No quiero, ni aun si fueras bella, pues mi vida y mis sufrimientos encendieron el odio en mi alma hacia ti.» ¿Qué le parece?

—A mí no me gusta el tema.

Suspiró y dijo:

—Sí, primero hay que contestar dónde está la verdad: si en el hombre o fuera de él. ¿Usted cree que está en el hombre?

Y se rió:

—Entonces esto está muy mal.

* * *

No había casi ningún hecho sobre el cual tuviéramos Andreief y yo las mismas opiniones, pero las innumerables discusiones no nos impidieron durante años tener el uno para el otro este interés y atención que no siempre nacen ni de la más larga amistad. Charlábamos incansablemente, y recuerdo que una vez estuvimos conversando más de veinte horas, tomándonos varios samovares de té, que Leonidas ingería en cantidad fabulosa.

Era un compañero de charla sumamente interesante. Aunque siempre su pensamiento demostraba una tendencia porfiada a mirar en los rincones más oscuros del alma, era siempre liviano y fácilmente tomaba formas humorísticas o grotescas. En charla de amigos él sabía aprovechar muy bien el humorismo, pero en sus cuentos perdía esta facilidad tan rara en los rusos.

Teniendo una imaginación viva y sensible, era flojo; le gustaba mucho más hablar de literatura que hacerla. No comprendía el placer del trabajo nocturno, en el silencio y la soledad,

delante de una hoja inmaculada; no sabía comprender la felicidad de llenar esta hoja con el dibujo de las palabras.

—Escribo con dificultad—confesaba—. Las plumas me parecen incómodas, el proceso de la escritura demasiado lento y hasta degradante. Las ideas se me sublevan como aves en un incendio, y yo me canso de cogerlas y de ponerlas en orden. Y a veces me pasa que escribo la palabra *telaraña* y de repente, no sé por qué, me acuerdo de la geometría, del álgebra, y del profesor de la escuela de Orloff, una persona completamente estúpida. El se acordaba a menudo de las palabras de un filósofo: «La verdadera inteligencia es tranquilidad.» Pues yo sé que las mejores personas del mundo son terriblemente intranquilas. ¡Al diablo la inteligencia tranquila! ¿Y qué ponemos en su lugar? ¿La belleza? ¡Viva la belleza! Sin embargo, aunque yo no he visto la Venus original, en los retratos me parece una mujer bastante tonta. Y generalmente lo bello es siempre algo tonto, por ejemplo: el pavo real, el galgo y la mujer.

* * *

Parecía que siendo tan despectivo para los hechos de la realidad, siendo un escéptico de la inteligencia y la voluntad del hombre, no debía interesarse por la filosofía y la enseñanza que son ineludibles para el que la conoce demasiado bien. Pero nuestras primeras charlas demostraron claramente que este hombre que poseía todos los dones de un artista finísimo, quería adoptar la *pose* de un pensador y filósofo. Esto me parecía peligroso, casi desesperado, especialmente porque sus conocimientos eran muy pobres. Y siempre parecía que sentía al lado suyo un enemigo invisible que discutía con alguien, que quería vencer a alguien.

Andreief no gustaba de la lectura, y siendo un escritor, un hechor de milagros, miraba los libros antiguos desconfiadamente y con prejuicio.

—Para ti el libro es un amuleto, como para un salvaje—me decía—. Eso es porque tú no has gastado tus pantalones en los bancos de las escuelas, y no has tenido contacto con la enseñanza universitaria. Pero para mí la *Iliada*, Puchkin y todo lo demás está ya resobado por los profesores. «El mal de la inteligencia» es tan aburridor como la aritmética de Evtushevsky. *La hija del capitán* hasta como la mujer que uno encuentra en el Tverskoi Boulevard.

Yo había oído demasiado estas palabras acerca de la in-

fluencia de las lecturas sobre la literatura, y hacía mucho tiempo que me sonaban sin convicción, porque en ellas se traslucía el prejuicio que nace de la flojera rusa. Mucho más individualmente describía Andreief cómo las críticas de los diarios echan a perder los libros, hablando de ellos con el mismo lenguaje con el que se comentan en las crónicas los hechos de la calle.

—Estos son molinillos que muelen la Biblia, Shakespeare, todo lo que tú quieras, convirtiéndolo en polvo fósil. Una vez leí un artículo en los diarios acerca de Don Quijote, y de repente veo con terror que Don Quijote es un vejete conocido mío que tenía un romadizo crónico y una amante, una muchacha de una pastelería; él la llamaba Milly, pero en las calles se le conocía con el nombre de Sonka Pusir.

Pero a pesar de mirar con ligereza y a veces con enemistad el estudio y los libros, siempre se interesaba vivamente por lo que yo leía. Una vez, viendo en la mesa de mi habitación en el Hotel de Moscú el libro de Alexis Ostriumof, de Sinesia, el obispo de Ptolemaida, me preguntó, sorprendido:

—¿Y para qué quieres esto?

Yo le hablé del obispo medio ateo y le leí unas palabras de su obra *La alabanza a la pelada*: «¿qué puede ser más pelado, más divino que la esfera?» Este grito patético del descendiente de Hércules hizo atacarse de risa a Leonidas, pero luego, secándose las lágrimas y sonriendo todavía, me dijo:

—Sabes, este es un tema maravilloso para un cuento de un incrédulo, el cual, queriendo probar la tontera de los creyentes, vive la vida de un monje, hace una nueva enseñanza de Dios—una enseñanza muy estúpida—; logra captarse el amor y la veneración de miles de personas, y después dice a sus alumnos y sus seguidores: «Todo esto son leseras», pero ellos necesitan la fe y lo matan para poder conservarla.

Yo estaba admirado de sus palabras: es que Sinesio tenía el pensamiento siguiente:

Si me dijeran que el obispo tiene que dividir las ideas del pueblo, yo habría dicho delante de todos quién soy. Pues, ¿qué puede haber de común entre el pueblo y la filosofía? La verdad divina tiene que estar escondida, pues el pueblo necesita otra cosa.

Pero no alcancé a comunicarle este pensamiento a Andreief, y tampoco alcancé a decirle la posición poco común que tenía un ateo filósofo, sin bautismo, en el papel de obispo de una iglesia cristiana. Cuando vine a decírselo, él me contestó riéndose:

—Ya ves, no es siempre necesario leer para saber y comprender.—M Á X I M O G O R K I.

UNA CAMPAÑA DE OPINION EN INGLATERRA

(1850-1914)

A fines del siglo XIX, más o menos al rededor del año 1890, aparecen dos libros y dos informes, que inducen al Gobierno y a los hombres de ciencias a meditar: *In Darkest England*, 1890, cuyo autor es el General del Ejército de Salvación William Booth, y la gran obra de Charles Booth, *Life and Labour in London*, 1889. De 1880 a 1890 el informe del Lord's Committee on Sweating (como también los informes del Board of Trade 1888). Ellos arrojan luz sobre tres problemas que aun hoy no han sido solucionados en Inglaterra: la enorme cifra de desocupados, el problema de los «Slums» (conventillos) y el abuso que significaba el «Sweating System» (pago desproporcionado del trabajo en la casa).

Todos estos problemas tienen su origen a mediados o casi principios del siglo. La despoblación de los campos y el aumento de la población de las ciudades, especialmente en aquellas como Londres y Liverpool, provocó un aumento increíble de las construcciones y una política de refacción ligera de las casas ya existentes, sin tomar en cuenta sus condiciones higiénicas. Ellas fueron ocupadas, pieza por pieza, por familias que no estaban capacitadas para pagar arriendos subidos. Así nacieron «White Chapel» y «Soho» en Londres. En estos conventillos se encuentra la cuna del «Sweating System» o trabajo desmesurado de mujeres y niños. En estos inmensos caserones donde los rayos del sol no penetran, se pudre una generación tras otra y las enfermedades, los vicios y la miseria reinan por completo. Este mal sólo vino a tener una solución, parcial por cierto, con la Legislación Social-obrera comenzada en 1906 y que fué obra del Partido Liberal. En 1908 fué aprobada la ley de 8 horas de trabajo para el minero; en 1909 se formaron los «Wage-boards» reuniones de patronos y obreros destinadas a fijar los sueldos de las industrias a domicilio, tales como: cartonaje, confección, flores artificiales, etc. Sus más grandes enemigos los tuvo esta reforma entre los intermediarios, que hasta entonces habían gozado de un fácil medio de lucro. Para combatirlos se constituyó una liga llamada «Anti-Sweating-League», que terminó con ellos. Estas industrias, protegidas por el Gobierno, lograron unificarse y echa-

ron las bases de sociedades como la de «Obreras de Encajes de Nottingham», etc.

Pero existen otros seres junto a éstos que sufren condiciones, sino tan duras, no menos degradantes para el espíritu: son los empleados de tiendas y los ayudantes de las grandes casas, especialmente almacenes de trapos. En 1909 una comisión encargada de revisar la situación de esta gente pudo observar que era condición del empleo vivir en la casa comercial. Es decir: en el entre-techo, sin luz, sin aire y en completa promiscuidad, vivían de 500 a 600 empleados, cuya edad variaba entre 10 y 60 años.

Las comisiones encargadas de informar al gobierno sobre las condiciones de la vida obrera fueron nombradas bajo la presión de las campañas de opinión organizadas por los grandes diarios y los literatos de la época, y ella fué tan intensa que logró caracterizar fundamentalmente la literatura de los finales del siglo XIX y primeros decenios del XX.

El «Slum» es el motivo principal en una serie de obras: *Esther Waters* de George Moore (1894), *The Way of All Flesh* (1903), de Samuel Butler, quien hablando de esta obra dice:

It contains records of the things I saw happening rather than imaginary incidents (1).

George Gissing analiza la pobreza y miseria de las clases bajas en las siguientes obras: *Demos*, *Thyrza*, *The Nether World*, *New Grub Street*, *Born in Exile*, *The Old Women*, *In the Year of Jubilee*, *Eve's Ransom*, y en su colección de ensayos *Human Odds and Ends* y *The House of Cobwebs*; en todas estas obras demuestra un franco pesimismo que contrasta fuertemente con el franco optimismo de Besant en su obra *All Sorts and Conditions of Men* (1882).

Recordemos el hermoso cuento de Oscar Wilde *The Young King* publicado en el número de Pascua del *Lady's Pictorial Review* del año 1888 y que aparece incluido hoy día en la colección *A house of Pomegranates*. Lo escribió después del informe que presentó en Enero de 1888 el *Board of Trade*. El Joven Rey sueña la noche antes de ser coronado en la forma en que obtiene el bello y esplendoroso confort que lo rodea; ve cómo pobres mujeres deben trabajar, noche a noche, en la confección de sus trajes de coronación:

(1) Contiene más datos de las cosas que he visto, que incidentes imaginados.

«Our master, cried the weaver, bitterly. He is a man like myself. Indeed, there is but this difference between us—that he wears fine clothes while I go in rags, and that while I am weak from hunger he suffers not a little from over feeding.

«That land is free» said the young King, «and thou art no man's slave.»

In war, answered the weaver, the strong make slaves of the weak, and in peace the rich make slave of the poor. We must work to live, and they give us such mean wages that we die. We toil for them all day long, and they heap up gold in their coffers, and our children fade away before their time, and the faces of those we love become hard and evil. We tread out the grapes and another drinks the wine. We sow the corn, and our own board is empty. We have chains, though no eye beholds them; and are slaves, though men call us free.

«Is it so with all?» he asked.

Is it so with all, answered the weaver, with the young as well as with the old, with the women as well as with the men, with the little children as well as with those who are stricken in years.

The merchants grind us down, and we must needs do their bidding. The priest rides by and tells his beads, and no man has care of us. Through our sunless lanes creeps Poverty with her hungry eyes, and Sin with his sodden face follows close behind her, Misery wakes us in the morning, and Shame sits with us at night. But what are these things to thee? Thou art not one of us. Thy face is too happy.» (1).

Compara entonces, el príncipe la miseria con su abundancia; desiste del lujoso aparato de la coronación y ordena una ceremonia digna del Rey de los Reyes. *The Happy Prince* a quien los hombres levantan una estatua cubierta de oro y piedras preciosas sólo alcanza la felicidad cuando la golondrina lleva sus piedras pre-

(1) «¿Nuestro amo?—exclamó el tejedor, con amargura—. ¡Un hombre como yo! Realmente hay sólo una diferencia entre nosotros; que mientras él lleva ricas vestiduras, yo voy vestido de andrajos; y mientras yo muero de hambre, él sufre, y no poco, de hartura.

—El país es libre—dijo el Rey—, y no eres esclavo de nadie.

—En tiempo de guerra—contestó el tejedor—el fuerte esclaviza al débil; y en tiempo de paz, el rico esclaviza al pobre. Tenemos que trabajar para vivir, y nos dan salarios tan mezquinos, que perecemos. Trabajamos durante todo el día, mientras ellos amontonan el oro en sus arcas; y nuestros hijos mueren prematuramente, y los rostros de los que amamos se vuelven duros y perversos. Estrujamos la uva, y otros se beben el vino. Sembramos el trigo, y carecemos del pan en nuestra propia mesa. Llevamos cadenas, aunque nadie las vea y somos esclavos aunque los hombres nos llamen libres.

—Y ¿es así para todos? preguntó el Rey.

—Para todos—respondió el tejedor—; para los jóvenes y para los viejos, para las mujeres y para los hombres, para los niños y para los ancianos agobiados por el peso de los años. Los industriales nos oprimen y tenemos que obedecer irremisiblemente sus órdenes. El sacerdote pasa a caballo rezando el rosario, y nadie se cuida de nosotros. Por nuestras callejuelas sombrías se arrastra la Pobreza, de ojos famélicos; y el Pecado, de rostro macilento, va tras ella. La Miseria nos despierta por la mañana, y la Vergüenza se sienta a nuestro lado por la noche. Pero ¿qué te importa a ti todo esto? No eres de los nuestros. Tu rostro es demasiado feliz.»

ciosas y el oro que lo cubre a casa de los pobres. El Alcalde, al ver que la estatua ha perdido sus joyas ordena su traslado a un basural donde se encuentra con los restos de la pobre gollondrina que ha muerto de frío.

Los autores de más nota que han escrito sobre estos temas son Shaw, Wells y Galsworthy. Los dramas de este último: *Strife* (1909), *The Silver Box* (1906), *Justice*, se basan todos en problemas sociales. La técnica del drama se funda en la lucha de dos partidos y entre ambos la tendencia moderna generalmente está representada por un elemento joven. Mr. Anthony Sr. en *Strife* representa las antiguas ideas que el autor combate; al patrón se le debe obedecer, él determina el salario y las condiciones bajo las cuales se verifica el trabajo. Roberts, el caudillo de los obreros, predica aún la huelga del hambre antes que ceder a las exigencias del patrón y, por fin, el joven Anthony, que presenta las ideas modernas, propone una transacción, que es aceptada, y significa la derrota de Mr. Anthony Sr. y de Roberts.

Los problemas presentados en *The Silver Box* y *Justice* son críticas al sistema legal, aunque también en ellos tiene importancia la miseria que sufren Jones, Falder y Ruth Honeywill.

Somerset Maugham presenta los problemas de una manera muy análoga a la de Galsworthy en sus dramas *Smith* (1909), *Loaves and Fishes* (1911) y *The Land of Promise* (1914).

Shaw trata estos problemas, especialmente en sus primeras producciones: *Lady Warren's Profession* (1893), *Widower's House* (1885-1893) y *Mayor Barbara* (1905). Mrs. Warren se entrega a la prostitución para escapar de la miseria. En cambio su hermana conserva su honor, pero sucumbe en el trabajo de la fábrica. Lo grotesco de la comedia de Shaw lo encontramos cuando aquella mujer, por medio de su profesión, llega a formar parte de la buena sociedad y exige a su hija que respete sus convencionalismos. En *Mayor Barbara* presenta Shaw el mismo problema, pero en una forma más sutil. El dogmatismo y las soluciones radicales que fueron propios de Shaw en los comienzos de su carrera literaria, los deja lentamente a un lado después; los años le han demostrado que logra más con la ironía y la paradoja, que con la predicación. En *John Bull*, el pastor Peter Kerigan dice:

¿Cómo hago yo mis bromas? Yo digo la verdad, esa es mi mejor broma.

El sociólogo y novelista H. G. Wells culpa a la despreocupación de las clases acomodadas de la miseria de las clases bajas.

Para mejorar esta situación aboga por un socialismo constructivo, cuya exposición hace en *New Worlds for Old*; la palabra constructivo la usa para denotar que ese socialismo que él preconiza se funda en las leyes científicas demostradas. Pero a un tiempo de constructivo puede llamársele también educativo, pues todas las voluntades deben ser enseñadas para combatir el egoísmo, la flojera, la indisciplina y la crueldad. En defensa de este socialismo educativo Wells, en mejores condiciones que otros escritores de la época, presenta sus propias experiencias, en dos obras maestras: *Tono Bungay* y *Kipps*, en las cuales se explican las consecuencias de los principios que él combatía. En *Kipps* al hablar del almacén donde estaban empleado dice:

He was allowed to share a bedroom with eight other young men, and to sleep in a bed, which, except in very severe weather, could be made with the help of his overcoat and private underlinen, not to mention newspapers, quite sufficiently warm for any reasonable soul (1).

Podrían citarse numerosas obras y artículos más, pero lo interesante es ver cual fué la reacción de esta campaña y cómo trató el gobierno de mejorar esta crisis. Los primeros intentos para mejorar la situación los verifican dos empresas particulares: las conocidas firmas de cocoa Cadbury y la fábrica de jabón Sunlight. En el año 1887 Sir William Lever trasladó su fábrica de jabón a unas cuantas millas de Liverpool e hizo construir según planos cuidadosamente elaborados la aldea modelo «Port Sunlight». Tiene ella 3,600 habitantes en 720 casas rodeadas de jardines. En su centro están la iglesia y el colegio, con sala de conferencias, de reuniones, teatro y biblioteca; también hay un museo, un gimnasio, un hospital, una piscina y un club para los hombres. El conjunto está rodeado de parques e hijuelas con huerto y hortalizas y sitios para deportes y tiro al blanco. Con Lever compite la firma de George Cadbury que construye su ciudad modelo Bourneville (1889), cerca de Birmingham. Estos esfuerzos particulares sirven de primer modelo a las municipalidades. En 1889 Londres forma un Country Council que tiene a su cargo no sólo los caminos, puentes y canalización sino las ferias, mercados, hospitales, cementerios, piscinas, gas, agua, carros, etc. En una palabra, toda la higienización de la ciudad. Luego el estado comienza

(1) Le era permitido compartir un dormitorio con ocho jóvenes más y dormir en una cama, que, exceptuando la época de mucho frío podía ser calentada por medio de su sobretodo y ropa interior, sin mencionar los diarios lo suficiente para satisfacer a cualquier ser racional.

una política social activa dictando una serie de leyes que vienen a beneficiar directamente a la población obrera. El problema más difícil y que aun hoy no ha sido posible solucionar es el de los desocupados.

En 1908, después de 16 años de constantes discusiones, la ley de 8 horas de trabajo fué aprobada. *The Workmen's Compensation Act* de 1906 reglamentó la indemnización que debe pagarse a los obreros accidentados durante o fuera de las horas de trabajo. En 1908 pasó la ley llamada *Old Age Pension's Act* y en 1911 *Insurance Act*, obras ambas de Lloyd George.

En Diciembre de 1911 la ley *Shop Hours Bill* que establece para las tiendas y negocios en general medio día de asueto y horas razonables para el cierre de los negocios, como también tiempo suficiente para las comidas.

En 1912 pasó la *Coal Mines Bill* que contiene 123 artículos entre ellos los siguientes: obligación del minero de bañarse saliendo de la mina; prohibición para los niños y niñas menores de 13 años para trabajar en las minas y para los niños de menos de 14 años de trabajar en el subsuelo. Asimismo se protegen en la ley los caballos contra la crueldad con castigos severos. Se exigen aparatos extinguidores de fuego en cantidad suficiente para extinguir posibles incendios, y también se fija el número de entradas y salidas de las minas.

Estas son algunas de las mejoras que se efectuaron, gracias a la activa campaña de la prensa y de los literatos. El desarrollo de la legislación obrera posterior es una lógica consecuencia de este impulso fundamental.—M. K R A R U P D E G Ó M E Z M I L L A S.

BIBLIOGRAFÍA

- BEANT, SIR WILLIAM, *All Sorts and Conditions of Men. An Impossible Story.*—Barnard, 3 vols., 1882.
- BUTLER SAMUEL: *The Way of all Flesh*, 1903.
- GISSING, GEORGE: *The Nether-World*, 3 vols. 1889.
- » » *Human Odds and Ends*, 1898.
- M. L. CAZAMIAN: *Roman et idées en Angleterre.*—Strassbourg, 1923.
- CAMBRIDGE: *History of English Literature.*
- E. LEGOUIS Y L. CAZAMIAN: *Histoire de la littérature anglaise.*—Paris, Hachette, 1924.
- GALSWORTHY, JOHN: *The Silver Box*, 1906.
- » » *Justice*, 1910.
- » » *Strife*, 1909.

- A. CHEVRILLON: *Trois études de littérature anglaise*.—Paris, Hachette, 1921.
- E. GUYOT: *Le socialisme et l'évolution de la Angleterre contemporaine*.—Paris, 1913.
- F. NOVION: *L'Angleterre et sa politique étrangère et intérieure, 1900-1914*. Alcan. 1924.
- LORD MELCHETT: *La politique de l'industrie*.—Paris, Grasset, 1929.
- MAX LAMBERT: *Où va l'Angleterre? Collection du temps présent*.—Paris, 1920.
- E. GUYOT: *L'Angleterre (sa politique intérieure)*.—Paris, Delagrave, 1917.
- LEONIE VILLARD: *La Femme Anglaise au 19^e siècle et son évolution*.—Didier, Paris, 1920.
- HAMON: *El Molière del siglo veinte*.
- B. FEHR: *Englische literatur des 19 und 20 Jahrhundert. Handbuch der literaturwissenschaft*.—Athenaion Berlín.
- E. GUYOT: *H. G. Wells*. Paris, Payot, 1920.
- GEORGE CONNES: *Etude sur la pensée de Wells*.—Paris, Payot, 1923.
- GALSWORTHY, JOHN: Edición completa de sus obras donde Heineman—Londres, 1923-1924.
- SHAW, BERNARD: Obras completas donde Constable, London.

UNA POSICION CRÍTICA

ESCRITORES ingenuos, periodistas mal informados o mal intencionados defienden determinadas ideas sobre el estado actual de América, con agresiva vehemencia. Para ellos es *tabú*, sagrado, aspecto indiscutible, tal o cual manifestación de actividad general. Su patriotismo se vuelve inquisidor y petulante. Se me dice que recientemente la admirable escritora Gabriela Mistral ha sido acusada de adular a países con los cuales desea congraciarse; ella desinteresada y ascética, que sufre continuamente con los dolores del nuevo mundo y es, por su grandeza moral, como ha escrito en su celebrado Panorama de nuestras letras el notable crítico francés Max Daireaux, un Sócrates cristiano que espera a su Platón. De la misma manera que ella, otros pensadores o historiadores pueden convertirse, parejos al célebre personaje de Ibsen, en «enemigos del pueblo», porque critican sin amargura, pero con firmeza, porque analizan vicios, errores o prejuicios o indagan las causas generadoras de males evidentes.

Conviene, pues, defender ahora con energía la excelencia de una posición crítica. ¿A dónde iríamos si sólo el ciego apolo-gista fuera saludado como patriota y el americanismo sig-nificara inquieta clausura o megalomanía incivil? Leyendo a algún periodista aguijado por tan peligrosas tendencias, diríase que pueblos mozos e inseguros necesitan del engaño y del endiosamiento y que para ellos también, como en el aforismo de Nietzsche, la no-verdad es condición de vida.

Empero, la hora que vivimos no es propicia para seme-jantes falimientos. En todos los continentes, agitación tur-bativa, examen de conciencia, desmedro de la tradición, irrup-ción de doctrinas destructoras, grave conjunción de amenazas. No concebimos que América sea, frente a la discusión universal, la provincia donde se refugie el contentamiento de sí, el entono que con el nombre de *hibris*, temían y condenaban los griegos. Sin duda, no ha de incurrirse en el estéril afán de denigrar o deslustrar, en un análisis que termine en negaciones; pero cabe y es eficaz el estudio detenido e imparcial de las formas del vivir y la comparación con la actividad de grandes Estados prestantes de Europa, a fin de enhestar a democracias menores o de impedir que un inexplicable engreimiento las lleve pronto a la estagnación. Si sólo el éxtasis interesado o el aplauso asalariado tienen valor, ello impondría silencio a los espíritus li-bres y engendraría una suerte de dogma tan rígido y tan peli-groso como el de las iglesias.

Volviendo al pasado de América, hallamos que nuestra mejor tradición está fundamentada en el esfuerzo de críticos de alto y sereno patriotismo quienes, desde Bolívar, inquirieron de-fectos que parecían celados, y se convirtieron en desapasio-nados y a veces melancólicos augures al considerar las amenazas que se apellidaban, en el horizonte, sobre un continente mes-tizo, sin capital humano, sin reservas económicas y sin cultura propia. En la obra varia y magnífica de Martí y de Hostos, de Alberdi y de Lastarria, de Vigil y de Montalvo, de Nabuco y de Bulnes, puede distinguirse siempre una parte de crítica audaz y de minuciosa anatomía. Se dió el caso en nuestra historia atormentada de que el analizador impaciente y el rotundo crítico a quienes ahora se acusaría de falta de patrio-tismo o de extranjería, se convirtiera en actor del drama cas-tizo y después de engarzar opiniones, gobernara al pueblo ata-rantado y le impusiera normas claras. Así, Sarmiento en la Argentina y Rafael Núñez en Colombia.

Europa, diezmada y desquiciada por la guerra, se prepara a formar un elenco de directores espirituales, teme que sus

viejas *élites* o aristocracias pierdan su antigua influencia y sean arrolladas por el tumulto de la gente advenediza o de plutocracias desdeñosas de los valores morales. América que no posee basamentos formidables como los europeos sobre los cuales levantar la ambiciosa fábrica del futuro, la oficina de las grandezas esperadas, necesita con urgencia de una clase rectora que le dirija útiles admoniciones y encauce con vigor su acción. En efecto, va dominándonos una suerte de hegelianismo inesperado que es exaltación de lo real sin medida, petulante intolerancia, sumisión a los hechos sin discriminación.

De Inglaterra, de Estados Unidos, naciones imperiales en el mejor sentido del término, que dondequiera concilian la libertad con la autoridad, el individualismo con la cohesión, el progreso material y el humanismo, nos llegan en sentido opuesto precisas lecciones. Stuart Mill escribió que el avance de los países modernos se debe no a los satisfechos, a los tranquilos poseedores de lo conquistado y de lo ganado, sino a los espíritus descontentos. Emerson elogió siempre al «no conformista» o sea al ciudadano independiente, reacio al yugo, capaz de formular una herejía.

Lo más singular es que creemos llegada la época para vivir en sosiego y en ufanía, precisamente en estos años trágicos en que se constituye un orden nuevo y se somete a radical depuración el pesado acervo de las grandes culturas. El mundo se trasmuta en aquella ciudad a que se refirió Marco Aurelio: los temores y las esperanzas repercuten de uno a otro extremo del planeta, la revolución dilata su roja influencia, la misma reacción adquiere fuerza expansiva.

Desde Moscú se piensa en los destinos tanto de China como de América meridional y Roma prepara lo que denomina la contrarreforma fascista, tanto para los pueblos latinos de Europa como para los de ultramar.

Prohijemos, pues, la libre crítica y la duda oportuna. Ninguna democracia prospera si establece aduanas espirituales, si contrarresta la diversidad de opiniones, las discrepancias incitadoras, si no sabe de una tolerancia lúcida y fecunda. Desde ahora, los grupos llamados minoristas en las repúblicas americanas, aunque defienden teorías que me parecen peligrosas, en realidad ennoblecen a las mayorías, las llevan a discutir ideas, a combatir en nombre de ideales, y destiebran la pereza intelectual y la estrechez de los *beati possidentes*.—
FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

UN ROMANCE EXTRAÑO

DE tal puede calificarse el romance vivido por el conde León Tolstoy en su larga vida conyugal. El artista que dió tantas obras insuperadas a la literatura de todos los tiempos fué en su vida privada un hombre atormentado. Se han preocupado de ella los críticos de la obra tolstoyana y siempre la han relacionado estrechamente con sus dificultades conyugales. Las alternativas de su vida en común con su mujer y su larga familia han servido para explicar el origen de las inquietudes del maestro, patentes en las obras que compuso mientras estuvo casado. Pero debe notarse que en este sentido se han dado a la publicidad no pocas afirmaciones que, con un estudio más detenido del carácter de los factores de este matrimonio—él León Tolstoy y ella Sofía Andreevna Bers—, pasan a la categoría de leyendas. Mostrar algo de este interior doloroso, de este intimidad desgarrada por todas las diferencias y las incompatibilidades, a través del diario de la condesa, es lo que pretendemos con estas líneas desaliñadas.

El 23 de Septiembre de 1862 se celebró en Moscú el matrimonio del conde León Tolstoy y de Sofía. El con los antecedentes familiares que son de todos conocido y ella hija del doctor Andrés Evstafievich Bers, viejo amigo de la familia Tolstoy. Contaba el escritor treinta y cuatro años y su mujer sólo diez y ocho. Debemos hacer notar desde luego la diferencia de edad apreciable entre ambos cónyuges que más tarde sería la fuente de no pocos disgustos. El había dejado ya atrás con largueza una juventud borrascosa y altiva, y ella entraba a la mejor época de la juventud ilusionada.

Los escritores que han estudiado la vida de ambos han hecho en ella una cómoda división cronológica que les ha servido para explicar la aparente contradicción de sus dos períodos: uno de felicidad completa, que veremos luego no era tal, durante todo el primer tiempo vivido en Yasnaia Poliana, la posesión familiar de los Tolstoy, y que abarca desde 1862 hasta 1881, y la otra de disgustos y diferencias, desde 1881, fecha en que la familia se instaló en Moscú para educar a los hijos, hasta la muerte del conde, comprendidas las diversas épocas en que pasaron en la hacienda de Yasnaia Poliana.

Afortunadamente ambos cónyuges llevaron anotaciones casi diarias de sus existencias, y en ellas se nos muestran los caracteres diferentes e irreconciliables de cada uno. El diario de la

condesa, llevado con regularidad, interrumpida en períodos a veces superiores a dos años, abarca desde 1862 hasta 1891 y ha sido publicado no ha mucho en París por la Editorial Plon.

No ha pretendido la condessa Tolstoy hacer obra de literatura, pero su libro tiene un interés intenso y nos muestra la verdad diaria de su vida, esa verdad que siempre se calla y que nadie conoce certeramente. Todo el drama de su vida está relatado en las anotaciones disparejas de su diario, y si su marido dejó una obra que el tiempo ha de respetar, el dolor de la esposa silente y sufrida nos inspira pasados tantos años, una emoción inextinguible. Precede al diario una serie de anotaciones relacionadas con el noviazgo y ciertas notas de un cuaderno perdido que debían ayudar a la documentación tolstoyana. Desde las primeras páginas advertimos la contraposición de ambos caracteres. Todo se conjuraba para que fue an felices, pero aun en el noviazgo no lo fueron. Ambas familias, Tolstoy y Bers, complotaban para unir en matrimonio al conde y a una hermana de Sofía, Tania, Ella, enamorada ya del escritor, tuvo en el primer tiempo que refrenar su sentimiento, un poco confuso dentro de su alma, y asistir a los paseos en que hacía de «partenaire» de su hermana, por la que el conde no sentía la menor atracción. La revelación del sentimiento afín, pues Tolstoy amaba ya a Sofía, lo ha relatado él mismo en una de sus obras. Poseído de él e incapaz de expresarlo, lo fijó en signos cabalísticos en la arena, durante un paseo familiar. Sólo acertó a poner las primeras palabras de su pregunta apasionada. En la misma forma respondió la que fué su esposa. Días después, formalizado ya el compromiso, él, para que Sofía lo conociera bien, le da a leer su diario, sus páginas vívidas de juventud, que naturalmente en ella produjeron una impresión descorazonante. «Lloré muchos días cuando conocí la juventud libertina de León», anota días antes de su matrimonio. De nada le sirvió a Tolstoy la desilusión que para mayor conocimiento infligió a su novia; ella siguió ignorándolo como antes, y temiéndolo más. Después del matrimonio, y partiendo al viaje de bodas, anota Sofía:

Yo estaba confusa y no podía librarme de un vago temor. No me atrevía a tutear a León Nicolaevich y evitaba llamarlo por su nombre. ¡Hasta mucho tiempo después, seguí tratándolo de Ud.

No se libró la condessa de su temor, del miedo que le inspiraba el que ya era su marido, y siempre en el trascurso de su

vida conyugal este miedo del día de bodas le angustió el espíritu.

El 8 de Octubre de 1862 reanuda la condesa su diario, interrumpido en los días del viaje de noviazgo, y en una larga anotación se refiere a sus sueños de juventud, los que a pesar de su matrimonio no han sido cumplidos. El recuerdo del tormentoso pasado de su marido la oprime, y negándose a abandonar sus ilusiones de quince años, exclama. «Todo su pasado es para mí tan terrible que temo no poder reconciliarme jamás con él» y el mismo día más adelante agrega: «Hoy día he sentido de golpe que él y yo tenemos cada uno nuestro camino independiente.» Si observamos que estas anotaciones han sido hechas quince días después del connubio, podemos confirmarnos en la idea de que entre ambos nunca hubo una intimidad total. Todo se oponía a ello, a pesar del común deseo de felicidad que a ambos embargaba. Naturalezas de contextura anímica distinta, él imperioso, orgulloso, dominante, vagamente sentimental e idealista; ella, también orgullosa y dominante, sólidamente asentada en la realidad burguesa en que el ideal se limitaba a la lechosa pureza de una familia larga, debían fatalmente marchar por «camino independientes».

Al día siguiente contiene el diario una anotación extraña: «Todas estas relaciones carnales son repugnantes», y dos días después, los diez y ocho años de Sofía, en contacto reciente con las amargas realidades diarias, gritan su desesperación en unas interrogantes que hoy día sólo nos hacen sonreír:

Mi marido no me ama. ¡A qué vivir, cuando las cosas van tan mal, para mí y para los demás! Esta idea extraña me obsede.

Empiezan en ella sus dudas primeras acerca de la naturaleza del amor de su marido, y la aterroriza y la deprime la idea de ser sólo un objeto para satisfacer una pasión que considera, como toda pasión, efímera. No la halagaba la certeza de ser objeto de un sentimiento pasional. Quería, ante todo, fijar sus derechos de mujer y mantener el rango de su espíritu altivo e indomable, y el 23 de Noviembre del mismo año escribe en su diario:

La cuestión es muy simple. Si yo no lo intereso, si no soy más que una muñeca para él, más que una mujer, y no un ser humano, yo no quiero y no puedo continuar viviendo así.

Las posiciones, como se ve, eran muy claras, y las palabras transcritas parecen señalar la víspera de un combate, en que

se niegan y se conceden favores y sentimientos, y no la anotación de los días plácidos de una pareja de novios. Seguramente Tolstoy, con mucha razón, no tomaría en cuenta los arranques de su joven mujer y los dejaría pasar como inevitable torrente sin importancia.

El recuerdo de los hechos conocidos en el diario de su marido le embarga el ánimo y no la deja un minuto. En los últimos días de 1862 anota un deseo intenso: «¡Si yo pudiera quemar su diario y su pasado!» Se deja torturar por celos de todas las mujeres que han pasado en la vida de su marido, amoríos fáciles, mujeres lejanas que ella no conoció nunca y que para él acaso no fueron otra cosa que un recuerdo apasionado y placentero de los días hirvientes de su juventud.

El año 1863 en el diario de la condesa Tolstoy no es otra cosa que una sucesión de protestas vehementes del amor que siente a su marido. Se acusa de defectos inexistentes, y celos de todas y de todo la persiguen. Su espíritu de diez y ocho años quiere detener el minuto amoroso de la vida, y exige de su marido una consagración total, en que su orgullo no puede aceptar situación alguna de inferioridad:

Amo terriblemente a mi marido—escribe el 6 de Junio de 1863—, pero lo que me irrita es que estoy colocada a su lado en una situación de inferioridad.

Y esto no lo puede soportar. Sin un freno sentimental que la contuviera, su ánimo cambiante se deja dominar por todos los síntomas del más conocido y más viejo de los histerismos, y a pesar de su talento innegable, anota frases en su diario que revelan un pesimismo de cliché, o una desesperanza prematura e infundamentada. Después del nacimiento de su primer hijo escribe:

Algo me dice que yo sufriré constantemente, creo que es el temor de no poder atender debidamente mis deberes con mi familia.

Y pocos días después, el 31 de Julio de 1863, se acentúa la distancia que la separa de su marido:

Está tan desagradable que lo evito todo el día. Cuando me dice. «Voy a dormir», pienso: «A Dios gracias»... Me parece que todo ha terminado. Estos diez meses de matrimonio han sido los más terribles de mi vida.

Todas sus frases revelan que la incomprensión de los esposos comenzó en el matrimonio mismo y durante la vida conyugal no hizo sino atenuarse y acentuarse, según las circunstancias.

No ha habido, como afirman los historiadores, períodos fijos en la tortura cotidiana de la vida de Tolstoy y su esposa. La felicidad que soñaron ambos pasó junto a ellos, y tal vez no lo supieron nunca. En la numerosa familia que formaron, y en más de cuarenta años de vida conyugal, siempre fueron extraños que se temían y no se entendían. «Nuestras vidas se separan más y más», anota ella el 7 de Octubre de 1863, y pocos días después: «Se diría que de nuestro amor no queda nada...» Todo la rebela ante su marido. La influencia de su sentimiento del cual no puede liberarse; la insignificancia de su personalidad ante la de su esposo: siempre el orgullo de ambos cónyuges los diferencia en sus afecciones:

Mi existencia es de una trivialidad tal—escribe el 13 de Noviembre de 1863—que es la muerte misma. Empiezo a tenerle miedo y a sentirme totalmente extraña a él.

Así trascurren los años, con intermitencias que no borran la impresión de desconcierto en los sentimientos de los esposos. No hay abdicaciones ni de él ni de ella, y si en muchas ocasiones las quejas de Sofía pueden parecer grito de hembra joven insatisfecha, no es menos cierto que el espíritu inquieto de su marido, para el cual el amor a su esposa era una función mínima en su personalidad, arrancaba a la joven lamentos de un desconsuelo que no se quiere resignar y que llora su soledad. El 12 de Septiembre de 1867, cinco años después del matrimonio, escribe:

La verdad es que todo ha concluído. No queda sino un vacío inmenso y una manifiesta indiferencia... ¿Qué he sacado yo con mi amor? No he recogido sino sufrimientos y humillaciones. Tengo necesidad de su cariño y de su simpatía y no cuento con ellos. Padezco de un orgullo impotente, de un amor humillante del que nadie tiene necesidad y que me aniquila y me consume...

Y la queja sigue. Debemos anotar esta circunstancia dolorosa: siempre que el diario de la condesa se refiere a sus padecimientos o a sus alegrías, siempre que expone un sentimiento, que analiza un estado de ánimo, domina el tono de reproche, de queja, de tristeza. Parece que la vida le sonrío, y la hace feliz, cuando su espíritu no aparece en sus anotaciones, cuando el diario se transforma en un cuaderno de bitácora de los pequeños acontecimientos de una familia burguesa acomodada, y el alma, que no ha perdido, pues aun conserva destellos de juventud, es cierto que cada vez más lejanos, se encuentra como un poco desvanecida. Así pasan los años. Hay una ano-

tación sin importancia en 1868, ninguna en 1869, una en 1870, otra en 1871, y ya en los años de 1872, 73, 74 el diario se transforma en anotaciones menudas de hechos vulgares, sin interés alguno. El espíritu se ausenta, y así escribe el 9 de Abril de 1872: «Tiempo precioso. Se diría que estamos en verano», como cualquier persona que quiere iniciar una bostezante conversación social. En 1874 la muerte de uno de sus hijos, Petia, la hace reencontrar su alma perdida, y la soledad de su vida campesina la hace rebelarse contra su tristeza aposentada tantos años. Escribe el 12 de Octubre de 1875:

Esta vida solitaria en el campo termina por hacérseme insoportable. Una apatía, una indiferencia a todo y por todo. Hoy día, mañana, los meses, los años, siempre, siempre la misma cosa, iguales...

Y solo han pasado trece años de matrimonio y ella sólo cuenta treinta y un años. Pero ya ha podido comprender que las horas gloriosas de juventud se han esfumado y que la patriarcal quietud del matrimonio no tendría variante alguna en el resto de su existencia. Si alguna vez en un vuelco inesperado el corazón pudo reclamarle su hora de aventura, si el tedio irredimible de la vida hogareña pudo aparecérsesele como un cilicio, no podemos dudar que confinó su única esperanza en el porvenir de su familia y que aceptó para siempre esa «especie de muerte moral»—son sus palabras del día indicado—que es el matrimonio, y en ayudar a su marido y en educar a sus hijos puso todas sus esperanzas porque si «las gentes no esperasen no podrían vivir», agrega líneas más adelante.

Pasan los años, y ni sus burguesas ocupaciones familiares a las que se ha consagrado con todo el afecto de su espíritu, sirven para hacerla perder su neurosis desengañada: «Cuán triste esta eterna lucha con los niños» anota el 15 de Septiembre de 1876 y al día siguiente: «Estoy en un estado de excitación nerviosa tal, que me parece que me va a estallar la cabeza.» Ya de los sentimientos va quedando muy poco. El 23 de Septiembre de 1878 escribe:

Décimosexto aniversario de nuestro matrimonio. He dado a los niños una lección de alemán que me ha salido bastante bien. El tiempo está calmado, dulce, claro. Andriucha me da muchas alegrías.

Como puede verse, no hay en el recuerdo del matrimonio ninguna evocación sentimental; nada que nos haga retornar ni remotamente a las anotaciones pasionales, exclusivamente pasionales, de los primeros años. Después el año 1878 sigue

inventariado hasta en sus actos más insignificantes, y todas sus anotaciones se reducen a dolores de cabeza, resfriados de los niños, la enumeración de las liebres y torcazas que el conde trae a las comidas como botín de sus paseos, y querellas por asuntos materiales, de dinero, de hechos pequeños. El 9 de Octubre de 1878 exclama:

He tenido con Liovochka (1) una pelea terrible. Soy desgraciada, pero completamente inocente. Me odio a mí misma, mi vida y mi fantástica felicidad. Todo me aburre y me disgusta.

Pocos días después, el 11 de Noviembre del mismo año:

Me hago el efecto ser una máquina en movimiento. Quisiera vivir un poco para mí y no tengo vida interior personal alguna... Pero no hablemos de esto... ¡Silencio!

Es bien triste comprobar el estado de alma de Sofía en esta época, que los críticos y estudiosos de la obra tolstoyana han calificado como de la suprema felicidad de ambos esposos. No sabemos, pero no queremos suponerlo así, si la felicidad conyugal consiste precisamente en la anulación total del espíritu de los cónyuges, y no creemos que cuando toda la vida común se reduce al cuidado de un resfriado o de un dolor estomacal, o al relato de la forma cómo se cocinaron las perdices que ha cazado el marido, la felicidad matrimonial se halle en su punto cenital.

El tiempo, que no perdona la felicidad ni el dolor, los va separando más si cabe. El 26 de Agosto de 1882 la condesa tiene treinta y ocho años, y escribe:

Hace veinte años, cuando era joven y feliz, comencé a escribir este diario y a contar la historia de mi amor por Liovochka. En esta páginas no hay casi nada más que amor. Hoy día, después de veinte años, he pasado la noche sola, llorando mi amor perdido.

El recuerdo indudablemente ha hecho ensoñar a la condesa quimeras desvanecidas. Hemos visto que en su diario el amor es versátil, cambiante, y que fuera de él hay muchas cosas, una serie de pequeños sentimientos, que creemos fueron menguando con el rodar de los días iguales. Mucho antes de los veinte años de matrimonio, el amor que los llevó a los altares se había perdido. Ni él ni ella lo sentían. Ya el conde ha ma-

(1) León Nicolaevich, su marido.

nifestado deseos de irse, y la condesa por más que se empeña en engañarse, tiene que confesar:

Me ha sido imposible probarle el fervor con que lo quiero después de veinte años, hoy como el primer día.

Ni ella podía creer de buena fe esa piadosa mentira después de sus anotaciones en el diario que hemos visto, ni él, por ser mentira, podía aceptarla. Ya en este año de 1882 empieza la era de la infelicidad del matrimonio, según los críticos. A fines de 1881 la familia se ha establecido en Moscú para la educación de los hijos, y el conde dominado, de día en día más por sus ideas místicas y humanitarias, se aleja de la sociedad, del mundo, y se siente molesto con la gloria de sus obras de arte. Quiere a toda costa democratizarse. en el más incómodo sentido de la palabra: alternando con gente inculta, desaseada, grosera, inferior. Y esto, naturalmente, no hace sino acrecentar la distancia que separa a los esposos, apartar aun más los caminos independientes que en la quincena siguiente a las bodas previó la condesa que seguirían por toda la vida sus almas lejanas, separadas en plena intimidad.

El 25 de Octubre de 1886 anota:

Estoy condenada a ser una verdadera calamidad. Este es el papel que me asignan en casa mi marido y mis hijos... El me ha dado a entender que no le soy necesaria y de nuevo estoy relegada a la categoría de un objeto superfluo.

Ante las tendencias místicas y evangélicas de su marido toma una actitud de fiera independencia y anota rabiosamente en su diario:

¿Por qué quiere que renuncie a toda vida personal y que sufra constantemente con el espectáculo de la miseria y del infortunio de los demás?

Las preguntas siguen en su vida y no precisamente para unirlos a su esposo. El 26 de Octubre del mismo año: «¿Por qué he dejado de creer en sus condiciones de escritor?» El abismo no hace sino crecer.

El 20 de Noviembre de 1890 la condesa tiene 46 años y una larga anotación desgarrada consigna el fracaso de su matrimonio, el vacío de su vida que creyó llenar con los hijos, con los deberes y las obligaciones de la moral burguesa:

Liovochka ha roto toda relación conmigo... En él no hay nada más que sensualidad... ¡Si solamente uno, alguien siquiera me testimoniara

un poco de simpatía! Los días, las semanas, los meses pasan, y León y yo no cambiamos una sola palabra.

Pocos días después: «Qué horas tan penosas estoy viviendo en mi vejez.» Su única labor es copiar el diario de su marido, y esta labor no la reconcilia con él en lo más mínimo. El 20 de Diciembre de 1890 escribe:

«No habiendo copiado hoy día el diario de mi marido, me siento más pura y más serena.» Al transcribir una frase de Tolstoy sobre el amor que figura en su diario, de un crudo materialismo, la condesa escribe:

Si 29 años atrás hubiera conocido esto, no habría contraído matrimonio con León Tolstoy.

A una vida sufrida en los términos que hemos visto se une en estos últimos años un decaimiento general de la salud, y la última anotación del diario, 23 de Enero de 1891, termina: «Mi mal estado de salud me vuelve idiota.»

Con los datos consignados no podemos seguir afirmando que en el matrimonio de Tolstoy hubo períodos de felicidad y períodos de desgracia. La incomprensión y la distancia de los dos caracteres se manifestó desde los primeros momentos y el amor que ella soñaba y sobre el cual él escribió páginas inmortales, fué, pasados los inevitables transportes pasionales, un recuerdo fugaz y sin vida. Es interesante conocer el concepto del sentimiento amoroso que tenía el conde, pero ello demandaría un estudio de una extensión que aquí no podemos emprender y que acaso algún día realicemos. Un estudio que muestre cómo cambió el hombre que escribió la *Felicidad Conyugal* (1857) sin ser casado, y cómo después de veintiocho años de connubio escribió la imperecedera *Sonata a Kreutzer*. Sea lo que haya sido en el alma del conde, su mujer sólo conoció los aspectos más tristes de la vida, y su vida conyugal, a la que dedicó sus más puros sentimientos, sus más intensas energías, no fué sino un continuado fluir de lágrimas.—ABEL VALDÉS A.

CRITICA DE LA VIDA FUTURA

Un espectáculo que no exige ningún esfuerzo, que no supone ninguna consecuencia en las ideas, ni suscita ninguna cuestión, ni alude con seriedad a ningún problema, ni despierta en los corazones ninguna luz. Como las peores caricias mercenarias, sus placeres se ofrecen al público sin requerir de él más que una especie de blanda e indiferente adhesión... (1).

¡Que tono más austero! ¡Qué ondulaciones más elocuentes en la robustez y la subordinación de la frase! ¿Se trata acaso de Bossuet, proclamando la inmoralidad del arte de la comedia desde la célebre tribuna del obispo de Meaux? No. Pese a las páginas magistrales que le han dedicado Paul Valéry en la segunda serie de sus *variedades* literarias y André Gide en la primera etapa de su *Viaje al Congo*, no es a Bossuet a quien leo, en esta media hora de un trayecto perdido... Y lo siento en el alma.

Hay días, en efecto, en que la imaginación desearía templarse en la corriente de una voluntad muy severa, muy clara y muy segura de la fe en que se inspira. La solemnidad misma de sus expresiones, su vehemencia no sabrían lastimarla en el goce. En uno de estos días, para alguna de estas horas es para cuando la lectura de un gran afirmativo como Bossuet se hace sin duda más necesaria. Pero si el autor del volumen que hojeo no es precisamente el orador dogmático del *Discurso de la Historia Universal*, el tono de sus convicciones lo recuerda por modo extremo. No lo he nombrado y ya muchos se acercan a reconocerle... Ha escrito, frente al recuerdo de la guerra europea del año 14—intensamente vivida—, dos de los libros más humanos de la literatura francesa contemporánea: *Civilización* y *La Vida de los Mártires*. Ahora, en sus recientes *Escenas de la Vida Futura*, consagradas al análisis de algunos aspectos activos de los Estados Unidos del Norte, le sorprendemos en un minuto de cólera, con todas las facciones del rostro desordenadas todavía por el desagrado que le produce que él considera la servilidad y la insensibilidad del cinematógrafo.

El vagón del ferrocarril en que el impulso de una velocidad amiga me desaloja—de nuevo hacia España—a un promedio

(1) Georges Duhamel. *Scènes de la Vie Future*. París, *Mercur de France*, 1930, pág. 58.

de setenta kilómetros por hora, vira súbitamente a la izquierda. Temeroso de deshacerse en un vaho de niebla, el paisaje, cortado en sesgo, se adhiere al cristal de la ventanilla mohosa. Un movimiento de abandono me cierra el libro involuntariamente en las manos. Medito. El papel amarillo de la cubierta me aproxima el recuerdo de una época de lecturas intensas, constantes, un poco ya desleído en la vida. Simbolismo... Cubiertas amarillentas... Poesía de Jammes y de Henry de Régnier... Por lo visto, M. Duhamel ha persistido en la fidelidad a las ediciones del *Mercurio de Francia*. Sin quererlo, creo descubrir, al tocar esta circunstancia, la virtud cardinal de su espíritu. Antes que nada, el autor de *Los Hombres Abandonados* es, en efecto, un hombre que no abandona a los otros, un cerebro que siente con excelencia la importancia de seguir siendo fiel. Pero no quisiera regocijarme demasiado pronto. Ya Goethe hacía observar a no recuerdo cuál de todos sus personajes hasta qué punto el florecimiento de una virtud favorece, en nosotros, el desarrollo de los cuatro o cinco defectos que le son habitualmente complementarios. La economía no sabe nunca en qué sitio, en qué moneda, en qué ahorro empieza a ser simplemente avaricia, afán codicioso de lucro, egoísmo del interés. El orgullo acaba siempre por revestirse de vanidad. La justicia puede ufanarse de dar a cada quien lo que le corresponde: es justicia. Sí, pero cuidémonos mucho... Los jueces más imparciales se resienten pronto de sequedad. Dar a cada quien lo que le corresponde es, sobre todo, *no darle nunca sino eso*. Y el desinterés tiene un modo muy diferente de hablar.

* * *

Si una de las características del vigor en la obra de Georges Duhamel es la constancia, una de las virtudes que, al reconocerlo, le otorgaremos sin duda será la continuidad de las ideas. En cambio, estaremos dispuestos ya, sin saber por qué, a acusarlo de ciertos defectos: tenacidad inmoderada en determinadas fórmulas de la tradición, apego a tales o cuales creencias no depuradas del todo por la crítica, pertinacia y—¿por qué no decirlo?—metódico énfasis para defenderse dentro de la prevención.

Una vez escritas estas últimas frases, estoy a punto de arrepentirme de ellas. Hay términos que la pasión misma no debería emplear sin recato. Sobre todo, cuando alude a máquinas de pensamiento tan precisas como la que se siente

vibrar en las obras de M. Duhamel, un poco al margen—es cierto—del grueso y generoso latido de su corazón varonil. Pero si M. Duhamel no es un personaje tan limitado como el que su libro reciente dibuja, ¿por qué no se cuida un poco más de evitar que la seguridad de sus convicciones trace de su figura inteligente una silueta tan estrecha y tan determinada?

Transplantado súbitamente desde los jardines de la «Isla de Francia» al asfalto de Chicago o de Nueva York, M. Duhamel se ha sentido de pronto la víctima de todas las máquinas, el blanco de todas las flechas, el punto de ataque de todas las ametralladoras, no siempre pacíficas, que saltan en los despachos de Wall Street bajo las uñas sonrosadas de las dactilógrafas. El ruido de los automóviles, el disparo nocturno de los anuncios eléctricos, el amor unido a la terapéutica, la muerte disimulada por la estadística, el beso medido por décimas en la columna de un termómetro Fahrenheit, todo cuanto veía en las nuevas tierras del hombre estaba hecho, sin duda, para producirle una sucesión inagotable de vértigos. Su naturaleza, más profunda y más lenta a la vez que la de otros viajeros, no podía reaccionar con la flexibilidad peligrosa de un Paul Morand ante los espectáculos infinitos de Broadway. Y, aunque lo hubiese podido, no estamos muy seguros de que lo hubiese querido.

Una mujer, un libro, una ciudad, un paisaje no convencen de primera intención sino a quienes están un poco ya preparados, por ciertos azares de capricho, a dejarse vencer de antemano. Por eso el amante, el crítico, el viajero y el poeta elegíaco—los tipos humanos que corresponden más a menudo a las mujeres, a los libros, a las ciudades y a los paisajes—deberán preocuparse por consolidar un *mínimum* de sí mismos ante el reclamo del problema que les sorprende. El enamorado fundamental no usa escaleras de mármol, sino de seda. El viajero más docto es, asimismo, el que se acompaña de un más ligero equipaje. M. Duhamel no pertenece a este linaje de vagabundos. Con sólo leer las primeras páginas de sus *Escenas de la Vida Futura* se advierte que no acostumbra viajar con simples maletas de mano, como los héroes de Bontempelli o de Mac-Orlan. Su lastre es más numeroso. En la cabina, una biblioteca de consulta. En la sala, un baúl de convicciones cordiales, sólida y costosamente adquiridas. La ironía no tiene para qué intervenir en lo que decimos. ¿No escribe él mismo en el prólogo de su nueva obra, estas palabras sinceras:

Había tomado ya posesión de ese manojito de servidumbres que llamamos independencia? (1).

Tenemos ante nosotros a un hombre lento. Razón de más para estimarle si—como sucede en el caso de M. Duhamel—es, asimismo, un hombre honrado. La agilidad que observamos en otros viajeros conduce demasiado pronto a la ligereza, al error. Se atraviesa en cuatro días un país de veinte millones de habitantes. Se almuerza con dos o tres intelectuales distinguidos. Se asiste a un paseo, a un concierto público, a una conferencia. . . . y, a los dos meses, se publica un volumen de impresiones «profundas» acerca de una nueva región del mundo que se abandonó sin conocer. El procedimiento es tan visible que no provoca ya enojos. Lleva su perdón en sí mismo. Y su culpa. Pero cuando el escritor se traslada a las ciudades que pretende estudiar en compañía de todo un arsenal de combate y con la ayuda de todo un sistema de laboratorio; cuando, en su mesa de noche, el Baedeker alterna con el microscopio y la cámara fotográfica del turista hace sombra a la probeta luminosa del químico, entonces los resultados deberán juzgarse con mayor respeto. Y con mayor severidad.

* * *

No sé qué opinión habrán producido, en otros espíritus de América y de Europa, los capítulos que M. Duhamel dedica en esta obra suya a la higiene, a la alimentación, a la libertad, al baile y a la bebida de substancias alcohólicas en los Estados Unidos. No me interesa mucho enterarme de los comentarios que haya podido provocar la descripción de su visita a uno de los mataderos de Chicago. Regreso apenas de un viaje de vacaciones a través de la pintura holandesa. Espero que mi predilección por otro linaje de «naturalezas muertas» encuentre algún eco entre los entendidos. Por otra parte, creo que el naturalismo ha legado ciertas páginas definitivas a la historia de la literatura. Repetirlas no es siempre una prueba de gusto. Y produce, en cambio, una pérdida inútil de estilo.

Desde otro sector de inquietudes, el libro de M. Duhamel se ocupa en temas demasiados diversos para poder ceñir en una sola página las objeciones que suscita. Enumerarlas todas implicaría casi la obligación de escribir otro libro. Me limitaré, por consiguiente, a los dos puntos en que la insistencia del autor me ha parecido más desproporcionada a la dimensión

(1) Loc. cit., pág. 10.

del motivo que le interesa. Es decir, me ocuparé exclusivamente de su discurso contra el cinematógrafo y de su invectiva contra el automóvil. Dejo a otros comentaristas el resto de una materia más ardua y menos fugitiva.

* * *

Ante todo, un aviso. Defender los artículos de la velocidad—el automóvil y el cinematógrafo—no significa en mí una devoción universal por la prisa. La rapidez tiene sus lentitudes, que la lentitud no conoce... La fábula de la tortuga y la liebre las señalaría a nuestra duda. Desconfío, sin embargo, de que el maquinismo de que M. Duhamel se queja, sobre todo en el caso del cinematógrafo, sea tan peligroso para la moral y para el arte de Occidente como su imaginación se lo deja prever. En esto—como en todo lo que sigue—aludiré simplemente al cinematógrafo mudo, el único que tiene una validez relativa para el espíritu. Del otro, pesadilla de un teatro para neurasténicos, a medias entre la realidad de la opereta y las ridículas abstracciones del método Berlitz, entrego todos los éxitos improbables a la devoradora crítica de M. Duhamel.

Invitado por un amigo irreal—que tenemos el derecho de considerar como un puro procedimiento dialéctico—el autor de *Escenas de la Vida Futura* penetra, a ciertas horas de la noche, en uno de los grandes palacios que, para contemplarse a sí mismo, ha levantado el cinematógrafo en las principales avenidas de Nueva York. Un empleado lo guía hasta la hilera de butacas en que el número de su billete le hará coincidir con el orden y la armonía silenciosa de los demás espectadores. El asiento es cómodo, muelle. Otro cuerpo lo reconocería con agradecimiento. El de M. Duhamel no. Le oímos exclamar con disgusto:

Confort americano... Puramente táctil y muscular (1).

Esta actitud de los europeos latinos frente a la holgura es tan frecuente—desde Unamuno—y ha dado motivo a digresiones tan variadas y tan razonadas, que me resuelvo a dejarla pasar sin contradicción. Difícilmente, pero me resuelvo.

Ya tenemos a nuestro viajero frente a las sorpresas de la pantalla. No lo creamos. Antes de decidirse a mirar lo que ocurre en ella, dirigirá los ojos al techo. Un plafond decorado con estrellas y nubes artificiales le indigna.

(1) Loc. cit., pág. 51.

Aquí todo es falso—no tarda en generalizar—. Falsa la vida de las sombras en la pantalla. Falsa la especie de música derramada sobre nosotros por no sé qué aparatos torrenciales y mecánicos. Y—¿quién sabe?—falsa también esta muchedumbre humana que parece soñar lo que mira y se agita a veces, sordamente, con ademanes dormidos (1).

Si el propósito de ser injusto no se exhibiese en estos renglones con tan deliciosa ingenuidad, cabría, casi, imitar a M. Duhamel en la facilidad de sus inmediatos enojos. ¡Cómo! ¿Y es un espectador habituado a escuchar *Tristán e Isolda* dentro del estuche acaramelado de la Opera de París y a seguir el ritmo de los alejandrinos de Corneille bajo la bóveda delirante de la Comedia Francesa el mismo que ahora protesta de los inocentes artificios decorativos de un cinematógrafo para muchedumbres?... No concluyamos. Hay un límite, sin embargo, para las mejores «boutades».

La película—es una película muda—se desarrolla mientras tanto, acompañada por el murmullo más o menos ruidoso de los órganos, que digieren difícilmente algunos retazos de Beethoven o de Schubert, de Wagner o de Chopin. M. Duhamel no parece interesarse grandemente en sus peripecias. Las mira, como los demás escuchan, junto a él, los fragmentos melódicos de los grandes maestros cuya parcelación les encanta sin atención. Lo cual, una vez concluido el espectáculo, no le privará de exclamar:

El cinematógrafo es una diversión para ilotas. Un pasatiempo para iletrados, para criaturas miserables, aturcidas por el trabajo y la preocupación.

¿Por qué? Las afirmaciones de M. Duhamel son tan frecuentes que se padece en seguida la enfermedad de no coincidir jamás con sus resultados. ¡Dios me libre de ostentar aquí ese *espíritu de contradicción* que André Maurois clasifica graciosamente como la habilidad de los necios! La consigna de contradecir cuanto existe no es nuestra. En este caso, alguien parece haberla dictado, desde Francia, al oído de M. Duhamel.

¿Cuáles son los graves argumentos que esgrime contra el espectáculo que rechaza? La movilidad de su tránsito, la facilidad de su seguimiento y la dificultad de interrumpirlo en su disolución. Lo mismo podría decirse de la danza, sin restarle ninguno de sus méritos de arte, ninguna de sus excelencias de espectáculo. La comedia, el drama, la tragedia misma—aun entendida esta última en el sentido estricto de Racine—no han

(1) Loc. cit., pág. 51.

probado jamás otro empeño que el de hacerse asequibles al público. Al contrario, sólo en los malos instantes de la tonalidad teatral, el autor se ha divorciado del espectador, lo ha abandonado entre dudas, se ha reído de su asombro, ha prescindido de colaborar con él. Y esto es tan conocido y—para no citar sino a un contemporáneo de M. Duhamel—André Gide ha escrito sobre la compenetración de autor y público páginas tan precisas, que me parecería impertinente insistir...

Por naturaleza—concluye M. Duhamel—el cinematógrafo es movimiento, pero nos deja inmóviles, pesados y como paralíticos.

Tal vez... Confieso, sin embargo, que las parálisis en que nos sumergen una mala comedia o un mal volumen de versos no suelen ser menos graves.

Todas las obras que han tenido alguna importancia en mi vida—agrega—representaron al principio alguna conquista (1).

Elogiémosle sin escrúpulo esta noble actitud. Pero ¿por qué añadir entonces, renglones después:

Sé que muchos jóvenes, atraídos, fascinados por el cinematógrafo, sienten oscuramente su insuficiencia, sus errores, sus miserias, y tratan de extraerlo de este pantano. Me inclino ante sus sufrimientos futuros, pues las servidumbres del cinematógrafo serán mucho más pesadas y más crueles que las del teatro? (2).

¿Servidumbres? ¿Dolores? ¿Luego no todo era vibración epidérmica, fuga de imágenes, deslumbramiento de sombras en el movimiento de la pantalla? ¡Magnífico! Este lenguaje una da una impresión tanto más sincera, cuanto el autor lo quiso menos deliberado.

* * *

En *Escenas de la Vida Futura* los ataques más rudos no están dedicados exclusivamente al cinematógrafo. El automóvil—su hermano gemelo—recibió sin protestar la parte que le correspondía. Digamos cuál es. Lo que a M. Duhamel le disgusta, sobre todo, en una máquina de movimiento es el límite excesivo de las velocidades que puede alcanzar. Alguno podría creer que hay, en este terror, una grave falta de lógica

(1) Loc cit., pág. 58.

(2) Loc. cit., pág. 60.

puesto que lo natural es juzgar a los árboles por sus frutos, y el único fruto de este árbol viajero es la rapidez. Pero no nos aprovechemos de estas objeciones. El autor nos indicaría, por otra parte, que la velocidad de los automóviles—que él desprecia—está siempre a punto de poder destruir alguna de las dos cosas que sus predilecciones distinguen: el transeunte y el paisaje. Es decir, los dos productos más resistentes del Romanticismo. Démosle crédito.

El automóvil—concluye—es una palanca que agranda todos nuestros vicios y no exalta ninguna de nuestras virtudes (1).

De los mil y un argumentos que se acumulan ahora bajo la pluma para contradecir al autor, ninguno me parece más favorable que los que su misma diligencia, en un sentido indirecto, me proporciona. Más cómodo que inventar una teoría me resulta citar a continuación la que él mismo formula acerca del automóvil y de sus aportaciones a la vida moderna. No creo necesario recomendar al lector que, en todo caso, dé un sentido grave, serio y afirmativo a las frases que M. Duhamel no pronuncia sino con rencor. Acaso en esta forma, lo que pretendió ser una requisitoria humorística contra el automovilismo se convierta en una crítica de la «cultura del caballero».

Los hombres, a fuerza de observarse mutuamente, vivían enmoheciéndose dentro de esa prisión hipócrita que se ha llamado la cortesía. Cuidadosamente enmascarados, contenidos, sus defectos y sus vicios no podían derramarse libremente sino en una *asfixiante intimidad*—soy yo quien subraya—. Los prejuicios de la moral y de las buenas costumbres atormentaban a las clases intruídas. La lucha por la vida conservaba algo de velado, de subterráneo... Pero surgió el automóvil. Y todo aquello cambió. El hizo desaparecer los remilgos. Arrancó las máscaras, volvió a poner en servicio el libre juego de la naturaleza y de las pasiones. Reintegró a cada quien a su sitio... (2).

No continuemos. Nietzsche mismo, si hubiese necesitado recorrer en automóvil el camino de Zaratustra, no hubiera hallado para elogiarlo argumentos más fervorosos ni más nietzscheano lenguaje.

* * *

He querido sentir, en dos de los capítulos esenciales de este libro valiente y apasionado, hasta qué punto el valor y la pasión

(1) Loc. cit., pág. 98.

(2) Loc. cit., pág. 96

perjudican a veces a otras virtudes, más modestas, del conocimiento. El éxito de la obra de Duhamel—estoy comentando un ejemplar de los setenta u ochenta mil que en estos momentos circulan—y la honestidad indiscutible de sus intereses humanos dan a tales afirmaciones un significado y una fuerza informativa de primer orden. Frente al Baedeker que Paul Morand ha escrito acerca de Nueva York, las invectivas de Georges Duhamel adquieren una coherencia y un sentido de responsabilidad admirables. Justas o injustas—casi siempre unilaterales—son el producto de un orden muy claro del pensamiento europeo. Se instalan todavía—a pesar de sus aciertos literarios—en la categoría política de esa defensa de Occidente a la que Henri Massis consagró hace algunos años uno de sus esfuerzos más tendenciosos. Y, desde este punto de vista, aclaran todo un sector contemporáneo de la existencia francesa.—J A I M E T O R R E S B O D E T.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

ROSAS Y LA POSTERIDAD

LA actualidad de Rosas en el escenario político argentino es innegable; sobre todo por razón de cierto paralelismo nacionalista que le encuentran algunos con el derrocado presidente Irigoyen. Dos nuevos libros colocan otra vez el aspecto del célebre tirano ante la atención de los historiadores; el de Dardo Corvalán Mendilaharsu y el espléndido ensayo de interpretación de Carlos Ibarguren (1).

Corvalán Mendilaharsu ha reunido diez artículos, con pretensiones de ensayo y de un valor desigual. Como escritor es mediocre y como intención histórica alienta en su obra el propósito de revisar un caso histórico en que el factor sentimental actuó tanto o más que el histórico o científico. En el último tiempo ha soplado un viento favorable a la memoria de don Juan Manuel. No ha sido la menor de las causas revisionistas el intento de ciertos escritores de allegar factores que justifiquen las dictaduras criollistas. En 1915, Estanislao Zeballos decía:

(1) *Rosas*, por Dardo Corvalán Mendilaharsu. (M. Gleizer, editor. Buenos Aires, 1929.) *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*, por Carlos Ibarguren. (Roldán, editor. Buenos Aires 1930.)

Hace un cuarto de siglo no era posible hablar científicamente de don Juan Manuel de Rosas. Los últimos actores de la horrible tragedia estaban vivos. La crónica de los tiempos asumía la forma pintoresca y vehemente de la tertulia doméstica... En tal ambiente no se hablaba de Rosas y de sus hombres, sino para maldecirlos, y toda investigación histórica sujeta a método científico era indiscreta y a veces temeraria.

Desde que formuló ese concepto Zeballos, la historia argentina ha ido serenando su juicio sobre el gran caudillo. Se han reivindicado su valor nacionalista, su sentido de la tierra, su honradez patricia; pero, al mismo tiempo, se solidifica el proceso de su acción negativa. Corvalán Mendilaharsu sólo consigue trazar aspectos sumarios de la compleja silueta. Sus datos son periodísticos, sin enjundia. Su argumentación flaquea y sólo tiene interés por cierto carácter documental. Carlos Ibarguren, en cambio, ofrece un cuadro acabado de la época que sólo tiene parecido con el libro de José María Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*.

Rosas nació en una casona patricia y heredó de sus antepasados un carácter voluntarioso y dominador. De pequeño para resarcirse de un castigo infligido por sus padres, desembaldosó una habitación en que lo dejaron recluído. Desde su edad juvenil empezó a impregnarse de la pampa. Esta ha de darle un sello personalísimo, a la vez que le imprime una fisonomía criolla perdurable. El ambiente en que se desenvuelve don Juan Manuel está muy bien pintado por Ibarguren:

Gritos guturales, latigazos e interjecciones para azuzar las yuntas, chirridos de ruedas, tintineos de cencerros de yeguas madrinas, mujidos de vacas ariscas, áspero chillar de teros, graznar de chajás y relinchar de baguales. La llanura yerma se dilataba infinita bajo el sol, sin reparo ni sombra alguna, a trechos húmeda y verde, a trechos polvorosa y parda, mientras el convoy avanzaba despacio entre un mar de pastos, de cardizales, de pajonales, o se encajaba en el fango de los pantanos y de las lagunas. Olor de pampa: de trébol y de menta, de hinojo, altamisa y duraznillo, de cañadón y de estiércol, traía el soplo fresco del viento que, libre como las manadas de potros, corría rizando las hierbas.

Este ámbito esculpe en el futuro dominador de la Argentina un sentido ruralista que lo aleja de los unitarios, hombres ciudadanos y afinados por lecturas. Entre el tibio liberalismo de los unitarios, educados en el cultivo de las letras francesas y de la escuela liberal inglesa, y este hombre primario e instintivo, existe un abismo. Rosas ama las tradiciones pamperas; se cría en el contacto bizarro con indios y lenguaraces. Los gauchos lo aman porque conoce sus secretos e instintos. Se alimenta con fuentadas de mazamorra y de locros. La fuerza

y la rapidez son sus símbolos. Nada más exótico, para él, que las tertulias unitarias y sus conversaciones lánguidas sobre temas de Europa.

Así surge un hombre de acción, pronto para ejecutar y dominar a las masas con un instinto certero de su fragilidad. Explota el lado débil de éstas y conoce la facilidad mulata para la adulación. Así se levantan sus «gentes de color», sus batallones de cívicos, que recuerdan a los del Ministro Portales. Cuenta W. H. Hudson en su novela *El Ombú*:

Quando los gauchos se afiliaron a Rosas y le ayudaron a subir al poder, se hicieron la ilusión de que él era uno de ellos mismos y les daría aquella perfecta libertad para vivir sus vidas a su propio modo, que es su único deseo. Descubrieron su error cuando era demasiado tarde (1).

Rosas, al revés de otros caudillos y gobernantes, creía en la fuerza social de la religión, que supo utilizar en provecho de sus fines políticos. Mientras empiezan a enfriarse sus relaciones con Dorrego, con fino sentido de la realidad advierte el peligro que representaba para él un triunfo de los unitarios. Los llama «agiotistas», que forman una «clase mercantil» y una aristocracia opuesta a sus amigos: los pobres, y a los estancieros, «que eran buenos federales». Cuando el Almirante Brown le dirige una carta en que habla del pronunciamiento de «la clase distinguida» de Buenos Aires, Rosas no contesta la misiva por afecto al viejo marino. En tanto, piensa que esa «clase distinguida» es una oligarquía aristocrática que dirige una logia criminal, amenazadora del orden, tal como lo entiende en su fórmula criolla.

Ya se destaca, pues, el escenario de futuras luchas políticas. Por un lado, una clase culta y extranjerizante, que desea gozar una vida refinada y viajar; y, por el otro, una oligarquía populista y militar, con sólido arraigo en las clases bajas y en el gauchero. Rosas consiguió cierta popularidad, que el tiempo desmorona; pero en su primera época disfruta de la amistad del «pobrerío». El espíritu anti-extranjero y, sobre todo, anti-francés halla en Rosas a un magnífico director. Al grito de *mueran los extranjeros sarnosos*, el gauchaje dió cuenta de las estancias, embargadas o no, de los extranjeros. Observa Ramos Mejía:

El joven químico francés don Antonio Cambacerès, traído de París por don Juan Larrea, crea la verdadera industria del saladero, pero suprime la alegría y los peligros de «las matanzas», en las cuales la destreza de la peonada y las vicisitudes de la singular función atraían al gauchaje aventurero; sus-

(1) W. H. Hudson, *El Ombú*, pág. 96.

tituye el brazo del campesino por «el torno sencillo»; quita al lazo sus encantos, al criollo por medio de la máquina su importancia capital, por más que el silencio de la faena y la economía realizada hacen de esa industria y con menos capital, un negocio multiplicador de las utilidades (1).

La superstición acompaña a estas ideas del criollo. Se ven brujerías en muchos experimentos progresistas y en el uso de máquinas que se desconocen. El clero retrasado y colonialista combate al unitarismo y ve en Rosas a un sustentáculo providencial de su predominio. Doña Encarnación Ezcurra, mujer del Dictador, prepara su segundo y definitivo advenimiento al poder por medio de una hábil política de atracción. Ejercía la táctica jesuítica de la seducción. Rosas cuida mucho de atraer al clero.

Dile a mi comadre—le escribe a don Juan M. Terrero—que no afloje a los anarquistas enemigos del sosiego público, que muera antes, porque morir por el orden y la libertad es muerte dulce. Que me le haga una visita al curita nuestro amigo, otra a Farías con encargo de que a mi nombre visite a Navarrete, Visillac, Villegas, etc. (todos ellos jefes y oficiales conspiradores), y a los paisanos amantes de la tranquilidad de la tierra. Otra a mi padrino pidiéndole su santísima bendición. Otra al padre Revige a quien mando incienso, otra al fraile Somellera, cura de la Residencia, encargándole que a mi nombre le haga una visita al Obispo y que bendiga a mi ahijado... Te he estimado las noticias que me das de la opinión pública y que todos los hombres sanos están por la causa de la justicia. Todo lo que pasa es obra de Dios que está visto que nos quiere mucho. Al fraile Cañónigo Vidal es preciso perseguirlo, es un facineroso que tiene gran parte en las desgracias presentes... (2)

En el fondo del drama argentino de esa época latía el odio social. Por un lado, el unitario, con modales pomposos y cultos, al decir de Sarmiento; y por otro, el federal, imbuído de las ideas viejas criollistas.

En la campaña y en las provincias—dice Ibarguren—se levanta, en oposición a la política de Buenos Aires, el partido popular que sostiene la bandera republicana y la autonomía local, con los federales.

En el libro de Ibarguren aparecen curiosas referencias a José Miguel Carrera. Ninguna le es favorable. El propio Rosas lo condena con dureza. En la pág. 81 dice:

Las tropas del gobernador santafecino López vencen a Soler y amenazan a Buenos Aires, conjuntamente con la legión de salvajes aventureros de José Miguel Carrera y de Alwear.

(1) Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, Tomo I, pág. 165.

(2) *Papeles de Rosas*, compilados por A. Saldías, Tomo I.

Rosas dice de Carrera «que tenía ruines designios». (Pág. 96.)
 Más adelante se habla de una correría de Carrera en esta forma:

Han llevado trescientas personas entre mujeres, criaturas, etc., sacándolas de la iglesia, robando todos los vasos sagrados, sin respetar el copón con las formas consagradas, ni dejarles cómo pitar un cigarro en todo el pueblo, incendiando muchas casas.

Es curioso anotar cómo dos hombres discutidos y vehementes aparecen mezclándose en las páginas de este apasionante libro.

* * *

Ibarguren analiza a Rosas desde su juventud hasta su muerte. En el gran cuadro se destacan las notas sombrías de su carácter; pero también se revelan sus condiciones extraordinarias y su sagaz instinto criollo, que lo hace aparecer como una de las más gallardas estampas de América. En una página admirable lo parangona con Facundo:

Exuberante y arrebatado Facundo, cauteloso y reflexivo Rosas; abierto y sensible a la generosidad el uno, cerrado y más obediente al cálculo que a la corazonada el otro; agresivo en la lucha y rectilíneo en sus planes aquél, defensivo y simulador éste, ambos fueron expresiones genuinas de nuestras campañas. Facundo, agreste e hirsuto, trasuntaba aspereza en su físico «tan peludo como las patas de un oso». Rosas, terco y rasurado, aparecía con su severo perfil romano como la imagen impasible de una medalla antigua.

En los ojos renegridos de Facundo ardía el fuego que abrasa los arenales y seca los montes riojanos; en las pupilas cambiantes, ora azuladas, ora glaucas de Rosas veíase solamente, como en el mar profundo, la superficie quieta y fría que oculta la agitación interior.

Una afinidad existía, sin embargo, entre esos temperamentos tan anti-téticos: ambos profesaban, como intérpretes del alma campesina, el mismo sentimiento de protesta contra la dominación de la ciudad ejercida por los unitarios y por la política de Rivadavia.

El germen del personalismo argentino destella en esas líneas. Toda la historia de las masas políticas de la nación vecina gravita en ese fenómeno que se reitera después de un siglo. El sentido criollo, socarrón y desconfiado, recela todavía de la metrópoli, centro de cultura afinadamente europea. Se necesita un hombre símbolo, un hombre taimado como dice Keyserling. Este representa el deseo de protesta y de reacción criolla que desconfía. La característica del gaucho es esa, máxime en el tiempo en que se forma la República. Rosas, al ascender al poder, resumió su política en un sencillo ideario: Escar-

miento al enemigo y ostentosa sumisión al partido federal.

Sin embargo, Rosas, que toda su vida manifiesta terror a la anarquía y sumisión a la autoridad, sabe usar del desorden y del saqueo cuando es necesario a sus propósitos de dominio.

La revolución de los restauradores, en su aspecto social—dice Ibarguren—, fué el lanzamiento tumultuoso de las turbas de la ciudad y de los gauchos de la campaña, instigados y apoyados por Rosas, contra la burguesía y la clase dirigente porteña que sostenía a las autoridades legales. Rosas por primera y única vez en su vida se apartaba de su norma de sostener el orden, para fomentar la rebelión. El respeto al gobierno y al principio de autoridad desapareció para ser reemplazado por la demagogia turbulenta, que sólo obedecía a la voz del caudillo. (P. 284.)

Junto con ascender definitivamente al poder Rosas, se extiende en toda la Argentina el círculo de hierro del terrorismo. La Sociedad Popular Restauradora, que celebra el triunfo en la de Octubre y persigue a los «salvajes unitarios» se constituye «firme columna del orden y la libertad». Este período de terrorismo y de ciegas venganzas crea en torno del Tirano una atmósfera de miedo y simulación en la que los psicólogos han visto muchas de las causas que hacen perdurar las dictaduras en América

A los diez años de tiranía—dice Ramos Mejía—, casi toda una generación, que por una razón o por otra había permanecido en la ciudad disciplinada, acabó por claudicar, agobiada casi físicamente por una senilidad precoz. Así se explica que en sus veinte años de opresión no hubiese un brazo armado en contra suya, una sola voluntad que animara la agresión libertadora contra aquel hombre que dormía con las puertas abiertas y sin ninguna vigilancia. Y en otra parte: El hábito sensitivo de la obediencia los había inutilizado, y por eso se nota este fenómeno sugestivo de psicología colectiva e individual que ninguno de ellos tuvo actuación gubernativa o intelectual después de Caseros hasta hoy. Se habían atrofiado en la inacción; la obediencia y el miedo les había muerto el don de la iniciativa y del pensamiento. (Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, Tomo I., p. 355.)

Rosas se estrena destituyendo en masa oficiales como lo hizo en Chile el primer Ministro de Prieto. Más de ciento cincuenta fueron expulsados del Ejército. La desconfianza reinaba sobre los cuarteles y varios militares son fusilados. Rosas se cree dirigido por la Providencia y dice en un discurso vehemente: «El Todopoderoso dirigirá nuestros pasos.» Como rasgos típicos de Rosas pueden anotarse su americanismo, su nacionalismo y su endiosamiento. San Martín, con antelación, comprende que el estado anárquico por que pasaba la Argentina hacía inevitable el advenimiento de un dictador. Las pro-

vincias, anarquizadas por los caudillos criollos, se rebelaban contra la capital. Se recelaba de su progreso y de las ideas civilizadoras que dominaban en ella. Lo que, en otras circunstancias, habría sido necesario, se hizo orgánico y sistemático. Rosas pasa a ser un tirano trascendente, que mantiene la unidad nacional y su independencia como hizo más tarde Cipriano Castro en Venezuela.

¿Cómo y por qué nace la tiranía?—se pregunta Ibarguren—.Ella es siempre consecuencia de la anarquía: si ésta es puramente superficial, aquélla es ocasional; pero si el desconcierto es profundo, la tiranía es trascendente. Este último caso se produce cuando la sociedad se encuentra al final de un proceso de descomposición, o cuando se halla en el momento que sigue a un estallido revolucionario. Las tiranías trascendentales representan, pues, en la historia, sea la etapa postrera de la descomposición de una sociedad, o sea la inicial de una era violenta de transformación. Las decadencias terminan y las revoluciones comienzan con tiranías. Toda destrucción de un orden social, ya provenga de la descomposición por decadencia o del derrumbamiento por revolución, engendra el caos. (Pág. 318.)

Rosas esgrimió principios férreos contra el adversario.

Es preciso no contentarse—dice—con hombres ni con servicios a medias y consagrar el principio de que está contra nosotros el que no está del todo con nosotros.

Revisaba todo lo que se escribía sobre él y corregía, a veces, los originales, enmendando aquello que no estimaba correcto. Una vez se le propone cambiar la palabra *esclarecido* por la de *benemérito*. El tirano escribe de su puño y letra: «conforme con *benemérito*». Rosas, al revés de otros dictadores, tuvo la convicción de que su poderío se debilitaba. Cuando llegaron las vísperas de su caída, reúne a los jefes adictos y les propone su eliminación para salvar así su persona y su dignidad. Se le reitera la adhesión; pero ya estaba minado el compacto frente que opuso a los unitarios por muchos años.

Sus últimos días en Inglaterra los describe muy bien Ibarguren. Casi todo el tiempo recela de perder sus papeles, que constituyen una de sus preocupaciones capitales. Los conserva con amor y pensando siempre en escribir un libro que repare su memoria. Vive con ese ideal hasta su muerte. Eso ha permitido conservar a la posteridad un caudal rico de noticias y datos de su período.

La posteridad empieza hoy a juzgar a Rosas con criterio histórico. El libro de Ibarguren revela madurez e imparcialidad. Corvalán Mendilaharsu anuncia otra obra completa sobre esta época azarosa. Es de esperar que la nutran el interés y la

documentación definitiva que faltan en su reciente colección de artículos. Hasta aquí se habían nutrido los historiadores con la profusa literatura adversa a Rosas: Alberdi, Rivera Indarte, Mármol, Sarmiento, Saldías y Ramos Mejía. Libros como el de Ibarguren señalan una orientación más definitiva sobre el Tirano, cuyos claro-oscuros y cuya barbarie gaucha no le restan grandeza. Es un precursor de modernos tipos de dictadores nacionalistas como Cipriano Castro y de presidentes personalistas como Irigoyen. De ahí su eterno interés, su actualidad vivísima y su originalidad dentro del drama americano.—RICARDO A. LATCHAM.

OTROS ASPECTOS DE GOETHE

NUESTRO panorama del espíritu musical de Goethe sería incompleto si nos atuviéramos solamente al elemento pasivo: entender y comprender. Una naturaleza poderosa nada recibe que no restituya fecundado. Goethe, por donde pasa, crea. Mas, puesto que no era músico, sino poeta de oficio, ¿qué huella ha dejado la música en su creación poética? Una, por de pronto, que nos parece asombrosa, por la importancia que él le ha atribuído y por su tenacidad: su apasionada vocación de *libretista* musical. Verdaderamente se podría decir que este es su violín de Ingres (1). Le ha consagrado un número de horas

(1) Esta curiosa pasión por los libretos persiste en él hasta sus últimos años. En 1828 se entretenía rehaciendo el libreto de *Moisés* de Rossini. Hubiera querido rehacer su *Tancredo* y transformarlo en *favola boscareccia*. Un mes antes de su muerte, en Febrero de 1832, dicta un largo ensayo sobre los poemas de Jouy, libretista de Spontini. Se apasiona por los poemas de Haendel y no perdona a Weber lo de *Euryanthe* y *Oberon*. En esto, en perfecto acuerdo con Beethoven. Y para ambos el mejor poema de ópera es *Le porteur d'eau* de Cherubini.

Nunca ha querido juzgar una ópera independientemente del poema. El poema ante todo.

No os comprendo muchachos—escribe en 1828—: ¿cómo podéis separar el sujeto de la música y juzgarlos en sí a cada uno de ellos? . . . Os admiro. ¿Cómo pueden escuchar vuestros oídos y saborear los sonidos, mientras que el principal sentido, el ojo está martirizado por el absurdo del sujeto?

(Hubiera podido decir, en vez del ojo, la razón; puesto que es a la razón a quien se dirige el sujeto de que se trata. Pero es un hecho que para Goethe el ojo es el órgano de la razón.)

Y dice bien. Pero la mayor parte de los músicos poseen poco ojo y mucha menos razón. No se les puede reprochar por eso. ¡Que tengan grandes oídos! Pero nada les obliga a poner su música en óperas, es decir a martirizar el ojo y el buen sentido. Apruebo en absoluto a Goethe. Y estoy seguro de que Beethoven gritaría: «¡bravo!»

y días, una suma de búsquedas y esfuerzos, dignos de mejor objeto. Y fracasando siempre, nunca ha renunciado a ello.

Ha tentado o proyectado, una a una, todas las formas del teatro musical. Apenas deja de ser un niño, en 1766, escribe un libreto de opereta italiana: *La Sposa rapita* (1). Luego es el *Singspiel* alemán, o el *Lustpiel* en prosa, con *Arien y Liedern*. En 1773-1774, *Erwin und Elmire* cuyas melodías escribe John André d'Offenbach. En seguida lo vemos soñar con una conjunción dramático-musical con Gluck y, mal recibido por los viejos, adoptar a un joven amigo músico al cual espera formar: Christoph Kayser. Al mismo tiempo, con su amigo Korona Schöter, se hace maestro e inventor de *ballets* (1782). En sus primeros tiempos de Weimar, nada concibe sin acompañamiento musical y cantos. Así, su *Proserpina*, monodrama declamado con música. Así su *Lila, opera-féerie*. Y es entonces cuando estudia la declamación de Haendel y Gluck. Pero lo que mayor falta le hace en Weimar para ejecutar sus planes es el músico.

En 1779-1780 parte hacia Suiza; uno de los móviles principales de su viaje es la idea de encontrarse con Kayser, instalarse en Zurich y escribir con él un *Singspiel* sobre un tema suizo. Es el *Jery und Bätely*. Sus cartas a Kayser definen muy precisamente la música que quiere. Goethe quiere en su pieza tres clases de música distintas:

- 1.º *Lieder* populares.
- 2.º Melodías que traduzcan emociones.
- 3.º Un diálogo rítmico, adaptado a la mímica del actor.

Este diálogo ha de conservar una unidad de estilo basada, en lo posible, en un *Hauptthema* (tema principal), desarrollado y variado por las modulaciones, por las tonalidades, por los ritmos, pero manteniendo siempre su lógica, su línea, simple límpida, clara.

¡Pero que el compositor comience por penetrarse bien del carácter de la pieza! Y que ese carácter reuna y domine a todas

(1) La más curiosa de esas obras musicales de juventud es *Concerto drammatico composto dal Sigr. Dottore Flomminio detto Panurgo secondo*, escrita en Francfort, hacia Septiembre de 1772. (Se la encontrará en el tercer volumen de *Der junge Goethe* 1910, Inserverlag, edic. Max Morris, p. 77-82.) Este *Concerto* (tomando la palabra en la antigua acepción *cantate*) *à exécuter dans la Gemeinshaft der Heiligen, à Darmstadt* es una sucesión de trocos, individualizados por nombres musicales, con indicación del *tempo*: *Tempo giusto C, Alegretto 38, Airoso, Allegro con furia, Cantabile Andantino, Lamentabile, ein wenig geschwinder con speranza, Allegro con spirito, Choral, Capriccio con variationi 1, 2, 3, Air français, Molto andante, Con espressione*. Y para terminar: *Presto fugato*, a doble coro, imitando los sonidos de los instrumentos: *Dum, du, dum, du, Dam, dim, di, di, du (bis). Huhu! Huhu!*

las melodías, a todos los acompañamientos. Una orquesta muy pequeña y un acompañamiento discreto.

La riqueza sólo está en la medida. El que conoce su oficio hace con dos violines, una viola y un bajo, más que lo que hacen otros con toda su orquesta.

Los instrumentos de viento han de servir sólo como especias. Se les empleará uno a uno: aquí la flauta; allí el óboe; allá el fagot. Se aprecia mejor lo que se gusta puro; mientras que en la mayor parte de los compositores modernos se sirve todo junto; y el resultado es entonces que el pescado y la carne, el asado y el hervido, todo tiene el mismo gusto (1).

Pero Goethe no se encuentra entonces más que al principio de sus desagradados con Kayser. Kayser es tan lento para escribir, que se hace necesario pedirle el poema para confiarlo a otro, el gentilhombre encargado de los placeres de la corte de Weimar, y Goethe se desentiende de la obra. No por eso abandona un punto a Kayser. Lo hace invitar a Weimar. Pretende, en vano, acostumbrarlo a la vida mundana; lo hace disfrutar de las últimas enseñanzas del moribundo Gluck. En vano..., en vano... Y mientras tanto, ha escrito en 1783 los libretos de cinco *Singspiele*...

Luego escucha un buen conjunto italiano y entonces abandona el género bastardo del diálogo hablado alternado, la *ópera comica*; quiere escribir (¡con Kayser siempre!) *intermezzi* enteramente cantados, la *ópera bufa*. Durante cinco años, de 1784 a 1789, se dedica a un *Intermezzo* de tres personajes: Scapin, Scapine y el Doctor: *Scherz, List und Rache*. Mantiene a este propósito una correspondencia con Kayser, casi tan copiosa como la que tuvo con Schiller a causa de *Wilhelm Meister*. Es evidente que sus intenciones sobrepasan infinitamente a la importancia de la obra. Quiere crear en Alemania un tipo nuevo de arte dramático-musical y en su primera tentativa quiere dar un golpe maestro. Pero sin tomar en cuenta que no se halla bien secundado y que debe hacer a la vez el oficio del músico y el suyo propio, se trata de una cosa que él no conoce y que sólo está aprendiendo: *fit fabricanto faber*. Desgraciadamente la ciencia adquirida en el camino llega demasiado tarde para comprobar los errores que se han hecho. La aparición de Mozart, que le revela en 1785 el *Enlèvement au Sérail*, le abre demasiado tarde los ojos acerca de sus debilidades.

(1) 20 Enero 1870.

Sin las reflexiones de Goethe, de instinto, de verbo, de genio, Mozart había colocado en la escena alemana una comedia musical deslumbrante de alegría y bañada de sensibilidad, como un día de primavera, lluvia y sol. Goethe descubre entonces la implacable sequedad de la perfección intelectual, que él ha conseguido en su obra demasiado estudiada: sólo tres personajes para cuatro actos y los tres equivocados. Entonces estudia siete personajes y concede gran importancia a la emoción. Pero no se rehace una fuente medio congelada; y ya Kayser se ha plasmado en el primer molde, ha perdido la soltura y no puede seguir la constante evolución espiritual de su gran colaborador. En suma, una pérdida inútil de tiempo, enormes contratiempos sufridos en vano. En otoño de 1789, al hacer su balance, Goethe reconoce lealmente que *geht die ungeheure Arbeit verloren* (el monstruoso trabajo se ha perdido).

Lo más durable que queda es la correspondencia con Kayser, en la cual se resume toda una estética teatral fuerte e impresionante. Goethe quiere que en la obra sea todo *saltatio* (1), lo que explica Kayser como un movimiento melódico y rítmico sin descanso.

Mi concepción más alta del drama es una acción sin reposo.

Pero aun así corre riesgo de ser apagado por el concepto de la perfección intelectual. Se resiste. Su sentido psicológico del público, aguzado por la práctica del teatro y el conocimiento de los cómicos, lo lleva a reconocer la imposibilidad de tal realización. La naturaleza humana no resistiría. Es necesario que el reposo alterne con el movimiento y Goethe acepte reservar para el final de la pieza el torbellino del movimiento del ruido. (Por instinto, los maestros italianos de la *ópera bufa* habían hecho de esto una regla.)

Goethe se aplica también a grandes estudios de ritmo poético en la comedia musical. En eso no sigue a los italianos. En lugar del discurso de éstos, flúido y unido, tan apropiado a la bella melodía, quiebra el curso de aquel en todos los puntos en que fluyen las pasiones. Su ideal de ese tiempo, muy *mozartiano*, nada tiene de académico y pomposo: quiere unir alegría y belleza, movimiento y vida. Y por eso rechaza con fastidio la insípida *ópera seria* de Italia, por todo lo que hay en ella de frío, de acompasado y grandilocuente. Como escribe a su llegada a Roma: ¡*Estoy viejo para todo, menos para la verdad!*

(1) Desde la antigua expresión *saltare comoediam*... La comedia está hecha para ser *saltada*, representada danzando o corriendo.

De ahí su afición a la *ópera bufa*. Ese regocijo tan franco, tan puro, de la naturaleza italiana. Sueña con dar a Alemania la vara de Moisés que hace brotar agua de la roca. ¡Mozart hubiera podido hacerlo!... Sí, pero Mozart es único. Y va a morir. Ah, ¿por qué Goethe ha tardado tanto? ¿Por qué no se ha dirigido a él? Porque durante quince años se ha empapado de su Kayser, a quien trataba de formar a su gusto y que era—es cierto—un buen hombre, pleno de dignidad, de altura moral, aun de renunciamiento místico (1), buen músico e instruído, pero de sangre calmosa, una sombra proyectada por el sol de Goethe.

* * *

En 1789 Kayser se retira definitivamente a su soledad de Zurich, de la cual no ha de salir hasta el día de su muerte en 1823, sin que Goethe falte nunca a la fidelidad del recuerdo y del disgusto que le produce esta abdicación.

Pero esta desastrosa experiencia, que duró por espacio de quince años, no lo ha descorazonado. Y apenas se le ofrece un nuevo colaborador, lo asocia a sus grandes proyectos de teatro musical. Esta vez se trata de Friedrich Reichardt, de Königsberg, hombre brillante, inteligente, en constante movimiento, desbordante de verbo, de inventiva, de fuego, de vida; todo lo contrario de Kayser. Goethe no se ve obligado a ir a buscarlo. Reichardt viene, vuelve, escribe, vuelve a escribir: no deja a Goethe un sólo instante de reposo

Se hallaba anteriormente con John Abraham Schulz, el fundador de la admirable escuela del *lied* de Berlín, que en treinta años cubre enteramente a Alemania con su floración. El principio de esta escuela es: *el compositor debe ser el declamador y cantante del poeta*. La palabra y el sonido, la frase y la melodía pertenecen a un mismo cuerpo. Goethe no piensa de otro modo.

Desde 1780 Reichardt se ha apasionado por la poesía de Goethe y no se da punto de reposo para ponerle música. Tiene inspiraciones acertadas, cuyo perfume no se ha desvanecido desde hace un siglo y medio. Sabe atrapar las intenciones artísticas de Goethe y adivina las inflexiones justas de su de-

(1) Nunca se exageraría al señalar la supremacía que Goethe, de quien se enorgullecen los estetas de todos los tiempos, atribuye siempre a las cualidades morales, en los artistas de los cuales acepta o busca amistad. Esto en detrimento de sus mismas cualidades artísticas. No se trata de una cosa razonada, sino de un instinto vital.

clamación. Puede fácilmente alternar en una misma escena musical de los intermedios instrumentales con la palabra declamada, pasar de esta al recitado cantado, luego al aire, variando los ritmos y el carácter expresivo. Pide a Goethe que le escriba un drama lírico, en el cual los personajes fueran inspirados en *Ossian*. Se trata de poner en escena la mitología nórdica y las *sagas* (1).

He concluído un plan, que ustedes escucharán en su próxima visita... (2).

Se encuentra con su músico en Venecia, y Reichardt no deja enfriar lo relativo a la ópera prometida. Pero la preocupación de Goethe se debilita. Desde ese momento comienza a ser visitado por el demonio de las ciencias naturales y ya no tiene *ninguna afición a la ópera*. Entonces, Reichardt lo urge y Goethe vuelve a *Ossian* y a *Fingal*. Pero nada ha de resultar de eso. La mala suerte persigue al poeta y al músico.

La situación de Reichardt se hace imposible en la corte de Berlín, debido a sus simpatías por la Revolución Francesa; pierde su puesto de *Hofkapellmeister* que le proporcionaba los medios de realizar el teatro dramático-musical. Y Goethe es *Oberdirektor* del teatro de Weimar (1791), su teatro de provincia falto de los recursos necesarios para sus proyectos. Ni siquiera puede imponer unos de sus *Singspiele* y no tiene ninguna oportunidad para hacer representar una ópera en otro teatro alemán. Por otra parte, a Goethe siempre le ha repugnado la idea de escribir una obra teatral *in abstracto*, sin conocer de antemano el teatro en que ha de ser presentada, los actores y el público a los cuales se destina. Abandona entonces la partida y se deja absorber por las ciencias (*Farbenlehre*, 1792). Ahora bien, las circunstancias exigen imperiosamente que *la toga ceda a las armas*. Parte a la campaña de Francia.

A su regreso, la amistad de Reichardt, el francófilo, el jacobino, sufre un enfriamiento que, a incitación de Schiller, degenera en un rompimiento lamentable en 1795 (3).

(1) *Sagas*. Nombre genérico de las antiguas leyendas escandinavas. (N. del T.)

(2) Fin de 1789. Otro proyecto, hijo del culto por Gluck, que Reichardt compartía, se refiere a una tragedia musical con coros, a la antigua: *Die Danaiden*. Goethe organiza el plan de esta en la siguiente década.

(3) Schiller, de carácter irascible, que fácilmente se deja llevar de la ira, parece ser el reponsable de ello. Incita a Goethe a atacar injuriosamente a Reichardt, en *Los Xénies*. Reichardt jamás se aparta de una norma de gran dignidad; ni por un instante piensa en que esas afrentas lo liberan de la fidelidad que debe al genio y a la persona de Goethe.

Zelter ocupa la plaza. En 1796 comienza a trabajar en los *lieder* de Goethe. En 1799 comienza la correspondencia entre ellos; a los primeros contactos se advierte la armonía preestablecida. Desde 1798, Goethe ha dicho de los *lieder* de Zelter que son *una reproducción absoluta de sus intenciones poéticas* (1). En 1799 escribe:

Si mis *lieder* han podido inspirar melodías a Zelter, las melodías de Zelter me han inspirado más de un *lied*; y estoy seguro de que si viviéramos juntos me sentiría transportado más que ahora a la *Sitmmung Lyrique*.

¿Ha encontrado ahora, a los cincuenta años, el colaborador musical con que ha soñado tanto?

No. Comienza a sufrir nuevas decepciones, de las cuales no habla, porque Goethe no se queja jamás a otro y guarda para sí sus desagradados. ¡Dios sabe todos los que ha silenciado y sufrido!

Es verdad que encuentra en Zelter el más fiel, el más afectuoso y el más devoto de los amigos; un alma que enreda en él sus raíces, que en él descansa toda su alegría de vivir y que cuando él muera, morirá (2). Y es cierto que este músico ha llegado a ser el traductor más exacto del pensamiento de sus *lieder*; al punto que llega a escribir a Goethe que no es necesario

buscar melodías nuevas; sino que hay que reencontrar aquellas que el poeta ha dejado flotando, sin saberlo.

Pero Zelter no comprende, o no quiere comprender en su importancia, para realizarlo, el sueño persistente de Goethe:

(1) Todavía en 1820 Goethe escribe a Zelter: *Siento de inmediato la identidad de tus composiciones y mis lieder. La música eleva solamente, como un gas, el globo en el aire, En los otros compositores he tenido siempre que averiguar como han visto y traspuesto el lied.*

Es pues del mayor interés para nosotros conocer los *lieder* de Zelter, para apreciar con exactitud el sentimiento de Goethe. Desde ese punto de vista, recomiendo la lectura del hermoso *lied* del arpista de *Wilhelm Meister: Wer sich der Einsamkeit erigeht*. Es un modelo de noble, simple y viril emoción.

(2) Pocas historias son más conmovedoras que esta de la pérdida casi simultánea de ambos amigos. Goethe muere el 22 de Marzo. Zelter que aun ese día le ha escrito, pierde de golpe su fuerza y alegría. Vive años en un día. Y con acento tembloroso dice: *He perdido el bien más querido de aquí abajo. Y añade: Me encuentro como el siervo que ha perdido a su señor, a su hombre, a su alimentador.* A principio de Mayo se siente gravemente enfermo. Al entrar un día a su dormitorio, se inclina delante del busto de Goethe y dice: *Excelencia, a vos os ha correspondido, naturalmente, pasar primero: pero ahora os sigo.* Se acuesta y muere, el 15 de Mayo. No se diga que Goethe no supo amar y ser amado.

crear con un músico grandes composiciones épicas y dramáticas. Es este un perpetuo equívoco.

En 1799 Goethe envía a Zelter su *Primera noche de Walpurgis* y le deja entrever su deseo de componer baladas dramáticas. Zelter, en vez de aprovechar esta oportunidad, reclama un libreto de ópera. Goethe ha soñado continuamente con escribir una tragedia griega con coros, *Las Danaides*. Pero ya no piensa en ello. La colaboración de Zelter, en lo dramático, se reducirá a alguna música de escena, para *Egmont* y *Götz*, en Weimar. Algunos años más tarde vuelve Zelter a pedir un libreto de ópera, un *Hércules* o un *Orfeo*. Pero no se le ocurre la idea de poner música al *Primer Fausto* (aparecido en 1808) y deja que se consagre a él el príncipe Radziwill. Vanamente le pide Goethe que al menos escriba algunos cantos—el hermoso coro de los espíritus: *Schwindet ihr dunkeln...*—para la presentación en Weimar de algunas escenas de *Fausto* (a fines de 1810). Zelter siempre encuentra razones para excusarse. El infortunado Goethe se ve obligado a echar mano de un complaciente colaborador musical: Eberwein, el jefe de su pequeña capilla, que como compositor es menos que mediocre. Después de haberlo ensayado en su monodrama *Proserpina*, en 1814, lo orienta hacia el *Fausto*. Se preocupa de prepararle el trabajo: reserva los primeros monólogos, suprime la escena de Wagner, hace desde el comienzo de la pieza hasta el fin del coro—*Euch ist der Meister nach, Euch ist er da!*—una sola escena monologada, que sólo entrecortan la aparición del espíritu de la Tierra y los coros. Esto hace necesario que *Fausto* sea recitado con un discreto acompañamiento musical, que el aproximamiento y la aparición del espíritu sean tratados como melodrama y que el coro tenga un carácter melódico. Eberwein no comprende cómo se puede introducir la música en la pieza. Goethe se dedica pacientemente a explicarle el poema, le señala con el dedo los latidos del corazón de la música trata de traspasarle la vibración alucinada que recorre la atmósfera de la cámara mágica cuando Fausto abre el libro de Nostradamus... Eberwein no comprende... Goethe renuncia... (primavera de 1815).

Y al año siguiente, el gran proyecto de que ya he hablado, de un oratorio semejante al Mesías, cuya música ha de escribir Zelter para el jubileo de la Reforma. Pero es improbable la realización de tal obra. ¡Zelter es tan incapaz de escribirla!... Goethe renuncia a ella... (1816).—ROMAIN ROLLAND.

(Continuará.)

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

NOTAS Y DOCUMENTOS

PREMIO LITERARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN.

En el curso del año pasado, la Universidad de Concepción acordó la creación de un premio anual destinado a distinguir un libro literario. De acuerdo con las bases de este premio, se reunió recientemente en Santiago el jurado designado por la Universidad a fin de discernir por primera vez el premio aludido. A continuación se lee el acta de esta reunión:

En Santiago a 9 de Septiembre de 1930 se reunieron los señores don Hernán Díaz Arrieta, don Domingo Melfi y don Enrique Molina, miembros del jurado nombrado por el Consejo de la Universidad de Concepción para otorgar el premio literario correspondiente a 1929. El señor Molina hizo presente que el señor don Alfonso Bulnes había pedido que se le eliminara del jurado por encontrarse en vísperas de un viaje a Europa y no haber tenido tiempo para formarse juicio sobre las obras que podían entrar en el concurso. Hizo saber también que el señor don Félix Armando Núñez había mandado desde Concepción

por escrito su opinión sobre la obra que debería ser premiada. Se acordó aceptar este procedimiento.

El jurado entró a considerar las obras publicadas en 1929, y después de un amplio examen se detuvo especialmente en EL DELINCUENTE del señor don Manuel Rojas. Encontró que en esta obra se juntan dos elementos de alto valor artístico que rara vez se hallan unidos: la imaginación creadora de historias entretenidas con sabor real y la finura de las sensaciones poéticas, a veces emocionantes, siempre humanas y coloreadas de expresión.

Tenemos muchos pintores de la Naturaleza y algunos inventores de fábulas ligeras, hermosas; los primeros suelen asentar demasiado los dos pies en la realidad y los otros esfumarse en fantasías exóticas faltas de consistencia. Rojas ocupa un término medio prudente, racional y entretenido, sin vulgaridad de corazón.

Se ve que conoce rudamente y de cerca la vida: ha padecido como pocos en la batalla; tal vez ninguno de nuestros escritores ha estado tan en contacto con los hombres de la tierra; pero no trae ningún amargor, y se diría que el arte lo lleva más

allá de las rebeliones y que su fuerza se ha duplicado en el bregar viril. Es sólido y sonriente, y comunica una especie de alegría sana, equilibrada, reconfortante y que hace bien.

Por estas cualidades el jurado estimó que el libro del señor Rojas era acreedor al premio.

La opinión que había enviado el señor Núñez coincidía con este dictamen.

El señor Melfi propuso que el premio se dividiera con otro escritor, pero esta idea no tuvo aceptación.—

ENRIQUE MOLINA, DOMINGO MELFI,
HERNÁN DÍAZ ARRIETA.

—

El señor don Manuel Rojas, premiado por su libro *El delincuente*, que está formado por una

serie de cuentos, es un asiduo colaborador de esta revista, y para la dirección de ella no puede ser sino muy satisfactoria la noticia de esta distinción. En las páginas de *Atenea* ven a menudo la luz trabajos literarios de diversa índole de que es autor el señor Rojas, y estos trabajos dan fe de un espíritu alerta, culto y dotado de una extraordinaria potencia creadora. Tales son las características fundamentales que debe haber tomado en consideración el jurado para asignar el premio de que se da cuenta en estas líneas.

Como se sabe, fuera de *El delincuente*, el señor Rojas ha publicado en 1925 *Hombres del Sur*, colección de cuentos, y en 1927 *Tonada del transeunte*, poemas. Prepara un libro de cuentos y una novela.

LOS LIBROS

NOVELA

CUANDO MI TIERRA NACIÓ. ATARDECER, por *Iris*.

La novela histórica (1) de la señora Inés Echeverría de Larraín (*Iris*), recientemente publicada, forma parte de un ciclo que se propone escribir la autora, novelando la vida chilena desde los albores del siglo pasado.

El género elegido por la autora parece no ser el más acorde con sus ricas facultades espirituales y presenta para su desarrollo escollos de consideración. La novela histórica, que tuvo su cuarto de hora de gloria, algo lejano ya, no ha tenido en las letras chilenas ejemplares dignos de recordación, si se exceptúa la obra de don Alberto Blest Gana *Durante la Reconquista* que, junto con ser la más completa novela histórica chilena, es, nuestro juicio, la mejor obra de su autor.

Ha recordado un crítico a propósito de la obra que comentamos, una frase aplicada a la autora y que creemos muy justa. «Tiene más talento del que puede admi-

nistrar.» En realidad, recordamos que cuando conocimos a la señora Echeverría de Larraín nos maravilló la charladora insuperable que encontramos. Aguda, de una inteligencia penetrante, dotada del don de la ironía más sana, de gran cultura y, por sobre todo, de una elegancia y magnificencia orientales en su lenguaje, donde el castellano había pasado por diversos arcaísmos del mejor gusto y había sido mesurado por el espíritu de Francia, bebido por la señora Echeverría en el propio suelo francés, nos vimos ante una mujer de selección, artista de nacimiento y de quien esperábamos obras de arte.

La novela última de ella sólo en parte puede merecer el calificativo de obra de arte completa. Ha pintado en ella el nacimiento de nuestra República, los años dolorosos y lejanos de la Patria Vieja, y para ello nos ha mostrado dos núcleos familiares, uno en Santiago y otro en Peñalolén, unidos por vínculos fraternales, alrededor de los que gira la vida del Santiago de 1812 y 13 y en la que brilla, con luz propia, don José Miguel Carrera, a quien la autora profesa una admiración rendida.

(1) Nascimento. Santiago, 1930.

Una larga y vieja amistad, acrecentada en el trascurso del vivir cotidiano, nos une con los propietarios de Peñalolén, y en el parque de la hacienda hemos pasado más de una temporada gratísima de nuestra adolescencia y de nuestra juventud. Hemos querido, sin embargo, encontrar algún rasgo del Peñalolén que conocemos en *Cuando mi tierra nació...* y a pesar del empeño gastado, nos ha sido imposible. Por muy cambiado que se encuentre el Peñalolén actual respecto a aquel de 1812, cuando era su dueño don Juan Egaña, las descripciones del ambiente de la naturaleza del indicado paraje nos han parecido desprovistas de la observación de la realidad del ambiente, hasta tal punto que si la autora no nos dice que es Peñalolén el retiro de doña Beatriz Aranda de Toledo, no nos habríamos imaginado nunca que lo era.

En las páginas 7, 8 y 212, al tratarse de descripciones del parque de la hacienda, puede comprobarse fácilmente la veracidad de nuestras afirmaciones.

Viven en el retiro de Peñalolén, en la novela de Iris, su dueña, Beatriz Aranda de Toledo y su hija Alba, dos mujeres de cultivado espíritu y de intenso refinamiento sensitivo y artístico, que de haber existido en esos años lejanos habrían dejado una huella más honda que una novela en la vida chilena. Ellas son las figuras principales, y en ellas precisamente se concentran todas las cualidades y todos los defectos de la obra. Dominadas por lecturas y aficiones teosóficas

y espiritualistas de Oriente, que (de más está decirlo) no se conocían en los años en que transcurre la obra, viven pendientes del eterno misterio de la Naturaleza, y todos los fenómenos que en ella ocurren adquieren para sus mentes una simbología extraña. El vuelo de los pájaros, la caída de las hojas, las puestas del sol, son analizadas con rasgos augúricos, y tienen profundas trascendencia en la vida espiritual de las damas de Peñalolén y alteran en más de una ocasión su salud y sus nervios. Las ideas y los sentimientos, en un estado de ánimo así, tienen caracteres diversos de aquellos que ostentan en la vida corriente, y el predominio del espíritu sugerente de Beatriz y Alba las hace pensar, sentir y hablar en un bellissimo lenguaje extraño. Ante una madrugada, la hija le dice a su madre:

Las visiones tan fantásticas que dan la madrugada y el crepúsculo se me convierten en imágenes transparentes, de otro mundo invisible al que la Naturaleza sirve de espejo. Creyó no haberse expresado bien, y continuó: La materia sensible se me figura un velo espiritual tirado ante los ojos, para que nuestra videncia interna lo desgarré siquiera a trechos y logremos penetrar el otro mundo oculto... (Pág. 11.)

Pero espíritus así no tienen necesidad de añorar la penetración en ese «mundo invisible», «oculto», pues viven permanentemente en él. Así lo podemos comprobar en las páginas 43, 45, 88, 102, 138, 164, 205, 228, 244, 247, 276, 296,

en que ellas y la Naturaleza toman caracteres misteriosos de esotéricas interpretaciones de las realidades del mundo. Por eso no debemos extrañarnos de que hasta acontecimientos muy simples como el pitazo del sereno y los gritos de un tortillero (pág. 37), adquieran trascendencia social y hasta continental y que Alba pareciera a los ojos de Pablo, el francés amigo de Carrera, «solitaria, distante y nimbada de invisible claridad». (Pág. 75.) En las páginas 26, 90, 121, 125, 138, 146, 160, 174, 175, 176, 253, también encontramos, en diversas frases pintorescas, buen manejo para una selección, comprobada la característica señalada que envuelve a los personajes y a las cosas que los rodean en un oriental misterio inaclarable.

Un espíritu así, claro está, se siente incómodo ante las rígidas reglas gramaticales y por eso quizás encontramos que los verbos, en más de una ocasión están empleados en tiempos diversos no concordantes:

Floridos de milagro los durazneros *ilusionaban* de rosa el campo... Los deshielos que *vierten* en bulliciosas cascadas, etc. (Pág. 8.)

Casos similares encontramos en las páginas 32, 123, 129, 172, 315, que aunque no siempre envuelven incorrecciones apreciables, marcan cacofonías y asperezas en los períodos, que los hacen desmerecer y desentonar. Los adjetivos se resienten asimismo de profusión, causada por el rico temperamento de la autora, y las más de las veces inútil.

Los ojos de Apolinaria, una mujer del pueblo, «traen piedad, asombro e inquietud» (pág. 14) y en las páginas 79, 87, 136, 193, 243 vemos que la adjetivación, prodigada con largueza, obscurece y debilita los sujetos a que se aplica.

La familia que vive en Santiago, doña Cruz Aranda de Iturgoyen y sus hijos, compone un grupo más asentado en la realidad de esta vida. Vegeta en la rutina, el catolicismo y las convenciones y prejuicios de la clase social a que pertenece, y sin saber nada de este mundo, sino lo que puede exigir la satisfacción inmediata de los instintos y apetitos, no tiene conocimiento del otro, donde viven Alba y Beatriz, sino por las charlas sobre el purgatorio, el infierno y demás castigos extraterrenos, con que un canónigo, don Pascual, ameniza sus días muertos. Dolores y Conchita, miembros de esta familia, quieren escaparse de un ambiente así: la primera queda extenuada e imposibilitada para hacerlo por la fidelidad con que su marido cumple el precepto relativo a la necesaria multiplicación de la especie, y la segunda se entrega en alma, y después en cuerpo, a la pasión que en ella despierta don José Miguel Carrera.

Don José Miguel Carrera pasa por las páginas del libro como una gran sombra animadora, y su actitud demagógica prematura, sus arranques apasionados y sentimentales su arrogancia para mirar el negro porvenir de su destino, que sus amigas Alba y Beatriz por especiales condiciones conocían muy

bien, lo hacen acercarse demasiado a un político brillante, ausente hoy día del país, de quien tiene más de de un rasgo.

Pero si de lo que hemos dicho pudiera desprenderse una impresión desfavorable de la obra, debemos declarar que el conjunto de ella revela cualidades de primer orden. Precisamente hemos señalado algunos defectos que desentonan en la novela, y que provienen a nuestro juicio de que el género novelesco es un marco estrecho para la autora, porque los aciertos de composición y de estilo llenan casi todas sus páginas. Estos aciertos son los que hacen la obra de lectura fácil, interesante y agradable. El toque de queda, la descripción del matrimonio de Conchita, una noche que iba vencida (pág. 131), y los que resaltan en las págs. 17, 18, 19, 32, 42, 68, 72, 100, 154, 184, 185, 241, 247, 282, 283, 286, y en todo el final 326 a 343, forman un conjunto de aciertos estilísticos y de composición notables. El estilo de la autora, que parece apretado y encasillado en el marco estrecho de una frase corta y golpeada, adquiere fluidez y toma giros de bellísima novedad. Y por sobre todo esto hay un espíritu que verifica toda la obra. Es el espíritu de la autora que presta a las páginas de su novela un encanto singular. No nos importe que de algunos personajes podamos decir lo que Pablo Alba:

Temo que se me escape Ud por alguna cumbre espiritual a que yo no podré alcanzar (Pág. 176),

y que de hecho se nos escapen,

porque en la obra total alienta el espíritu artístico—indefinible y extraño—que nos permite esperar de la autora la obra definitiva que es capaz de hacer; esa obra que no ha podido realizar en esta novela, por el cariño que ha puesto en ella, el que, ¡cariño al fin!, la ha traicionado en las ocasiones señaladas.—*Abel Valdés A.*

UN GORRIÓN BORRACHO, por *Esteban F. Garzón.*

En una partida de libros que encargamos a Argentina, pedimos los cuentos a que nos hemos referido. Para ello evocamos el nombre de Eugenio Garzón, aquel brillante cronista uruguayo que de su vida de París dejó en periódicos y revistas las mejores muestras de su ingenio y de su estilo, y nos sedujo también —¿por qué no decirlo—el título y la advertencia de una segunda edición. Con el libro en nuestro poder, supimos que su autor era doctor... , no sabemos en qué ciencias o en qué ramos (1).

Nunca lo hiciéramos. El señor Garzón queda fuera de la literatura, del más elemental criterio artístico, y con la publicación de sus cuentos solo revela una osadía curiosa.

Veámoslo. Se compone el libro de once cuentos, si así pudiera llamárseles, alrededor de la vida de los animales y de escenas campesinas. Pero muestran una inep-

(1) Imp. Mercatali. Buenos Aires, 1929.

titud tan manifiesta para toda labor intelectual, una falta tan absoluta de discernimiento para apreciar la vulgaridad y el prosaísmo incalificables de sus producciones, que restan toda serenidad para estudiarlas siquiera con un poco de seriedad, Hay un cuento *Dolor a solas* que se inicia así:

Era una tarde de otoño. En el inmenso bosque umbrío de una casa solariega, por el amplio camino que conduce al lago, donde los cisnes ierguen vanidosos sus largos y lustrosos cuellos para mirarse en el dilatado espejo de las límpidas aguas, etc. . . .

¿Para qué seguir? Todos son así. En medio de sus narraciones, el señor Garzón quiere hacer reflexiones, y su espíritu de vulgaridad notarial y de ñoñez beata, se expresa en la siguiente forma, con motivo de una pelea de dos perros:

Cada ser, sí, cada uno tiene su día trágico en la vida. . . Ellos, los dos hermosos cachorros habían entrado en turno. Y ni las caricias, ni los mimos de sus protectores podrían parar el golpe del destino. Llegaba la hora. . .

Como puede verse, esto queda fuera de toda apreciación benévola o condescendiente. Cuando se piensa que cuentos de animales han escrito Kipling, London, Jules Renard, etc., se siente indignación respecto de estos doctores, sin honradez artística alguna, empeñados en la tarea de literaturizarse, que publican engendros semejantes. Pero de todo puede desprenderse una lección, lección que sentimos

que el autor, observador de la vida de los animales, no haya deducido. Y es que si, como afirma el señor Garzón, los animales de sus cuentos, tienen los mismos sentimientos y pasiones que los humanos, tienen también una cualidad que el señor Garzón, debía notar, y es que no escriben ni publican cuentos.—
Abel Valdés A.

BABBITT, por *Sinclair Lewis*.

La aparición de *Babbitt* en castellano significa la difusión del mejor novelista contemporáneo de los Estados Unidos en los pueblos que padecen bajo el imperialismo norteamericano. Otros escritores han extremado la crítica de la gran nación del norte en variados aspectos. Waldo Frank ha pintado la génesis del maquinismo en *Our America* y *Salvos*. Eugenio O'Neil ha desgarrado los bajos fondos ciudadanos para exhibir la palpitante tragedia de la miseria social. John Dos Pasos ha señalado en *Manhattan Transfer* los más dolorosos aspectos de la ciudad mammónica del Hudson. Upton Sinclair ha reiterado el proceso de los grandes escándalos, monopolios y atropellos de la burguesía yanqui. Otros novelistas, por fin, como Dreisser y Sherwood Anderson, revelaron matices distintos de la psicología americana. Pero nadie ha hecho un análisis tan minucioso, sarcástico, implacable y certero como Sinclair Lewis. Sus novelas forman un ciclo perfecto de la hipocresía estadounidense. Des-

de *Nuestro Señor Wren* (1914) hasta *Samuel Dodsworth* (1928) ha desfilado por sus relatos sociales una galería curiosa y decisiva de tipos que son víctimas de una organización implacable. Entre estas novelas se destaca como algo ya clásico el *Babbitt*, aparecido en 1922.

Jorge Babbitt será con el tiempo un nuevo Sancho, pero sin su acompañante y señor tradicional. Como Sancho tuvo también su rebelión y quiso rescatar las debilidades y abyecciones con una actitud liberadora.

Abundan en los Estados Unidos de hoy las novelas de este tipo. En ellas la trama y lo episódico desaparecen para ceder el paso a una serie de diálogos, tipos y escenas que van entregando el secreto psicológico de una mentalidad. El novelista, como un acusador de una sociedad despiadada, acumula los antecedentes de su condenación. La crítica está latente, pero no salta a la superficie. Se oculta centelleadora en los mil detalles que delatan la fisonomía marmónica del burgués medio de los Estados Unidos.

Babbitt vive con relativo confort. Crece en una atmósfera de bienestar que se eleva. Habita una ciudad simbólica—Zenith—cuyo ámbito le es familiar por dedicarse a la venta de propiedades y al reclamo de las mismas. Cada palmo de la ciudad representa para Babbitt una posibilidad más dentro de su existencia. Pertenece a un club, cultiva la vida social, posee un automóvil, siente, a veces, la satisfacción de estar bien situado en el mundo.

Sinclair Lewis concede una importancia capital a todos los detalles de su personaje. La indumentaria, el gesto, la actitud, todas sus características se destacan con fuerza minuciosa. Sinclair Lewis ama la técnica moderna del detalle. Se detiene en cuanto realza su escenario y pasea su ojo crítico sobre los trajes, muebles y fiestas de la burguesía.

El traje gris, bien cortado, bien hecho, carecía de distinción. Era un traje como los hay a millares. Una tirilla blanca en la V del chaleco daba a su dueño aspecto de abogado. Iba calzado con botas de cordones, botas buenas, botas fuertes, botas modelo, botas extraordinariamente desprovistas de interés. Su única frivolidad era la corbata de punto morada. Después de innúmeras observaciones sobre la cuestión dirigidas a su señora (que, haciendo acrobáticos esfuerzos para sujetarse por detrás la falda a la blusa con un imperdible, no oyó palabra de lo que dijo), se decidió a llevar la corbata morada en vez de otra, que ostentaba un complicado dibujo de arpas entre palmeras, y clavó en ella un alfiler, una cabeza de serpiente con ojos de ópalo. (Pág. 19.)

Esta descripción es típica de Lewis. En ella advertimos una lenticulosidad que no resta interés. Con tal procedimiento señala hasta los menores aspectos de una semblanza. Recuerda, a veces, el procedimiento de John Galsworthy en *The Forsyte Saga* o las desazonantes minucias de Henry James en *El Retrato de la Señora*.

Cuando Lewis pinta la casa de Babbitt con su mujer arribista y

sus hijos incontrolables, abunda también en pequeñas divagaciones, que hace culminar en una frase decisiva:

En realidad, la casa de Babbitt tenía un sólo defecto: no era un hogar.

Para la ubicación del personaje son prometedoras estas frases:

Pero Babbitt era virtuoso. Abogaba, aunque sin dar ejemplo, por la prohibición de la bebida; elogiaba, aunque no las obedecía, las leyes contra el exceso de velocidad; pagaba sus deudas; contribuía a la Iglesia, a la Cruz Roja y a la Y. M. C. A.; seguía las costumbres de su grupo y hacía trampas sólo cuando estaban santificadas por algún precedente. Jamás descendía al timo, aunque lo abordaba. (P. 57.)

El criterio calculador del yanqui y su sentido absolutista del *Time is money* se refleja en esta reflexión:

Dispensándole de parar el auto para encender una cerilla le ahorraría fácilmente diez minutos en un mes o dos. (P. 65.)

A través de la vida de Babbitt y de sus conversaciones con hombres de negocios y pequeños y grandes burgueses, se destrama la organización farisaica de los Estados Unidos y todos los tópicos de su falsa eficiencia.

Nadie como Lewis acometió jamás la empresa de desnudar en público a los fariseos y nadie tampoco ridiculiza con procedimientos más cáusticos los métodos educacio-

nales de su patria. Ejemplo estas reflexiones que coloca en boca de un personaje sobre los cursos por correspondencias:

Comprendo la influencia que esos cursos pueden tener en la educación. Claro que yo nunca lo digo en público (graduado de una Universidad del Estado, no puedo menos, aunque sólo sea por patriotismo y por decencia, de dar bombo a la institución donde me he educado), pero en realidad se pierde una barbaridad de tiempo en la Universidad, estudiando poesía y francés y otras cosas que nunca le han producido a nadie un centavo. No sé, pero quizá esos cursos por correspondencia resulten una de las más importantes invenciones norteamericanas. ¡Lo malo es que hay tantos materialistas! No ven el lado espiritual y mental de la supremacía norteamericana; creen que invenciones como el teléfono, el aeroplano, la telegrafía sin hilos... no, esa fué una invención italiana, pero es lo mismo; creen que tales progresos mecánicos son lo único que nos importe; mientras que un verdadero pensador ve que los movimientos espirituales dominantes como la Eficiencia, el Rotarianismo, la Prohibición y la Democracia son nuestra mayor y más auténtica riqueza. Y quizá este nuevo principio de educación en casa sea otro..., quizá sea otro factor... Lo primero. Ted, es tener visión. (P. 96.)

Lewis descarga su ironía contra el supuesto amor a la ciencia en los Estados Unidos y después se encarga de poner en su sitio la fiebre religiosa yanqui, que no es siempre de origen sincero. En el fondo de muchos movimientos religiosos sólo hay falsa, mentira, negocio y embaucamiento de los imbéciles

con recetas de un mentido espiritualismo.

Por ahí habla de un Doctor Drew que anuncia vastamente sus sermones «sobre la deshonestidad de las faldas cortas o sobre el autor del Pentateuco». Esta sátira religiosa se amplifica más adelante. Se habla de una propagandista en esta forma:

La Sra. Opalo Emerson Mudge. La conferenciante de la Liga Americana del Nuevo Pensamiento. Va a hablar de cómo se cultiva el espíritu solar ante la Liga de la Suprema Iluminación en el Hotel Thorleigh. (P. 372.)

Y en otra parte acoge un reparo que formula un beato al Dr. Drew:

El Reverendo Drew será un sabio y un gran orador en el púlpito y todo lo que quieras, pero no tiene lo que la Sra. Mudge llama el Fermento Interior; no tiene inspiración para la Nueva Era. Las mujeres de ahora necesitan inspiración. De modo que vendrás como has prometido...

Babbitt se desenvuelve en tal ambiente de un modo normal en un principio y sólo decide luchar en su contra cuando lo invade cierta nostalgia de una existencia más libre. Se formulan interrogaciones en su cerebro tupido, y destellos de una verdad nueva desgarran las tinieblas internas de este hombre producto. Babbitt, con todo, es un ser simpático, que lleva en su corazón fermentos de rebeldía. Se conmueve con la injusta persecución de que es víctima Séneca Doane, un abogado tildado de comunista, por los Rotarios y miem-

bros del Booster Club, una institución semi-rotaria en que descansa el reposo social de los habitantes de Zenith.

Babbitt trata de ser rebelde y aquí una dulce emoción embarga las páginas de la novela. Sinclair Lewis, no obstante, hace triunfar la acerada realidad americana y el pobre sujeto es aplastado por el boycott con que acogen al disidente los sólidos burgueses de la gran ciudad.

Babbitt siente un cerco de aislamiento y de recelo. Sus resortes morales fallan y el desaliento ocupa el sitio donde alentó un resplandor de ternura humana. Han vencido los Alces y Rotarios, los hombres buenos y defensores del Americanismo.

Lewis es un novelista objetivo, frío, impacable. Rara vez se exalta, y cree en un determinismo inmisericorde. No aconseja remedios ni resuelve problemas. No tiene ese aliento mesiánico, de raíz hebrea que hay en Waldo Frank. Su determinismo lo conduce por un sendero de observación extremada y de documentación aplastadora. Sus novelas son verdaderas actas de acusación a una sociedad materialista; pero nunca aparece, junto a su aspecto negativo, una solución o una esperanza. Así, cuando Babbitt está derrotado moralmente, lanza esta exclamación conmovedora: «¡Dios, parece que no puedo dejar de pensar en la gente!» Y el novelista añade:

Y así llegó a comprender que era una locura escapar, porque nunca podría escapar de sí mismo.

El mérito de *Babbitt* es haber caracterizado eternamente al americano del montón, que no es malo en sí, pero está condenado a una existencia que deriva de una organización social despiadada. Como Jorge Babbitt hay millares de ciudadanos que quizá han sentido, en un momento de nobleza, una actitud rebelde y libertadora. Sinclair Lewis ha recogido su fisonomía en una caracterización perdurable. Es la novela bronceada de la burguesía yanqui. No conocemos fuera de *Elmer Gantry*, del mismo autor, de la *Tragedia Americana* de Dreisser y de *Rahab* de Waldo Frank, páginas tan humanas y emocionantes, a pesar de la caparazón realista que las cubre. La piedad ha logrado, esta vez, conmover al determinismo de su autor, cuya obra novelesca, sin disputa, significa lo más sólido de las letras norteamericanas de hoy.—Ricardo A. Latcham.

— — —

LOS HOMBRES EN LA CÁRCEL, por Víctor Serge.

Leímos el nombre de Víctor Serge, por primera vez, en el libro *Rusia al desnudo*, de Panait Istrati.

He encontrado aquí a dos escritores franceses, Pedro Pascal y Víctor Serge, que viven en Rusia desde hace largo tiempo, dice Istrati en aquel libro, Víctor Serge es anarquista y estaba en Rusia traduciendo al francés las obras de Lenin.

Tales eran las noticias que Istrati daba de él. Ahora, su libro

Hombres en la cárcel (1) nos permite conocer la obra de este hombre. *Hombres en la cárcel* es una novela autobiográfica: la vida de Serge en los presidios franceses durante cinco años. Más que una novela, es un libro de psicología presidiaria, un conjunto de cuadros en que se muestra la vida del presidio en toda su amplitud: los hombres y el sistema. La anécdota está ausente de este libro; no se cuenta en él ninguna historia judicial ni criminal. Serge observa al hombre desde que entra al presidio hasta que sale, sus preocupaciones, sus reacciones, las relaciones de los presos entre sí y entre ellos y los hombres que los vigilan.

Todos los hombres que han conocido de veras la cárcel saben que ésta puede extender sus agobiadoras garras mucho más allá de sus muros materiales. Hay un minuto en el que aquellos cuya vida ha de triturar sienten con una precisión terrible desaparecer todo presente, toda realidad, toda actividad—todo lo que constituye su vida real—a la vez que se abre un nuevo camino por el que se penetra dando traspies de angustia. Este minuto glacial es el de la detención.

Al narrar el momento de su detención, dice:

Como se dice que les sucede a los ahogados, vi sucederse con prodigiosa instantaneidad en la pantalla interior imágenes deshilvanadas: trozos de calles, un vagón del metro, el andamio entrevisto horas antes.

Tal es el tono del libro. Al salir de la cárcel, Víctor Serge se había

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.

comprometido consigo mismo y con los demás presos a escribir la vida que llevan en el presidio.

Tenía que redimirme de esta deuda, llevar a cabo esta tarea antes que ninguna otra. Cuando en la cárcel me resistía a la tuberculosis, al requebramiento, a la tristeza, a la miseria moral de los hombres, a la ferocidad de los reglamentos, veía ya una especie de justificación de este viaje infernal en la posibilidad de describirle. Entre los miles de miserables triturados por la cárcel —¡una cárcel que pocos conocen!— yo era, sin duda, el único que pudiera intentar un día decirlo todo. Ello me imponía un duro deber. No podía escribir otra cosa antes de haberlo cumplido.

Serge ha pagado esa deuda en forma magistral.—*M. R.*

POESIA

ANDINA, POEMAS LATINOS, por *Hipólito Galante*.

No sé por qué se le ocurre a uno a primera vista que es cosa anacrónica y estrafalaria la publicación de un libro de versos latinos en esta época del radio y del auto; parece que no se aviene la resurrección de los manes de Virgilio, Ovidio y Horacio con la prosa y positivismo imperantes actualmente en la vida.

Y sin embargo no es así. Y aparte de que la cultura humanística no morirá nunca mientras haya espíritus selectos, por si así no fuera, no faltan herederos del espíritu del Lacio que nos retrotraigan de cuando en cuando al siglo de oro virgiliano. Esta vez ha sido precisamen-

te un hijo oriundo de la Roma inmortal, quien nos ha querido regalar con la exquisitez de la miel hiblea y la frescura de la fuente de Castalia.

El profesor del Instituto Pedagógico don Hipólito Galante acaba de publicar un libro de versos latinos, elegantemente impreso, en el que su autor nos revela desde luego un profundo conocimiento de la hermosa lengua de Cicerón y unas aptitudes poco comunes para pulsar la lira del inmortal poeta venusino. El hecho sólo de acometer tan rara empresa es sencillamente admirable y coloca a su autor en sitio decoroso en el Gradus ad Parnassum.

Andina llama el señor Galante a su libro de versos porque, fuera de la oda a Mussolini, lo dedica íntegro a cantar glorias de personajes de aquende los Andes.

Confieso abiertamente que en el momento que cayó *Andina* en mis manos se apoderó de mí primero el asombro, luego la esperanza de un deleite espiritual intenso y en seguida una curiosidad irrefrenable. Quería, necesitaba ver por mis propios ojos la extraña publicación de un nuevo poeta latino, *rara avis!* Y devoré las páginas de *Andina*. Desapareció mi asombro, satisfice mi curiosidad, aun cuando el placer declaro no fué tan intenso como le esperaba. Y es que en las disciplinas humanísticas, los que poco o mucho hemos seguido las normas del mismo precepto horaciano:

Vos exemplaria vatum
Nocturna versate manu, versate
[diurna,

estamos de tal manera empapados en los clásicos y hemos acostumbrado de tal modo el oído y el espíritu a las armonías de los maestros insuperables, que sin querer nos ponemos exigentes y pedimos a los demás que cuando quieran subir las gradas del Parnaso se remonten hasta las cimas donde coronados de laureles sempiternos viven y vivirán siempre los dioses de la poesía; dioses, porque como dijo Ovidio:

At sacri vates et divum cura
[vocamur
Sunt etiam qui nos numen ha-
[bere putent.

Es indudable. Está hecho el oído a esa música suave y deliciosa que encierran los versos de Virgilio, de Horacio y de Ovidio, para no citar sino a los tres mayores poetas, precisamente los que en su versificación ha querido imitar el Sr. Galante, y cuando pulsa la lira un rapsoda, hábil, ingenioso tal vez, pero que no llega a la altura de los astros parnasianos, sobreviene una especie de desencanto.

Vuelvo a repetir que la empresa del Sr. Galante es admirable y meritoria sin duda; vuelvo a reconocer que no hay derecho para exigir que un estudioso de hoy aventaje o se iguale a los colosos de la edad de oro romana de hace veinte siglos, pero aun teniendo en cuenta esta relatividad del mérito, algo encontramos que decir de la obra del Sr. Galante y lo diremos con franqueza.

Dos cosas debemos considerar en el libro *Andina*: el fondo y la

forma. Sobre el fondo, tratándose de una obra poética, no podemos pronunciarnos abiertamente porque al poeta que se remonta en alas de su fantasía no hay que pedirle que mida las proporciones ni llamarle al sentido de la realidad. Dejaría de volar: dejaría de ser poeta.

Sin embargo, aun respetando esta facultad de campear por el espacio infinito, creemos que no está de más puntualizar hechos. Observamos en las odas de *Andina* un tono desproporcionado en la alabanza, hay demasiado incienso quemado en los altares de los ídolos, hay demasiada orquestación con bombo. El poeta pierde el sentido de la realidad y como no canta hechos ni personas imaginarias o ideales, sino seres que conviven entre nosotros, personas de carne y hueso como el resto de los mortales, de ahí que nos sorprenda esa ausencia de realidad, esa ponderación exorbitante de las personas y de los hechos. Paso por alto las otras odas y me detengo a hacer una simple observación sobre la oda a Sofia de Caviedes.

Lo que el Sr. Galante, en alas de su imaginación, nos dice de esta señora, es verdaderamente asombroso. Sin tratar de herir ni mucho menos a la mujer que sirvió de musa inspiradora, creemos que es difícil exista una mujer que reúna en sí tal cúmulo de perfecciones, que merezca los conceptos que el Sr. Galante le dedica.

Dice el Sr. Galante que ya las Gracias, que en el trascurso de los siglos no habían sido más que tres,

no serán tres en adelante, sino cuatro. Decir es; pero el poeta no se conforma con esto, y agrega que Júpiter tendrá que confesar que ha lanzado al mundo dos Minervas. No es pues una sola la Diosa de la Sabiduría, de las Artes y de las Ciencias y de la Paz y de la Guerra, son dos con Sofía Caviedes. Más aun: las musas ya no serán nueve en adelante, sino que ha ingresado al coro una nueva Musa, Sofía, y con ella serán diez las vírgenes apolíneas. ¿Podría ser verdad tanta belleza? ¿Qué dió origen a tales ditirambos? ¿El apellido de don Hipólito o quizás el nombre de la nueva musa por su mismo significado? Sea como sea, nos resistimos a creer en la justicia y proporción de tamaños encomios. Sé muy bien que el cantor de Mecenas reconoció que

Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit
[aequa potestas,

pero «ne quid nimis» don Hipólito, que Horacio dice *quidlibet* y nos habla de *aequa potestas*, no *totum* ni *potestas amplia*. En una palabra, aun tratándose de una beldad extraordinaria, genial y nunca vista, no habría motivo para tan desmesuradas alabanzas ni aun cuando las hiciera un poeta y por añadidura galante.

En cuanto a la forma, ha querido el Sr. Galante seguir de cerca las huellas de Horacio casi siempre y alguna vez las de Virgilio y Ovidio. Emplea con predilección el poeta las llamadas estancias horacianas y en las tres primeras odas

nos da versos alcaicos, esos versos radiantes y sonoros que Horacio hizo inmortales en sus odas *Ad Thaliarchum*, *Palinodia*, *Ad Musam*, *Ad Fortunam*, *Ad Maecenatem* y otras muchas, hasta el punto de que no son menos de treinta y siete los cantos en que Horacio usa este metro tan armonioso como lírico. No anduvo desacertado el Sr. Galante en la elección de metro, porque aparte de su armonía, hay en estas estrofas una cierta facilidad para la composición por la variada combinación de sus pies, espondeos, yambos, dáctilos y troqueos.

Pero no contento con esta predilección, el Sr. Galante nos da en su oda cuarta otros dos metros diferentes: exámetros y sáficos; en la 5, 6 y 7 emplea el dístico ovidiano; en la 8 y 11 vuelve al metro lírico con el verso faleucio, y en la diez con otra linda combinación horaciana: dos asclepiadeos, un ferecracio y un glicónico. Fue en estas estrofas donde Horacio cantó a Diana *Dianam tenerae dicite virgines* y a Pirra en aquella sublime e inspiradísima oda *Quis multa gracilis...* de la que dice Escalígero que es un puro néctar y Dacier cree la más perfecta de todas las odas horacianas.

En los asclepiadeos y alcaicos del Sr. Galante se nota a veces la armonía melodiosa de los versos horacianos.

Minas cruentis oribus aspero
Aures timentes murmure cornuum;

o versos como aquellos:

Addixit. Tabidis uncta cruoribus
Quo nos non rabies corripuit fera...

pero pocas veces en verdad; son más los versos duros, inarmoniosos, que nos dan la sensación de haber salido a fuerza de cor sultas al *Gradus* de Noel; no se nota en ellos esa difícil facilidad tan necesaria en el vate y al leerlos, por el hipérbaton rebuscado y retorcido, por la lastimosa abundancia de sinalefas y de eclipsis en profusión y por la carencia muchas veces de cesura, se hace la lectura ingrata y nos parece caminar por un sendero pedregoso, lleno de baches y hondonadas, donde no puede libremente correr la inspiración ni la armonía.

No es nuestro ánimo hacer una crítica concienzuda y documentada sino dar simplemente una impresión del efecto que la obra del Sr. Galante nos produjo, y me abstengo, por lo tanto, de citar aquí una buena cantidad de versos que yo llamaría pedregosos, que dan la impresión de laboriosos y son ingratos al oído.

Versos sin cesura:

Te componere quotquot existere.

Ultima funditus interirent.

Versos ingratos al oído por exceso de sinalefas y eclipsis.

In vota illum se non vana effundere cogat

Pectora afflatu haud solito aestuare...

Ha querido la desgracia que le tocara también al señor Galante una corrección de pruebas infame, lo que no es muy de admirar tratándose de una lengua muerta, y

ha salido su libro plagado de erratas, algunas de las cuales son cómicas, como aquella de «dulce Martner» en vez de «duce Martner» y otras hacen incomprensible e indescifrable el sentido del verso, como en el canto a Barrios.

Vidit Maeoniisque ruisit sororibus: ille.

Confesamos que no hemos podido adivinar qué quiso el autor poner en lugar de ese *ruisit*, que ha venido a estropear el metro y el sentido y hace el verso defectuoso e ininteligible.

No contento el Sr. Galante con darnos evidentes pruebas de su estro lírico, concluye su libro con un manojito de epigramas.

Si hemos de hablar con franqueza, creemos que el libro hubiera ganado con la supresión de éstos. El señor Galante, basado tal vez en que serán muy pocos los que comprendan sus sátiras, llega a expresiones demasiado crudas o demasiado libres, como aquellas:

Quod futuo, natus masculus, haud futuor,

con que termina su epigrama *In phrygianum*, o el verso aquel que pone fin al libro:

Splendet sic radiante merda sole,

verso que aun para los *απαίδευτοί* puede asegurarse que οὐκ οἶει τᾶδε ρόδων... *Ne quid nimis*, volvemos a repetir al señor Galante. No nos parece este un final digno ni decoroso del libro, ni podría decirse

del poeta lo que decía Teocrito:
 ex στοματων δε ερρεε μοι φωνα
 γλυκερωτερα η μελιχηρω.

Me manaban de la boca voces
 mas dulces que un panal de miel.

En resumen, un bonito esfuerzo,
 un simpático gesto ha sido la pu-
 blicación de *Andina* con la que el
 Sr. Galante ha dado una prueba
 evidente de su dominio de la cul-
 tura humanística, esa cultura de
 la que decía don Carlos Casanueva
 en su recepción a Omer Emeth en
 la Universidad Católica, que era la
 verdadera y la más sólida base de
 la cultura universal. ¿Que en *Andina*
 se cultiva en exceso la hipérbole y
 se tributan alabanzas desmedidas?
 El poeta en su entusiasmo y en el
 calor de la inspiración puede haber
 llegado a formarse conceptos que
 nosotros fríamente no comprende-
 mos ni aceptamos. Y en último
 término, cada cual es dueño de
 pensar y juzgar a las personas como
 más le plazca.

Nos hemos concretado a exponer
 una franca opinión y tal vez se-
 ríamos demasiado exigentes al pe-
 dir que el poeta cortase las alas
 de su imaginación como al querer
 que sus versos brotaran con esa
 fluidez, facilidad y dulzura que
 los clásicos latinos nos brindaron
 en sus obras inmortales.—R. Mon-
 dría.

BIOGRAFIA

LOS OPERARIOS DE LA VIÑA, por
Juan Papini.

Vuelve en este libro la trepida-
 ción de Juan Papini. Su ruido habi-

tual habíase atenuado cortésmente
 a fin de que el mundo escucháse
 mejor el de los aeroplanos con que
 el señor Mussolini proyectaba cu-
 brir el sol. Lo malo es que el pla-
 neta no se ha visto aun protegido
 por tan grata sombra, y la fineza de
 Papini se ha perdido. Ya en las
 páginas prologales de *El crepúsculo*
de los filósofos decía:

Me siento henchido de unas
 ansias locas de matar, de reducir
 a la nada, de destrozarse, de acogotar,
 de retorcer el hocico de los legíti-
 mos maridos de la historia sagrada,
 diligente y objetiva.

Ahora reaparece, imperial, arbi-
 trario y duro. Hace mucho tiempo,
 tal vez hacia 1918, Papini, que
 ejercía el periodismo en *La Voce*,
 publicó el artículo *L'Italia risponde*
 que luego circuló traducido en Es-
 paña. Era una afirmación de la
 línea cultural e histórica de Italia
 con inmediata presencia del abo-
 lengo romano. Este su nuevo li-
 bro parte de las ideas de aquel
 artículo «como una planta de su
 simiente». Y se encuentra con un
 clima sobremanera propicio. Toca
 la casualidad de que el señor Mus-
 solini está empeñado en traer al
 presente la Roma antigua y cal-
 zarle su camiseta. *Los operarios*
de la viña contiene estudios sobre
 Julio César, Cristo, los evange-
 listas, San Francisco, Jacoponi de
 Todi, San Ignacio, De Maestri,
 Manzoni, Pío XI, Giuliotti, Pe-
 trarca, Buonarroti, Chiglia y Ro-
 manelli. Hay en sus páginas algún
 estudio biográfico de magnífica in-
 terpretación. Mas conviene decir

que todas atrapan y muchas repelen al mismo tiempo.

Aquí asistimos a un espectáculo inesperado, pero nada sorprendente para cuantos no olvidan el cariz del momento italiano oficial y no dejan de recordar el forzoso prestigio de salvador que en ciertos países de precaria cultura política se ha ceñido a la cabeza el hombre de armas. Podemos imaginar que Cristo y César son agarrados sin ninguna ceremonia y puestos en la balanza mental de Papini. Y ocurre entonces que César asciende a la categoría profética, y el Cristo, en quien nace la más alta universalidad, desciende y queda preso en el orbe romano. La conquista del poder, el ruido de la espada, han asegurado al primero, ante esta su posteridad de hoy, los atributos superiores de Cristo. Pero semejantes ficciones, a todas luces, es más afín con los nuevos cesarismos que con el cesarismo del propio Julio César, a pesar de su tentativa mitológica y pontificia. En tal aspecto, el libro de Papini puede ser un índice de la época que, con cifra redonda, se llamará 1930.

El libro está traducido al español por Santos Oliveira.—R. C. M.

ROBESPIERRE, por *Hans Von Hentig*.

Las biografías y los estudios sobre la personalidad de los que han dejado huella honda en la historia, han tomado variados aspectos. En el caso de este libro, no se trata de una biografía novelada, ni siquiera

de un ensayo biográfico completo, sino, como lo califica su autor, de un «estudio psico-patológico del impulso de dominio». El autor, capacitado como pocos para una tarea así, neurópata de fama y estudioso incansable, especializado en la Revolución Francesa y sus hombres, fija su posición al escribir en la primera página de su obra una advertencia en la que leemos:

En esta biografía psicológica de un hombre que era a la vez un asceta y un voluptuoso del poder, se reduce a la mayor concisión un material abundante.

Anuncia en seguida su propósito de añadir en otras ediciones de su libro, algunos fragmentos «sobre la mecánica de las revoluciones».

Tenemos, pues, caracterizado por el propio autor el libro: una biografía psicológica concisa. Pero es curioso observar lo que sucede con esta biografía psicológica y con casi todas las producciones que a ese género pertenecen, escritas por médicos especialistas, y en las cuales la interpretación psicológica de los personajes de la historia se reduce a una interpretación en que la psiquis de los individuos no aparece por ninguna parte, y en las que, en cambio, todos los movimientos, pasiones y reacciones vitales de los impulsos del individuo se explican hasta la saciedad por deformaciones orgánicas o perturbaciones fisiológicas. Desde los ensayos «grosso modo» del Doctor Cabanès y de todos los científicos del siglo pasado hasta las producciones recientes de Lafora, Carbo-

nell, Pittaluga, Marañón, Kretschmer, von Hentig, etc. Acaso porque sus autores son ante todo médicos especialistas, sus interpretaciones adolecen del rasgo común, ya señalado, que puede resumirse en una frase: una explicación fisiológica, materialista de los que hasta ahora considerábamos impulsos anímicos del individuo. Y esta circunstancia como norma fundamental, en la mayor parte de las investigaciones alrededor de las personalidades históricas, puede llevar y de hecho lleva a una explicación materialista de los hombres en que los rasgos espirituales, aquellos por los que precisamente han pasado a la inmortalidad, no existen. No hay mayor diferencia entre la afirmación del maestro de *La inteligencia* de que el pensamiento es una secreción cerebral y la explicación de la envidia que dominaba a Robespierre que da Hentig, porque este era eunucoide. Así con un bagaje no muy amplio de palabras indicadoras de anomalías orgánicas estudiadas por la ciencia médica—eunucoide, esquizofrénico, epileptoide, etc.—se trata de explicar y se explica a las mayores personalidades históricas. Pero ante esta tendencia, cabe preguntarse: ¿y un hombre, cualquiera que él sea, no es algo más?... ¿No hay entonces en el individuo otra cosa que no sea un conjunto de perturbaciones orgánicas o de taras hereditarias y adquiridas?... Creemos que precisamente, frente a las personalidades grandes de la historia es donde se encuentra más patente la existencia de un princi-

pio inmaterial no explicado hasta ahora, o si es material, no descubierto por la ciencia hasta hoy día. Y es curioso observar que mientras los médicos cuyos estudios tienen las caracterizaciones generales anotadas, los filósofos, biólogos y matemáticos más reputados de la hora presente retornan a un «vitalismo», proclamado por Hans Driesch, que se parece mucho a un mirar hacia atrás en la filosofía espiritualista de los ingenuos años del medio-evo.

Hentig ha tratado de explicar, estudiando la personalidad de Robespierre, el fundamento de lo que ha llamado el «impulso de dominio» de éste, que fué durante su actuación pública su nota más característica. En aras de ese impulso de dominio lo sacrificó todo, o más bien dicho ejecutó todos sus actos, porque el sacrificio no cabía en el hombre rígido, frío, severo, calculador, egoísta y ambicioso que era el abogado jacobino de Arrás. Y después de su estudio, practicado con una honradez histórica digna de todo encomio y con un acopio de documentación que revela al investigador enamorado de su investigación, no se nos aclara lo suficiente el fundamento de ese impulso de dominio, para poder llegar a formular un juicio sobre él. Hay más, quedan en la penumbra diversas contradicciones que no aparecen debidamente explicadas. Así tenemos la afirmación de la timidez de Robespierre, que lo dominaba en todas partes donde se presentara en público, en la Convención, en el Club jacobino, en el Comité de salvación Pública, timidez reconocida por él

en buena parte de su correspondencia. Pero como lo hace observar el mismo Hentig, este hombre tímido, que según el autor si no hubiera llegado en la época revolucionaria, habría pasado su vida en su ciudad provinciana viviendo ordenada, burguesa y sórdidamente, hacía funcionar sin descanso la guillotina y no cesaba de pedir a Saint-Just, su amigo más duradero, nuevas y nuevas listas de futuros ajusticiados. Su impasibilidad para entregar al verdugo a todos los que fueron sus amigos y su pertinacia en mantener el régimen del terror cuando ya no era necesario, son hechos que unidos a los que ya hemos señalado, no se avienen bien con el concepto general de lo que es la timidez humana. El mismo Hentig tiene que reconocer esto, y para dejarnos y dejarse plenamente satisfecho, acude a la varita mágica de la ciencia, y entonces tenemos que la timidez en un esquizofrénico como Robespierre adquiere los caracteres aparentemente contradictorios que hemos señalado.

El egoísmo exagerado de Robespierre, su rigidez moral en que la idea virtuosa de la incorruptibilidad lo hacía prosternarse en una perpetua adoración de sí mismo, son productos de su organismo eunucoide, según Hentig, de su miedo inconfesado, pero real, de no poder satisfacer plenamente sus impulsos sexuales y satisfacer a las mujeres con quienes trataba. Así el amor en Robespierre puede decirse que no existe, porque sólo sabía amarse a sí mismo, y aunque tuvo el mayor partido precisamente

en las mujeres, debe notarse que era entre las viejas, aquellas que olvidadas de los dioses y de los hombres, ensoñaban entre suspiros, con motivo de las frases alambicadas, retorcidas, obscuras de los discursos del «incorruptible», teñidas de una vaga tendencia sentimental.

Todo el estudio de Hentig contribuye a dejar una idea poco grata de Robespierre. Mezquino, sórdido, egoísta, sin un impulso generoso ni una actitud levantada en su actuación pública, Robespierre no puede aspirar a la admiración, ni siquiera al interés de las generaciones que le han seguido, y sólo dejará en el ánimo la idea de un criminaloide—la frase es de Hentig—de la historia, afortunado y empujado a sus diversas actuaciones, por la fuerza misma de los acontecimientos históricos que vivió. Esto, según el autor, pero no debemos olvidar que los historiadores no médicos—Mathiez, Lenôtre, Aulard—han hablado de un tribuno de elocuencia subyugadora, de un hombre de una claridad de pensamiento y de directivas acentuadísima y de una personalidad moral constante y sin vacilaciones ni decaimientos.

¿Cuál será la verdad? Un poco de ella habrá en las diversas opiniones, pero para establecer afirmaciones absolutas, de cualquier especie que sean, sobre las personalidades históricas que se estudian, nos faltan la mayoría de los elementos del juicio, desde el principal, la falta de conocimiento y comprensión del ambiente en que estos personajes vivieron.

Pero para conocer algo de ello, es indudable que el libro de Hentig, que comentamos, y que lleva un magnífico prólogo del doctor Lafora, constituye un aporte valioso. —*Abel Valdés A.*

PORTALES ÍNTIMO, LAS MEJORES CARTAS DEL GRAN MINISTRO PUBLICADAS POR DON ERNESTO DE LA CRUZ EN SU EPISTOLARIO Y OTRAS INÉDITAS, CON UN ESTUDIO DE *Alone*.

Hacer crítica de escritores cuyo oficio es precisamente la crítica literaria es una labor tan atrayente como peligrosa. Más de una vez hemos pensado estudiar la obra de los escritores que han pasado su vida estudiando la obra de los demás, y acaso algún día realicemos nuestro propósito, que podría tener cierta utilidad para las letras chilenas. Por ahora, sólo anotaremos la impresión que nos ha dejado este *Portales íntimo* (1), que ha publicado Hernán Díaz Arrieta, uno de los más reputados y el más constante de nuestros críticos literarios.

Está compuesto el libro por una selección de diez y ocho cartas del Ministro, incompletas algunas y no todas publicadas en el *Epistolario* del señor de la Cruz, y por el estudio que sobre el *Epistolario* indicado publicó Alone en su crónica literaria semanal, en los meses de Julio y Agosto últimos. Además

(1) Santiago. Imprenta Universitaria, 1930.

ha insertado Alone una simpática y rápida semblanza de don Antonio Garfias, destinatario de la mayoría de las cartas, y un prólogo en que explica con claridad el objeto y la causa de la publicación del libro. Leemos en el prólogo que han impulsado al autor a la publicación de *Portales íntimo* el interés de la figura de Portales, y las dificultades prácticas que ofrece el volumen del señor de la Cruz, por su precio, formato y el escaso número de ejemplares de que consta la edición.

Estas circunstancias hacen no sólo conveniente, sino necesaria una selección breve que ponga a la mano de cualquiera lo sustancial del Epistolario y nos permiten reproducir las tres crónicas de índole informativa que publicamos para darlo a conocer. Entre los muchos aspectos que ofrece, hemos preferido el punto de vista de la vida privada de Portales, por ser el que trae más curiosas revelaciones y un acento más personal.

Esas palabras del autor, que hemos transcrito, explican mejor que otras el objeto del libro.

Pero en ellas encontramos también la base para formular algunas observaciones, que la lectura del libro nos confirma. No creemos que con la escasa selección haya logrado Hernán Díaz extractar «lo sustancial del Epistolario» para ponerlo al alcance de cualquiera, pues el propósito que el mismo autor manifiesta de circunscribir este perfil epistolar sólo al aspecto íntimo del Ministro lo restringe demasiado. En efecto, la personalidad pública de

Portales es de tal calidad y tuvo tal influencia en la formación de nuestra República, que es punto menos que imposible prescindir de ella. Es claro que después de la lectura del libro de Alone nos damos cuenta del carácter del Ministro omnipotente, su psicología se nos muestra menos obscura de lo que aparece en los manuales históricos, pero quedamos en la ignorancia de lo que fuera del hombre íntimo interesa también: su misión, podríamos decir, sus trabajos y sus padecimientos, en esa cosa vaga e imprecisa que se ha llamado la «cosa pública». El epistolario contiene varias cartas políticas, y unas cuantas de éstas harían mucha falta en el libro de nuestro amigo. Como hombre privado Portales tuvo, sin duda alguna, rasgos extremadamente interesantes, pero ¿no es cierto que como hombre público los tuvo en mayor número y de más permanente interés?

Otra observación que podríamos hacer es que el estudio de Alone, que forma el núcleo del libro y que apareció en el diario de que es crítico literario, «crónicas de índole informativa» como lo califica su autor, contiene citas y extractos de las mismas cartas que están extractadas en las páginas que siguen.

Pero estas observaciones no restan en modo alguno los méritos y la utilidad del libro de Hernán Díaz Arrieta. Constituye un esfuerzo honrado, llevado a la práctica primorosamente ya que *Portales íntimo* es una edición de lujo y un esfuerzo en ese sentido como pocas veces habíamos visto en nuestra

patria para vulgarizar la interesantísima personalidad del gran Ministro, vulgarización tanto más agradable como que es hecha por quien en sus crónicas y en todos sus escritos revela una suprema elegancia, que constituye, a nuestro juicio, su principal característica.—
Abel Valdés A.

POLITICA

RUSIA AL DESNUDO, por *Panait Istrati*.

Docenas de libros se publican anualmente sobre Rusia. Unos en contra de la Unión de las Repúblicas Soviéticas; otros, a favor. El lector, apasionado por lo que sucede en la sexta parte del mundo, los lee todos, sin encontrar en ninguno la verdad que desea. Unos hablan de despecho, otros por interés. ¿A quién recurrir? Pero aparece un libro de Panait Istrati sobre Rusia y el panorama se aclara bastante. Yo no creo posible dudar de este hombre; en primer lugar, porque no habla en contra de las ideas comunistas sino contra la organización que los comunistas han instaurado en la U. R. S. S., y en segundo, porque para este escritor la verdad es un apostolado. No puede hablar por despecho ni por interés. No le debe a los comunistas rusos sino atenciones. Estos le han publicado todas sus obras, pagándole los derechos con puntualidad y largueza. Queda eliminado entonces de su libro el despecho o el interés.

Istrati visitó Rusia, como invi-

tado oficial de la Unión Soviética, en 1927. Después de una breve permanencia en Moscú, recorrió Rusia en todas direcciones durante diez y seis meses. A su regreso a París escribió este libro (1), en el que describe lo que vió, oyó y vivió allí. Sus impresiones no pueden ser más desoladoras. Rusia no es lo que se imaginan muchos obreros del mundo; es todo lo contrario de lo que se imaginan. Es un país entregado a una multitud de individuos sin conciencia alguna de su responsabilidad, burócratas, viciosos, arbitrarios, sin ideales, menospreciadores de la clase trabajadora, de la cual, como antaño otros gobernantes, viven.

Digamos que ha habido dos millones de comunistas atiborrados de doctrinas, sin corazón y sin cerebro, autómatas del fordismo y de la americanización, para los cuales los sentimientos no son más que prejuicios burgueses y el amor un simple coito; pero todavía quedan 150 millones de hombres, toda una humanidad, que viven y quieren vivir cultivando cada vez mejor aquello que existe de más eterno y conmovedor en nosotros. El ruso, al igual que el ucraniano, que el tártaro o el armenio, que no se paran en doctrinas, es hombre de corazón, lleno de ternura, rico en amor y melancolía. Todos ellos aman intensamente a su lengua, a su tierra, a su cielo. La prueba de ello la encontramos en todas las canciones populares y en todas las literaturas de estos países. Y ellos mismos lo prueban entonando su rapsodia en mitad de un banquete comunista, a par de la *Internacional*. ¿Cómo diablos queréis que estos

pueblos abandonen sus isbas para hundirles al día siguiente en los rascacielos americanos sobre los cuales no canta el ruiseñor, donde el hombre es un animal mecánico y donde la existencia no es más que una manera de matar la vida?

La férrea organización burocrática y política de la Unión Soviética, organizada especialmente para perseguir sistemáticamente y castigar con la muerte, el hambre o el destierro, a los opositores de ella, impide en Rusia la manifestación de cualquier idea que pretenda defender en alguna forma—aunque sólo sea ideológicamente—las verdaderas ideas comunistas o los intereses del proletariado. Para vivir bien en Rusia hay que ser comunista, es decir, alabar a los comunistas que gobiernan, estar en *la línea*—como dicen ellos.

Comentando el libro de Istrati se podría escribir otro libro y titularlo: *La estafa*, pues nada más que una estafa a la esperanza y la fe de los trabajadores de Rusia y de todo el mundo, es la que realizan en este momento los que gobiernan a Rusia bajo la capa del comunismo. ¡Trabajadores de todos los países, uníos!, podría ponerse como subtítulo de ese libro; pero uníos contra vuestros peores enemigos: aquellos que comercian en Rusia con el hambre de los trabajadores rusos y las ideas de millones de hombres. —M. R.

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.

HISTORIA

EL OTOÑO DE LA EDAD MEDIA, por
J. Huizinga.

En el prólogo de su obra, Huizinga dice que el origen de este libro fué la necesidad de entender mejor el arte de los hermanos Van Eyck y de sus seguidores. Para ello había que ponerlo en conexión con la vida de su tiempo. *El otoño de la Edad Media* resulta, pues, un fruto de añadidura, tan rico de jugos como la añadidura de promisión bíblica.

Es el trabajo de Huizinga una visión sistemática y bien fundada sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los países Bajos, y constituye un aporte considerable a la rectificación que los conceptos relativos a la época medioeval han experimentado en el último tiempo. El volumen que nos ocupa es el primer tomo de la obra, traducido por José Gaos y publicado por la Biblioteca de la *Revista de Occidente*.

Amparados por una compañía sagaz y escrupulosa, nos internamos en aquella existencia. Es la hora crepuscular de una época, en la que apuntan ya las anticipaciones de un tiempo nuevo. El autor quiere fijar los caracteres de cuanto en esos instantes se halla próximo al éxodo, el repertorio de formas que van a entrar en caducidad. Es preciso reconocer desde luego lo que Huizinga llama *el tono de la vida*. Esta era cruel, turbulenta y apasionada. Los adio-

ses y las adhesiones se extremaban hasta la muerte. Los pecados capitales de la soberbia, la avaricia y la ira se mostraron exaltados en la humanidad del siglo XV. Y fueron al mismo tiempo objeto de hondas recriminaciones.

A través de la literatura y las crónicas de aquel tiempo, desde el refrán hasta el tratado de piedad, resuena por todas partes el acre odio a los ricos, el clamor contra la codicia de los grandes.

Sin embargo, tuvo entonces el vivir un lado luminoso y bello, del cual han llegado hasta nosotros rasgos bien escasos. Durante el siglo XV halla él su refugio en la pintura y en la música y quedan resonando sus ecos en la canción popular. Pero los rastros más acentuados que alcanzan hasta nosotros son los de una irremediable melancolía, de una insatisfacción que parece orientar todo impulso hacia la fuga de este mundo. Y ello, porque la hechura de la existencia se presentaba como una cosa ineluctable. La Edad Media desconoce casi por entero la idea de perfectibilidad del hombre y su contorno. Esta idea va a ser uno de los hallazgos del siglo XVIII. La criatura humana y las cosas que la rodeaban eran así por la voluntad de Dios, y la mente medioeval no podía plantearse la concepción de superarla. Esta conciencia de fatalidad conducía fácilmente a la desesperación, mucho más cuando se creía vivir entonces los días finales del mundo.

Pero el anhelo de una vida me-

por encuentra siempre ante sí tres caminos: el primero conduce fuera del mundo y es la negación de éste. El segundo empuja hacia su perfeccionamiento. El tercero lleva a los paraísos ilusorios, al ensueño que burla a la realidad, pero que a su vez es burlado por ella. La adopción de éste caracteriza los últimos tiempos de la Edad Media. No se trata de una solución fácil, puesto que es preciso enmascarar la vida con apariencias insinuantes, seductoras y pulcras. La masa desposeída se halla en esta forma fuera de casi todas las posibilidades. Ese hacer de la existencia un delicioso juego lleno de artificio está sólo al alcance de una minoría.

Dicho con extremada limitación, lo anterior envuelve un punto de vista próximo al que Huizinga adopta en su obra para indagar la cultura de la Edad Media en su período último. Libro substancial y denso, arroja su interpretación como duradera saeta de luz sobre las costumbres, las normas y las instituciones de un tiempo que hace señas a la curiosidad del hombre actual con gesto siempre incitante.
—R. C. M.

CRITICA LITERARIA

EL CORTEJO DE MINERVA, por Luis Astrana Marín.

No es frecuente la publicación de libros como *El cortejo de Minerva* (1) en la librería española.

(1) Colección Contemporánea de Espasa Calpe. Madrid, 1930.

Este nuevo libro de don Luis Astrana Marín es un conjunto de ensayos literarios sobre escritores franceses, ingleses y españoles de los grandes siglos clásicos. Decir de estos ensayos que están basados en una documentación de primer orden no sería suficiente, con ser sin embargo un subido elogio. Como los lectores saben, el señor Astrana Marín es un eruditísimo escritor al cual se debe la divulgación de abundantes noticias sobre Shakespeare y su tiempo, en lengua española. La traducción y edición de las obras de Shakespeare con introducciones críticas y notas de que es autor el señor Astrana Marín es un mérito insigne, que estaba reservado sólo a un humanista de amplio vuelo.

Pues bien, este último rasgo también está eficazmente representado en *El cortejo de Minerva*. Un erudito menudo, que se entretuviera en letras más o menos, en detalles de poca monta, no habría podido escribir páginas tan interesantes como las que aquí vemos dedicadas al Conde de Villamediana, a Góngora, a Gracián, a Jorge Manrique, a John Fletcher, etc.

Desde luego anotemos nuestro disentiimiento con el tono de polémica, agresivo e inexplicable cuando se trata de figuras desaparecidas, que es el que emplea el autor para tratar de Villamediana y de Góngora, particularmente. Pero que ese resentimiento no nos impida reconocer el valor del resto de la obra.

En efecto, la interpretación que el autor da de la muerte misteriosa

de Villamediana, origen de tantas leyendas y fábulas, es verosímil, aunque tal vez en exceso materialista. Pero ¿por qué aprovechar la ocasión de este estudio, concienzudo y eruditísimo, como decimos, para disparar tiros sobre los vivos? Además, el caso de Góngora no es para considerado con tanta ligereza como la que emplea el señor Astrana Marín. Dice el autor, en efecto, que el centenario de Góngora fracasó rotundamente. La verdad es sin embargo que la poesía de Góngora sigue siendo comentada con entusiasmo, no sólo en España sino fuera de ella, y precisamente por estos mismos días se ha dado cuenta de un libro sobre Góngora publicado en Alemania. Me refiero a *Góngora's Schöpfung (Universo de Góngora)*, de que es autor Walther Pabst. Cualquiera que sea el valor de estos trabajos eruditos en torno a Góngora y a su obra y cualquiera el juicio que pronuncien los especialistas sobre la poesía gongorina en su integridad, esto parece probar que el centenario ha sido una bella oportunidad para dar impulso al estudio de Góngora y de su obra. ¿No esto suficiente para demostrar que no ha habido tal fracaso? (1).

Muy interesante la reivindicación del nombre de Carrillo y Sotomayor que intenta el señor Astrana Marín

en las mismas páginas del ensayo sobre Góngora. En efecto, el señor Astrana prueba con buenas razones que fué Carrillo y Sotomayor el autor de las innovaciones métricas, de lenguaje y de estilo que se conocen con el nombre, muy genérico y vago por cierto, de gongorismo. Esto no disminuye sino en muy poco—si la disminuye—la gloria inmensa de Góngora, que seguramente no está asentada en las *Soleidades* ni en el *Polifemo*, pero que sí se mantiene segura e incólume sobre multitud de sonetos, romances y letrillas del más subido valor poético.

El señor Astrana Marín, autor de un *Libro de los plagios* que es de muy curiosa lectura, demuestra en esta nueva obra un dominio muy profundo de los métodos de la literatura comparada. Esta ciencia no tiene casi cultores en lengua castellana, y es sensible. Se trata de una disciplina auxiliar de la crítica literaria, que demanda conocimientos especiales de literatura y que también exige un dominio cabal de la crítica. El señor Astrana Marín está muy bien dotado para la primera, lo que quiere decir que conoce muy bien la última. Si no bastaran a probarlo sus libros anteriores, este sería suficiente para asentar su nombradía en un tema de suyo difícil y que no siempre obtiene en la república literaria la consideración merecida.—R. Silva Castro.

(1) Con motivo del Centenario se ha visto, además, que Góngora era capaz de influir todavía en la poesía española. Todo un sector de la lírica de hoy reproduce notas gongorianas (Alberti, Salinas, Diego, Guillén, etc.).

ARISTAS, ensayos, por Antonio S. Pedreira.

Un catedrático de filosofía y letras de la Universidad de Puerto Rico, don Antonio S. Pedreira, es autor de este libro (1). En este caso la profesión del autor tiene mucha importancia. Hay, en efecto, varios trabajos de este volumen que no se explican sino como tareas propias del catedrático que debe metodizar sus conocimientos, reducirlos a esquemas claros e inteligibles, antes de darlos a conocer a sus oyentes o alumnos. Desde este punto de vista, algunos de los capítulos de *Aristas* pueden parecer excesivamente pedagógicos y hasta un poco limitados. Tal es el caso, por ejemplo, de *¿La generación del 98?* y *Los amores de Don Quijote* y de algunos de los breves artículos agrupados bajo el título común de *Lemas fugaces*, hacia el fin del libro. Nos encontramos aquí evidentemente entre breves tesis o conferencias aptas para la cátedra de literatura. En ellos se insiste, a veces hasta la exageración, en ideas y hechos literarios sobradamente conocidos y hasta vulgarizados ya en la prensa (periódica o no) de Hispano América en los últimos años.

Pero el resto del libro se compone de fragmentos dignos de la lectura más atenta. En el *Ensayo cromático* el autor intenta, por ejemplo, una biografía del color azul en la literatura. Es un tema nuevo y muy incitante. No cabe negar que el azul

(1) M. Aguilar, Editor. Madrid, 1930.

ha tenido un gran papel en las letras modernas, y que hasta en nuestros días ha sido perseguido por poetas y escritores. Es cierto que últimamente el negro—como raza y como color—ha venido a ocupar ese lugar, como oportunamente nota el autor, tan bien informado de las letras más recientes como de los de data más antigua. Pero el autor hace arrancar la preeminencia del azul en el arte literario del Romanticismo (pág. 53). Esto me parece a mí equivocado. El Romanticismo gusta más de los tonos sombríos, que con frecuencia no designa específicamente sino en forma general, que del azul. Es cierto que el azul parece consustancial a la civilización occidental, como ha notado Spengler en su obra famosa. Mas el predominio efectivo del azul comienza más tarde y seguramente mucho después del triunfo y hasta de la muerte del Romanticismo. El tema, que entra claramente en la Literatura Comparada y que podría ser ampliado hasta límites mucho más amplios que las páginas de un ensayo, es, como se ve, incitante. Cada época tiene su color, y de acuerdo con los análisis que se han hecho de las obras de diversos escritores españoles representativos, hay gamas cromáticas que podrían ser estudiadas con tanto detenimiento como las de los pintores en sus cuadros. (A este propósito conviene recordar el estudio de Dámaso Alonso sobre los colores dominantes en Góngora (edición del Centenario), que el señor Pedreira no cita y que ciertamente no merece la omisión.

Así como me he detenido en este ensayo sobre el color azul en la literatura, podría detenerme, y seguramente con mayor amplitud, en el trabajo titulado *En torno a Henrik Ibsen*. El gran dramaturgo del norte no es un tema virgen, y por el contrario, la bibliografía producida por sus obras es inmensa. El señor Pedreira ha sabido, sin embargo, acotar algunos aspectos nada comunes de la crítica en torno a Ibsen, y sus sugerencias abren camino a muchas observaciones curiosas.

Dos ensayos titulados *De los nombres de Puerto Rico y ¿Portorriqueño o puertorriqueño?* señalan la preocupación patriótica del autor por la tierra en que vive. No son los menos interesantes del volumen. En ambos el señor Pedreira se muestra copiosamente documentado y—lo que es más importante— muy bien dotado para la crítica histórica.

En suma, el libro del señor Pedreira muestra a un escritor de ideas, que une a la elegancia de la forma una documentación que no es común en escritor americano. El señor Pedreira cita en una página inicial de su libro unas bellas palabras de Ortega y Gasset. Permítame recordarle otras del mismo maestro español sobre el espíritu americano. El americano, viene a decir Ortega y Gasset en un texto que debo conformarme con citar de memoria, pues no lo tengo a la mano, es un hombre que ronda en torno a las cosas, que no se adentra en el meollo de ellas, que no las posee y, por tanto, no puede arrancarles su secreto.

Creo que uno de los mejores elogios que se puede hacer al señor Pedreira es que su libro presente, que al parecer es el primero que da a la luz pública, revela que nos encontramos ante un hombre que escribe sólo sobre lo que domina bien. Ninguna de las aseveraciones que se hacen en esta obra, ninguno de sus asertos, ninguno de sus juicios, carece del apoyo indispensable en los hechos y en las ideas que se les relacionan. El autor manda en su materia literaria con un seguro e indiscutible imperio. De allí la legítima autoridad de su tono y de allí también la certeza con el lector recorre este libro. Libro pensado con detenimiento y madurado sin prisa; es decir, libro que permanecerá.—*R. Silva Castro.*

— — —
RENCONTRES, por *Robert Sébastien*
y *Wsevolod de Vogt.*

Este volumen (1) de poco más de doscientas páginas reúne las Soirées Franco-Russes de los días 29 de Octubre, 26 de Noviembre y 18 de Diciembre de 1929 y de 28 de Enero de 1930. Su título indica el género de los trabajos aquí contenidos. Se trata de los diversos puntos de vista que pueden ofrecer sobre la literatura rusa los escritores franceses y sobre la francesa los rusos emigrados en París. Conferencias y debates sobre cuatro temas igualmente incitantes: *La inquietud en la literatura*, estudiada

(1) *Aux Cahiers de la Quinzaine.* París, 1930.

por el penetrante crítico René Lalou; *La influencia de la literatura francesa sobre los escritores rusos desde 1900*, por Julia Sazonova; *La influencia de la literatura rusa sobre los escritores franceses*, por Jean Maxence; *El problema de Dostoyevsky*, por Cirilo Zaitzev; *Dostoyevsky y el Occidente*, por René Lalou; *El drama íntimo de León Tolstoy*, por Nicolás Kulmann, y *El papel espiritual de Tolstoy*, por Stanislas Fumet.

Rencontres es una colección de ensayos literarios de efectiva importancia, y su publicación obedece a un propósito intelectual verdaderamente interesante. En efecto, los debates sobre cada uno de los temas tratados muestran una gran variedad de aspectos psicológicos y literarios. Sobre las ideas fundamentales lanzadas por cada autor se hace un examen no muy detenido, pero a veces profundo. En suma, se anhela llegar a resultados claros y conclusiones valederas mediante la cooperación de todos los asistentes a la reunión: conferenciantes y auditores.

En Chile se ha iniciado una tarea semejante en las reuniones semanales del grupo *Indice*, que han comenzado a desarrollarse con innegable éxito. Falta, sin embargo, entre nosotros el hábito del diálogo ideológico. Los que participan en el debate a menudo se enredan en incidencias ajenas al propósito cardinal de la discusión y entonces desvían el interés del

debate hacia terrenos ajenos. Otras veces la discusión adolece de languidez, no porque los trabajos no sean capaces de darle mayor entonación, sino simplemente por la escasa costumbre de examinar ideas y discutir. Temas incitantes, que pueden levantar numerosas observaciones, caen en el vacío, o poco menos.

He dicho que falta en Chile el hábito del diálogo, y claro está, no tiene que extrañarnos que en Francia ese hábito exista. Eso lo prueban estos *Rencontres* en que las ideas bullen y en que las intervenciones de algunos escritores se muestran tan interesantes, tan documentadas, como la misma conferencia que les han dado origen. Una costumbre fomentada por los salones literarios, por los cenáculos, por las academias y hasta por los simples corrillos en las mesas de los cafés, no podría existir en grado eminente en un país como Chile donde no existen ni corrillos, ni academias (1), ni cenáculos, ni salones literarios.

La iniciativa de *Indice* debe ser ayudada, pues, y la lectura de *Rencontres* es de recomendarla a todos cuantos se interesan en ella y en sus destinos.—R. S. C.

(1) Las academias de que hay noticias están frecuentadas por escritores que tienen mucho pasado. Las reuniones de *Indice* muestran grupos de escritores dotados de gran porvenir. Es la diferencia.

LAS REVISTAS

APRECIACIÓN DE DIEGO RIVERA

Samuel Ramos, el fuerte ensayista mejicano, se ha ocupado de la personalidad de Diego Rivera, su compatriota, reputado como uno de los más notables pintores americanos:

La aparición de los primeros frescos de Diego fué entre pintores y amateurs la sensación del año 1921. Aquellas figuras y procedimientos extraños provocaron en ellos un gran desconcierto. No había acuerdo en sus opiniones. Un pequeño grupo de literatos, entusiasmados desde un principio, proclamaron que se trataba de un gran pintor. Dominó, sin embargo, en la mayoría un sentimiento de repugnancia contra el arte nuevo que fué recibido con un murmullo de hostilidad. La obra naciente provocaba toda clase de reacciones menos una: la indiferencia. Hasta el profano sentía un no sé qué misterioso en aquellos frescos que lo hacían reaccionar intensamente con amor o con odio. Esto probaba la fuerza del pintor; y el predominio del odio probaba que el verdadero nacionalismo artístico tiene que ser impopular. En una plalabra, que una cosa es lo nacional y otra lo popular. Quizá lo que hace a Diego incomprendible para el común de las gentes es que como hombre social posee un sentido democrático y como

artista una distinción y gusto refinado que lo separa de la multitud. Estas complejidades no son accesibles a la inteligencia mediana que no entiende cómo dos cosas tan opuestas pueden convivir lado a lado. El arte de Diego contiene, en efecto, esos elementos antagónicos. Pero en realidad la contradicción sólo existe para un espíritu simple. Una obra de arte puede muy bien ser popular en la inspiración, pero no serlo en la ejecución. Todo arte auténticamente nacional es así. Así es la pintura mural de Diego.

Después de estudiar en la Academia de San Carlos con Rebull, Rivera emprende el complementario viaje a Europa que había de servirle mucho. Recibió allá toda la influencia del cubismo de Picasso y consideró como ideal estético el de los postimpresionistas especialmente Cézanne: llegar al máximo realismo después de haber descompuesto la realidad por medio del análisis cubista.

Cuando Diego regresa a Méjico, concluido su aprendizaje, descubre un riquísimo material plástico sin elaborar, como una selva virgen que la mano del hombre no ha cultivado. Al contacto de su tierra, Diego se encuentra a sí mismo. Después de su largo contacto con

la tradición pictórica europea y de ensayar los estilos nuevos, su espíritu había madurado y era dueño de su oficio; se sentía ahora capaz de edificar con aquella materia en bruto un nuevo mundo de imágenes.

Fiel al ideal estético de sus comienzos, en la nueva obra incorpora las esencias más sutiles del arte antiguo. El aficionado gozará de esta pintura, tanto por sus valores intrínsecos como por su poder de evocar el arte pretérito. Pero esta separación de elementos es efectuada por la mente del espectador crítico. En la obra misma hay que admirar la sabiduría con que el artista ha refundido las más selectas formas del clasicismo en los procedimientos actuales, de manera que no existe superposición de elementos sino la más absoluta unidad de estilo. En los primeros frescos—anfiteatro de la Preparatoria y Secretaría de Educación—hay todavía ciertas violencias geométricas, solamente admisibles como juegos de contraste, por lo demás muy dentro del gusto moderno, afecto a las disonancias. Pero si algún progreso puede notarse en el desarrollo de la obra total, es que el geometrismo manifiesto en algunas figuras rígidas de los frescos iniciales, va retrocediendo ante un dibujo más libre para seguir las ondulaciones del movimiento y de la forma; así las reminiscencias cubistas quedan convertidas, poco a poco, en una técnica invisible.

Su pintura tiene todas las cualidades definitivas y ha sabido combinar los elementos más dispares y así vencer las mayores dificultades pictóricas, el color, el espacio y la figura.

En unos de los más bellos frescos de la Secretaría de Educación, «El Trapiche», Diego ha probado que sabe pintar el espacio. En algunos

otros para dar la sensación de profundidad usa el contraste entre grandes figuras situadas en el umbral y pequeñas figuras en los planos del fondo—«Reparto de Tierras» en la Secretaría de Educación y sobre todo los frescos de la Revolución en la escalera de Chapingo—. Las figuras delanteras forman el proscenio, mientras que el verdadero cuadro son las escenas en miniatura que se alojan en la concavidad de un espacio. Pero luego, en los últimos frescos se van amontonando los hombres y expulsando todos los huecos. El gusto de Diego por las multitudes no se explica solamente por sus ideas sociales; es que como pintor está afectado de agorafobia, de horror al vacío.

La figura femenina, abundante en la pintura de Diego, se exceptúa como es natural del verticalismo. Si hay algunas figuras de mujer que aparecen de pie, la mayoría de éstas, sobre todo cuando son el motivo central, están sentadas o acostadas. Plegándose a las exigencias de la arquitectura, Diego ha pintado, sobre algunas puertas de Educación, figuras recostadas de mujer cuya estilización recuerda ciertos modelos de la cultura etrusca. Si la postura horizontal de la mujer tiene para el hombre común un simbolismo erótico, es justo observar que Diego ennoblece a las mujeres que pinta, dando aún a su expresión sexual un significado religioso.

Puede comprobarse esto viendo la escalera de Educación, una de las obras maestras de Diego por los magníficos estudios de desnudo femenino que contiene, así como por el desarrollo excepcional del paisaje mejicano. Debe citarse también entre las obras maestras la capilla de Chapingo en donde los caracteres generales de su pintura no sufren una alteración esencial, pero tanto la idea de estos frescos cuanto su relación con la arquitectura los agrupa en un todo que

tiene unidad por sí solo. Se han aprovechado aquí las conquistas de estilo logradas en Educación, al mismo tiempo que se han depurado y perfeccionado.

Tampoco es el movimiento lo que da vida a las figuras. El movimiento interviene como medio para pronunciar la conformación del cuerpo humano y combinar diversamente sus volúmenes. Es en la plenitud de las formas donde se concentra la expresión vital. Diríase que la acción de las figuras es in-esencial y que ellas viven por lo que son, no por lo que hacen. El trabajo es un tema del socialismo que el pintor no puede sostener. Los cuerpos de los batidores que forman un friso delicioso en el fresco del «trapiche», ondulan musicalmente con un ritmo que da más impresión de danza que de tarea mecánica. El arabesco de la línea levanta suavemente esos cuerpos y los suspende en el aire como en las imponderables figuras de Boticelli que viven en el impulso de ascensión de una llama.

La tendencia del pintor a pintar masas en sus cuadros revela una complejidad de su espíritu, que Ramos explica así:

La inclinación de Diego a pintar masas humanas y la consumada sabiduría con que ha resuelto el problema de ejecutarlas, es resultado de una milagrosa coincidencia entre el humanismo y el socialismo de nuestro tiempo, con su temperamento de pintor en el que predomina un sentimiento táctil de la forma, a la vez clásico y moderno. La evolución de la obra de Diego no es más que la depuración de ese sentido de la forma con el abandono de todo lo que no le afecte directamente. Prueba de ello es que los dos tipos de pintura finales, el de muchedumbres y el de figuras aisladas, son dos maneras de eliminar el espacio. En el primero rellenan-

dolo con figuras y en el segundo suprimiendo todo ambiente alrededor de éstas, que aparecen solas sobre el fondo del muro.

Así los valores plásticos se simplifican en uno solo: la forma de bulto.

Por el dominio de estas cualidades Rivera ha podido llegar a hacer de su pintura un arte original, propio y con el sello de su personalidad inconfundible:

El dibujo, el color y la forma tienen ya una libertad completa. Con el dominio absoluto de su oficio, Diego logra en esas figuras una potencia de expresión plástica que las eleva al plano de las obras maestras. Esas figuras ya no representan esta o aquella mujer particular, sino la mujer símbolo de lo femenino absoluto. La inspiración artística ha sublimado el erotismo del hombre hasta un alto grado de pureza y castidad. Cada figura tiene su nombre simbólico: la salud, la ciencia, la pureza, la templanza, etc. No es la primera vez que Diego usa del simbolismo; pero mientras que en otras el símbolo aparece antes, y la pintura después como la ilustración de aquel, en Salubridad la sola potencia plástica transforma el objeto en un símbolo. La vitalidad de sus formas adquiere tal intensidad y plenitud que su significado rebasa los límites de la pintura.

La impresión de Ramos es, como se ha visto, ultra-favorable para la pintura de Diego Rivera. Y esta impresión puede asegurarse es la que reina en los círculos intelectuales mejicanos, en cuyo mejor exponente—la revista *Contemporáneos*—ha aparecido el estudio de que hemos dado cuenta.

REPÚBLICA Y LIBERTAD

Nueva España se titula una revista de actualidad política, literaria y artística, que aparece quincenalmente en Madrid, bajo la dirección de un Comité formado por los nombres prestigiados de Antonio Espina, Adolfo Salazar y José Díaz Fernández. En uno de sus últimos números trae una substancial *Meditación Política* que firma el reputado catedrático penalista español Luis Jiménez de Asúa. La divide en tres partes, que dicen lo siguiente:

Ser republicano y liberal.—Confieso que soy algo más que republicano y liberal. Pero en esta etapa de la vida española, República y Libertad son las más inmediatas conquistas que debemos proponernos. Rosa Luxemburgo, que había hecho política socialista toda su vida y que poseyó una pupila perforante de la realidad, compuso, en instante memorable, un artículo en holocausto de la idea republicana. No faltaron entonces críticas de sus camaradas de lucha, acusándola de mantener una fórmula burguesa.

Tan cierto es lo afirmado, que los socialistas, que desde que se deshizo la conjunción hablaron con poca insistencia de la forma de Gobierno, cargan hoy el acento en la República. En el homenaje de Jaurès, una parte considerable de sus discursos se destinó al elogio del único sistema democrático, que en estos momentos supone en nuestro suelo el primer combate. Y, como hombres de visión política, no dejan de subrayar su anhelo republicano en las columnas de su periódico.

La Libertad es otro de nuestros urgentes objetivos. Se repite por personalidades del más alto relieve

que la libertad es algo «digerido», superado. En orden a una de sus facetas también se agregó, por más de un sedicente liberal hispano, que el problema religioso contaba ya en los debates políticos. Cierto, si se mira a Europa; pero falso, peligrosamente falso, si se contempla España. Lo mismo ocurre con la libertad en su total volumen: el inglés y el francés ya la han digerido; mas el español ha pasado tiempos de rigurosa dieta para no atragantarse con manjares tan fuertes.

La primera condición de todo hombre político es no hacerse ilusiones desmedidas y enfrentar las realidades tales como son. La Libertad es un producto exótico en nuestro clima y es forzoso naturalizarla. Los mismos que se dicen liberales sienten sus convicciones como algo monstruoso que brotó en su seno sin demandar permiso. Claro que no anulo a las clases intelectuales. Me refiero al hombre español de campos y pueblos. Desde que oí por vez primera esa contundente afirmación de que la libertad es algo tan connaturalizado con el ente contemporáneo que la siente de modo tan natural como el aire que respira, puse decidido empeño en captarla en el hombre español de tipo menos selecto. La experiencia fué desoladora. A menudo escuchamos: «Yo, como tengo estas ideas...» Y el ingenuo interlocutor alude a sus pretendidas convicciones liberales, como podría referirse a un defecto físico o a una enfermedad resignadamente padecida. Otras veces un amigo hace ante los familiares de un hombre de izquierda el encomio de sus dotes de escritor, de médico o de catedrático y agrega con gesto compungido: «¡Que lástima que piense así en política! Con lo que hubiese logrado si no fuera tan rebelde!» La libertad se siente por el español como un pecado. Son muchos siglos de clericalismo cerril, de intromisión del cura en la intimidad de las familias, a través de la

mujer y de la enseñanza religiosa.

Ser republicano y liberal, aunque sea ser «sólo republicano y liberal», es tanto en España, que los que somos algo más que eso nos daríamos por superlativamente contentos con hacer nuestra esa trinchera inmediata.

Ser republicano en servicio del socialismo.—Declaro paladinamente, no sólo mi fe en los espléndidos destinos del socialismo, sino mi adhesión a su programa. No sólo ahora, sino en años anteriores al famoso 13 de Septiembre de 1923, estuve inclinado a enrolarme en las filas socialistas, como miembro activo. Me detuvieron antes motivos de vario orden, que ahora no es coyuntura propicia para puntualizar. Me lo impiden hoy causas bien netas, oriundas no de discrepancias de táctica, de poca monta ante otras coincidencias más entrenables, sino de mi gran deseo de ver triunfantes las aspiraciones proletarias. La aparente paradoja merece ser explicada.

Los socialistas de más fina sensibilidad se percatan de que el pueblo español, tras esta etapa de forzado silencio, de culpable inhibición del espíritu público y de milenarias trabas clericales, no está preparado para que gobierne el socialismo. Pueblos de la contextura del nuestro, pueden ser conquistados por una dictadura proletaria como la de Rusia; pero son todavía incapaces de vivir bajo un régimen socialista de carácter democrático. Si España ha de ser regida una vez por socialistas de tipo europeo, precisa larga convalecencia en un régimen de República burguesa, simpatizante con el socialismo, que permita a esas huestes propagar sus postulados y engrandecer sus cuadros.

Ya sé bien que mi modesta persona no desnute el partido de que emigra, ni acrece considerablemente la agrupación a que se suma. Pero si otros hombres auténticamente

conspicuos de España tomaran puesto entre los socialistas, los enflaquecidos ejércitos de la República, mal podrían cumplir su faena transitoria, pero indispensable.

Viejo y nuevo republicanismo.— Quien contemple el momento actual español, advierte sin gran sorpresa otro hecho. La opinión republicana ha crecido en nuestro país en proporciones mayúsculas. Pero los nuevos partidarios de esta forma de gobierno, en particular los hombres de años mozos, miran con desdén las viejas organizaciones republicanas. No entra en mi designio esclarecer la justicia o sinrazón de tan adverso fallo; pero sí mi interesa subrayar su existencia. En la «exploración» de *El Sol* sobre el pensamiento de la juventud aparecen cotidianamente pareceres de muchachos y mujeres nuevos. Es sobremanera grato comprobar que esta falange nueva se sitúa en el hemisferio de la izquierda con encendido entusiasmo. Mas anótese que quienes declaran su convicción socialista se cuidan de añadir que son militantes del partido obrero, en tanto que los jóvenes partidarios de la República no están afiliados a las variadas agrupaciones vigentes. El nuevo republicano vive suelto, quizás en la esperanza de ver plasmarse una constelación inédita hasta ahora.

EXÉGESIS DE MAIAKOVSKY

Vladimiro Pozner, el autor de un interesante panorama de la literatura rusa, ha comentado en el número correspondiente al 1.º de Junio del presente año, de *La Nouvelle Revue Française*, la personalidad de Vladimiro Maiakovski, el sugerente poeta ruso, suicidado a fines de Mayo último, en una nota que en sus párrafos

más importantes transcribimos a continuación:

Hoy más que nunca la obra de Maiakovski entra en la vida artística y en la historia de la literatura rusa, y, por lo tanto, es preciso hablar de él en presente y estudiar no las causas de su suicidio sino las razones de su vitalidad.

1885: eclosión del simbolismo ruso; 1900: segundo vagido simbolista; 1910: crecimientos de los epígonos. Una reacción es necesaria. Se diseña ella con los akmeístas y los futuristas. De esta época datan las primeras obras poéticas de Maiakovski. Es necesario revalorizar el lenguaje poético, renovar la retórica, revisar la métrica. Maiakovski opone a la abstracción simbolista el lenguaje, la palabrería de la vida diaria. No desprecia ni el juego de palabras, ni el chiste, imita el lenguaje hablado, reemplaza los acentos tónicos por los acentos lógicos y renueva la rima rusa con la ayuda de palabras compuestas.

La revolución futurista traspasa el plano estético. Se trata de dar un golpe definitivo al simbolismo, de hacer descender la poesía de los salones a las calles. Y esto no ocurre por razones sociales o políticas. La poesía simbolista se dirigía a los iniciados, tendía a crear si no una religión, por lo menos una mística, establecía valores trascendentales y se complacía en aspiraciones ultra terrenas. Maiakovski volverá a las masas; escarnecerá a la Iglesia rebajando su lenguaje evangélico, será preciso, concreto, enamorado de la tierra, de las multitudes, de la salud, de la vida. No se dirige todavía al proletariado (en cuanto a los campesinos, jamás existieron para él), sino a los bajos fondos de las grandes ciudades, revoltosos perpetuos. Es individualista acérrimo. Anarquista antes que socialista.

El elemento social le sirve única-

mente de elemento comparativo, de arsenal de imágenes: «el poniente rojo como la Marsellesa», «sol, potentado del cielo». Su nico tema, es él y su amor: El hombre y tantos poemas cortos. Otro motivo primordial: su odio al pequeño burgués, odio del individuo fuerte a la mediocridad general.

Sobreviene la revolución. Maiakovski no se inmuta, es revolucionario, siempre lo ha sido. La base estética de la obra de Maiakovski, por haber concordado con el fundamento social de la Revolución, es tragada y aniquilada por ésta. La poesía se transforma para él en un medio de lucha social.

Quisiera trabajar para la Revolución como técnico y no como hombre de letras. Cantar los aviones, pero también construirlos, loar las usinas pero sobre todo contribuir a la intensificación de la industria. Versos de publicidad para los trusts del Estado, poemas de amor, impresiones de viaje, arengas al pueblo, conmemoraciones de festividades comunistas... Y a la edad de 35 años, una bala en el corazón.

Es fácil encontrar en la obra de Maiakovski, predicciones de su suicidio: ¿en qué obra de poeta no se encuentra? Fácil constatar también que una fatalidad parece cernirse sobre los poetas rusos. ¿Cuántos, entre los más ilustres, han vivido más de cuarenta años? Fácil igualmente gritar el accidente, como también contar la premeditación. Una sola certidumbre: el único gran poeta revolucionario, uno de los tres o cuatro mejores poetas rusos de este siglo, acaba de morir. Nos queda su obra, y también su lección.

BRAQUE Y PICASSO

En el mismo número de la indicada revista, André Lhote se

refiere en un artículo muy meditado a la exposición recientemente celebrada en París, de los pintores Braque y Picasso.

Braque, que exhibe dos telas importantísimas entre una veintena menos trabajadas, aparece como el tipo más perfecto del pintor francés, buen artesano antes de todo. En posesión de fórmulas justísimas y personales, Braque puede enorgullecerse de ser en nuestra época el solo pintor de quien puede decirse que ha efectuado obras de indiscutible maestría.

Más adelante el juicio sobre Picasso:

Las obras de Picasso parecen siempre como escapadas de un cataclismo y reunidas en el último minuto. Como sus prodigiosos antecesores barrocos (cita al efecto Lhote entre ellos, Berruguete, Juan de Juanes y el Greco), la imaginación de Picasso no conoce el reposo. Sus obras como él mismo en perpetuo movimiento, parecen siempre cojear de algún punto, pero lo hacen maravillosamente.

Como se ve, entre ambos artistas, el sentido nacionalista del crítico marca una preferencia que podría discutirse mucho por el pintor francés sobre el español.—
Ariel.

DISPARATORIO

Don José de Espronceda nació en Almendralejo, lugar de Extremadura, España, el año 1810... En Lisboa conoció a Teresa, la pasión de su vida, fuente de dichas y amarguras para el ilustre vate. De allí tuvo que irse a Inglaterra donde mantuvo amistad con Shakespeare, Milton y Byron y compuso sus apasionados versos a Teresa.—*El Averiguador Universal. El Mercurio, Santiago, 1.º de Octubre de 1930.*

...la obra de Iris sobresale y se coloca en primera fila, junto a *La belleza del Demonio, la Quintrala*, reconstrucción maravillosa que tuvo el honor de hacer hace algunos años (1914).—A. Bórquez-Solar: *Iris. «Cuando mi tierra nació»*. EL ATENEO. Núm. 2. Pág. 57.

En esos mismos años se inició la fortificación de la isla Mancera, y de que ella tuvo una guarnición regular dan fe aun los restos de la iglesia que se conservan, en los cuales, por lo demás los años hacen cada día mayores estragos.—R. D.: *Lo que queda de la Colonia en Valdivia. El Mercurio, Santiago, 12 de Agosto de 1930.*

Cuando ya el presidente accidental señor Gustavo Rivera había levantado la sesión por haber llegado el término de la hora reglamentaria, se produjo en la sala un tumulto indescriptible, y que, por lo tanto, nos abstenemos de describir.—*Un violento incidente entre diputados se produjo al término de la sesión de ayer. La Nación, Santiago, 10 de Septiembre de 1930. Pág. 10.*

Nos introducimos dentro del libro, desde el primer verso hemos de abandonar las ropas mundanas.—Hemos de vestir hábitos blancos para asistir al festín, ropas núbias como túnicas, con ribete en oro,—Los pies desnudos.—Y llevar, bajo el brazo para la salida una túnica violeta, con ribetes negros.—Patricio Santander Denis: *Notas apara una trayectoria de Lily*.—Universidad Católica de Chile: *Revista Universitaria*, N.º 4. Año XV, Julio de 1930, Santiago. Pág. 319.

Y los que vivimos en el siglo de Clemenceau, de Wilson, de Hindenburg, de Barros Arana y Crescente Errázuriz, no olvidemos que

el dinamismo intelectual no es sólo una cualidad de la infancia.—B.: *Orientación educacional*. *El Mercurio*, Santiago, 8 de Octubre de 1930.

Las más crudas rudezas de lenguaje, en su realista Epistolario, se encuentran en las páginas de su correspondencia, allí donde

hace referencia, estudia o juzga a los hombres de su tiempo, visitan el hábito religioso o la indumentaria de seglar.—Rafael Maluenda: *Luces y sombras de un gran político* (Diego Portales).—*El Mercurio*, Santiago, 14 de Octubre de 1930.

ERRATA

En el poema titulado *Trilogie* que se publicó en nuestro anterior número se han deslizado algunas erratas que entorpecen el recto sentido del texto, francés como el lector recuerda.

En la pág. 181, línea 7, dice: *absent*; léase *absente*.

En la misma página, línea 23, dice: *adoré*; léase *adorée*.

En la misma página, línea 25, dice: *mais*; léase *moins*.

En la página 182, línea 10, dice: *domé*; léase *donné*.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz
Ocampo — Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)....	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

Imp. Universitaria. Estado, 63



